

PENÍNSULA ODISEAS

# Las cenizas del califato

## Mikel Ayestaran

De las garras de Estado Islámico  
a la supervivencia



# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

MAPA

DEDICATORIA

CRONOLOGÍA DEL CALIFATO

PRÓLOGO

1. BAGDAD. EL NACIMIENTO DE LA BESTIA

2. MOSUL. LA GRAN BATALLA

3. PALMIRA. EL OASIS SIRIO DONDE SE IZÓ DOS VECES LA BANDERA NEGRA

4. JERUSALÉN. ESPERANDO EN LA CIUDAD SANTA

5. MOSUL. VUELTA A LA GRAN CAPITAL DE EI

6. GAZA. CARA A CARA CON UN SEGUIDOR DEL CALIFA

7. BAGDAD. MILICIAS AL PODER

8. FALUYA. LA CIUDAD DE LAS MEZQUITAS QUIERE PASAR PÁGINA

9. TIKRIT. LOS HIJOS DE EI SE REFUGIAN EN LA CIUDAD DE SADAM

10. DAMASCO. EL BÚNKER DEL RÉGIMEN

11. ALEPO. DESPUÉS DE LA GUERRA

12. DEIR HA FER. LA PLAZA DE LAS DECAPITACIONES

13. AKERBAT. UN MUSEO DEL TERROR AL AIRE LIBRE

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTA

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

La pérdida de Mosul a manos de las fuerzas iraquíes en julio de 2017 marca el inicio del final del autoproclamado califato de Estado Islámico y el inicio de una nueva etapa en Oriente Medio. Después de tres años de mandato, la clandestinidad vuelve a abrir sus puertas a los seguidores del califa Ibrahim, que sorprendieron al mundo tras conquistar casi la mitad de Irak y Siria y resistieron hasta la muerte gracias a su ejército de suicidas. Entretanto, la región, sumida en la incertidumbre por el vacío de poder creado en las áreas que estuvieron bajo control yihadista, lucha por recuperar la normalidad.

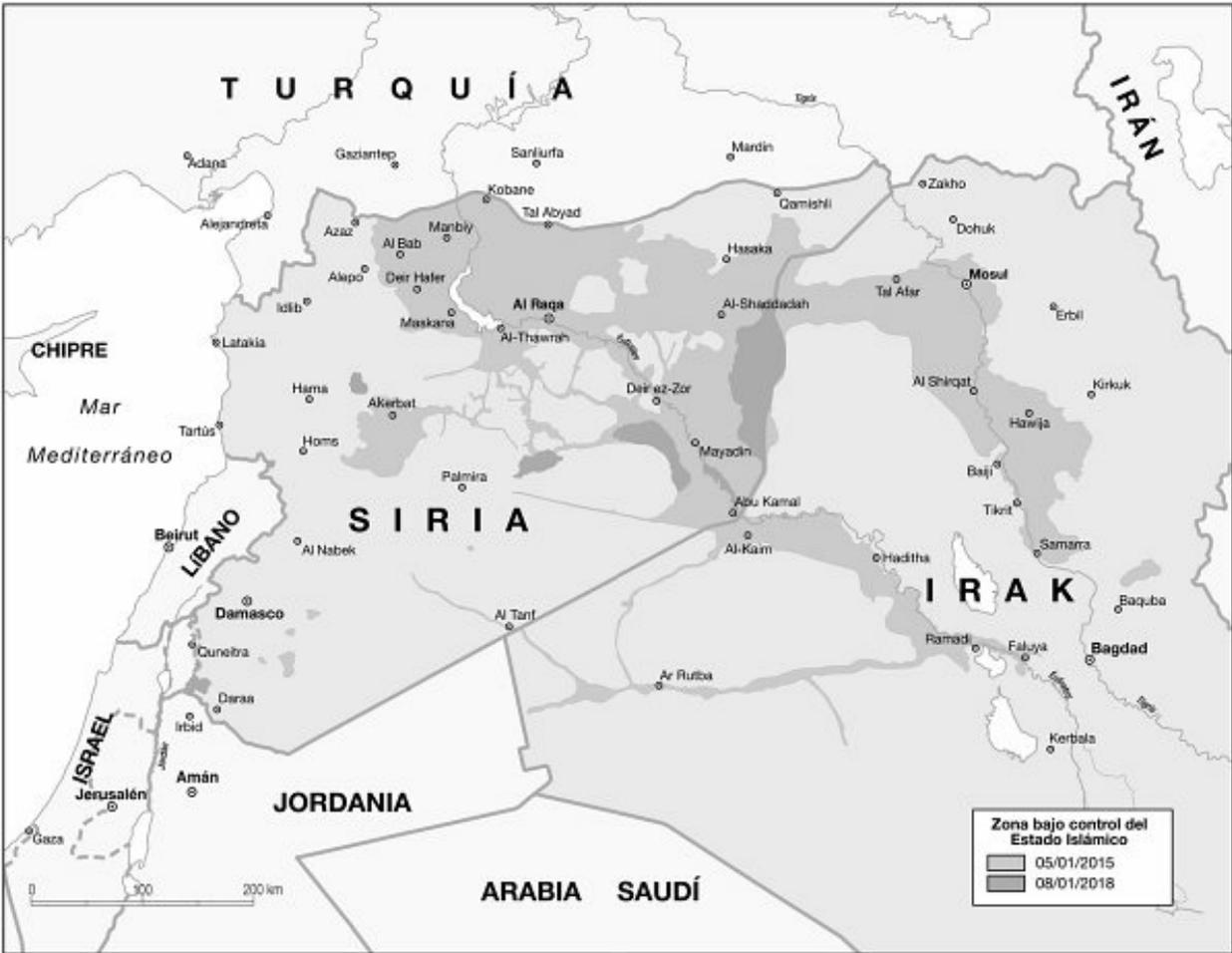
Mikel Ayestaran estaba en Bagdad la mañana en la que un entonces desconocido grupo, Estado Islámico de Irak y Levante, tomó Mosul, y tres años después presencié la caída de esta misma ciudad, lo que los políticos en Irak llamaron la «derrota del califato». Sin embargo, sobre el terreno no había nada que celebrar: la herencia del califato son cientos de pueblos y ciudades fantasma a las que los civiles no pueden regresar debido a la destrucción, la falta de servicios y, sobre todo, al miedo y a la inseguridad generados por Estado Islámico, que, lejos de desaparecer, ha pasado a ser el terror en la sombra.

# **Las cenizas del califato**

**Mikel Ayestaran**

De las garras de Estado Islámico a la supervivencia

*ediciones península*



*Ane eta Telmorentzat, maitasunez  
(Barkatu horrenbeste gau ipuinik gabe gelditzeagatik)*

# CRONOLOGÍA DEL CALIFATO

- 2003** Estados Unidos invade Irak, derroca a Sadam Huseín y disuelve el ejército y el partido Baaz.
- 2004** El yihadista jordano Abu Musab al Zarqawi establece Al Qaeda en Irak con el objetivo de combatir a las fuerzas de ocupación estadounidenses. Poco después, también pone en marcha una agenda sectaria contra la mayoría chií del país.
- 2006** La facción iraquí de Al Qaeda pasa a llamarse Estado Islámico de Irak en ese país.  
Al Zarqawi muere en un ataque selectivo perpetrado por Estados Unidos.
- 2010** Abu Bakr al Bagdadi es nombrado líder de Estado Islámico de Irak.
- 2011** Tras el estallido de la Primavera Árabe, los primeros miembros de Estado Islámico de Irak llegan a Siria para participar en la guerra contra el Gobierno del presidente, Bashar al Asad.
- 2012** *diciembre*: Estallan las protestas contra la política sectaria del primer ministro de Irak, Nuri al Maliki, en la provincia de Al Anbar.

**2013** *marzo:* Al Raqa cae en manos de los grupos armados de la oposición siria y se convierte en la primera capital de provincia sin presencia del Gobierno de Al Asad.

*abril:* Al Bagdadi anuncia la creación de Estado Islámico de Irak y el Levante, un cambio de nombre con el que el grupo pretendía reflejar su involucramiento en la guerra siria.

*diciembre:* Toma de Faluya, la primera ciudad en caer en sus manos.

**2014** *enero:* Al Raqa cae en manos de los hombres de Al Bagdadi tras una guerra interna entre los grupos opositores.

*Febrero:* Escisión formal entre Estado Islámico de Irak y el Levante y Al Qaeda.

*10 de junio:* Toma de Mosul.

*11 de junio:* Toma de Tikrit.

*29 de junio:* Anuncio del establecimiento del califato entre Siria e Irak. El grupo pasa a llamarse Estado Islámico (EI).\*

*2 de agosto:* Conquista de Sinyar y genocidio de la minoría yazidí.

*7 de agosto:* Barack Obama anuncia el inicio de ataques aéreos contra el califato al frente de una alianza internacional liderada por Estados Unidos.

*19 de agosto:* Asesinato ante las cámaras del periodista estadounidense James Foley.

*24 de agosto:* EI toma de la base de Tabqa, en el norte de Siria, y certifica su control absoluto en la provincia de Al Raqa.

*2 de septiembre:* Asesinato ante las cámaras del periodista Steven Sotloff.

*13 de septiembre:* Asesinato ante las cámaras del cooperante británico David Haines.

*19 de septiembre:* Ofensiva yihadista sobre Kobane, en plena frontera sirio-turca, lo que obliga a miles de kurdos a escapar de los combates.

*23 de septiembre:* Primer ataque de Estados Unidos contra EI en Siria.

*3 de octubre:* Asesinato ante las cámaras del cooperante británico Alan Henning.

**2015** *7 de enero:* Once personas mueren en el atentado contra la revista *Charlie Hebdo*, en París, llevado a cabo por parte de los hermanos Kuachi. Un tercer terrorista, Amedy Coulibaly, ataca un supermercado de comida *kosher* y mata a otras 4 personas. Coulibaly declara su fidelidad a EI. Este atentado en el supermercado es considerado la primera acción del grupo terrorista en Europa.

*26 de enero:* Los milicianos de EI son expulsados de Kobane, lo que supondrá su primera gran derrota militar.

*4 de febrero:* Difusión del vídeo en el que el piloto jordano Moaz al Kasasbeh es quemado en vida.

*2 de marzo:* El Ejército de Irak lanza una operación para liberar Tikrit.

*18 de marzo:* Atentado en el museo del Bardo, en Túnez; 22 muertos.

*20 de marzo:* Doble atentado en Saná (Yemen) en dos mezquitas; 137 muertos.

*17 de abril:* El Ejército de Irak libera Tikrit.

*17 de mayo:* EI toma Ramadi.

*20 de mayo:* EI toma Palmira.

*17 de junio:* Las fuerzas kurdas expulsan a EI de Tal Abyad, en el norte de Siria.

*27 de junio:* Atentado en un hotel de Susa (Túnez); 38 muertos.

*20 de julio:* Atentado en Suruç (Turquía); 30 muertos.

*30 de septiembre:* Rusia empieza sus ataques contra EI.

*15 de octubre:* Irak anuncia la liberación de la refinería de Baiji, la más grande del país.

*31 de octubre:* Atentado contra un avión de turistas rusos en el Sinaí (Egipto). Mueren los 224 ocupantes.

*13 de noviembre:* Una cadena de atentados coordinados en París deja 130 muertos el mismo día en que en Irak las fuerzas kurdas liberan Sinyar, al norte del país

*2 de diciembre:* Atentado en San Bernardino (Estados Unidos); 14 muertos.

*27 de diciembre:* El Ejército de Irak libera Ramadi.

**2016** *12 enero:* Atentado en Estambul; 10 muertos.

*22 de marzo:* Atentados en el aeropuerto y en el metro de Bruselas; 30 muertos.

*24 de marzo:* El ejército sirio y sus fuerzas aliadas expulsan a los yihadistas de Palmira.

*12 de mayo:* Atentado en Bagdad; 100 muertos.

*22 de mayo:* El Ejército de Irak lanza la operación para liberar Faluya.

*12 de junio:* Atentado en un club gay de Orlando (Estados Unidos). Más de 40 muertos.

*26 de junio:* El Ejército de Irak libera Faluya.

*28 de junio:* Ataque yihadista en el Aeropuerto Internacional Atatürk de Estambul. Al menos 40 muertos.

*1 de julio:* Atentado en un restaurante para extranjeros en Dacca (Bangladés); 20 muertos.

*3 de julio:* Atentado con camión bomba en un centro comercial de Bagdad. Al menos 200 muertos.

*14 de julio:* Atentado en Niza en el que un camionero irrumpe en el paseo marítimo. Al menos 84 muertos.

*23 de julio:* Atentado contra una protesta hazara, minoría que sigue la rama chií del islam, en Kabul. Al menos 80 muertos.

*13 de agosto:* Las fuerzas kurdas y árabes liberan Manbij, en el norte de Siria.

*24 de agosto:* EI pierde Yarabulus, en el norte de Siria.

*30 de agosto:* Muere Abu Mohamed al Adnani, portavoz de EI y el que anunció el establecimiento del califato, en un ataque selectivo de Estados Unidos.

*16 de octubre:* EI se retira de Dabiq (Siria) y las autoridades de Irak anuncian el inicio de la ofensiva para liberar Mosul.

*24 de noviembre:* Atentado con camión bomba en Hila (Irak). Al menos 100 muertos.

*11 de diciembre:* EI recupera el control de Palmira, que pasa por

segunda vez a manos del califato. El ejército sirio y sus fuerzas aliadas están centradas en la batalla de Alepo.

*18 de diciembre:* Atentado en Karak (Jordania). Mueren 4 policías y un turista canadiense.

*20 de diciembre:* Atentado en Berlín; 12 personas mueren atropelladas por un camión en un mercado navideño.

**2017** *1 de enero:* Atentado en el club Reina de Estambul. Al menos 39 muertos.

*2 de enero:* Atentados coordinados en Bagdad. Al menos 70 muertos.

*6 de enero:* Las Fuerzas Democráticas Sirias, alianza de fuerzas kurdas y árabes apoyada por Estados Unidos, lanzan la operación para liberar Al Raqa.

*29 de enero:* El Ejército de Irak libera la orilla este de Mosul.

*2 de marzo:* Segunda liberación de Palmira por parte del ejército sirio y sus fuerzas aliadas.

*8 de marzo:* Atentado contra el hospital Daud Jan de Kabul. Al menos 30 muertos.

*8 de junio:* EI asume la autoría del primer atentado que sufre Irán, un doble ataque contra el Parlamento y el mausoleo del imán Jomeini; 13 muertos y más de 40 heridos.

*16 de julio:* EI es derrotado en Mosul.

*17 de agosto:* Atentado en Barcelona; 15 muertos y un centenar de heridos.

*29 de agosto:* EI pacta con Hizbulá la evacuación de sus combatientes de la frontera libanesa. Beirut proclama el final de la presencia de yihadistas en sus fronteras.

*17 de octubre:* Las Fuerzas Democráticas Sirias liberan Al Raqa.

*3 de noviembre:* El ejército sirio y sus fuerzas aliadas anuncian la liberación de Deir ez-Zor (al este de Siria, en plena frontera con Irak).

*9 de diciembre:* Después de la liberación de todos los núcleos urbanos que controlaba el califato y de varias semanas de combates en el desierto de la frontera con Siria, el Gobierno de Irak decreta la victoria militar definitiva sobre EI.

*11 de diciembre:* El presidente ruso, Vladímir Putin, principal aliado militar y diplomático de Al Asad, viaja a Siria para decretar la victoria militar contra el califato.

## PRÓLOGO

En la mano tiene dos monedas. Encima de la mesa queda un sobre diminuto y sucio del que ha sacado el dinar y el dírham del califato. Auténticos. Uno, dorado; el otro, plateado. Brillan y me llaman como el anillo llamaba a Gollum en *El señor de los anillos*. He oído hablar tanto de estas monedas que ahora no puedo creer que las tenga al alcance de la mano. Llegué a pensar que eran pura propaganda del grupo yihadista Estado Islámico (EI). El portador de las monedas es una de esas personas a las que no se puede entrevistar y con las que no has estado nunca. No existe, pero es real y estoy seguro de que se ha movido por el califato como nadie, aunque no alardee de ello. «Las monedas son de Deir ez-Zor. Apenas las utilizaron porque no les dimos tiempo, pero su plan consistía en establecer su propio sistema financiero, extenderlo y consolidarlo. Al no disponer de tiempo, las monedas casi no se usaron, y por eso tienen este brillo», comenta en voz baja —el tono que emplea siempre— mientras me las ofrece. Las cojo y paso los dedos sobre estos dos pedazos del califato, que extrañamente han llegado a una antigua mansión palestina de Jerusalén Oriental.

—Deir ez-Zor... ¿Trabajabas en Siria? —le pregunto, y veo que le cambia la cara.

—Me la trajo un amigo. Pero fueron ellos, los yihadistas, quienes borraron las fronteras, no nosotros, ¿lo recuerdas? La batalla ahora se extiende a todo el desierto, y las líneas no están nada claras. Todo está en proceso de cambio y no sabemos cómo quedará el mapa —responde, e inmediatamente cambia de tema.

Bebemos cerveza de Taybeh y vino de La Rioja en una mesa de madera interminable, situada en la mitad de un gran salón de techos altos y en la que hay medio queso ahumado de Idiazábal, embutido y frutos secos. Este es un día de bienvenida y de adiós. Nuestro anfitrión vuelve a casa tras un año «en el terreno»: deja Oriente Medio —si es que este tipo de personas pueden hacerlo realmente— al final de una carrera que arrancó con la invasión de Irak en el 2003. «Me di cuenta de que perdimos Irak tan solo un mes después de llegar a Basora. Irán estaba mucho mejor preparado y había trabajado durante años en el diseño de unas milicias que, quince años más tarde, vemos que son las que dominan el país. Nos daban por todos lados, y en Siria aún no hemos aprendido de nuestros errores», recuerda entre trago y trago este especialista en la República Islámica de Irán. La primera pregunta que le hice cuando lo conocí fue, precisamente, qué hacía un especialista en Irán en Jerusalén. No obtuve respuesta, aunque, pensándolo bien, tampoco hacía falta. Nuestro anfitrión hace autocrítica de la estrategia de Occidente en aquella guerra, y lamenta que no se hayan aplicado a Siria las lecciones aprendidas. Pronunciar el nombre de este país le vuelve a cambiar el gesto. «Siria es la gran guerra. Fue un error que Obama no lanzara un ataque a gran escala en el 2013, cuando el régimen gaseó los bastiones opositores a las afueras de Damasco y mató a más de mil personas. Lo hizo: Al Asad empleó armas químicas, las mismas que Obama calificó de «línea roja». Superó el límite marcado por Estados Unidos y nadie lo castigó, y eso no se puede hacer en esta parte del mundo. Además de ser fuerte, tienes que demostrarlo. Ese día perdimos cualquier opción de liderar el conflicto, y les pusimos la alfombra roja a Rusia, al Dáesh y a todo el caos actual. Luego llegó Trump y... ¿qué puedo decir? Este hombre es un pajillero, nada más que un pajillero», lamenta con una mezcla de rabia e impotencia. Al final, su trabajo siempre ha estado condicionado por las decisiones que llegan desde lo más alto. Las compartas o no, son las que marcan las normas de un juego donde las reglas no escritas pesan más que cualquier acuerdo público.

Yo no suelto las monedas, y no pierdo la esperanza de poder llevarme al menos una en señal de recuerdo de nuestra amistad. Mis ojos pasan de una moneda a otra sin parar. También yo he tenido que ir de Irak a Siria y de Siria

a Irak por trabajo, aunque en mi caso lo he hecho respetando las fronteras. Los dos tenemos en común que los últimos tres años de nuestras vidas han estado marcados por el califato que proclamó EI en medio de aquel verano del 2014. Un verano en el que el mundo estaba más pendiente del Mundial de fútbol de Brasil que de la llamada a la yihad de unos barbudos que blandían banderas negras al grito de «*La ilaha ila Alá ua Mohamed rasul Alá*» (No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta), el primero y más importante de los cinco pilares del islam. El mundo los ignoró —incluso los menospreció— hasta que fue demasiado tarde. Me tocó viajar de urgencia a Bagdad ante la irrupción de un hasta entonces semidesconocido grupo yihadista, que amenazaba con hacerse con el control de la capital de Irak y aspiraba a establecer el séptimo califato de la historia bajo el mandato de Abu Bakr al Bagdadi, también desconocido en ese momento, que no tardó en ser elevado a los altares del yihadismo como sucesor del mismísimo Osama bin Laden. Desde entonces, el califato pasó a formar parte de mi día a día, y ya no dejé nunca de estar pendiente de sus actividades, esperando la mínima derrota del grupo para poder viajar a los lugares que recuperaban los ejércitos de Irak y Siria, pues los periodistas extranjeros no éramos bien recibidos en su territorio y algunos colegas fueron asesinados y secuestrados.

Siempre tengo mi equipaje preparado en casa. Ahora utilizo una maleta de ruedas de cabina muy ligera en la que meto algo de ropa, una mochila con material periodístico y el trípode. Me llevo todo aquello que me permita no facturar. Entre la ropa, no faltan unos pantalones negros del Baluchistán iraní que compré a un vendedor ambulante en Bam después del terremoto del 2003, ni unas chancletas azules con rayas blancas. Dos elementos imprescindibles que solo uso cuando estoy fuera de casa. Llevo el equipo por duplicado para no tener problemas, sobre todo porque ir con un ordenador Mac por esta parte del mundo sigue siendo como conducir un coche de color rosa. Los preparativos suelen ser rápidos antes de saltar a alguna de las plazas liberadas de manos de EI. El único inconveniente es que, dependiendo de la zona, hay que gestionar con tiempo los visados para poder entrar a Siria e Irak. Este detalle es importante para comprender que, en el caso sirio, no he tenido acceso a lugares como Kobane o Al Raqa, ambos liberados por fuerzas

kurdas y árabes que cuentan con el apoyo de la alianza que lidera Estados Unidos. Yo solo viajo a zonas liberadas por el ejército sirio y sus fuerzas aliadas. En Siria, si viajas con permisos del Gobierno, como lo hago desde antes del 2011, no puedes cruzar a las zonas que controlan los grupos armados opositores. En Irak, en cambio, no existe este problema, porque todo el frente antiyahadista está unido bajo el paraguas de Estados Unidos y las fuerzas iraquíes.

Más allá de los preparativos logísticos, para esta serie de viajes a las cenizas del califato también viene bien leer a los colegas que trabajan en la región e intercambiar impresiones con ellos, o dar un salto del mundo periodístico al de la literatura y la filosofía y, así, intentar ampliar la mirada y buscar opiniones que ayuden a interpretar mejor los hechos. Respecto a esta segunda opción, he tenido la oportunidad de compartir asiento y café —expreso con leche fría— con el escritor Amos Oz, que ha profundizado en el fenómeno del fanatismo en algunos de sus ensayos y conferencias y que vive a una hora de mi casa. A sus setenta y nueve años, Oz sigue con atención, desde su duodécimo piso en Tel Aviv, muy cerca de la universidad, la actualidad en toda la región, y siente «tristeza» al ver cómo un grupo como EI ha sido capaz de imponer el califato en amplias zonas de un país vecino. La altura de su atalaya y, sobre todo, su edad —siempre dice que vivir en Israel setenta y nueve años equivale a vivir doscientos o trescientos en otros países como Estados Unidos— convierten sus opiniones en diagnósticos. Al referirse al califato,

Para mí no fue una sorpresa, sino la confirmación de que las fronteras en Oriente Medio eran artificiales, que las habían puesto por fuerza los ejércitos imperialistas de Francia y Reino Unido. Ahora, el mundo tiene más claro que no existen las naciones siria e iraquí. Era cuestión de tiempo que este inventó francés y británico colapsara.

El viaje entre Jerusalén y Tel Aviv es como el paso a un planeta diferente, y tener la oportunidad de sentarse en el despacho de Oz y ver su indignación con estos primeros dieciocho años del siglo XXI ayuda a trazar una hoja de ruta mental de la situación. El califato ha sido una consecuencia más de un siglo cuyo síndrome es «el ascenso del fanatismo, el chovinismo y la

intolerancia religiosa en todo el mundo. Ante problemas cada vez más complejos, la gente busca respuestas fáciles de una frase: eslóganes. Quiere saber quiénes son los malos, a quiénes echar la culpa de todos los males. Quieren culpar a alguien, y creen que si destruyen a los malos empezará el paraíso, pero no se dan cuenta de que las respuestas simples son peligrosas». Oz reflexiona sobre el fanatismo, sobre EI, aunque tiene claro que:

La mayoría de los musulmanes no son fanáticos religiosos, ni tampoco violentos. Cada vez que vemos en televisión a las multitudes árabes gritando eslóganes ante la cámara, hay que mirar con cuidado, pues millones de personas se han quedado en sus casas comiéndose las uñas, avergonzadas por esas imágenes. Los musulmanes no inventaron la Inquisición o las cruzadas, ni los gulags, ni los campos de concentración o las cámaras de gas; ellos inventaron la yihad, es cierto, pero alguien debería explicarme la diferencia entre esta última y las cruzadas, porque para mí son lo mismo. ¡Y ahora encima tenemos un presidente en Estados Unidos que habla de la cruzada contra la yihad!

Las palabras de Oz y sus silencios entre respuesta y respuesta son munición que uno suma a sus cargadores antes de partir rumbo a una guerra llena de incógnitas y rodeada de conspiraciones. Aunque este viaje empezó cuando EI proclamó el califato en el 2014, no terminó con su derrota militar, proclamada a finales del 2017 por Irak y Siria, pues la guerra sigue viva en las mentes y corazones de millones de personas. Este no es solo un libro sobre el califato: es un libro escrito en el califato, en el que los protagonistas son todas las personas con nombre y apellido que me he encontrado y que, con sus testimonios, dibujan el escenario después de la batalla. Un libro repleto de lugares, grupos y algunos nombres que nos han acompañado a diario en las noticias desde el 2014 y que, una vez proclamada la victoria final, han desaparecido para no volver nunca a nuestras vidas. Esa es la tiranía de la actualidad. Los focos se apagan, pero eso no significa que la guerra haya terminado, sino todo lo contrario, y es que las cenizas del califato son escenario de un doble frente abierto del que depende el futuro de la región. Por un lado, está la lucha por la supervivencia de millones de personas en zonas arrasadas por la guerra. Por el otro, el pulso entre las distintas potencias mundiales y regionales por llenar el vacío dejado por EI y

conseguir ganar influencia en la zona.

El máximo exponente de esa «cruzada contra la yihad» de la que habla Oz fue la batalla para liberar Mosul, la capital del califato en Irak, en julio del 2017. Yo estaba en esta ciudad el día de su liberación, pero, como suele ocurrir en estos casos, estaba tan metido en la actualidad que me resultaba difícil abrir el foco para ver la fotografía general. A los tres meses tuve la oportunidad de regresar —siempre hay que volver: solo viajando a estos lugares una y otra vez puedes aspirar a entenderlos—, así que me planté ante los restos de la mezquita de Al Nuri, el gran símbolo del califato, junto al periodista catalán Jordi Évole, que dedicó su primer *Salvados* de la temporada a la lucha contra EI. Las pintadas con los eslóganes del grupo estaban aún frescas en las casas de una Ciudad Vieja en la que apenas se notaban grandes cambios desde mi última visita; las fuerzas iraquíes estaban aún en plena fase de desminado y no les había dado tiempo de empezar con el desescombro. Cada paso era un crujir de piedras, cristales, arena y ceniza. Cuando aplicas aviación y artillería en una zona civil —y, además, casco antiguo—, el resultado es puro talco. Allí, solos ante la Al Nuri, el lugar que eligieron para dar a conocer al mundo al califa Abu Bakr al Bagdadi, Évole y yo hablamos largo y tendido sobre lo ocurrido durante los últimos tres años en la zona con el objetivo de hacernos una idea del origen y el alcance de EI. Para Occidente, daba la sensación de que todo había comenzado en junio del 2014, un año en el que Irak había dejado ya de interesar. Tras la salida de las fuerzas de Estados Unidos, el país pasó a un segundo plano informativo, hasta que Al Bagdadi subió al almimbar de este templo para presentarse como el nuevo califa de los musulmanes y desvelar su intención de crear un Estado islámico, e hizo un llamamiento a todos ellos para que acudieran a él.

El EI irrumpió en Irak cuando parte de su población ya no quería saber nada de su Gobierno central, de modo que la llegada del grupo sirvió para llenar ese vacío de poder, como ocurrió en las zonas de Siria en las que el régimen había perdido el control. El ascenso fue tan meteórico que seguimos teniendo más preguntas que respuestas sobre su origen. ¿Cómo nadie los detuvo antes? O, a la inversa: ¿alguien hizo la vista gorda para que ganaran terreno de forma tan rápida en Siria e Irak? En el caso de Mosul, fue la propia

gente de la ciudad la que le abrió las puertas a EI e hizo el trabajo sucio para expulsar a las fuerzas regulares de seguridad. El ejército se retiró sin apenas combatir y abandonó todos sus arsenales. El grupo terrorista se encontró con vehículos blindados, munición y armas, y en un primer momento estableció un cierto orden. Un orden a base de terror, y por eso la palabra que más repiten los que vivieron bajo su mandato es «miedo».

Desde Al Nuri, EI fue creciendo en círculos hasta llegar a convertirse en una amenaza global. Llegó a ser también el grupo terrorista más rico de la historia gracias a las importantes aportaciones del Golfo, al dinero que encontró en los bancos, a los secuestros, al tráfico ilegal de arte y a un comercio ilícito enorme de petróleo que salía a través de Turquía. Desde Mosul, por otro lado, consiguió crear un auténtico Estado ya desde el primer minuto. Avanzaba sirviéndose de Kaláshnikov, pero también de libros y propaganda. Su prioridad al tomar una nueva población era adoctrinar a la gente, desde cómo se debía vestir hasta la importancia de dejarse barba o de ser un buen mártir. Lo que se buscaba era crear soldados para el califato.

Sin embargo, cuando el califa entró en esta mezquita y se presentó al mundo, el debate del día siguiente giró en torno a su reloj. En lugar de hacer caso a sus palabras, se abrió una discusión sobre si llevaba un Omega o un Sekonda: ese fue el nivel del debate. La reacción de Occidente llegó tarde, y solo cuando hubo algo que nos afectó directamente, como los atentados o las ejecuciones. Barack Obama, que acababa de retirar a sus tropas del país, respondió únicamente cuando EI le cortó el cuello al periodista James Foley ante las cámaras. Esa imagen llevó a los estadounidenses a bombardear al califato y a formar una alianza internacional. El EI cambió entonces de estrategia, y pidió a sus seguidores que, en vez de viajar a la guerra santa, la pusieran en práctica en sus propios hogares: «Sal y mata al infiel desde tu casa». Este fue el gran salto cualitativo que nos convirtió a todos en objetivo a manos de unos seguidores del califa que no solo no tenían miedo a morir, sino que querían morir por su causa. ¿Cómo se combate a semejante fenómeno? La opción que se adoptó fue la de arrasar ciudades enteras, como Mosul, pero el problema de esta gente estaba en la cabeza, y no se puede acabar con una ideología a base de bombardeos. Solo existe una fórmula

definitiva: la educación. El problema es que lleva tiempo. Aunque la vía militar es la manera rápida, no es la más efectiva. El enemigo es una ideología: por más que su legado sea ceniza, al final acabará volviendo. Por supuesto que lo hará. Aquel día pasamos toda la jornada en la Ciudad Vieja, sin separarnos demasiado de Al Nuri porque, según decía el ejército, aún quedaban «células terroristas» entre ese mar de destrucción, además de las minas.

Las monedas del califato no pasan de mis manos a mi bolsillo. Mi anfitrión las devuelve al sobre y se lo guarda en la camisa. Por suerte, no me da un arrebato de ira como el de Gollum, el personaje de Tolkien, al perder su «tesoro». Suena el teléfono y se levanta de la mesa. «La gran guerra es Siria, y va para largo. Céntrate en Siria porque ese es el objeto de deseo de todos. Quien controle el corazón del mundo árabe, controlará la región», me dice antes de acelerar el paso para responder al teléfono, que no para de sonar en su habitación. He visto, tocado y olido las monedas del califato, y no sé cuándo volveré a hacerlo. Solo espero no tener que usarlas nunca.

# 1

BAGDAD

## EL NACIMIENTO DE LA BESTIA

*Julio de 2014*

«Este es un mensaje para todos los jóvenes en edad de pelear que quieran derrocar al Gobierno infiel de Maliki. Hemos llegado a Bagdad y comienza la guerra por la liberación de la capital. ¡Uníos todos a la lucha contra los infieles!», repite Ahmed Jobhe con miedo. Recuerda palabra por palabra el mensaje que sorprendió al vecindario en mitad de la noche. Parpadea con rapidez, mira a la puerta de reajo y fuma. Aspira como si fuera el último cigarro de un condenado a muerte. Delgado hasta el extremo, el pitillo se confunde con sus dedos huesudos y pálidos. No esperaba visita: viste una túnica marrón clara con manchas por todos lados. Pide disculpas por su aspecto. Solo habla porque es amigo de la infancia de mi taxista, Abu Anwar; y esta es la única forma de llegar a la mayoría de las fuentes en este Irak pos-Sadam Huseín donde nadie se fía de nadie. La caída del dictador y la posterior guerra sectaria no han podido con la amistad que unía y une a estos dos conductores, uno chií y el otro suní.

Desde la caída de Mosul hace menos de un mes y la posterior proclamación del califato por parte del grupo Estado Islámico (EI), el ejército ha registrado dos veces las casas de Ahmed y de todo el vecindario en busca de armas y sospechosos de colaborar con los yihadistas. Este grupo ha sorprendido al mundo por su capacidad de penetración en Siria y su rápido avance en Irak, pero no tanto a la población iraquí, testigo directo de la evolución de esta bestia, que incluso se ha rebelado ante la hasta ahora intocable Al Qaeda (fundada por Osama bin Laden) para disputarle el puesto de mayor amenaza global y, sobre todo, para poder establecer un califato físico en el corazón de Oriente Medio. El EI nació en el 2004, un año después de la invasión estadounidense de Irak, con el nombre de Yama'at al Tawhid wal Yihad (Organización del Monoteísmo y la Yihad), y fue cambiando de denominación hasta llegar a la de Estado Islámico o Dáesh (en árabe, Ad Dawla al Islamiya, por lo que sus seguidores lo llaman, simplemente, Dawla, es decir, Estado). Diferentes denominaciones y diferentes líderes para una misma idea que ha ido cambiando de nombre pero nunca de objetivo: la restauración del califato y la vuelta a los tiempos del Profeta.

Ahmed reside en Gaziliya, un barrio de la periferia de Bagdad situado en plena carretera hacia la provincia de Al Anbar y dividido por un muro que separa a suníes y chiíes, las dos ramas mayoritarias del islam, que viven una auténtica guerra civil en Irak desde la caída de Sadam Huseín. Se trata de una de las paredes de cemento que los estadounidenses importaron para blindar sus bases, y que pronto comenzaron a usar también como empalizadas para separar a las dos ramas del islam en los pocos barrios mixtos en los que aún queda algo de mezcla entre suníes y chiíes.

«Desde el 2010 no hay problemas: cada uno vive en su lado y hay mucha presencia de las fuerzas de seguridad iraquíes. Los chiíes las ven como una garantía; nosotros, como una amenaza, porque funcionan como auténticas milicias: son auténticas milicias, no fuerzas regulares al servicio del país», denuncia sin tapujos Ahmed, suní, que no piensa moverse de un barrio donde ha vivido toda su vida, del que sí se ha tenido que ir Abu Anwar, chií, que ahora reside en las inmediaciones de la Ciudad al-Sadr, el gran bastión del chiismo en la capital. Nacieron a muy pocos metros de distancia, estudiaron

en la misma escuela y se casaron a edades parecidas, pero la guerra sectaria acabó con la convivencia.

De pronto, llaman a la puerta. Ahmed se levanta de un salto. El cigarro cae encendido sobre la alfombra. Corre a la puerta metálica, de la que cuelgan decenas de bolsas de plástico, y pregunta quién es. Una voz responde, y la tensión desaparece del rostro del taxista, que abre la puerta y deja pasar a un hombretón regordete y bigotudo que trae en la mano otra bolsa más de plástico con algo dentro. Ahmed da un grito y, al instante, aparece su hija desde detrás de una cortina y se lleva la mercancía. A los pocos minutos reaparece la niña, vestida con un chándal rosa de Barbie y cubierta con un hiyab negro, con un bizcocho de limón en un plato que pone sobre la mesa, y después vuelve a entrar, pero esta vez con cinco tazas de té y refrescos. Ahora ya puede empezar la entrevista.

—El barrio dormía cuando comenzaron a llegar vehículos y más vehículos hasta la plaza más céntrica —recuerda nuestro anfitrión—; los motores se detuvieron al mismo tiempo que los megáfonos saludaban a los vecinos: «Este es un mensaje para todos los jóvenes en edad de pelear que quieran derrocar al Gobierno infiel de Maliki. Hemos llegado a Bagdad y comienza la guerra por la liberación de la capital. ¡Uníos todos a la lucha contra los infieles!».

Al terminar estas palabras, comenzaron a sonar las *nasheed*, canciones de contenido religioso entonadas a coro que EI emplea en sus vídeos, y mensajes de audio con fines propagandísticos. Según las autoridades del califato, «las canciones y la música están prohibidas en el islam porque pueden hacer que uno deje de recordar a Dios y el Corán». Son una tentación y una forma de corromper el corazón. Una de las primeras medidas del grupo fue prohibir la música y el baile y destrozarse los instrumentos en las plazas de los pueblos por considerarlos «satánicos»; pese a ello, las *nasheed* suenan desde el primer instante como la auténtica banda sonora del califato.

—Es imposible describir el sentimiento que se apoderó de todos en la casa al escuchar esas palabras y las *nasheed* —recuerda Ahmed, que sigue fiel al cigarro pese al bizcocho y las bebidas—. Me asomé al ventanuco de la cocina y, desde allí, pude ver a varios hombres encapuchados, bien armados.

Los coches eran vehículos todoterreno y llevaban... llevaban la bandera negra del Dáesh, la misma que ondea en Faluya, Mosul, Tikrit o Al Raqa. Eran ellos. Tal y como prometieron tras capturar Mosul, hace unas semanas, habían logrado llegar a la capital para echar de una vez a los infieles del poder —narra sin poder contener la emoción pero sin levantar demasiado la voz.

Cada vez que acaba con una frase, mira a Flayeh al Mayali, mi traductor, y le hace un gesto para que traduzca palabra por palabra. No quiere que se pierda información de su relato. Flayeh, todo un profesional, se limita a traducir, y deja las interpretaciones —tan importantes en todas las entrevistas en esta parte del mundo— para cuando salgamos de la casa. Flayeh es chíí, de Diwaniya, y uno de los traductores más veteranos y experimentados de Bagdad. Fue uno de los miles de iraquíes becados por el Gobierno de Sadam Huseín para estudiar idiomas en el extranjero, y, en su caso, viajó a Madrid. Su español es perfecto y, además de saber traducir, es capaz de interpretar perfectamente cada situación, cada entrevista; un punto clave para cualquier occidental que quiera enterarse de algo en lugares tan complejos como el Irak pos-Sadam. «No me gusta esta gente, no me fío», repite una y otra vez cuando le pido trabajar en zonas suníes, aunque en esta ocasión, con la ayuda de nuestro taxista, parece cómodo y centrado. Desde fuera se puede juzgar esta actitud; sin embargo, cuando uno ha vivido la guerra sectaria en primera persona, con su familia expuesta a morir en un coche bomba en cualquier momento, es mejor callarse. Los discursos sobre la necesidad de una reconciliación nacional y demás eslóganes son propios de una comunidad internacional cuyos representantes viven atrincherados en la Zona Verde de la capital, con sueldos tan elevados como breves son sus misiones en Irak y, por supuesto, a salvo de los coches bomba. Las palabras sobran ante el muro de odio y desconfianza levantado a base de muertos por parte de las dos principales ramas islámicas del país. Solo el tiempo podrá curar la herida.

En julio del 2014, Bagdad es el nuevo objetivo de Estado Islámico, como insisten en cada mensaje que lanzan desde la caída de Mosul, la tercera ciudad más importante del país, con setecientos mil habitantes, y cuna de Nínive, una de las urbes más destacadas de la historia de Oriente Medio. Para

entender la irrupción de este grupo, hay que abrir una ventana al pasado y mirar la cadena de desastres que asolan a la región desde la invasión de Estados Unidos, en el 2003. Una ventana que nos permita mirar también a la vecina Siria, país que, desde la revuelta contra el régimen que estalló en el 2011, se ha partido en mil pedazos.

El EI es el último eslabón de la lista de formaciones radicales que surgieron con la misión de expulsar a las fuerzas estadounidenses y a sus aliados. Una vez lo hubo conseguido, el grupo puso en su punto de mira a los Gobiernos de Bagdad y Damasco. Bush dio la guerra por terminada el 1 de mayo del 2003, al proclamar «Misión cumplida» a bordo del portaviones *USS Abraham Lincoln*. Sin embargo, catorce años y doscientos mil civiles muertos después, según los datos de la organización Iraq Body Count, Irak se desangraba de nuevo y, esta vez, en compañía de Siria.

El 60 por ciento de los iraquíes sigue el chiismo duodecimano, el mismo que rige en el vecino Irán, frente al 30 por ciento suní, rama a la que pertenecía Sadam y que es la mayoritaria en el islam. Durante la dictadura de Sadam fue la minoría suní del país la que ocupó los puestos de poder, mientras que la mayoría chií se sentía discriminada y vio cómo sus principales líderes religiosos eran perseguidos y asesinados, lo que los llevó a buscar refugio en países como Irán.

En diciembre del 2012 y enero de 2013, las principales ciudades suníes de Irak empezaron a organizar protestas semanales contra el Gobierno de Nuri al Maliki, el político cuyo nombramiento como primer ministro de Irak había sido saludado como «un logro histórico» por Bush. El entonces presidente de Estados Unidos definió su elección en el 2006 como «un hito hacia la democracia de Irak», y envió a la toma de posesión en Bagdad a su secretaria de Estado, Condoleezza Rice, como demostración de su apoyo sin fisuras. Maliki personifica los problemas de un Irak dividido, y se le acusa de gobernar de forma sectaria, beneficiando a la mayoría chií del país, grupo por el que ha luchado toda su vida.

La chispa que hizo subir la temperatura de las movilizaciones suníes fue el intento de la Justicia de procesar al exministro de Economía y líder de esta rama del islam en Irak, Rafi al Isawi. Aquellos días del 2013, en los que se

cumplían los diez años de la invasión estadounidense, tuve la oportunidad de viajar a Bagdad. Fue muy difícil convencer a los medios con los que trabajo de la necesidad de regresar a Irak —el país había desaparecido de la agenda tras la retirada militar estadounidense—, pero al final pude ir allí a pasar cuatro días. La percha informativa era el aniversario de la invasión, pero entrevista a entrevista me di cuenta de que la entonces famosa Primavera Árabe de Túnez, Egipto, Libia, Yemen o Siria había llegado también en cierta forma a Irak. El ejemplo de las plazas abarrotadas pidiendo cambios políticos y libertad se podía ver cada viernes en Mosul y, sobre todo, en Ramadi y Faluya, ciudades de la provincia de Al Anbar convertidas en epicentro de las movilizaciones semanales. Estado Islámico de Irak, nombre que usaba entonces el grupo, estaba presente en la sombra en cada una de estas movilizaciones de los viernes.

A finales de la primavera de ese mismo 2013, EI cruzó la frontera siria, extendió sus operaciones al país vecino y pasó a llamarse Estado Islámico de Irak y el Levante (EIIL). En Siria, el equilibrio sectario es justo el contrario al de Irak, y es la minoría chií y alauí, rama del chiismo a la que pertenece la familia Al Asad, la que ostenta el poder, en detrimento de la mayoría suní; un factor que, para los yihadistas, se presentaba como garantía de éxito para acelerar su ofensiva. El problema radicó en que la sintonía entre insurgentes iraquíes y sirios se fue al traste con el paso de los meses, y estalló una guerra interna que atomizó aún más a la oposición, debilitada ante un régimen firmemente apoyado por Irán y Rusia. El EI fue uno de los grandes triunfadores en esta guerra interna, y su bandera negra comenzó a izarse en las zonas que quedaban fuera del control del Gobierno. El negro de la yihad, de la guerra santa, dejaba en segundo lugar la lucha por una nueva Siria, a la que sustituía por la construcción del califato. Los mandos del Ejército Libre Sirio (ELS), principal facción armada opositora en los primeros días de la revuelta, alertaron de este giro radical que se estaba produciendo entre las fuerzas opositoras; sin embargo, cuando estos esperaban obtener el compromiso de Estados Unidos para la llegada de armas y equipamiento, lo único que recibieron fue una oferta para «entrenar a treinta combatientes por mes». Después de dos años de guerra, la calificada desde el exterior como

«oposición moderada» carecía de medios, y seguía sometida a un embargo de armas por parte de Europa y Estados Unidos. El caos interno y la falta de ayuda externa aceleraron las deserciones de combatientes que se habían enrolado en las filas islamistas, «sobre todo, porque sabían que allí contarían con armas y municiones», alertaban los mandos del ELS cada vez que se les preguntaba por la situación en sus filas.

El levantamiento sirio contra Al Asad discurría en paralelo a las protestas semanales en Irak, y el clima belicoso se contagió con rapidez. Las autoridades de Bagdad ordenaron la evacuación de las acampadas de protesta suníes, pero, cuando las fuerzas de seguridad cargaron en el centro de Ramadi y Faluya, se encontraron con la respuesta armada de EI, que se erigió como defensor de las movilizaciones. Los yihadistas aprovecharon la situación: dieron un golpe sobre la mesa y obligaron a ejército y policía a retirarse de estas ciudades en apenas cuarenta y ocho horas. El califato daba sus primeros pasos: tomaba el pulso a unas fuerzas de seguridad sin demasiada motivación para defender unas ciudades en las que se las veía como fuerzas invasoras. Con el paso de los meses, este grupo había logrado monopolizar el odio y las ansias de venganza de la minoría suní, arrinconada desde la invasión de Estados Unidos y, sobre todo, apartada del poder que había ostentado durante el mandato de Sadam.

La provincia iraquí de Al Anbar fue la primera piedra, la base de un califato que en pocos meses se lanzó a por el resto de bastiones suníes de Irak de forma progresiva. «Con el permiso de Alá, no cesaremos esta serie de benditas conquistas hasta que Dios cumpla sus promesas o nosotros muramos», rezaba el comunicado colgado por los yihadistas en las redes sociales tras la «liberación» de Mosul, el 10 de junio del 2014. El grupo radical cumplió su palabra, veinticuatro horas más tarde, con la toma de Tikrit, ciudad natal de Sadam Huseín situada a 160 kilómetros al norte de Bagdad, y de la vecina Baiji, donde se encuentra la principal refinería de petróleo de Irak. Apenas un año después de que los yihadistas decidieran unificar los frentes de Irak y Siria con la idea de establecer allí su califato, estos vivían su mejor momento y eran dueños de la frontera entre los dos países, una zona desértica y porosa demasiado alejada de Damasco y Bagdad.

Tras ocho años de trabajo en la sombra en Irak, reivindicando atentados y masacres múltiples en el nombre de Alá y bajo diferentes siglas, la toma de Mosul elevó hasta los altares yihadistas a Al Bagdadi. Poco se sabe de la biografía de este religioso por cuya cabeza Washington ofrecía diez millones de dólares, cantidad que subió a veinticinco al autoproclamarse califa. En su orden de búsqueda y captura, se podía leer que «nació en Samarra, al norte de Bagdad, en 1971; tiene ojos marrones, barba y pelo corto». Apenas había dos imágenes suyas y nunca aparecía en vídeos, a diferencia de Osama bin Laden o de su sucesor al frente de Al Qaeda, Ayman al Zauahiri. El *modus operandi* de esta especie de Jeque Invisible (sobrenombre por el que lo conocían sus seguidores) le sirvió para erigirse en la nueva gran figura del yihadismo mundial. Al Bagdadi estaba al frente de un grupo que, aunque nació para combatir la ocupación de Estados Unidos, pronto se convirtió en el estandarte suní en la guerra sectaria que asoló al país. Este fue el escenario en el que entró en escena el califa, quien estuvo preso en la cárcel de Camp Bucca, en el sur del país, en los primeros años de ocupación estadounidense.

Desde el primer día, Al Bagdadi perseguía un fin tangible, un Estado en el que imponer la *sharí*a (ley islámica) e izar una bandera, lo que le hizo ganar muchos adeptos entre los seguidores de la yihad y sus financiadores, hasta entonces acostumbrados a la clandestinidad de Al Qaeda. Al líder de Estado Islámico no le importó desafiar la autoridad de Al Zauahiri. El médico egipcio le pidió que saliera de Siria y dejara combatir allí al Frente al Nusra, el brazo armado reconocido de la organización, pero Abu Bakr no solo no le hizo caso, sino que, además de pelear contra el presidente sirio, Bashar al Asad, también inició su lucha contra el resto de los grupos opositores. Su objetivo era consolidar su hegemonía en las zonas liberadas, donde impuso el islam con mano de hierro, de manera similar a como lo hizo el emirato establecido por los talibanes en Afganistán antes de la invasión de Estados Unidos del 2001. La mejor comparación posible del islam de EI es el emirato de los talibanes en Afganistán.

Tras la toma de Mosul en junio del 2014, el Gobierno de Irak estaba fuera de juego y el ejército en plena estampida, y fueron las autoridades religiosas chiíes las que reaccionaron. El gran ayatolá Alí al Sistani, su clérigo más

importante, realizó un llamamiento a tomar las armas contra los yihadistas. «Los ciudadanos que pueden llevar armas y luchar contra los terroristas para defender a su país, su pueblo y sus lugares santos deben ofrecerse voluntarios y enrolarse en las fuerzas de seguridad para cumplir con este objetivo sagrado», declaró en nombre de Sistani un ayudante del religioso en la ciudad santa de Kerbala, en un discurso en el que calificó de «mártir» a todo aquel que muriera en esta lucha. Las palabras de este clérigo de ochenta y tres años son siempre órdenes directas para sus seguidores, por lo que los camiones con voluntarios se pusieron pronto en camino hacia ciudades como Samarra, a 130 kilómetros al norte de Bagdad, donde ya se habían producido los primeros choques entre yihadistas y milicias chiíes. Esta urbe es un punto clave en el conflicto religioso interno que sufre el país, ya que allí se encuentra la mezquita chií de Al Askari, la misma de gran cúpula dorada que sufrió un atentado en el 2006, detonante de la primera guerra sectaria. Desde el fallecimiento del gran ayatolá Hosein Alí Montazerí en Qom (Irán) en el 2011, Alí al Sistani era el único religioso con estatus de *marya' taqlid* (fuente de ejemplo) dentro de esta rama del islam, mayoritaria en países como Irak e Irán. Desde la invasión de Estados Unidos, sus intervenciones han resultado siempre decisivas para el control de la parte del país chií, y volvieron a serlo para frenar al califato.

Además de Al Sistani, también el vecino Gobierno de Irán, donde el 89 por ciento de la población es chií, movió ficha, y el presidente, Hasán Rohaní, declaró que «la República Islámica no tolerará esta violencia y terrorismo [...] combatiremos el extremismo en esta región y en todo el mundo». Irán fue el primer país extranjero en reaccionar ante una amenaza que pronto se convertiría en global, a raíz de los ataques en Occidente y de la ejecución de rehenes estadounidenses o británicos.

Tras la toma relámpago de Mosul y Tikrit, los yihadistas penetraron también en la provincia de Diala. En cada uno de estos ataques, las fuerzas de seguridad se retiraban de sus posiciones sin ofrecer resistencia y dejando enormes arsenales de armas en manos enemigas. El objetivo final entonces, en 2014, según sus portavoces, es llegar a Bagdad, y la capital se prepara ahora para esa posible ofensiva con un fuerte despliegue de tropas en todos

los accesos.

En medio de este clima apocalíptico en Bagdad, trato de hablar con Ahmed de lo vivido en las últimas horas en su barrio. Nervioso y con miedo de que alguien haya visto entrar a un extranjero en su casa, me pide que vayamos a dar un paseo para que no parezca que lo nuestro es algo secreto. Acepto. Nos ponemos en pie y, tras volvernos a poner el calzado en la puerta de la casa, bajamos por las escaleras estrechas de acceso y caminamos por Gaziliya, donde aún están abiertas las heridas de la guerra sectaria. A pocos metros de la casa hay una mezquita chií destruida. Ahmed camina a paso muy lento, está a la defensiva y reflexiona en voz alta:

—Aquí somos nosotros, los suníes, los que tenemos miedo, no ellos. Es imposible un levantamiento en Bagdad como el de Mosul y Tikrit, y es que no podemos ni movernos, pero que nadie ponga en duda que lo que está viviendo nuestro país estos días es una revolución en toda regla.

—¿Al estilo de lo que se ha vivido en Túnez, Egipto, Libia, Siria o Yemen? —pregunto, intentado establecer una conexión con la llamada Primavera Árabe, que en el 2011 afectó a estos países árabes y culminó con la caída de todos sus dirigentes, excepto de Bashar al Asad.

A lo que Ahmed me responde:

—Lo de Irak va mucho más lejos que un simple cambio político porque estamos hablando del establecimiento de un califato, un punto de referencia para todos los musulmanes del mundo. Yo creo que esto es imparable.

Caminamos por la calle principal, que está desierta. Los comercios tapan sus escaparates con telas para proteger la mercancía del sol, y, aunque no se ve gente, uno tiene la sensación de que hay mil ojos observando aquí y allá. Ahmed lo sabe, y por eso pone fin pronto al paseo y regresamos hacia su casa. El coche está aparcado cerca, junto al puesto de control de la entrada. El Dodge de color amarillo chillón es inconfundible. A simple vista, se trata del peor coche posible para pasar inadvertido (que sería lo más conveniente en este Bagdad), pero se ha puesto de moda y, por tanto, ha dejado de ser algo exótico en las carreteras de la capital. Al pasar por una pequeña plaza, Ahmed señala la parte central.

—Aquí pasó todo. Los coches estaban parados junto a esta farola para

que todos los vecinos pudiéramos verlos y escuchar sus mensajes. Fue muy rápido, apenas unos minutos... —No termina la frase y sigue caminando hacia su casa, esta vez con paso más ligero.

No subimos. La despedida es a pie de escalera y bajo el tipo de sol sin piedad que castiga Bagdad durante días y días, sin descanso.

—Cinco jóvenes respondieron a la llamada. Bajaron de sus casas y se acercaron a los coches para unirse a la lucha contra el Gobierno y formar parte de la revolución —susurra Ahmed mientras me estrecha la mano. Los ojos se le llenan de lágrimas y me aprieta con fuerza—. Los encapuchados les pidieron que fueran ellos mismos quienes tomaran los megáfonos para llamar a más amigos y conocidos que quisieran enrolarse en la guerra santa, pero no bajó nadie más.

Ahmed no quiere seguir hablando. Se despide con gesto serio. Sube los escalones metálicos que llevan a su casa y cierra la puerta. Escucho el ruido del cerrojo y me giro hacia Flayeh y Abu Anwar, que saben el final de la historia. Los cinco jóvenes de Gaziliya subieron a los coches, y la columna de vehículos abandonó el barrio en plena noche. Salieron a toda velocidad, pero en dirección a Ciudad al Sadr, el gran bastión chií de Bagdad, y no hacia el prometido califato. Milicianos de Asaib Ahl al Haq (Liga de los Justos) disfrazados de yihadistas les habían tendido una trampa, como hicieron esa misma noche en otras zonas suníes en busca de simpatizantes de Estado Islámico. Todos saben que nunca regresarán a sus casas. Cinco nombres más para la lista interminable de desaparecidos, porque Irak, desde el 2003, es el país de los desaparecidos, y la recién nacida guerra contra el califato hará que la lista aumente aún más. ¿Hasta cuándo?

## 2

### MOSUL

# LA GRAN BATALLA

*Octubre de 2016*

Las cosas se ven muy diferentes cuando estás dentro de un conflicto y cuando estás fuera de él, aunque conozcas muy bien el lugar. La lejanía distorsiona y provoca sensaciones que muchas veces no coinciden con la realidad. Personalmente, me pongo de los nervios cuando algo fuerte estalla en la región y no estoy allí. Después de más de dos años, parece que empieza la guerra con mayúsculas y que, por fin, Irak vuelve a «vender», es decir, que los medios vuelven a prestar atención a la guerra contra EI. Una guerra que vi estallar en Bagdad en sus primeros días y que ha ido entrando y saliendo de las agendas mediáticas en función de los golpes que el grupo ha dado, sobre todo en forma de atentados, en Occidente. Una guerra que nos abre las puertas a las zonas liberadas de manos de un EI con quien era imposible trabajar, hecho que ha mantenido al califato como un enorme agujero informativo, del que todos hemos hablado pero que casi nadie conocía. El primer lugar del califato que pude pisar tras su liberación, hace poco más de un año, fue Palmira, una ciudad histórica —aunque no tan relevante como

Mosul, que ya representa palabras mayores pues encarna el gran símbolo de poder de los yihadistas— en el desierto de Siria.

Así, luego de varios días de cavilaciones, de dar vueltas y más vueltas para tratar de convencer a los medios de la importancia de este momento, aterrizo en Erbil. Se cumple una semana del inicio de la operación para recuperar el control de Mosul. El primer ministro, Haider al Abadi, fue el encargado de dar la luz verde, el día 17 de octubre, al inicio de una ofensiva que llevaba meses anticipando, y los bombardeos de artillería y de la aviación fueron los protagonistas de esas primeras horas que yo tuve que seguir a través de los medios locales, las agencias y las redes sociales. «La hora de la victoria ya está aquí, y las operaciones para liberar Mosul han empezado», declaró el mandatario en un mensaje a la nación en el que se dirigió de forma especial al millón y medio de civiles que quedaban en Mosul para decirles que había llegado el momento de «las operaciones victoriosas para liberarlos de la violencia y del terrorismo del Dáesh». El general estadounidense al frente de la alianza internacional formada para combatir el yihadismo, Stephen J. Townsend, adelantó que la operación «probablemente durará semanas, posiblemente más», sin atreverse a dar una fecha aproximada.

Ahora unos treinta mil hombres del ejército, los *peshmerga* kurdos y milicias locales suníes avanzan por el sur, este y norte con el objetivo de rodear Mosul y cortar, así, todas las posibles vías de escape de los seguidores del califa. Los mandos militares insisten en que el plan consiste en realizar una operación por fases que finalizará con la entrada de las fuerzas regulares iraquíes —el ejército y la policía— a las calles de la ciudad. Se trata de una medida que busca rebajar la tensión sectaria y étnica que rodea a esta misma operación, de la que se ha apartado en un primer momento a las milicias chiíes, decisivas en las liberaciones de otros lugares en manos del califato como Tikrit, Faluya o Ramadi, pero a las que acusan de cometer excesos contra la población civil de la rama rival. Aunque Mosul es una ciudad mayoritariamente suní, antes del califato contaba con numerosas minorías, por lo que las autoridades aspiran a mantener ese equilibrio después de la caída de EI.

Tras el derrocamiento de Sadam Huseín en el 2003, Mosul se convirtió en

uno de los grandes bastiones de la insurgencia liderada por Al Qaeda, y once años más tarde abrió sus puertas a los seguidores del califa. Es por esta razón que hoy el gran desafío para el Gobierno de Bagdad, en manos de la mayoría chií, es meterse en el bolsillo a la población local, lograr hacer realidad el eslogan de «ganar la batalla a través de las mentes y los corazones» que el general estadounidense David Petraeus intentó aplicar en Afganistán cuando Barack Obama recurrió a él de forma desesperada. Estados Unidos calcula que pueden quedar entre 4.500 y 8.000 combatientes para defender Mosul, aunque, eso sí, están atrincherados entre un millón y medio de civiles, lo que complicará mucho los enfrentamientos.

Los mandos militares han decidido repetir la estrategia empleada en otros lugares como Faluya, y por eso no cierran el cerco. La salida occidental de la ciudad hacia la región de Al-Yazira, que conduce a Siria, «permanecerá vacía» para que los yihadistas puedan dirigirse al país vecino, según el plan desvelado por el jefe del Comité de Seguridad del Consejo de la provincia de Nínive, Mohamed al Bayati. Esto sirvió meses antes en Faluya para que los yihadistas se replegaran en suelo sirio sin apenas oponer resistencia, pero en Mosul parece ser mucho más complicado. Desde la vecina Siria, ni el Gobierno de Damasco ni sus aliados se quedan callados; y Hasán Nasralá, líder de Hizbulá, milicia chií que combate junto al ejército sirio, alertó durante un discurso público del «plan engañoso» de Estados Unidos en Mosul, que para el religioso libanés consiste en «abrirle un camino a EI para que escape a Siria».

Mientras los militares trazan sus líneas y hacen sus cálculos, la coordinadora humanitaria de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) para Irak, Lise Grande, pone sobre la mesa la posibilidad de que se produzcan «importantes movimientos poblacionales» cuando los choques lleguen al centro urbano, y por ello adelanta que «las agencias humanitarias preparan refugios en tres regiones prioritarias en el sur de Mosul, donde serán albergados los primeros desplazados».

Después de una semana de combates, los mandos estadounidenses se felicitan por «el nivel de cooperación y coordinación» entre iraquíes y kurdos, que avanzan y cumplen los objetivos previstos de una forma más

rápida de lo planeado. Desde que Obama ordenó el inicio de las operaciones contra EI en el verano del 2014, Estados Unidos lidera una coalición internacional que se encarga de dar cobertura aérea, y también colabora en materia de inteligencia y preparación con las fuerzas kurdas y el Ejército de Irak. El despliegue de fuerzas de combate sobre el terreno es una línea roja para la Administración Obama, y, aunque Washington califica el asalto de Mosul como «un golpe definitivo» a EI, confía en su victoria militar sin tener apenas soldados en el campo de batalla. Este es un planteamiento radicalmente opuesto a la política de Bush, quien llegó a contar con 170.000 hombres en Irak durante el momento álgido de la invasión de ocho años en la que el ejército estadounidense sufrió más de 4.000 bajas. El portavoz del Pentágono, Jeff Davis, admite la presencia de «entre cien y doscientos soldados» estadounidenses en la batalla por Mosul: una presencia simbólica con la que se trata de ceder todo el protagonismo a las fuerzas locales, que luego serán las encargadas de mantener la seguridad. Nadie duda de la victoria final. Es solo cuestión de tiempo, y por ese motivo algunos expertos en la lucha antiterrorista, como Patrick Ryan y Patrick Johnston, alertan de las posibles consecuencias en un artículo publicado en la web especializada *War on the Rocks*:

El EI repetirá lo que ya hizo en el pasado y, tras la derrota, desaparecerá del primer plano. Desactivará y dispersará a sus milicias y reforzará sus aparatos de inteligencia, seguridad y finanzas. Lo más sencillo será la victoria militar, y por eso hay que reforzar desde ahora el trabajo de inteligencia: para poder detectar y destruir posteriormente toda la red de actividades ilegales del grupo.

Nadie parece hacer caso a estos consejos en mitad de los combates. No es ninguna novedad: tampoco se atendió a los informes de los expertos sobre la inexistencia de armas de destrucción masiva en Irak en el 2003. ¿Por qué no se escucha antes de tomar decisiones tan importantes?

Washington también debe lidiar con las tensiones sectarias y étnicas entre los diferentes actores que combaten sobre el terreno. Como ocurre en Siria o Yemen, las potencias regionales han convertido Irak en una guerra subsidiaria (una guerra que libran terceros actores, *proxy war* en inglés) en la

que Irán, aliado del Gobierno de Bagdad y padrino de las milicias chiíes, Arabia Saudí, respaldo de la minoría suní, o Turquía, próxima a los suníes y a la minoría turcomana, tratan de aumentar su esfera de influencia y de estar en la mejor posición posible para ganar terreno tras la caída del califato. Desde 1991, la región autónoma kurda (el Gobierno Regional del Kurdistán, KRG, por sus siglas en inglés) ha mantenido estrechos vínculos con Estados Unidos y con el Gobierno de Ankara, pero hoy en día los kurdos combaten por su seguridad y por la ampliación de sus fronteras, no por el futuro de Irak, y solo están dispuestos a avanzar hasta llegar a las fronteras de lo que consideran el «Kurdistán histórico».

«Pese a la buena coordinación inicial entre iraquíes y kurdos, preocupa, y mucho, el futuro de Mosul tras el califato» es lo primero que me dice Mohamed Kaki, mi «padre» kurdo, tras recibirme en el Aeropuerto Internacional de Erbil. Se respira una atmósfera de euforia general por el rápido avance, y las voces optimistas piensan que la caída de Mosul es pan comido. Nadie quiere perderse el que se presenta como el momento más importante de la guerra contra EI, y en mi mismo vuelo llegamos periodistas de todo el mundo. A pesar de la crisis en el sector, los medios siguen gastando dinero cuando se produce una gran noticia, y esta lo es. En cada *breaking news* ocurre lo mismo, y normalmente también nos vemos los mismos. La misma urgencia, las mismas ganas de los medios de firmar o mostrar su logotipo en el punto más «caliente» del momento (aquella zona que más titulares genera), sobre todo las televisiones, los mismos precios de traductores y conductores disparados por la prisa y el poderío de los que tienen más recursos... El circo se pone en marcha, y los periodistas somos los payasos en busca de nuestro minuto de gloria, nuestro gran reportaje que nos lleve a ganar premios o a escribir libros por contar el sufrimiento de cientos de miles de personas. Imposible ponerse en su lugar. Lo intento, pero es realmente imposible. Empieza el desfile de cascos y de chalecos antibala con la palabra *Press* para hacerse la foto o grabar la entradilla ante la cámara. Cuando pasan los minutos y aprieta el calor, la gente se quita el casco y, cuando el reloj avanza un poco más, hasta se retira las placas de protección de los chalecos para hacer más llevadero el disfraz. Con los compañeros

gráficos que van a primera línea es diferente: ellos sí necesitan pertrecharse para ir a la guerra, pero son una minoría dentro de la tribu.

La entrada más sencilla a Irak para llegar a Mosul es Erbil, porque en la región autónoma kurda los extranjeros no necesitamos visado. En la sala de espera del aeropuerto está Kaki, ese abogado enamorado de España desde su paso por Madrid en los ochenta, perfectamente trajeado y con los zapatos impolutos. Tiene su Toyota Camry listo para ir al frente, pero habrá que esperar a mañana. Pasamos por el Hotel Chwar Chra a dejar las cosas (ya no hace falta reservar con antelación pues la ciudad está llena de alojamientos de todos los precios y clases posibles) y después caminamos hasta la fortaleza de la ciudad. Kaki, de sesenta y largos años, tiene problemas de espalda, y el médico le ha recomendado caminar y nadar, así que damos la vuelta a la ciudadela mientras cae el sol y hablamos y hablamos sin parar de Irak y de España. Mezclamos pasado y presente; cualquiera sabe qué nos depara el futuro.

Por la mañana, salimos temprano en dirección a Mosul. Los puestos de control kurdos son fáciles de superar: basta con dar el nombre a los mandos *peshmerga* para tener su visto bueno. Se los ve eufóricos y agradecidos por la presencia extranjera. El presidente kurdo, Masud Barzani, quiere redibujar las fronteras de la región autónoma y aplica la estrategia de los hechos consumados. Zona que liberan sus fuerzas, zona que queda bajo su control: una anexión *de facto*. El primer objetivo que nos marcamos es llegar hasta Sheij Mir, y lo conseguimos sin demasiada dificultad. Por el camino, al superar el río Jazer dejamos a un lado una enorme explanada, en la que excavadoras y operarios trabajan contra reloj para establecer un campo para los civiles que escapen de Mosul. En Sheij Mir, una especie de aldea fantasma, encontramos a Huseín Ali, que volvía a su casa después de más de dos años desplazado en Erbil. Cada vez que visito un lugar liberado, la impresión de desolación es la misma. La herencia de EI es abandono y silencio sepulcral. En estos lugares, el tiempo se detuvo con la entrada de los yihadistas en junio del 2014, y la mayor parte de su población huyó. Su retorno no será sencillo, principalmente debido a la delicada situación de seguridad y a la falta de servicios. Los *peshmerga* vigilan el acceso principal

a la sombra de un blindado del Ejército de Irak reventado por los yihadistas. Saludan al pasar y señalan al cielo con una sonrisa, pero no es un gesto de agradecimiento a Dios. El zumbido de los aviones de la coalición liderada por Estados Unidos es constante, y a lo lejos se oyen fuertes explosiones. Esta es la «ayuda divina» para facilitar el avance terrestre. Solo la familia de Huseín se ha decidido a traer un camión e intentar rescatar todo lo rescatable de su casa. «Salimos a la medianoche con lo puesto y nos fuimos lo más rápido que pudimos», recuerda Huseín mientras insiste en mostrarnos la sala para invitados de la vivienda, que EI parece haber usado de gimnasio. Máquinas de musculación, mancuernas, esterillas para abdominales... un gimnasio completo con el que no sabe qué hacer. Lo que lamenta es la falta de los sofás, el televisor panorámico o el reloj de pared. Damos un paseo por el resto de las habitaciones y conocemos los lugares de descanso de los yihadistas, de los que parece que han salido corriendo, pues aún pueden verse varios pares de botas y platos con macarrones. En el suelo de los cuartos hay ejemplares del semanal *Al Nabá* (en árabe, «noticia»), en los que se informaba de las «continuas conquistas del Dawla», y trípticos de propaganda para convencer a los milicianos de las virtudes de la guerra santa y el martirio. Los suicidas son el arma más importante, y para ellos deben predicar hasta la saciedad las virtudes de hacerse volar por los aires contra el enemigo, una operación que asegura el acceso directo al paraíso y el goce de setenta y dos vírgenes para el mártir. «Han dejado las casas vacías, pero al menos la mía está en pie; hay otras que no», se consuela Huseín, sudoroso, mientras saca muebles y colchones y los sube al camión. El suelo está repleto de casquillos. Su intención es «volver lo antes posible, aunque para ello es imprescindible tener seguridad. Confiamos en las fuerzas kurdas y esperamos que logren llegar lo antes posible a Mosul», apunta este vendedor de pollos que, como los *peshmerga* de la entrada, señala al cielo y se le dibuja una gran sonrisa cuando el zumbido de los aviones estadounidenses parece más próximo («Eso es bueno, muy bueno para nosotros»). Camino entre las casas vecinas, abandonadas, y una vez más trato de ponerme en el lugar de gente como Huseín. Como siempre, es imposible. Yo habría intentado llevar a mi familia a no menos de 2.000 kilómetros de aquí y, por supuesto, sin billete de

vuelta.

Sheij Mir es la historia del primer día, es el pedazo de realidad que puedo aportar a las noticias de esas fechas. Es lo que en el periodismo llamamos «el color», que normalmente queda siempre como tema de apoyo a una sesuda crónica principal en la que priman la información y las opiniones de expertos. Y es una pena, porque no creo que pueda encontrar mejores expertos en EI que Huseín y su familia.

Kaki conduce de vuelta a Erbil y casi no habla. Aunque ya hace tres años de la muerte de su único hijo a causa de una enfermedad, todavía no ha superado el luto, y en cuanto tiene oportunidad repasa el rosario de operaciones que sufrió el pobre en Irak, Turquía y Líbano. Estos viajes y entrevistas lo ayudan a pensar en otra cosa; repentinamente, sin embargo, un sonido, una canción en la radio, una palabra, un olor, una mirada... le recuerdan a su hijo, y sus ojos se ponen rojos. Yo me callo. Llegamos al hotel, donde vemos que ya están fuera todas las mesas, preparadas para la cena de la noche. Hoy parece que también hay concierto, así que habrá que cerrar bien la ventana del cuarto para poder dormir.

Cada día repetimos el mismo ritual: Kaki espera en el vestíbulo a primera hora de la mañana, yo bajo del cuarto y nos tomamos un café (o algo parecido, al menos en el color). Se trata de agua hirviendo mezclada con unos polvos de color marrón que aquí llaman «café», aunque tengo mis dudas sobre su verdadera naturaleza. Ya conocemos los puestos de control kurdos, así que marcamos en el mapa los nombres de otros dos lugares recién liberados, Bazkertan y Tarjila. No hay apenas tráfico en dirección a Mosul, pero en sentido contrario cada vez se ven más coches y furgonetas de gente que huye en busca de refugio hacia el Kurdistán. Las aldeas a las que nos dirigimos están situadas en zonas altas y estratégicas, desde las que se puede controlar la carretera principal que une Erbil con Mosul.

Paramos el motor, abrimos las puertas y el hedor se nos mete hasta el estómago. En Bazkertan huele a muerte. Los cuerpos de los yihadistas se pudren al sol entre los escombros de las casas en las que se atrincheraron. Un vecino se acerca a uno de ellos y, con la nariz tapada con un pañuelo, se agacha a su lado para fotografiarlo de cerca con el teléfono. Esa foto de un

yihadista anónimo no tardará en estar en las redes. El olor de los cuerpos lleva directo a una puerta metálica de color rojo que, por fuera, parece la entrada a una pequeña caseta, pero en realidad da acceso a un túnel que une este punto con la mezquita de la aldea. Aunque odio entrar en este tipo de lugares, tengo curiosidad. La primera parte del corredor es una zona de vida, con frigorífico y cocina. Una bandeja con huevos intactos sobre la mesa y un armario con víveres demuestran que los seguidores del califa han aguantado hasta el último momento en este escondite. El templo está blindado con sacos terreros: es una especie de enorme trinchera con las paredes forradas por la propia tierra extraída al excavar. En el interior de la mezquita nos encontramos con tres hombres que inspeccionan el lugar. «Son unos cobardes, unos auténticos cobardes. Mucho hablar de religión, y luego convierten la casa de Alá en la casa de la guerra; todo porque saben que los aviones no van a bombardear mezquitas», denuncia Faisal Mahmud, que, aunque va vestido de civil, se presenta como mando *peshmerga* en operación de reconocimiento. El socavón dentro de la mezquita es espectacular: la vista se pierde en la oscuridad. «No se puede entrar, podría haber trampas. Hay que esperar a que pasen los especialistas en explosivos», advierte Faisal mientras apunta con la linterna de su teléfono hacia la inmensidad del agujero. Las ventanas están tapadas con mantas y hay pequeños boquetes abiertos para facilitar el trabajo de los francotiradores. Los mandos militares esperan que este tipo de túneles sean cada vez más sofisticados a medida que la batalla se aproxime al interior de Mosul. Estos hombres no tienen prisa y van a revisar la aldea casa por casa, así que nos despedimos y les dejamos el teléfono por si encuentran algo que les parezca llamativo. He perdido la lista de gente a la que le he ido dejando mis números en un país y otro, y lo cierto es que hay casos en los que funciona.

A muy pocos kilómetros de Bazkertan, en Tarjila, Sadam Ibrahim remueve los escombros de lo que fue su casa para intentar rescatar alguna de sus pertenencias. Le digo a Kaki que estamos de suerte, pues encontrar gente en estos poblados fantasma es un milagro, y también lo es trabajar sin otros periodistas cerca. La gente está tan ocupada por llegar al frente que se olvida de las historias que mejor reflejan lo que supone el paso de EI por un lugar.

La vivienda de este hombre, situada en un alto, la convirtieron los yihadistas en una especie de torre de control conectada a través de un túnel con la mezquita, lo mismo que acabamos de ver en Bazkertan. «Esto lo ha hecho la aviación. Los hombres del Dáesh vivían bajo tierra, y desde allí parece que intentaron atacar a los *peshmerga*... y ya ves el resultado», lamenta resignado Ibrahim, mientras camina hacia la salida de uno de los túneles para demostrarnos que sus palabras son ciertas. «Pensábamos regresar en cuanto la aldea fuera liberada, pero nuestra casa ya no existe. Sabemos que no tendremos ayuda de ningún tipo. Estamos vivos, y eso es lo más importante. Tendremos que empezar de cero, como si tuviéramos un nuevo calendario en el que los días comenzaran a correr tras la caída de EI», asegura este conductor de una empresa de transportes, al que su mujer y sus dos hijos acompañan en la labor imposible de rescatar algo valioso entre tanto escombros.

Volvemos a Erbil y vemos que el campo para desplazados de Jazer ya está casi terminado. Es increíble la rapidez con la que trabajan. Levantan tiendas y más tiendas hasta donde se pierde la vista. Tengo la misma sensación que cuando estás en la playa y ves nubarrones a lo lejos y empieza a soplar el viento. La tormenta está cerca.

Después de trabajar en aldeas liberadas por los kurdos, en la tercera jornada nos llega la hora de cruzar a la zona bajo control del Ejército de Irak, y esto pone nervioso a Kaki, que desconfía de los iraquíes. Todo el camino, desde Erbil hasta el último puesto de control, se lo pasa repitiendo que únicamente se siente seguro cuando ve la bandera kurda cerca. Solo se fía de los kurdos. No importan las quejas, porque los dos sabemos que debemos cruzar al otro lado, a ese lugar donde no habrá banderas kurdas y donde estaremos rodeados de iraquíes, para su desgracia e intranquilidad.

Superamos los pueblos en los que ya hemos trabajado. Es impresionante cómo lugares que han sido protagonistas de las noticias pasan al olvido absoluto en apenas cuarenta y ocho horas. Ya a nadie le importa esa gente que rebusca entre los escombros, o los muertos que se pudren al sol. Se quedan solos con sus desgracias. En cuanto tratamos de acceder a Bartela, nos paran en el puesto de control iraquí y nos piden una carta del Ministerio

de Defensa. ¿Carta? Se ve que aquí no es suficiente con poner tu nombre en una lista. Los soldados en el puesto de control nos indican que es necesario tener, al menos, el visto bueno de un cuartel del ejército iraquí anexo al campo de refugiados de Jazer, el mismo que hemos visto nacer estos días. Retrocedemos hasta allí y tomamos una carretera de tierra que discurre paralela a la verja que rodea el campo. Impresiona el trabajo sin descanso que llevan a cabo para poder crear más y más calles para las tiendas. ¿De verdad piensan llenar esa enorme superficie?

Los guardias de la puerta de la base no quieren dejarnos pasar. Preguntan si tenemos alguna cita concertada. La primera reacción de Kaki es darse la vuelta. No le doy tiempo y bajo del coche. Me dirijo al soldado y le explico con mi árabe macarrónico lo importante que es para el ejército que su trabajo en la lucha contra el Dáesh tenga repercusión mundial. No sé lo que ha entendido o si solo le doy pena, pero hace una llamada. El «no» inicial se convierte en un «Pueden pasar, y hablen con el jefe». En estos países no existe el «no». La base militar es un gran vertedero al aire libre; los barracones parecen de la era de Sadam o anteriores; y los jóvenes de la División de Oro, las fuerzas especiales iraquíes entrenadas por Estados Unidos, apuran sus cigarros en los lugares donde hay un poco de sombra. Chapurrean algo de inglés, están pertrechados con armas modernas y uniformes limpios, y meten en cada frase algún «*fuck*». Después de preguntar a tres jóvenes distintos, acabamos en el sitio que buscamos. En la puerta nos piden calma, silencio y paciencia. El problema es que, como suele ocurrir en este trabajo tantas veces, no podemos perder el tiempo a la espera del permiso, y, si no llega, hay que pensar en un plan B para poder alimentar a la «bestia» en esa jornada. Cuando se trabaja en *breaking news*, en multimedia y para diferentes medios, hay que producir rápido para cumplir con los plazos de entrega, y variado, de tal forma que una noticia o reportaje tenga su versión para prensa, televisión y radio, y te ofrezca también recursos suficientes para poder mover el tema en las redes. La cabeza avanza más rápido que los hechos, y hay que aprender a rodear los muros que no puedes saltar o las puertas que no puedes abrir.

Los jóvenes de la puerta no nos dejan pasar, pero debemos hacerlo. El

ambiente es relajado, demasiado relajado: no se percibe tensión en la actitud de los militares, así que hay que insistir e insistir. Le pido a Kaki que les cuente su experiencia como soldado de Sadam, los momentos que pasó detenido en Kuwait, y que trate de ablandarles el corazón. Los soldados no tardan en formar un corro en torno al veterano traductor, que los encandila con su historia: les narra las miserias de aquellos días, la búsqueda desesperada de su hermano, capturado por las fuerzas enemigas, y cómo terminó de traductor de la Cruz Roja Internacional después de ser detenido también por los kuwaitíes. Un periplo de varios meses tras el que fue puesto en libertad y pudo regresar a su casa, en Kirkuk, donde, para su sorpresa, se reencontró con su hermano perdido, que había logrado escapar de forma milagrosa. ¿Cómo no va a funcionar una historia así? A veces me entran ganas de sentarme con Kaki, en Erbil, o con Flayeh al Mayali, en Bagdad, para escucharlos con calma y escribir sus vidas, que son el mejor repaso a la historia reciente de Irak que yo he encontrado. Y tengo el mismo deseo en Gaza, Damasco, Kabul... ¿Qué sería de nuestro trabajo sin estas personas? Una de las cosas que me ponen de peor humor es ver el mal trato de algunos periodistas hacia sus *fixers*, como si estos fueran sus esclavos temporales a quienes se les puede ordenar y exprimir a cambio de unos dólares. No aparecen lo suficiente en cada cobertura, pero ellos son la pieza clave. Uno de los militares hace varias llamadas, da la mano a Kaki y nos acompaña al interior del edificio.

El oficial está de mal humor porque lo hemos despertado. Mal empezamos. Los pelos del pecho le sobresalen de su guerrera, y no para de mirar el móvil. Otros dos fotógrafos también esperan una audiencia con este hombre para poder acceder al frente. Los acompaña un *fixer* vestido de explorador, con chaleco de mil bolsillos y una barba hípster perfectamente arreglada. Durante toda nuestra negociación previa, desde la espera en la puerta hasta el momento de la historia personal de Kaki, ellos han permanecido en un segundo plano, sin apenas intervenir más que para ofrecer unos cigarrillos a los militares. El oficial, que parece sacado de una película egipcia de los años setenta, nos pide el visado de Irak, que ninguno de los extranjeros tenemos, y las cartas de acreditación del Ministerio de

Información en Bagdad, que tampoco tenemos y para los que necesitamos meses para tramitarlos. Yo tomo nota con atención de cada cosa y lo felicito por su enorme trabajo en la lucha contra el Dáesh. La situación es claramente negativa para nuestros intereses; el reloj avanza y hay que hacer algo. Levanto el pasaporte para pedir silencio a los demás y apelo al deporte rey como último recurso. Pongo cara de extranjero despistado y pregunto:

—¿Real o Barça?

El hombretón se gira hacia mí y me mira fijamente. No sé si la pregunta le ha hecho gracia o no. Sus ojos negros, algo vidriosos, se fijan en mi pasaporte. Se mete la mano en el bolsillo y saca un móvil. Poco a poco, con suavidad y como si fuera en cámara lenta, vemos aparecer una funda blanca con el escudo dorado del Real Madrid. Pega un grito a uno de sus hombres y le ordena que marque su número. Entonces, en mitad de este barracón desvencijado, lleno de colillas, latas y botellas de agua vacías, e impregnado de olor a orina de los servicios, suena el himno del Madrid, y el hombre, con el teléfono en lo alto, nos pide que lo sigamos. Entramos en su despacho, en el que duerme un militar tirado en una colchoneta, y el oficial se acerca a su mesa y pide un bolígrafo. Empieza a rebuscar en los cajones, pero no encuentra nada. El único papel disponible que consigue es un *post-it* de color rosa en el que estampa su firma y su número de teléfono. El *fixer* hípster se precipita a coger ese pedazo de papel rosa, pero yo me adelanto y le pido que nos siga, que, aunque el permiso servirá para los dos, lo llevaremos en nuestro coche. Nos despedimos del hombre al que el fútbol ha ablandado el corazón y nos dirigimos sin perder tiempo hasta el frente.

Al llegar al puesto de control iraquí nos piden el permiso, y Kaki entrega el papelito a unos soldados que tienen las caras tapadas con pañuelos que simulan calaveras y que llevan banderas del imán Huseín en los blindados. Al principio se lo toman a broma, pero no tardan en darnos paso al ver el nombre del firmante; seguro que conocen bien a ese mando madridista, y por eso no les extraña un permiso de esta naturaleza. En situaciones así, todo es nuevo, y el tema de los permisos resulta aleatorio: a otros colegas no les han pedido nada y han podido cruzar, mientras que otros se han tenido que dar la vuelta porque ni siquiera han contado con la opción de hacerse con el papel

rosa. Es una especie de lotería que no tiene nada que ver con la seguridad, y pronto puede convertirse en un auténtico negocio, como es habitual cuando un conflicto se prolonga.

Superada la barrera iraquí, Bartela es la primera parada, una localidad mixta, cristiana y musulmana. Volvemos a encontrarnos con una especie de zona cero donde los años de califato, en los que los cristianos huyeron en busca de refugio a Erbil, y la reciente ofensiva de la coalición internacional han causado una destrucción absoluta. Parece increíble que aquí vivieran treinta mil personas antes de la irrupción de los seguidores del califa. Todos los accesos están reventados, por lo que hay que entrar por un camino de tierra habilitado por los militares. La única vida en las calles es la presencia de soldados de la División de Oro, el cuerpo de élite iraquí, que avanzan con las banderas nacionales y todo tipo de simbología chií. No es la primera vez que estoy en un lugar liberado de manos de EI, pero sí la primera que veo sus huellas tan frescas. Las banderas negras con el lema «No hay más dios que Alá, y Mahoma es su profeta» siguen en su sitio. Kaki no entiende mi obsesión por apuntar cada detalle, cada pintada, o por recoger panfletos y cualquier material que encuentre relacionado con un grupo que le produce auténtico asco. Pasamos toda la tarde en aquel parque temático del terror, pero justo cuando Kaki logra entender mi interés, unos soldados nos invitan a abandonar el lugar porque se hace tarde y, según dicen, pueden quedar enemigos escondidos entre los escombros. De fondo suenan las explosiones de la artillería y los bombardeos de aviación sobre Mosul, que está a solo 20 kilómetros. Bartela es la puerta de entrada desde la que los militares iraquíes, con la ayuda de la coalición liderada por Estados Unidos, tratan de acceder a la orilla izquierda de la capital del califato. Al salir de ahí, los dos tenemos claro que la operación va a ser larga. La caída de Mosul no será cosa de días o semanas, sino que se necesitarán meses para ello, lo que hace que minuto a minuto se desinflen los intereses de los medios, que esperaban una operación relámpago. Antes, una cobertura podía durar semanas; ahora, eso es imposible.

El avance militar significa la huida de civiles: cuanto más se aproxima el combate a las calles de Mosul, más personas escapan del fuego cruzado.

Después de varios días en el frente, pateando pueblos arrasados y sin vida, le pido a Kaki un paréntesis para acercarnos al campo de Jazer, justo al lado de la base militar donde obtuvimos el primer permiso rosa que nunca más nos han vuelto a pedir. Conocemos el camino y los puestos de control de memoria. Los *peshmerga* ya ni nos paran. La entrada está blindada por seguridad kurda e iraquí. Las seis mil tiendas ya colocadas comienzan a llenarse poco a poco, y los encargados de la seguridad ordenan a los recién llegados que formen filas antes de entrar. «No nos podemos fiar. Hace tres años entraron casi de incógnito a Mosul y mira la que liaron, así que ahora se revisa a todos los hombres, uno por uno», nos dice un responsable de seguridad en el acceso principal, donde se cachea a todos los varones, de todas las edades, y se revisan sus pertenencias. Las autoridades insisten ante los medios en el buen trato que dispensan a los desplazados, pero cuando se pregunta a los encargados de los registros, nos espetan: «Todos estos fueron baazistas, después estuvieron con Al Qaeda y hace tres años abrieron los brazos a la llegada del Dáesh. ¿Qué será lo siguiente? No nos podemos fiar de nadie». Ese es el mantra que repiten *off the record* (a micrófono cerrado) todos ellos, hasta los encargados del control sanitario.

Quienes superan el filtro de seguridad pueden reunirse con sus familias. A cada una de ellas se le asigna una tienda, y disponen de una especie de cupón para recoger colchones, mantas y material de higiene personal. Los operarios trabajan contra reloj para hacer el lugar habitable, pero las condiciones son muy duras. El calor convierte cada tienda en un horno, y nadie pierde de vista que el invierno, a su vez, las transformará en verdaderos frigoríficos. La dureza de la situación parece no importar a gente como Shamshadin Samud, exmilitar del antiguo ejército iraquí, «el de la era de Sadam Huseín, cuando Irak era un país», recuerda mientras se fuma un cigarrillo tras otro y se muestra feliz porque «no me importa llevar dos días sin comer: puedo fumar y expulsar el humo al aire libre, sin tener que esconderme. Si un miliciano del Dáesh te sorprendía fumando, te daba tantos latigazos como cigarrillos quedaban en el paquete y te imponía una multa de cincuenta mil dinares» (unos cuarenta euros). Los recuerdos de los últimos años de vida bajo el califato son el monotema de unos civiles traumatizados y

con ganas de empezar de cero. Desde el establecimiento del califato, sus zonas han estado vetadas a la prensa, por lo que las únicas fuentes de información que hemos manejado los periodistas han sido la propaganda de EI, los informes de los servicios de inteligencia de las agencias internacionales (que, en algunos casos, también pueden considerarse parte de la guerra de propaganda contra el enemigo) y los testimonios de los civiles que huían. Esta tercera fuente siempre me ha parecido la más interesante y la más cercana a la realidad, y en lugares como el campo de Jazer uno tiene acceso a testimonios frescos, a entrevistados vírgenes que nunca han hablado con la prensa y que tienen ganas, necesidad y también algo de miedo de contar lo sufrido.

Organizaciones humanitarias y periodistas asaltamos a los recién llegados con preguntas y más preguntas. Hay generaciones enteras de iraquíes que solo han conocido la guerra. Desde el estallido de las hostilidades con Irán en 1980 hasta ahora, la historia del país ha sido una historia de conflicto tras conflicto. El pasado reciente está muy fresco, y tanto los kurdos como los mandos del Ejército de Irak, en manos de chiíes, desconfían de la minoría suní, que era la columna vertebral de la inteligencia (mujabarat) y de la que se nutría el antiguo régimen para diseñar sus cuadros de mando. Sadam confiaba en su tribu de Tikrit, y también en el resto de tribus suníes de lugares como Faluya, Ramadi o Mosul... Pero todo cambió con la caída del dictador. Irak estalló en mil pedazos, y no ha habido fuerza política capaz de trascender las diferencias sectarias y étnicas, sino más bien al contrario: las han potenciado. Este tipo de reflexiones se escuchan en tiendas como la 44A, en la que viven Abdurahman Mohsen, un agricultor de cuarenta y cinco años que recuerda con nostalgia que «durante la época de Sadam éramos un pueblo educado, teníamos teatros y cines, todas las confesiones vivíamos juntas sin problemas, y mira en lo que nos han convertido...». Solo hay que tirarle un poco de la lengua, no demasiado, para darse cuenta de que no culpa de sus calamidades a EI. «El verdadero punto de inflexión para la decadencia del país fue la ocupación por parte de Estados Unidos: ellos echaron a Sadam y abrieron las puertas al terrorismo. Estadounidenses e iraníes no quieren un Irak fuerte, y por eso trajeron primero a Al Qaeda y luego a EI, para

dividirnos y hacernos pedazos, para que nos matáramos entre nosotros. Estados Unidos dice que trajo la democracia, pero nos trajo el terror», reflexiona Mohsen mientras abraza a sus hijos Alí y Mustafá, que llevan dos años sin poder ir a la escuela. Tampoco podían ponerse camisetas de equipos de fútbol o ropa deportiva, y lo primero que han hecho tras escapar del califato ha sido enfundarse los colores de sus equipos, el Bayern de Múnich y el Barcelona.

El frente este de Mosul avanza más rápido, pero todos saben que la gran batalla será en la orilla derecha del Tigris, en la parte oeste, donde se encuentran la Ciudad Vieja y la mezquita de Al Nuri, el gran símbolo del califato. Tras dos semanas de avance relámpago, la guerra se ralentiza a las puertas de Mosul, el centro neurálgico de EI, y el optimismo inicial da paso a predicciones más realistas que hablan de «varios meses» para poder expulsar a los yihadistas, mayormente debido a la gran presencia de civiles, que dificulta los bombardeos aéreos. Nosotros ya hemos cubierto el frente este, así que decidimos bajar al sur para ver cómo van las cosas. Con el paso de los días, el interés informativo ha bajado tanto que Mosul está ya en un segundo plano, y es por eso que nos podemos pegar una paliza de coche hasta llegar a Al Qayara. Lo primero que llama la atención son las enormes nubes de humo negro que se alzan al cielo. Los yihadistas prendieron fuego a los pozos de petróleo para dificultar los bombardeos de la coalición.

Lo segundo que sorprende durante el camino hacia el sur es la presencia de soldados que esperan en los puestos de control a que algún coche los lleve a su destino final. Observo que Kaki mira a cada militar y que, después de haber repasado a unos cuantos, abre la ventana y saluda a un hombre alto y bien pertrechado. Se trata de un oficial a quien, nada más presentarnos, al ver a un extranjero se le dibuja una sonrisa en el rostro. Asegura haber recibido entrenamiento de las fuerzas españolas que participan en la misión internacional de apoyo al Ejército de Irak. Habla de forma educada. Su tono es sincero y triste.

—Desde Al-Qayara hasta Mosul, hablamos de una zona que fue el bastión más importante de Sadam Huseín. Todos adoraban a Sadam y tenían buenos puestos en la Administración. Nos encontramos con gente que no

quiere ser liberada, gente que dio la bienvenida al Dáesh y que prefiere un mal Dáesh antes que el mejor Gobierno chií del mundo —lamenta este joven militar, que lleva desde el 2003 en el ejército.

—¿No quieren ser liberados? —pregunto con sorpresa.

—No quieren, nos ven como fuerzas de ocupación —responde, sin querer dar más detalles.

El puente sobre el Tigris para llegar a Al Qayara está reventado, así que hay que dar un gran rodeo por varias aldeas y luego cruzar por otro puente provisional levantado por los militares. Este rodeo nos da tiempo para hablar sobre el día a día en el frente y las diferencias entre las distintas fuerzas que participan en la batalla.

—El ejército ahora es fuerte y estamos unidos... no como nos sucedió en el verano del 2014, cuando llegó el Dáesh. Y es que entonces hubo una enorme traición por parte de los militares de Mosul, que fueron los principales responsables del desastre en esta zona. Y ese desastre no puede repetirse —piensa en voz alta el oficial, que no para de mostrar en su móvil fotografías suyas en acción durante los combates de los últimos días, y otras con los soldados españoles que lo entrenaron.

—¿Y las milicias chiíes? —pregunto.

—Ese tema va para largo... Se necesita una persona muy fuerte para afrontarlo...

Cruzamos el puente y, una vez en la otra orilla, comienza un rosario de puestos de control. Por suerte, llevar a un oficial de copiloto ayuda. Todos los puestos están presididos por símbolos chiíes, hasta que llegamos a uno que luce la bandera de Irak, con fotos del primer ministro, Haider al Abadi, y le pido a Kaki que se detenga y pregunte a los soldados de dónde son. Todos son de origen kurdo, lo que alegra el viaje a nuestro conductor, que en apenas unos minutos encuentra conexiones con la familia de uno de los jóvenes, original de Kirkuk, como él.

Nuestro acompañante se apea en una base a las puertas de Al-Qayara. No quiere decir adiós sin advertirnos de que «al final Mosul caerá, porque los propios miembros locales del Dáesh traicionarán a los extranjeros, los venderán, y entonces nosotros podremos entrar. No veo otra manera». Aquí,

la nube negra prácticamente se puede masticar. La gente parece haberse acostumbrado, pero el recién llegado siente de forma inmediata un picor intenso de garganta. «Es el regalo de despedida que nos dejó el Dáesh; ¿qué podemos hacer?», dice resignado un comerciante que limpia el exterior de su local, situado en la calle central, donde se ve alguna pintada de las milicias suníes locales favorables al Gobierno, que poco a poco suman nuevos efectivos, y una gran foto de Alí, el primer imán de los musulmanes chiíes y el cuarto califa de los suníes. Los primeros comercios que han reabierto son las tiendas de teléfonos móviles, ya que «nos prohibían vender teléfonos, y la gente tiene muchas de ganas de tener uno», según Sadam Huseín, un vendedor de treinta y cuatro años que nos muestra con orgullo su carné de identidad, en el que figura el nombre del expresidente, tan añorado en esta parte de Irak. Además de la base del ejército, Al Qayara es también el lugar desde el que las Unidades de Movilización Popular envían a sus hombres al frente oeste, donde tienen la misión de impedir la posible huida de los yihadistas hacia Siria. Encargarles esta tarea ha sido una decisión que ha costado un tiempo aprobar; al comienzo de la ofensiva, ese flanco se había dejado abierto. En las calles se ven muchos carteles con las fotografías de los milicianos chiíes caídos en combate, al más puro estilo Hizbulá en Líbano.

En Al Qayara el ambiente es tenso. La ciudad no presenta una gran destrucción, pero la nube espesa de humo negro lo cubre todo y recuerda ese pasado reciente en el que en estas mismas calles ondeaba la bandera de EI. Un extranjero a pie es una novedad, y más aún si lleva una cámara. Siento que algunos me miran y piensan que hace unas semanas, en caso de haberme sorprendido en este lugar, los yihadistas me habrían detenido de inmediato, pero la realidad es que su califato se ha esfumado. Tampoco tengo tiempo de mucho, porque Kaki está nervioso y no para de mirar el reloj. Es el momento de regresar a Erbil. En el viaje de vuelta, por el mismo camino, asumo que es hora de volver a casa. Lo comento con Kaki y está de acuerdo.

Antes, las coberturas duraban más tiempo, los temas resistían en las parrillas de las agencias y se les podía dar un mayor seguimiento, pero la entrada en escena de las redes sociales ha acortado su esperanza de vida. Cuando llegamos al Chwar Chra, pido la cuenta y me tomo una cerveza de

despedida con Kaki.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —me pregunta con tono paternal y esos ojos oscuros y hundidos, escondidos detrás de sus gafas.

—Creo que sí, pero me voy con la sensación de dejar el trabajo a medias, como me pasa siempre en este país. Supongo que me tocará volver pronto. — Y entonces brindamos por el Kurdistán.

—Cada vez que vienes significa que tenemos problemas. Me gusta verte y que trabajemos juntos, pero ojalá algún día podamos hacer turismo puro y duro, nada más. —Se rasca el bigote, obligatorio entre los hombres kakáis.

Nos abrazamos en el vestíbulo y Kaki vuelve a casa. Yo voy en taxi al aeropuerto, y no me quito de la cabeza la frase de mi «padre» kurdo: «Cada vez que vienes significa que tenemos problemas». Creo que esto mismo lo comparte mucha gente en Oriente Medio, que cuando ve llegar a la prensa internacional se pone a cubierto. Vuelo a Estambul, y de allí a Tel Aviv. Cambio mi pasaporte nada más aterrizar, y el agente de fronteras de turno me da la bienvenida a Israel. En la salida 2 del aeropuerto me espera Fahe, mi taxista de confianza en Tierra Santa, deseoso de tener noticias de primera mano de la batalla por Mosul. No le puedo dar grandes novedades, pero le aseguro que va a durar varios meses porque EI está fuerte y tiene el apoyo de la población. Asiente con la cabeza y me explica que ocurre lo mismo en el vecino Sinaí, donde el grupo es cada vez más fuerte. Después pasa a ofrecerme los detalles de la lucha interna entre las facciones palestinas y se lamenta por el pésimo liderazgo con el que cuentan para hacer frente a Israel. Fahe ve en Israel a la madre de todos los problemas en la región, y arremete contra los americanos por su apoyo a un país que, en su opinión, es capaz de destrozarse Oriente Medio con el único objetivo de garantizar su propia seguridad. Cuantos más problemas en la región, más seguro está Israel.

Llego a casa y ya no hay nadie. Los niños han ido al colegio y mi mujer ha salido. Silencio. Pongo Radio 3 y Ángel Carmona me devuelve a esta otra realidad, lejos de la de Mosul. Me ducho, preparo café y salgo al balcón. Sol. La Ciudad Vieja me da los buenos días. Nunca volveré a tener un balcón con estas vistas, lo que significa que cada día que paso en Jerusalén es un día menos que me queda para disfrutar de este marco, con el Domo de la Roca a

un lado y la Puerta de Damasco al otro. Saco el portátil de la maleta y me siento en la terraza a repasar las últimas noticias sobre Irak, consciente de que así es cómo voy a tener que seguir la guerra durante los próximos meses, hasta que la cosa vuelva a calentarse. Es el paso de enviado especial a corresponsal, de pisar la calle a estarse horas y horas delante del ordenador leyendo noticias y teletipos. La parte menos glamurosa de un oficio tan bonito como idealizado. En cuanto levanto la mirada de la pantalla, la vista se me pierde en ese puzle gris que es la Ciudad Vieja, con el monte de los Olivos al final. En los días claros se dibujan las montañas de Jordania como telón de fondo. Parece increíble que tengamos el califato a apenas unas horas de coche al norte, en Siria, y al sur, en el Sinaí. Da miedo pensar en lo cerca que están, sobre todo cuando has traído a los tuyos hasta esta parte del mundo.

# 3

PALMIRA

## EL OASIS SIRIO DONDE SE IZÓ DOS VECES LA BANDERA NEGRA

*Marzo de 2017*

Son las cinco de la mañana. Aún no ha salido el sol en Damasco. Intento encender la luz, pero no hay electricidad. Me levanto, me pongo de pie sobre la cama y alcanzo el interruptor para conectar el led, un invento sirio que funciona gracias a las líneas de teléfono. No sé cómo, pero se hace la luz. Me dirijo al baño, un cubículo estrecho de baldosas amarillas donde la única separación entre la ducha y la taza es una cortina de plástico. Tampoco hay agua caliente porque el calentador solo se conecta cuando llega la corriente, así que hay que ducharse con agua fría. Un hilillo helado recorre mi cuerpo, y me enjabono con la mayor rapidez posible.

Suena el teléfono y cierro el grifo de la ducha. Es ese sonido de los teléfonos de antes, que parecían tener un motor dentro. Me pongo una de las toallas en la cintura y me acerco a toda prisa a la mesilla en la que el teléfono

rojo retumba. Siempre he querido uno igual para mi casa, aunque sentía el mismo flechazo por los teléfonos egipcios de los años sesenta y luego, cuando me compré uno en El Cairo, acabó convertido en un «teléfono mágico» para mis hijos. Estamos demasiado acostumbrados a los nuevos móviles y a sus memorias como para volver al marcado número a número.

—¡Muy buenos días, compañero! —Fady Maruf, el «funcionario del régimen», que es mi sombra en Siria desde mi primer viaje a este país en el 2007, saluda con su inconfundible acento cubano.

—Buenos días, camarada —respondo en clave cubano-soviética.

—¿Cómo pasaste la noche? ¿No oíste la explosión a eso de las dos? Mi barrio tembló... Era artillería atacando a los armados: les dieron duro.

—Nada, no he oído nada. Estaba tan cansado que me quedé dormido muy pronto.

—¿Estás listo? Estamos ya en camino, y en quince minutos llegaremos al Sultán.

—Todo en orden, preparo las cámaras y os espero. Podéis subir a tomar un té, si os apetece...

—No, es mejor no demorarse y salir cuanto antes. Ahora nos vemos. Chao.

—Chao.

Aquel primer viaje del 2007 estaba organizado por la asociación de corresponsales extranjeros en Madrid y financiado por el Ministerio de Información sirio, al que me pude sumar gracias a la mediación de Malak Mustafá, una poetisa siria residente en la capital de España a la que conocí por medio del amigo de un amigo. También gracias a Malak fui a Líbano un año antes para hacer un programa sobre el conflicto vasco en una televisión proiraní, y fue durante la misma noche de mi llegada cuando empezó el bombardeo de Israel. Me quedé allí, y los siguientes treinta y tres días fueron mi bautismo de fuego, mi entrada en esta rueda del periodismo de conflictos o posconflictos en la que sigo rodando. Contactos como el de Malak son los típicos que surgen cuando estás sin trabajo y te apuntas a un bombardeo — literal— por si suena la flauta. ¡Y vaya si sonó! El viaje de una semana me sirvió para visitar por primera vez Palmira y el Crac de los Caballeros, y la

guinda final fue una entrevista con el presidente, Bashar al Asad. No tenía traje ni zapatos, así que tuve que improvisar un uniforme de gala con la ayuda de mis colegas y la visita a las tiendas de ropa de la calle Hamra de Damasco. Al Asad no dio grandes titulares, pero nunca olvidaré las dimensiones de su palacio del monte Qasium, su perfecto inglés y esa voz débil y rota con la que respondía a cada cuestión. Me costó varios días colocar la entrevista porque, por aquel entonces, Siria no estaba en la agenda de los medios de comunicación occidentales, aunque finalmente lo logré, y aún conservo las fotos que le saqué al presidente. Cuando el viaje terminó, todos los demás periodistas volaron de regreso a Madrid en un vuelo de Syrian Air, pero yo me quedé. Hice el *check out* del lujoso hotel Cham Palace en el que nos habían alojado durante esa semana, el único del país con un restaurante giratorio en su azotea, y me fui caminando hasta el Hotel Sultan, que desde ese día se convirtió en mi casa en Siria.

Ahora estoy en la misma habitación, la 103, a la que he vuelto una y otra vez, incluso cuando vine de viaje con mi mujer, Aloña, después de convencerla de pasar unas vacaciones en Siria, Jordania y Líbano. Ella se acuerda del hotel y lo llama «sultanillo», toda una afrenta teniendo en cuenta que hablamos de una de las mecas del alojamiento en toda la región en mi *ranking* particular, junto al Mayflower de Beirut, los apartamentos Andalus de Bagdad, el Chwar Chra de Erbil, el hostel Luna de El Cairo o el Marna House de Gaza.

Aziz, uno de los empleados en un hotel donde todo el servicio es kurdo o de origen circasiano, llama a la puerta. El desayuno está preparado. Como cada día, me esperan un huevo duro, un platillo con mantequilla, otro con mermelada de melocotón (tan dulce que parece que mis empastes vayan a salirse de la boca), un trozo de pan, un poco de café soluble y agua hervida. El mismo desayuno de antes de la guerra en un lugar en el que todos sueñan con regresar a esa Siria anterior al 2011. Mientras desayuno, se abre la puerta y aparece Fady. Ha subido a pie porque el ascensor no funciona. Son dos pisos. Todo está listo. Aprovecha para conectarse al internet del hotel (esto sí funciona las veinticuatro horas, aunque no me explico cómo) y chequear las últimas noticias. Es importante asegurarse de que la ruta está tranquila, y las

redes sociales se han convertido en la fuente de información más fiable para los sirios.

Me despido de Aziz y de Husam, el encargado de la recepción, y les informo de que no volveré hasta dentro de al menos cuatro días porque voy a Palmira y Aleppo, la segunda ciudad del país cuyo control ha vuelto a manos del Gobierno hace apenas tres meses. Me desean suerte. Me abrazan. Me despiden como a un hijo, como lo hacen cada vez que salgo de Damasco. Estos son los detalles que no se pagan con dinero cuando uno pasa tantos días fuera de casa. Regreso a Aleppo por curiosidad, para ver la evolución de la ciudad después de tantos años de guerra, y voy a Palmira porque es el único lugar que ha caído dos veces en manos de un EI al que se le acumulan los frentes y que combate de forma desesperada en Irak, tratando de defender la orilla oeste de Mosul (la del este ya la perdió, dos meses atrás). Abajo espera Abu Habib al volante de su Samand de color granate, un coche iraní diseñado por Iran Khodro que se fabrica en Siria y que tiene un aire al primer Seat Toledo. Me da los buenos días en francés, lengua que aprendió en la escuela, y abre el maletero para meter mi equipo, pero le digo que no, que prefiero llevarlo todo conmigo porque el maletero lo abren en todos los puestos de control y no quiero perder las cámaras de vista. A esa hora es una gozada circular en una Damasco que aún dormita. Enseguida enfilamos hacia el monte Qasium para tomar el desvío por Al Tal, pues la ruta tradicional de salida hacia el norte por la autopista no es segura debido a los combates en el extrarradio de la capital. Aunque en el centro la sensación es de aparente normalidad, solo hay que alejarse unos kilómetros para darse de bruces con la guerra. Este es mi segundo viaje a Palmira desde que estalló la guerra en Siria. Hace dos semanas que el ejército logró liberar por segunda vez la ciudad conocida como «Perla del Desierto», y esperan que esta vez sea la definitiva.

Palmira es uno de los pocos sitios que conozco que ha caído dos veces en manos del califato, la primera fue en mayo de 2015 y la ocupación se alargó por espacio de diez meses. Fue toda una exhibición de fuerza de los hombres de Abu Bakr al Bagdadi cuando el califato estaba a punto de cumplir su primer año de vida. Ese logro fue una especie de regalo para un califa tan

poderoso entonces como enigmático, ya que nunca se mostraba en público. El sueño de los yihadistas estaba en plena expansión y ya controlaban «el 50 por ciento de Siria», tal y como repetían en su propaganda. Los llamamientos de socorro de la Dirección General de Antigüedades y Museos de Siria a la comunidad internacional no surtieron efecto, y su director, Mamun Abdelkarim, confesó a los medios: «Esto es la caída de la civilización; los humanos, la sociedad civilizada, han perdido la batalla contra la barbarie. Y yo he perdido toda la esperanza». He entrevistado en numerosas ocasiones a Abdelkarim en su despacho del Museo Nacional de Damasco, y es un hombre que vive su profesión, ama el patrimonio y sufre con el avance de la yihad cultural impuesta por los yihadistas. Un hombre con cabeza y corazón. Antes de la retirada de Palmira, el Gobierno sirio cargó en camiones todas las estatuas y piezas que pudo, pero el gran conjunto milenario grecorromano de templos y avenidas era imposible de transportar, así que quedó en manos de unos yihadistas que ya habían demostrado en el norte de Irak de lo que eran capaces. Además, eran perfectamente conscientes del gran impacto mediático que supondría esta conquista. El EI empleó el anfiteatro romano para realizar asesinatos colectivos, convirtió el museo en su prisión y aplicó su agenda de «limpieza cultural» para justificar la voladura de las tumbas de Mohamed ben Ali (un descendiente de la familia del primo del profeta Ali ben Abi Taleb) y de Nizar Abu Bahaedin (un religioso local), para destruir la figura del León de Al Lat, de tres metros y medio de alto, quince toneladas de peso y más de dos mil años, y para dinamitar el templo de Bel, erigido en el 32 d. C. en homenaje al dios de la lluvia, el trueno y la fertilidad. Como los auténticos «talibanes del siglo XXI», emularon a los muyahidines afganos que en el 2001 destrozaron los budas gigantes de Bamiyán, siempre en nombre de Alá y bajo el pretexto de acabar con «ídolos paganos».

Los yihadistas fueron derrotados en marzo de 2016, pero en diciembre de ese mismo año volvieron a lanzar una nueva ofensiva que les permitió quedarse otros tres meses en Palmira. Era cuestión de tiempo que volvieran a perderla, pues el Gobierno y sus fuerzas aliadas estaban cada vez más fuertes, y ahora, marzo de 2017, ese día ya ha llegado, y vuelvo a verme sentado en el Samand color granate de Abu Habib rumbo al desierto, como hicimos tras la

primera liberación. El día de la marmota. Aunque la situación de seguridad ha mejorado y el Damasco de ahora no tiene nada que ver con el de hace unos años, tomamos el desvío por Al Tal. «Seguridad, seguridad y seguridad» es la frase que repito a mis conductores y traductores antes de ponernos en marcha en cualquier cobertura en zonas de riesgo. Una frase que me recuerda al «Formal, formal y formal» que me decía mi madre cada vez que me iba de excursión en el colegio o cuando, años más tarde, salía de juerga con mis amigos. Siempre hay tráfico a la salida de una capital, especialmente cuando se tiene que tomar una carretera secundaria en vez de la autopista diseñada para ser la gran arteria que une Damasco con Alepo. Pasamos puestos y más puestos de control. En cada uno hay dos carriles: uno para civiles y otro, más rápido, para militares. Siempre optamos por este segundo y, gracias a las cartas de los Ministerios de Información y de Defensa y a las tarjetas de acreditación, lo pasamos con relativa facilidad. Antes de la guerra, en Siria se podía viajar a cualquier hora y a cualquier ciudad del país; ahora, en cambio, la gente se mueve solo lo imprescindible, y siempre lleva encima su tarjeta de identidad para poder cruzar los puestos de control. Los viajes se miden por la cantidad de controles que hay que superar, y algunos de ellos son especialmente severos, como los de acceso y salida de la capital.

Yo llevo, como siempre, fruta fresca, galletas y botellas de agua mineral. Abu Habib se ha encargado de traer café en un termo y un pastel que le ha preparado su mujer. Este hombre, padre de seis hijos, transmite calma y seguridad. Tenía cuatro niñas, y no paró en busca de un niño hasta que le llegaron gemelos. Habla lo justo, fuma mucho y observa más. Siempre está pendiente de que todo esté correcto en su coche, que rueda como el mejor gracias al cuidadoso mantenimiento que le da. Al funcionario del ministerio, Fady, le han tocado los frutos secos y los refrescos. No se puede salir de casa sin un kit mínimo de supervivencia. Nos conocemos desde hace tantos años que a veces sobran las palabras. Cuando nos agotamos de analizar la situación en el país, cuando no me quedan palabras para responderle sobre lo negro que veo el futuro próximo de Siria, cuando le sugiero de forma directa e indirecta que tiene dos hijos y que, si fueran los míos, intentaría sacarlos de allí para garantizarles un futuro... entonces hablamos de su Cuba adoptiva y

nos dejamos llevar. Fady pasó siete años en el Caribe y habla un español impecable. Es un alauí de Rabu, una pequeña aldea próxima a Masyaf, en la provincia de Hama, listo, de ojos claros y pelo negro y con un corazón que no entra en este coche. Siempre elegante, muchas veces de traje y corbata, lo he visto pasar por diferentes fases anímicas durante estos años de guerra, pero no ha dejado de trabajar ni de responder a los mensajes un solo día, y cada vez que he venido ha sido siempre mi mayor apoyo. Hoy repasamos una parte que me encanta de su historia cubana: sus primeros años en la residencia de estudiantes de Cienfuegos, recién llegado, y sus primeros ligues. Mientras que en mi coche me cuesta conducir sin música, en Siria sobran la música y las noticias. Hace tiempo que los sirios no creen en sus medios tradicionales, por lo que recurren a las redes para saber lo que está pasando. Y, cuando hay buena conversación, las horas pasan volando. Abu Habib fuma sin apartar la vista de la carretera, mientras nosotros hablamos y hablamos de Cienfuegos y Santa Clara, del ron, los puros, la carne de puerco y la decrepitud de un sistema único como es el cubano. Mis dos viajes a la isla, uno en bicicleta en el 2001, justo después del 11-S, y otro tras mi boda, en el 2010, en plan luna de miel mochilera, me dan suficientes tablas como para mantener el nivel. Aunque mi mujer soñaba con el Hotel Nacional y con las playas de Varadero, al final acabamos en la casa particular de Gisela y Daniel, en el Vedado, y colándonos por las tardes en la piscina del Hotel Meliá. Un plan fantástico que volvería a repetir. Entre recuerdos y más recuerdos, estamos ya a las puertas de Homs. Hay que parar en Al Nabek, en la única estación de servicio abierta desde Damasco hasta la que fue bautizada en el 2011 como «la capital de la revolución». Por fuera hay cristales reventados por los combates (claramente, no pasa por sus mejores días), pero cuando uno entra siente el calor de las estufas eléctricas, se sienta y espera a que le sirvan el desayuno nacional. Tortilla francesa, pepino, tomate, queso y té: un té que es como pura gasolina y que reactiva los músculos entumecidos por las horas de coche y la falta de movimiento. Aunque tenemos nuestros propios víveres, los bares y restaurantes de las estaciones de servicio son una de las paradas obligadas en todos mis viajes. Nunca defraudan. Aquí hay carteles ajados que anuncian los menús que se

servían cuando la libra siria se cambiaba a cincuenta por un dólar; hoy, el precio supera las quinientas. En ese entonces se podía comer kebab, pollo, todo tipo de ensaladas y dulces de postre, mientras que hoy solo dan desayunos y cierran en cuanto oscurece. Durante los primeros años de la guerra era imposible hacer este tipo de paradas, pero poco a poco los sirios han ido ganando espacios libres del conflicto armado y la vida ha vuelto a esta autopista.

Cruzamos Homs por la circunvalación y enfilamos hacia Palmira por la misma carretera del desierto que usamos en nuestro primer viaje. Repetimos equipo porque hay que pasar por un cuartel de la Decimoctava División del ejército a recoger al teniente coronel Samir Mohamed. El hombre, que ya nos acompañó en nuestra primera visita, sigue conservándose en forma y mantiene la buena costumbre de lucir un uniforme impecable. Nos abrazamos como viejos amigos y, sin perder un minuto, ponemos rumbo a la Perla del Desierto. La carretera está más fortificada que la primera vez, y llaman la atención los puestos de fatimíes, los milicianos afganos de etnia hazara reclutados y financiados por Irán.

—Las fuerzas amigas son cada vez más fuertes en el desierto. Han entendido la importancia estratégica de la zona —cuenta el teniente coronel sin querer dar demasiada importancia a la masiva presencia extranjera.

Abu Habib es ya un hombre pegado al volante. La carretera se pierde en el horizonte como una especie de regaliz negro recalentado que se estira sin fin. Si, hasta Homs, Cuba ha sido el tema central del viaje, ahora es la segunda caída de Palmira lo que nos ocupa. A medio camino detenemos el coche. A la izquierda, en mitad del desierto, varias columnas de humo anuncian la presencia de los pozos de gas que EI tenía en su poder y a los que prendió fuego antes de retirarse. La esperanza de los sirios que viven en las zonas bajo control del Gobierno es que esos recursos naturales pronto vuelvan a llegar a sus casas para hacerles la vida un poco más parecida a la que tenían antes del 2011.

En silencio y medio dormidos por el sol y los kilómetros, llegamos a Palmira. No es la misma sensación de cuando entramos por primera vez, cuando fue liberada, pero la modorra se pasa al instante y busco las ruinas

con los ojos. Detenemos el coche frente a la entrada principal de la zona de monumentos y esta vez no hay problema para acceder. Todo está bajo control de fuerzas sirias, y se ven menos tropas rusas dentro de la ciudad porque ahora tienen una nueva base a unos pocos kilómetros. El teniente es el primero en poner un pie en tierra y nos pide que lo sigamos. Lo hago a una distancia prudencial porque no se me quita de la cabeza la imagen de los desminadores rusos en esta misma zona hace unos pocos meses, pero pronto me acerco al oficial e incluso me separo para poder hacer mejores fotos y vídeos. Espero que los rusos hayan hecho su trabajo a conciencia y no saltar por los aires.

—Se puede caminar con seguridad porque esta vez no han tenido tiempo ni de poner minas. Apenas pudieron destrozar el anfiteatro y el tetrápilo, y después tuvieron que desplegarse para asegurar sus posiciones —nos informa el teniente coronel mientras inspecciona algunos de los túneles cavados por los yihadistas en mitad de Gran Columnata, la avenida central de Palmira.

Donde antes se podían ver turistas llegados de todos los países del mundo, ahora solo se ven soldados sirios o rusos que se acercan por pura curiosidad. Palmira está en los libros de historia por haber albergado la capital del reino de Zenobia, pero también ocupa un lugar destacado en la historia particular del califato, ya que el grupo yihadista la ha conquistado en dos ocasiones. Al teniente no le gusta que le recuerde este detalle y se pone a la defensiva:

—La primera vez fue necesaria una de las operaciones de mayor envergadura que hemos hecho en esta guerra, pero la segunda ha sido más sencilla y más rápida —aclara el oficial, que ha estado presente en las dos batallas y que tiene que alzar la voz al hablar porque helicópteros rusos no paran de sobrevolar a baja altura el lugar—. El frente está ahora a 18 kilómetros al oeste; los hemos echado de Palmira, pero no están lejos.

El rugido de los motores y las explosiones lejanas le da un tono épico a la escena. Las ruinas, pese a los destrozos de EI, son imponentes, y parece que en cualquier momento va a sonar *La cabalgata de las valquirias*, de Richard Wagner, a lo *Apocalypse Now*. Pero, en lugar de barras y estrellas, aquí los helicópteros lucen en sus panzas la estrella roja de cinco puntas que los rusos

conservan de la era soviética. Toda la fuerza de siglos de historia se concentra en este oasis mancillado por unos bárbaros que han estado a punto de privar al mundo de una parte clave de su pasado. Ese cielo de una claridad imposible, el tono ocre de la piedra y las sombras que se estiran como guardianes de los tiempos dorados que no volverán hacen de Palmira un escenario posbélico único. Me acerco al Tetrápilo y el alma se me encoge ante la destrucción. Impotencia y rabia se mezclan por partes iguales. Los gritos del teniente me sacan de mi estado de *shock*. Quiere saber cuánto tiempo más necesito para terminar mi trabajo. Este es su enésimo viaje a Palmira, de modo que conoce de memoria cada desperfecto en las ruinas. Aprovecho para dar un último paseo entre las columnas y asomarme al anfiteatro. En este lugar, EI realizó asesinatos colectivos, y Rusia, a las pocas semanas de su primera liberación, organizó un concierto de música clásica, algo que no gustó demasiado a algunos sirios por considerarlo una ofensa a los caídos.

Subimos al coche. Abrimos todas las ventanas para tratar de robar algo de brisa en medio de tanto bochorno y nos acercamos a Tadmur. Pasamos frente al Museo Nacional y enfilamos hacia la avenida principal, la misma en la que en abril vi a decenas de civiles que regresaban con la esperanza de rehacer sus vidas. Detenemos el coche. Necesito caminar para oler, tocar y poder sentir mejor esa desolación. La ciudad moderna está muerta, las calles son una sucesión de edificios de baja altura reventados por los combates y el saqueo... como si alguien hubiera lanzado una bomba atómica. Pero el teniente coronel sabe dónde poder encontrar algunos vecinos, así que nos lleva a su lugar de reunión.

En el número 42 de la calle Al Fayha han instalado una pequeña tienda con un generador que sirve de punto de reunión al puñado de civiles que reside en la ciudad fantasma. Nada más vernos llegar, nos ofrecen sillas y ponen a calentar agua para hacer té.

—El ejército ayudó a salir a mujeres y niños, y los hombres huimos como pudimos. Hubo al menos veinte que se quedaron y fueron degollados. Todo fue muy caótico, sobre todo porque cuando los rusos dinamitaron su base se produjo una explosión enorme y se extendió el pánico —relata Sinyar, dueño

de un pequeño comercio de reparación de neumáticos que desea volver a empezar lo antes posible y que confía en que, asegurada la zona, los vecinos volverán a sus casas—. Ahora no somos más de diez personas en toda Tadmur. La gente tiene miedo.

Sirven té. Me preguntan por el Real Madrid y el Barcelona, y les explico que soy de un pequeño equipo del País Vasco que se llama Real Sociedad, pero es inútil. Escuchar la palabra «real» es sinónimo de respaldar al equipo merengue. La fiebre del fútbol y los nombres de Messi o Cristiano Ronaldo superan todas las fronteras. Es el único punto en común entre todos los bandos enfrentados en Siria: su pasión por el azulgrana o por el blanco. Helicópteros y más helicópteros rusos se dirigen al oeste, y a todos los presentes se les dibuja una sonrisa al ver pasar las panzas de los aparatos con la estrella roja. Se te detiene el corazón cuando vuelan casi rozando la tienda de campaña donde descansa el generador. Da la sensación de que estirando la mano se podrían tocar, y no me atrevo ni a tomarles una foto. Pasado el rugido, volvemos a la conversación. Sinyar vivió solo unos días bajo el califato durante el 2015, y, como lo obligaron a ir a un «curso de arrepentimiento» para poder vivir en la nueva Siria del califa, decidió escapar con su familia a Homs. Su vecino, Abu Samir, sin embargo, se quedó bajo las órdenes de EI, primero en Palmira y luego en la cercana Sujni, situada a 70 kilómetros y donde están su mujer y sus cuatro hijos bajo el control del califato.

—No tenía elección. Lo único que tenía era esta casa, y sabía que podía perderla. Yo no era partidario de esa gente, ni mucho menos, pero, como yo, muchos vecinos nos quedamos porque no teníamos a dónde ir —explica Abu Samir, cuyo sueño es abrir un pequeño supermercado y ya ha empezado a reparar una lonja que pertenece a su familia y que, pese a los combates, sigue en pie.

Abu Samir se levanta de la silla y se dirige a paso rápido hasta una calle cercana. Entra en una casa que, aunque por fuera parece una más, por dentro es un enorme almacén de armas presidido por la bandera de los yihadistas. A unos pasos ocurre algo similar, pero en esta ocasión se trata de una vivienda reconvertida en cárcel. «Lo que hemos sufrido los sirios bajo el califato no lo

sabe nadie. A Occidente le preocupan más las piedras que las personas, y eso me da mucha tristeza. Hay lugares del país donde no hay ruinas pero sí masacres, y a nadie le importan», lamenta este aspirante a comerciante, al que los yihadistas confiscaron una de sus tiendas y su vivienda para entregárselas como premio a sus propios combatientes, una técnica habitual en el califato.

En el panel de anuncios de la mezquita se conservan los anuncios que ofrecen trabajo para agricultores en Deir ez-Zor, ciudad en la frontera con Irak que EI mantiene cercada desde hace meses. También se pueden ver toda clase de panfletos, en los que se explican desde el modo de vestimenta correcto para el musulmán hasta los beneficios del martirio. Sinyar, Abu Samir y el resto de los vecinos quieren olvidar para siempre esos días. Caminan junto al periodista para darle detalles de lo que se vivió en estas calles hace no mucho. Recojo del suelo carteles, panfletos de propaganda y libros con el logotipo de EI, y ellos, sin pensarlo dos veces, les prenden fuego. Parece que tengo un imán, y en cada edificio veo alguna huella del califato que quiero que me cuenten. Reparando en mi afición por los recuerdos, Sinyar envía a su hijo por un regalo, y el pequeño no tarda en aparecer con postales e imanes para el frigorífico con imágenes de Palmira, recuerdos de esa etapa anterior al califato y a la guerra. Un pasado que parece imposible de recuperar. Les prometo que mostraré a todo el mundo esos presentes para que el turismo se anime a regresar en el futuro próximo, pero miro a mi alrededor y opto por no decir nada más.

«A Occidente le preocupan más las piedras que las personas.» La frase de Abu Samir me tortura. Es verdad lo que dice, pero pierdo de vista que muy pronto a nadie le importarán ni siquiera las piedras y Palmira caerá en el olvido, como Siria. En cada viaje voy coleccionando este tipo de frases, que se me quedan grabadas para siempre y que tienen mucho más valor y sentimiento que los análisis de los más reconocidos expertos. Es hora de regresar, así que nos despedimos de este puñado de vecinos, que son los nuevos guardianes de la Perla del Desierto, los últimos supervivientes de la doble captura por parte del califato. Abu Habib trae el coche y veo que en el maletero lleva una pequeña mesa que ha encontrado en el interior de una casa. Lo regaño con la boca pequeña, pues sé que no sirve de nada. Nos

ponemos en marcha para regresar a Homs y dejamos a nuestra izquierda el conjunto monumental. En una casa vecina, un joven tocado con un turbante blanco toma mate rodeado de varios hombres armados.

—¿Quieres hablar con él? —pregunta el teniente coronel al ver mi cara de asombro—. Es el jefe de las fuerzas tribales que combaten junto al Gobierno.

—Claro, claro, vamos a parar un segundo.

El jeque Suleimán Shawaj acepta hablar con el periodista. Pide que nos sirvan té y deja su pistola sobre una banqueta de plástico que coloca en mitad del círculo que forman sus hombres de confianza, en el que nos han hecho dos huecos a Fady y a mí.

—Fuimos los primeros en entrar en Palmira. Aquí había unos cuatrocientos terroristas de EI que combatieron hasta el final, pero los liquidamos —informa con tono triunfal ante los gestos de aprobación de los presentes. Habla y ceba el mate como si estuviéramos en Uruguay o Argentina.

Nos explica que una parte importante de sus hombres están integrados en las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS), las milicias que cuentan con el apoyo de Estados Unidos. Allí combaten codo con codo junto a los kurdos, y adelanta que «tendrán un papel clave en la operación de Al Raqa, que será más dura incluso que la de Mosul». El teléfono no para de sonar. Tiene un ojo en las ruinas romanas que se extienden ante su mesa y el otro en su Al Raqa natal.

—Una cosa es el deseo sirio de avanzar hasta Al Raqa y Deir ez-Zor, y otra son los intereses de nuestros aliados... Hay que esperar para saber cuál será el próximo paso —responde, con cautela, cuando se le pregunta por los siguientes movimientos que piensan hacer.

Repasamos los frentes más activos de una guerra que estos días entra en su séptimo año. Junto con Palmira, el frente de las provincias de Al Raqa y Alepo son también puntos clave en la guerra. Se trata del frente más internacional, ya que, además de los aliados del Gobierno —rusos, asesores iraníes, milicianos libaneses de Hizbulá, fatimíes afganos, palestinos de la Fuerza Quds y milicianos de diferentes grupos iraquíes chiíes—, están desplegados los ejércitos de Estados Unidos y Turquía. La prioridad de

Ankara es que los kurdos no logren una región autónoma, pero Estados Unidos cuenta con ellos para el avance hacia Al Raqa. Los kurdos han pactado además con el ejército sirio para que este entre en varios puntos estratégicos y corte, así, el posible avance turco. También está en ebullición la lucha por el cinturón rural de Damasco, el frente más sirio de todos, y en el que la Cuarta División, la Guardia Republicana y la Fuerza de Defensa Nacional, con el apoyo de Hizbulá, se enfrentan a grupos opositores sirios como el Ejército del Islam, el Ejército de Fustat o el Frente Fatah al Sham, nuevo nombre del brazo de Al Qaeda en el país, antes conocido como Frente Al Nursa. La presencia de EI se limita al campamento palestino de Yarmuk, cerca del centro de la capital. El sur parece el gran olvidado, pero allí está Daraa, la cuna de la revuelta en el 2011, y EI ha logrado implantarse en la parte desértica de la provincia de Sweida y en el triángulo del Yarmuk, zona de la triple frontera entre Israel, Jordania y Siria, donde el Ejército de Jálid ibn al Walid ha jurado lealtad al califa Ibrahim.

—Dos semanas. En ese plazo de tiempo podemos estar a las puertas de Al Raqa —asegura el jeque Shawaj antes de despedirse. Mide las frases, y cada palabra que pronuncia es una bala. La gran batalla por la capital del califato en Siria no tardará en arrancar, y acabará eclipsando al resto de los frentes de esta guerra cada vez más poliédrica.

Salimos de Palmira y nos cruzamos con varios convoyes de camiones rusos y sirios. Los mandos militares no quieren dar una tercera oportunidad a EI. El regreso es momento para el silencio, para repasar mentalmente las imágenes del día y extraer los testimonios más importantes. Aunque el recorrido por las cenizas del califato no ha hecho más que empezar, yo ya tengo ganas de que acabe, porque eso significará que los seguidores del califa han sido derrotados militarmente. Palmira y los vecinos de Tadmur nunca volverán a ser los mismos después de esta doble invasión yihadista. Yo tampoco lo seré cuando concluya este viaje.

# 4

JERUSALÉN

## ESPERANDO EN LA CIUDAD SANTA

*Julio de 2017*

Antes de ir a dormir siempre quito el volumen del teléfono, pero hoy, 1 de julio, se me ha olvidado. ¿Casualidad? Suena el pitido del WhatsApp y la habitación se ilumina. El mensaje me corta el sueño, pero me pica la curiosidad y estiro el brazo para coger el móvil. No puedo esperar a mañana para leerlo. Dichosa manía de dormir con el teléfono en la mesilla...

Mohamed Kaki: «Lo de Mosul está a punto de terminar, será mejor que te des prisa o no llegarás a tiempo».

Si hay algo de lo que me fío es del criterio de gente como Kaki. Personas nada alarmistas y con ese sexto sentido que da la experiencia. Se pueden equivocar, como todos, pero no suelen hacerlo. Respondo con un simple «Ok», como hago normalmente con todos los mensajes, y sigo durmiendo, aunque mi cabeza ya está en «modo cobertura» y repasa los últimos ocho meses de guerra que he vivido desde la distancia. Algo similar a lo que me ha ocurrido con Al Raqa, la capital del califato en Siria, a la que no he podido

viajar porque se encuentra fuera de la zona de control del Gobierno y yo viajo al país con visado de las autoridades de Damasco.

El 1 de noviembre, la batalla por Mosul entró por fin en las calles de la ciudad. Las unidades del Comando Antiterrorista Iraquí (CTS, por sus siglas en inglés), tropas de élite, penetraron en el barrio oriental de Kukyali y tomaron el edificio de la televisión. El ejército informó, además, de que la Novena División se disponía a comenzar el asalto a los distritos de Somer, Palestina, Yarimya e Intisar, al sureste de la ciudad, para intentar abrir un segundo frente y así obligar a los seguidores del califa a dividir sus esfuerzos. Mosul estaba cercada. Los yihadistas «no tienen escapatoria: pueden morir o rendirse», anunció el primer ministro, Haider al-Abadi, en un discurso dirigido a la nación para anunciar la entrada de las tropas a la capital del califato. Los seguidores del califa volvieron a intentar un movimiento masivo de civiles desde la periferia hasta el centro urbano para proteger sus posiciones con escudos humanos, pero no tuvieron éxito. Trataron de llevar a veinticinco mil personas en «miles de vehículos», desde camiones hasta furgonetas, precisó la portavoz de la oficina de la ONU de Derechos Humanos, Ravina Shamdasani, desde localidades del sur de Mosul a las calles de la ciudad, aunque la mayoría de los vehículos tuvieron que dar la vuelta debido a la presencia de aviones de la coalición. Los yihadistas cometieron también un nuevo asesinato masivo: mataron a cuarenta exmiembros de las fuerzas de seguridad que estaban en sus prisiones y arrojaron sus cuerpos al Tigris.

Los primeros combates dentro de las calles de Mosul provocaron la reacción del mismísimo califa, quien, por primera vez desde junio del 2014, dio señales de vida. Abu Bakr al Bagdadi reapareció cuando peor se ponían las cosas para los suyos. En un mensaje de voz difundido a través de Al Furqan Media, agencia afín a EI, el califa realizó un llamamiento a luchar «con honor» hasta el final para defender la ciudad. «No se retiren», pidió el califa, porque «mantener posiciones con honor es mil veces más fácil que retirarse con vergüenza». «Esta guerra es vuestra guerra», aseguró en un comunicado de treinta y un minutos en el que prometió «la victoria» y amenazó con convertir la sangre del enemigo «en ríos». El audio, titulado *Esto es lo*

*que Dios y su mensajero nos prometieron*, llegó apenas cuarenta y ocho horas después de la entrada de las fuerzas especiales del Ejército de Irak en el barrio Kukyali, y con la Novena División llamando a las puertas del distrito de Intisar. Al Bagdadi trató de infundir moral con un discurso de marcado tono sectario, en el que lamentó que «los suníes de Irak aún están como espectadores y silenciosos pese al maltrato y la humillación que sufren por parte del Gobierno chií». La primera consecuencia del discurso fue la aparición de «niños bomba» en las líneas defensivas de EI, lo que la ONU calificó de «crimen de guerra, contra la humanidad e incluso genocidio». El organismo internacional denunció el «despliegue de niños con cinturones explosivos» en la parte vieja de Mosul, así como la distribución de mujeres secuestradas, varias de ellas de la minoría yazidí, a patrullas de milicianos para usarlas como escudos humanos ante el avance de las fuerzas especiales de Irak dentro del bastión yihadista. No era la primera vez que recurrían a menores, pues estos ya habían protagonizado antes varios vídeos de propaganda, aunque con la diferencia de que, en esta ocasión, se les asignaba también la misión de entrar en combate. La desesperación empezaba a apoderarse de unos combatientes incapaces de frenar la maquinaria bélica de su rival.

Después de un inicio muy rápido, el avance en Mosul se ralentizó entre mediados de noviembre y finales de diciembre. Los yihadistas combatían en su terreno y rodeados de miles de civiles a los que empleaban como escudos humanos, pero sobre todo faltaba coordinación entre las diferentes unidades iraquíes para hacerles frente. A comienzos del 2017, Estados Unidos tuvo que poner orden entre las unidades iraquíes y anunció el lanzamiento de «la segunda fase de la operación, en la que las distintas fuerzas combinarán sus operaciones desde distintos frentes, lo que dejará al enemigo sin respuesta», como declaró el portavoz de la coalición, John Dorrian. Los resultados no tardaron en llegar, y la orilla este de Mosul fue liberada el 18 de enero gracias a ese esfuerzo de coordinación entre unidades, que aparcaron las rivalidades internas para combatir al enemigo común.

A finales de febrero empezaron las operaciones en la otra orilla, la zona más densamente poblada, sede de la Ciudad Vieja y la Gran Mezquita de Al

Nuri. Desde el aire, se lanzaron panfletos para alertar a los seguidores del califa de que solo les quedaban dos opciones: «Rendirse o morir». Pero ya habían demostrado su capacidad de resistencia en la lucha urbana, en la que habían contado con túneles, francotiradores, artefactos explosivos improvisados y combatientes dispuestos a convertirse en kamikazes para alcanzar el paraíso. Según los datos que manejaban los estadounidenses, unos seiscientos mil civiles permanecían en esa parte de Mosul y, entre ellos, estaban atrincherados unos dos mil yihadistas, cifra que la inteligencia iraquí elevaba a cinco mil. Como todo lo que rodeaba a EI, era imposible comprobar la veracidad de esas cifras.

Ni los avances en los distintos barrios ni la vuelta a la vida en la orilla izquierda del Tigris despertaban gran interés en los medios, y todos esperábamos la caída de la capital del califato para intentar resucitar la historia desde el punto de vista mediático. El 22 de junio, Mosul volvió a explotar. Por primera vez en tres años, la bandera negra de EI dejó de ondear en lo alto del minarete de Al Hadba (que en árabe significa «el jorobado»). De hecho, no ondeaba ni la suya ni ninguna otra, porque el minarete inclinado de cuarenta y cinco metros y la mezquita anexa de Al Nuri eran solo escombros. Los yihadistas acusaron a Estados Unidos de bombardear este templo de ochocientos cincuenta años de antigüedad situado en el centro de la Ciudad Vieja, en el que por primera y única vez se pudo ver a Al Bagdadi al presentarse este como nuevo califa a los musulmanes de todo el mundo. Sin embargo, desde el Gobierno de Irak y el Ejército de Estados Unidos se apuntó a los propios seguidores del califa. La voladura de la mezquita supuso «el anuncio oficial de la derrota del califato», según señaló el primer ministro, Al Abadi. El dirigente chií se vino arriba y adelantó, además, que «la liberación de Mosul es cuestión de días». El ejército iraquí dejó claro que el templo fue destruido con explosivos colocados por su propio enemigo cuando este se vio totalmente cercado, sin salida. La mezquita de Al Nuri, que recibía el nombre por Nur al Din al Zenki (un noble que luchó en las primeras cruzadas), se sumaba a la larga lista de joyas del patrimonio iraquí destruidas en los tres años de califato. En las redes se abrió un gran debate sobre lo ocurrido, y algunas voces aseguraban que EI había

destruido el templo para no verlo caer en manos de los «herejes chiíes». Fuera cual fuera el motivo, los autores eligieron acabar con una de las mezquitas más emblemáticas del país y con su minarete, el que aparece en los billetes de diez mil dinares, durante la noche más importante del año para los musulmanes: Laylat al Qadr (la noche del destino), la noche en la que el Corán fue revelado a Mahoma.

El 29 de junio, el mismo día en el que tres años antes el portavoz de EI, Abu Mohamed al Adnani, comunicó al mundo que «Estado Islámico, representado por la autoridad de su pueblo, la voz de sus dirigentes, líderes y el Consejo de la Shura, ha resuelto anunciar el establecimiento del califato islámico», las autoridades iraquíes proclamaron la «victoria» en Mosul, aunque se trató solo de un acto simbólico, pues los combates continuaban. La declaración se produjo a las pocas horas de la toma de las ruinas de la mezquita de Al Nuri. «El regreso a esta mezquita marca el final del falso Estado establecido por el Dáesh», señaló el primer ministro, Al Abadi, antes de adelantar que sus hombres «seguirán adelante con la caza de yihadistas hasta que no quede uno solo de ellos». Ya no había zonas bajo control de EI, pero sí permanecían un número desconocido de combatientes, por lo que seguía siendo peligroso entrar en la Ciudad Vieja.

Parece que duermo con los ojos abiertos. He visto tantas veces en los últimos días el vídeo de la voladura de Al Nuri y sus ruinas que, más que un sueño, lo percibo como pura realidad en mi cabeza. Ha llegado el momento de Mosul. La luz entra por las ranuras de la persiana. Aquí vivimos al ritmo del sol. Parece que he dormido, pero no he descansado. En unos minutos sonará el despertador, desayunaremos y llevaremos a los niños al colegio. Hasta media mañana no voy a decir nada del viaje a mi mujer. Una de las mejores cosas de Jerusalén es su seguridad. Oriente Medio salta por los aires, pero Jerusalén se mantiene blindada gracias al superapoyo de Estados Unidos a Israel, aunque también gracias a la superdivisión entre sus vecinos y potenciales enemigos, una división que empieza por las propias facciones palestinas, enfrentadas a muerte para desgracia de su pueblo.

Lo siento por Kaki. Vuelvo a Irak, y no precisamente para pasar unas vacaciones.

# 5

MOSUL

## VUELTA A LA GRAN CAPITAL DE EI

*Julio de 2017*

Seis y cuarto de la mañana y Abdalá no aparece. Su teléfono está apagado. Le envió varios mensajes por WhatsApp y Messenger. Nada. No hay respuesta. No aguanto más en el cuarto, así que bajo a la recepción del Chwar Chra para ver si, por casualidad, ha llegado. El joven recepcionista duerme, y no hay un alma en el amplio recibidor de este hotel kurdo que, en el pasado, fue el lugar de reunión favorito de intelectuales, escritores y toda la bohemia de Erbil. Su bar sigue siendo una meca del lumpen en la región, pero, tras la muerte de su primer dueño, el tipo de público ha cambiado, y ahora ya no se dan esas reuniones sobre poesía y literatura que, bajo el humo de los cigarrillos y el calor del alcohol, eran un invernadero de ideas cada noche. Ahora se bebe duro, muy duro, y el jardín del establecimiento alterna fútbol con actuaciones musicales, dependiendo del día de la semana. Para encontrar ese ambiente que había antes, hay que ir al Club de Escritores, detrás de la Ciudadela. El bar del Chwar Chra es un templo del alcohol adulterado en el que, como en

todo el Kurdistán, guardan botellas y latas con apariencia de ser originales, aunque en realidad no lo son. Nada es lo que parece, como se puede comprobar con el nivel de dolor de cabeza de las resacas kurdas. Es temprano para el desayuno, pero uno de los empleados se apiada de mí y me sirve un té. Todo está en silencio. Parece increíble que hace unas pocas horas este lugar estuviera repleto de borrachos. Se han retirado todas las mesas del jardín y no hay ni rastro de la última juerga. Tomo el té sin quitarle el ojo al móvil, como un novio al que su chica ha dejado plantado con las entradas del cine en la mano.

La opción de Abdalá es una opción desesperada. No lo conozco de nada, me cobra una fortuna por llevarme a Mosul y traerme de vuelta y ha sido un auténtico borde en los mensajes y llamadas que nos hemos cruzado. Voy a violar una de mis normas de oro antes de meterme en un «punto caliente» y me voy a subir al coche de un desconocido. Bueno, desconocido para mí, pero no para los oficiales del Ejército de Irak que, después de tres días de trámites infructuosos, me han recomendado contactar «con un intérprete con experiencia» y me han soltado tres nombres (entre ellos, el suyo). He respondido que tengo una persona con la mayor de las experiencias: Mohamed Kaki, que en su juventud fue traductor de español del Ministerio de Información de Sadam... Pero ellos se referían a otro tipo de experiencia y, sobre todo, de contactos.

Durante tres días me he resistido a seguir los pasos del resto de periodistas y a viajar a Mosul acompañado de uno de los jóvenes de Ainkaua, ciudad cristiana vecina a Erbil, quienes, aprovechando el furor mediático, se han convertido en *fixers* de la noche a la mañana. Aunque he intentado evitar contratar a uno de ellos por todos los medios, no ha habido forma. El primer día probé con un taxista de Mosul, conocido de un conocido de Kaki, pero al llegar al primer puesto de control iraquí nos tuvimos que dar la vuelta. Lo mejor de ese trayecto fue escuchar al veterano conductor explicar su vida durante el régimen de Sadam Huseín:

—Era taxista y cubría la línea entre Bagdad y Amán: viajes largos y tranquilos que se convirtieron en una pesadilla tras la invasión de Estados Unidos. A partir de entonces, cruzar la provincia de Al Anbar era una tortura

debido a los asaltos, puestos de control de todos los grupos imaginables, secuestros... así que acabé mudándome a Erbil —nos explicó este hombre, que conducía un todoterreno gris y que, antes de salir, nos había jurado que la ruta hacia Mosul no tenía secretos para él.

—Entonces, ¿echa de menos aquellos tiempos? —le pregunté, no solo por mantener la conversación, sino porque de verdad me interesan todas las historias relacionadas con los años de Sadam. Una curiosidad que me tortura, pues nunca viajé al Irak anterior al 2003.

—Mucho —respondió sin dudar—. Irak era un gran país, y el presidente era el único capaz de controlar a los del sur. Desde que él nos falta, estos del sur se han apoderado de todo; algo impensable en aquellos tiempos. Solo Sadam sabía tratar con ellos y mantenerlos en su sitio.

«Los del sur» era la forma de este conductor de referirse a la mayoría chií de Irak, cuyas ciudades más importantes están al sur de Bagdad y que durante la dictadura sufrió la represión del régimen baazista. Nos tuvimos que dar la vuelta a falta de 40 kilómetros para llegar a Mosul. Al día siguiente, a primera hora, salí directo a Majmur, al sur de Erbil, para intentar conseguir un permiso oficial del Ejército de Irak. Otro gran fracaso. Kaki y yo nos pasamos toda la mañana en la garita de acceso a la base iraquí: no nos permitieron ni siquiera acceder al interior de las instalaciones, ni nos ofrecieron un café o té, algo muy raro en estas latitudes, y me fundí el crédito de mi tarjeta telefónica de prepago haciendo llamadas a Bagdad. Otra de las maneras de distinguir a un periodista de plantilla de un *freelance* es el teléfono: cuando paga el medio, el enviado especial tira de su teléfono nacional, no importa la itinerancia, mientras que cuando paga de su bolsillo, opta por una tarjeta local. Nos volvimos sin el papel que buscábamos, pero al menos logré los teléfonos de varios oficiales de prensa que resultaron muy útiles, sobre todo porque solo funcionaban a través de WhatsApp. De esta forma les envié mi pasaporte y credenciales de periodista, y recibí su respuesta pidiendo paciencia y sugiriéndome que contactara con algún *fixer* que tuviera «buenos contactos» y «experiencia» con el ejército.

Mosul vive horas clave: el desenlace final es inminente. Los milicianos de EI se atrincheran en apenas dos kilómetros cuadrados de la Ciudad Vieja,

rodeados por unos cien mil civiles, según las últimas cifras que maneja Naciones Unidas. Por primera vez en tres años, las fuerzas iraquíes combaten cuerpo a cuerpo en las callejuelas de la parte antigua, y han logrado abrir una ruta de escape para que los civiles atrapados entre dos fuegos puedan escapar. El avance se realiza a pie y con cobertura de helicópteros, ya que la zona es un enorme laberinto de callejuelas a las que no pueden acceder los blindados. La ONU alerta del riesgo que corren los civiles, pues «los combates son muy intensos en la Ciudad Vieja y están en un riesgo extremo, casi inimaginable». El final se acerca, y Al Bagdadi sigue desaparecido. Hace unos meses, fuentes militares rusas aseguraron que «la probabilidad de que esté muerto está cerca del cien por cien» tras un bombardeo realizado por su aviación a las afueras de Al Raqa contra una reunión de mandos de EI, pero no hay confirmación de ello por parte del grupo.

Abdalá llega con una hora de retraso. Balbucea los buenos días en un inglés americano de Hollywood desde el interior de un todoterreno impresionante. Gafas de sol, voz ronca y un cigarro en la boca. La noche ha sido larga. Me cuenta que ha estado bebiendo hasta muy tarde junto a un amigo escocés y que no ha oído el despertador.

—Lo mezclé todo. Empezamos con cerveza Corona, después *whisky* y, para terminar, tequila y vodka. Una gran fiesta. Fui el que más aguantó, pero no recuerdo ni cómo pude conducir de vuelta hasta casa —recuerda, con una mano en el volante y la otra en el móvil, donde repasa su lista de canciones y pincha un tema electrónico que nos acompaña en la salida de Erbil. Nos vamos a Mosul, pero parece que salimos de fiesta.

—No abras la boca en los puestos de control y, sobre todo, que no piensen que eres estadounidense porque eso nos puede crear problemas al cruzar a Irak —me ordena Abdalá en cuanto salimos de Erbil y enfilamos hacia el oeste.

—Estaré callado. ¿Estás seguro de que podremos llegar?

—Es mi trabajo. Eres un cliente vip y pagas precio vip. Hoy trabajarás en Mosul, y por la tarde estaremos de regreso y nos tomaremos una cerveza en Al Hamdaniya, en la única tienda que los cristianos han reabierto.

La distancia hasta Mosul es de apenas 90 kilómetros, pero el trayecto

puede durar horas. Los primeros puestos de control son de los *peshmerga* kurdos, y los conozco muy bien. Todo cambia cuando se cruza Bazkertan y llega la primera posición fuera de la zona de control kurdo. La puerta de entrada a Irak está en manos de las Unidades de Movilización Popular, las milicias chiíes vinculadas a Irán, y aquí sí que, como periodista, es necesario tener un permiso de las autoridades de Bagdad, o un conductor hábil y con contactos como Abdalá. Baja la ventanilla y se abraza al miliciano como si lo conociera de toda la vida, le da un paquete de pipas, le pregunta por su familia y, finalmente, le muestra una carta que tiene escaneada en su teléfono. En menos de dos minutos hemos pasado. Desde Bazkertan se puede seguir recto hasta el este de Mosul por la carretera tradicional, pero para dirigirse al oeste, a la zona donde se desarrollan los últimos combates y en la que se han cortado todos los puentes de la ciudad, hay que poner dirección a Al Hamdaniya, pues es esta ruta secundaria la que lleva hasta el puente levantado por el ejército que permite cruzar el Tigris. En Al Hamdaniya son las milicias cristianas las que controlan los puestos de entrada y salida, y de ahí se pasa por Umarkan, donde los paramilitares chiíes han decorado sus posiciones con fotografías del líder supremo de Irán, Alí Jamenei, y por Salamiyah, que acoge un enorme campo para desplazados, lo mismo que Nemera. Kilómetros y kilómetros de tiendas de toldos blancos se pierden hasta donde alcanza la vista. El número de desplazados supera las previsiones de la ONU. En Nemera se cruza el Tigris gracias a un puente militar, y unos pocos kilómetros después se accede a la ruta principal que pasa por Hamam al Alil, sede de otro campo enorme para desplazados, y por Areij, donde se empiezan a ver ya hombres de la Policía Federal y la División de Oro, fuerzas regulares iraquíes. Las fotos de los imanes chiíes dejan su lugar a imágenes de los compañeros caídos en combate, y esto se repite en los puestos de control hasta Azba, puerta de entrada a Mosul, que nos recibe con grandes columnas de humo que emergen desde su Ciudad Vieja. Este último es el puesto de control más severo, y se pueden necesitar horas para cruzarlo. Abdalá me pide que me quede en el coche, y baja para hablar con el oficial al mando. En dos minutos arrancamos de nuevo. Es una máquina de superar controles.

—Ya estamos en Mosul. ¿Cuál es el plan? —pregunta Abdalá.

—Vamos primero a ver a los mandos iraquíes para que nos expliquen cómo está la situación y las zonas en las que nos podemos mover. ¿Sabes dónde está su base?

—Ni idea, pero me entero en un minuto —responde al tiempo que para la música para buscar un número en la agenda.

Tres horas después de salir de Erbil, estamos en el improvisado cuartel general de la División de Oro, una casa ocupada en un barrio vecino a la Ciudad Vieja. Vehículos blindados custodian el acceso y bloquean la calle para evitar coches bomba, y en el interior, en un gran salón, el general Abdel Gani al Asadi dirige las operaciones acompañado de un grupo de diez asesores. Se sientan en un interminable sillón de fieltro rojo que ocupa tres de las cuatro paredes de la habitación. Además de varios mapas con la situación de los combates, tienen la televisión puesta en una cadena que emite vídeos musicales. Aunque las autoridades declararon la victoria el 29 de junio, este veterano militar de Nasiriya, que lidera la lucha contra EI desde el 2013, insiste en que «estamos en la fase final, pero hay que acabar con todos ellos, exterminarlos, porque no quieren rendirse. Este es el motivo por el que se alarga una batalla que no ha tenido nada que ver con las de Tikrit, Ramadi o Faluya, y es que aquí hemos tenido que luchar en una ciudad en la que había más de un millón de civiles». El general no para de recibir mensajes. En los últimos tres días, EI ha realizado treinta y cuatro operaciones suicidas contra sus hombres, en la mayoría de casos con mujeres kamikaze. «Sabíamos que podíamos esperar cualquier cosa de esta gente, pero es la primera vez que recurren a las mujeres de esta forma masiva, lo que apunta a que están desesperados y no tienen más armas», informa el mando iraquí, que pide a sus hombres que extremen la seguridad en los controles a los civiles que huyen de la Ciudad Vieja. Este trabajo ha dado sus frutos, ya que han podido detectar y detener a tres mujeres antes de inmolarse, dos tunecinas y otra marroquí. Entre las nuevas medidas adoptadas, está la de obligar a las mujeres a quitarse el nicab cuando escapen de la zona del califato; los hombres, por su parte, saben desde hace semanas que deben salir con el pecho descubierto para disipar dudas sobre si llevan o no un chaleco de

explosivos adherido al cuerpo. Algunos de los oficiales presentes bromean con esta última estrategia de EI. Los yihadistas alardean de su deseo de cometer operaciones de martirio porque esto, según sus responsables religiosos, les abrirá las puertas del paraíso, donde les esperan setenta y dos huríes (mujeres vírgenes). «Pero ¿qué le espera a una mujer que se inmola, una polla gigante?» es la pregunta en voz baja de uno de los presentes que provoca la carcajada en la sala, que se corta cuando el general vuelve a coger el *walkie-talkie* para hablar con los suyos. Su cara cambia de semblante en función de las noticias que recibe.

Abdalá traduce las palabras del mando. No para de repartir cigarros entre los presentes y, cuando terminamos, se hace un selfi con el general e intercambian teléfonos. En la cocina de esta casa convertida en centro de mando, otros periodistas esperan su turno para entrevistar al responsable de la liberación de Mosul. El veterano militar da un grito y ordena a uno de sus hombres que nos acompañe para facilitarnos el trabajo. A la salida, Abdalá me da un chaleco y un casco. Yo no quiero usarlos, pero él insiste, así que termino poniéndome el chaleco.

Ráfaga, silencio, explosión. Ráfaga, silencio, explosión. De la Ciudad Vieja de Mosul emana el sonido frío de las armas y la calidez de las pisadas de los civiles que escapan a pie del infierno. Aturdidos, demacrados y cubiertos de polvo, caminan con la mirada perdida sobre los escombros, y solo sus pasos sobre la gravilla y los cascotes rasgan el silencio sepulcral que sucede a las detonaciones. Los heridos son evacuados en los blindados del ejército, convertidos en improvisadas ambulancias que vuelan hasta el hospital de campaña más cercano. Pero la gran mayoría camina como un ejército de muertos vivientes hacia las zonas aseguradas por las unidades antiterroristas, donde les espera un severo control de seguridad para evitar suicidas y la infiltración de yihadistas. Hay mucha prisa por terminar la operación. La ansiedad de los dirigentes de Bagdad por cantar victoria contrasta con la desesperación de los civiles, sobre todo de mujeres y niños que acaban de huir de los combates y no saben a dónde ir. Están en la mitad de calles desiertas, cobijados bajo los esqueletos de edificios dañados por los bombardeos.

Paramos a las puertas de una mezquita donde hay un grupo numeroso de civiles. Sarab, que tiene en brazos a uno de sus hijos y que quiere cruzar a la otra orilla del Tigris para intentar buscar a familiares, cuenta que «salimos de una pesadilla, de un infierno en el que nos moríamos de hambre y sed. Los últimos días han sido horribles, horribles... pero ya no quedan apenas combatientes del Dáesh, e incluso muchos de ellos han dejado sus armas y están escondidos». Habla con miedo, no pierde de vista a los militares que nos acompañan. A su lado está Wafah, desesperada porque «he perdido a mi marido, he perdido a mi marido. ¿Dónde está? ¿Se lo han llevado? ¿Ha muerto? ¿Dónde está mi marido, por favor?», suplica fuera de sí a los soldados, que tratan de contenerlas a ambas antes de ayudarlas a subir al camión que las llevará fuera de la ciudad. Ahora les toca empezar la lucha por sobrevivir en medio de una auténtica catástrofe humanitaria.

No suenan sirenas de ambulancias porque los heridos llegan a los hospitales de campaña en blindados del ejército. A pocos metros de la mezquita donde Sarab y Wafah esperan ser evacuadas, hay un hospital abierto en un bajo comercial que antes de la guerra ocupaba una imprenta. Han retirado la maquinaria para colocar cuatro camillas. «Por aquí pasan miles de personas: es un goteo constante porque los combates se producen en una zona donde quedan muchos civiles, y ellos son los que están pagando el precio más alto en esta lucha», confiesa Chris, un voluntario estadounidense de la ONG especializada en atención médica en zonas de conflicto Global Response Management (GRM), que lleva desde febrero en Mosul. Este joven californiano trabaja con una decena de compatriotas en el servicio médico de este centro improvisado, en el que han escrito en la pared principal «*Fuck ISIS*» (Jódete, EI). Justo cuando se dispone a repasar algunos detalles de su misión, llega un Hummer con una anciana y varios niños heridos y Chris sale disparado. Se abre la puerta trasera y van desfilando los pasajeros en estado de *shock*. A la anciana la sacan en brazos para tumbarla rápidamente en una camilla.

Hay que trabajar con rapidez y elegir entre hacer fotos, grabar en vídeo o tomar notas. Todo a la vez siempre sale mal. Es uno de esos momentos en los que añoras trabajar solo en un formato o contar con un compañero que se

encargue de la imagen. Si es para un periódico, puedes dar un paso atrás y observar la escena antes de hacer las entrevistas; si es para televisión, debes meter tu ojo en la cámara y seguirlo todo desde lo más cerca posible. Es una carnicería. Enciendo la cámara y pronto se me saltan las lágrimas. Aunque la máquina puede parecer un escudo en algunas circunstancias, el corazón termina venciendo a la cabeza y hay instantes en los que la emoción te puede. Pero hay que seguir. El efecto de los bombardeos en zonas civiles es demoledor, y la Ciudad Vieja de Mosul es lo más parecido que he visto a los barrios orientales de Alepo: pura muerte.

Yahya Naswani tiene un tono de voz apenas audible. Tiene miedo de hablar con la prensa por si alguien de EI pudiera ver luego sus declaraciones en algún canal vía satélite. Está pálido y famélico, y, tras un largo silencio, recuerda que «los últimos días han sido durísimos. No hay comida ni agua, pero no podíamos salir porque el Dáesh no lo permitía: nos tenía como secuestrados. En cuanto retrocedieron, nosotros huimos sin mirar atrás». Tiene el pecho descubierto, como marca la norma de las fuerzas iraquíes para que no se cuele ningún suicida, y, mientras habla con nosotros, un agente de la seguridad militar no le quita ojo. Hay una enorme desconfianza hacia los hombres que huyen a estas alturas de la zona del califato, y todos pasan varios interrogatorios antes de que se les permita salir. Todos son de EI hasta que demuestren lo contrario. Yahya acompaña a varios niños pequeños a los que los médicos están examinando, y uno de ellos no para de llorar. «Somos vecinos, pero no familiares. Estos niños han perdido a sus padres, son huérfanos. ¿Qué va a ser de ellos?», nos pregunta pensando que, en lugar de periodistas, somos miembros de alguna ONG. Pero no, somos periodistas, así que le pido a Abdalá que le aclare que esta entrevista posiblemente no le sirva de gran ayuda. Nos mira desconcertado, impotente. Yo bajo los ojos. ¿De qué le sirve nuestro trabajo a esta gente? Veo a los médicos y enfermeros estadounidenses y canadienses atendiendo a esa gente y me siento diminuto.

Hay que seguir. Intentamos acceder a la Ciudad Vieja, pero hoy no es posible. Un vehículo ha sufrido una emboscada y han cerrado el acceso para asegurar la zona. Los políticos insisten en que el califato ha terminado, y la verdad es que tienen parte de razón: EI ya no tiene capacidad de gobernar,

aunque su gente resiste. Quiero seguir haciendo entrevistas, pero se acerca la hora límite para los informativos de televisión y me toca grabar unos falsos directos y enviarlos, así que regresamos a la zona próxima al cuartel general de la División de Oro y rezo para que allí funcione el 3G de mi tarjeta kurda, porque en Mosul no hay internet. Cuando termino el trabajo, ya es hora de regresar a Erbil. Durante el viaje de vuelta hablamos muy poco, y Abdalá cumple su palabra y paramos a tomar una cerveza en Al Hamdaniya. Como el resto de las localidades cristianas de Nínive, todas las casas están quemadas, y es un milagro que la bodega haya sobrevivido. Compra varias botellas de Coronita, pipas y chicles. Es una escena kafkiana, de esas que se producen solo en lugares y situaciones como estas, pero se desarrolla con total naturalidad. El alcohol es un símbolo tan cristiano en estas latitudes como lo es la cruz, y funciona como perfecto salvoconducto. Los cristianos de Oriente Medio que conozco son primero cristianos y después iraquíes, sirios, libaneses o palestinos, pero por delante de todo son cristianos. A partir de ese momento, Abdalá, que no es cristiano pero es kurdo (y los kurdos no destacan por su fervor religioso como musulmanes), exhibe las cervezas en los puestos de control cristianos y reparte pipas y chicles en los musulmanes. Seguro que tiene algún tipo de acuerdo económico con las fuerzas iraquíes para meter extranjeros en Mosul, pero debo reconocer que es el mejor conductor con el que he trabajado a la hora de superar controles. En este tipo de situaciones no es tan necesario un *fixer* con grandes contactos sobre el terreno y larga experiencia como un «conseguidor» espabilado que te lleve hasta la zona cero. Luego, el trabajo es tan rápido y tan intenso que no hay tiempo para florituras. Llegar, recoger el material, salir y enviar.

Yo estoy acostumbrado a trabajar en cualquier sitio, así que me paso el trayecto de regreso editando vídeo y escribiendo. No hay nada mejor que escribir en caliente: escritura automática que te sale de lo más hondo. Es mejor no releer, vomitar todo lo que tienes dentro y liberarte. Durante todo el año ya tengo días y días de escritura reposada, de «recortajes» con mil fuentes y sesudos analistas, pero uno no entra todos los días a Mosul. El «recortaje» es el género estrella de la profesión, como me explicó, durante las elecciones presidenciales del 2009 en Kabul, el entonces periodista de *El País*

Ramón Lobo. Este formato periodístico consiste, básicamente, en leer los teletipos de las agencias y lo que dicen diarios como *The New York Times* o *The Guardian*, o ver las noticias de BBC y Al-Yazira sobre un tema concreto, y luego escribir un texto añadiendo lo que Lobo califica de «toque personal». Se trata de un género que funciona cuando estás en la redacción o si no sales de la habitación de tu hotel, pero allí, en Kabul, salíamos cada día, y asistí en directo a una llamada que no he olvidado. Después de una mañana de entrevistas e historias varias, un jefe llamó a Lobo para decirle que le gustaba el enfoque de la crónica sobre Afganistán que acababa de colgar el digital de *The New York Times*. Lobo, que es un hombre tranquilo, se puso rojo, pero no de vergüenza, sino de ira. «¿Te gusta el enfoque de *The New York Times*? —le preguntó con su voz aterciopelada—. Pues tradúcelo.» Fin de la llamada. Nunca he hecho algo así, aunque ganas no me han faltado.

Mi mujer siempre se extraña de mi capacidad de concentración en los sitios más insospechados: solo necesito un espacio para estar sentado y unos cascos para poner música a un volumen suficiente para aislarme del exterior, desde Daft Punk o Lisabö, pasando por Anari y Pavement, hasta Arab Strap, Pixies o Los Planetas. Cada tema y cada momento tienen su propia banda sonora. No puedo trabajar sin música. Y es que estoy acostumbrado a tener siempre compañía de fondo. Por ejemplo, como cuando me toca escribir para el periódico, grabar para la tele y entrar en directo para alguna radio y mis dos niños están pululando por la casa, gritando, jugando, viendo dibujos animados o esperando a que el pesado del *aita* termine para contarles un cuento. Aunque yo no leo cuentos, sino que me invento historias en las que ellos son los protagonistas. Son nuestras historias, y solo nuestras. Todo esto ocurre entre bambalinas: no se ve desde el otro lado, pero es lo que sucede cuando conviertes tu casa en una corresponsalía. Y, a pesar de que nunca he preguntado a Ane y Telmo qué quieren ser de mayores, lo que sí es seguro es que están teniendo una infancia al ritmo de la agenda frenética de Oriente Medio. Lo único que les deseo es que sean felices.

Regresamos y voy directo a la oficina de Oxfam, que también está en Ainkaua. Paramos el coche y Abdalá se despide. Le pago la cantidad pactada y nos damos un abrazo. Será difícil que nos volvamos a ver porque tiene la

agenda a tope, pero me pasa el contacto de un amigo de toda confianza que está empezando y que «es buena persona, no como yo». Entro en la oficina de Oxfam, donde me espera Andrés González, un palentino de 48 años que es responsable del trabajo de esta organización en Irak. Su despacho es un mar de datos sobre el conflicto que acababa de ver en directo y desde primera línea. En estos momentos hay 3,3 millones de desplazados por culpa de EI, y solo la crisis de Mosul ha obligado a levantar diecinueve campos de refugiados en los que han encontrado asilo 330.000 personas. Siempre me ha fascinado la capacidad de estas organizaciones de hacer estadísticas y de montar dispositivos para hacer frente a desastres de este tipo. En el caso de Oxfam, ellos son los responsables, entre otras cosas, de suministrar agua a los desplazados, una labor titánica. «Con la toma de Mosul no se acaba el problema: ahora hay que intentar que la gente regrese a sus ciudades y pueblos, que han sufrido una grave destrucción y donde no hay servicios básicos... ahora es cuando empieza el verdadero problema», opina este profesional de la cooperación con experiencia en Afganistán, Líbano o Territorios Palestinos, que lleva más de dos años en el país y que habla con propiedad. Da gusto tener delante a gente así, que sabe de lo que habla. Este regreso, sin embargo, será imposible para aquellos de los que se compruebe que han colaborado con EI. Además, ya han comenzado los problemas en el seno de la comunidad suní, en la que los extremistas encontraron cobijo hace tres años para imponer su ideario. «Ya hay asesinatos, quema de casas... hay ganas de venganza, y por eso hay cientos de miles de personas que nunca podrán regresar», adelanta González, de cuya oficina no para de entrar y salir gente. Es un jefe con las puertas abiertas, cercano, y me prepara un café que, cuando le doy el primer sorbo, me reactiva. En este tipo de jornadas te olvidas de comer y beber.

Tengo exceso de información. Vuelvo al Chwar Chra y recibo un mensaje de Abdalá. Todos esperamos el anuncio oficial de la caída de Mosul, pero, más que de los políticos, yo me fío de los militares que están sobre el terreno. Y ahora tenemos el contacto de su máximo responsable, el general de la División de Oro Abdel Gani al Asadi, que nos dice que en cuarenta y ocho horas todo habrá terminado. Eso significa que el viernes, día sagrado para los

musulmanes, Mosul ya estará bajo control total de las fuerzas iraquíes. Hago caso del mensaje y llamo al contacto de Abdalá para ver si es posible viajar el viernes a primera hora. Se llama Fady, y su respuesta es inmediata: «Por supuesto, el viernes es el gran día». Dedico la siguiente jornada a repasar el material y leer las historias que publica la competencia. Es extraño, pero no hay apenas medios españoles.

Por la mañana temprano, Fady aparece puntual, con agua, bocadillos y fruta para el viaje. Veinteañero, estudiante de Empresariales, cristiano, con un pelo rojo hasta la cintura y una barba de un palmo, está ansioso por salir y regresar lo antes posible. Le insisto en que mis prioridades son «seguridad, seguridad y seguridad», y las repite como quien tararea un sencillo de éxito. Es otro de los jóvenes de Ainkaua que han terminado en el negocio de la prensa, que de la noche a la mañana se meten en la línea del frente y, a cambio, pueden amasar pequeñas fortunas en muy poco tiempo. El viaje carece de la sensación de novedad de la primera vez, pero Fady tiene la misma capacidad que Abdalá de superar los controles kurdos e iraquíes. En su caso, está claro que lo confunden con un extranjero. Tiene más pinta de ser un típico agente de inteligencia estadounidense —como los que me he cruzado tantas veces en Irak y Afganistán, vestidos de civil, con barbas, fulares y demás complementos— que de *fixer* kurdo de un periodista extranjero. No abro la boca y todo funciona a la perfección. Hay 3G en todo el trayecto, así que incluso puedo tuitear durante el recorrido. Llegamos a Mosul y vamos directo a la base de la División de Oro, donde se respira un aire de victoria total. El general Abdel Gani al Asadi no nos hace esperar ni un minuto. Sabe que hemos venido gracias a su mensaje y nos quiere compensar como corresponde, es decir, con un viaje al corazón del califato, al epicentro de la barbarie y al lugar que mejor simboliza el ascenso y la caída de EI: la mezquita de Al Nuri.

Salimos y nos dirigimos de inmediato a nuestro coche, pero los militares nos dicen que no, que debemos ir en uno de sus vehículos por motivos de seguridad. Aunque tengo aversión a los blindados desde mi época de empotramientos, sobre todo en Afganistán, esta no es una cuestión negociable. Los Hummer que conducen los iraquíes solo se parecen en el

nombre y la forma a los que conducen los militares del Ejército de Estados Unidos. Están tan zurrados, sucios y destartados que a veces hay que ir agarrando de las piernas al tirador para que no se caiga de la tarima de plástico colocada en mitad del asiento trasero y pueda tener una buena posición de tiro. Nuestro coche tiene uno de los cristales rotos, lo que, por una parte, se agradece (así entra algo de aire); sin embargo, por la otra, da seguridad cero en caso de fuego cruzado o de explosión de una mina, recursos habituales de EI. Y aunque no es momento de pensar en negativo, uno no puede olvidar a colegas como Stéphan Villeneuve y su *fixer* Bajtiyar Hadad, fallecidos hace un mes por culpa de una mina. Subimos y volamos en dirección a la zona cero. Todo va a salir bien. En pocos minutos pasamos por delante de la mezquita donde conocimos a Sarab y Wafah, y, un poco más adelante, por el hospital «*Fuck ISIS*», donde se me quedó grabada la mirada de terror de Yahya Naswani, rodeado de niños huérfanos. Hoy sí se puede acceder a la Ciudad Vieja, pero casi es mejor no mirar. Mi cabeza viaja a los barrios orientales de Alepo. De nuevo, las mismas imágenes de destrucción absoluta: edificios machacados, coches convertidos en amasijos de hierros, enormes cráteres en el suelo, esqueletos de edificios en pie pero sin paredes, que dejan al aire el interior de casas y comercios en los que la guerra cortó de cuajo la vida para traer la muerte. Los pedazos de humanidad entre las ruinas me conmueven. Hay mesas de comedor con platos que tienen comida, habitaciones de niños con dibujos en las paredes, peluches y ropa entre las piedras, libros chamuscados, álbumes de fotos... Sí: la vida se corta en un segundo, con una fuerte explosión, y ya nada vuelve a ser igual. Nada.

El coche no para de botar, y vamos por un camino recién abierto por excavadoras, lo que significa que alguien ya ha pasado por delante, así que solo espero no saltar por los aires. Al principio me cuesta reconocerla, pero pronto distingo cómo sobresale una cúpula verde entre las ruinas. El vehículo se detiene. Podemos bajar, pero no alejarnos de la zona. Veo a dos hombres arrodillados y maniatados en una esquina. En la acera de enfrente hay otro tirado boca abajo, con los ojos vendados, las manos atadas y la cabeza ensangrentada. Todos ellos, vigilados muy de cerca por efectivos de las unidades antiterroristas que los tienen encañonados. «¡Nada de fotos, nada de

fotos!», me gritan cuando observan mi cara de sorpresa. Los reos ni se mueven. Son sospechosos de pertenecer a EI y van a ser sometidos a varios interrogatorios, me informan. O ya lo han sido. A muy pocos metros, un cadáver en descomposición impregna el lugar del olor agrio de la muerte. Un olor que emana de los escombros de una Ciudad Vieja de Mosul convertida en la auténtica zona cero de la batalla. Un olor que se te pega a la piel, que se puede masticar y te golpea directo en el estómago. Cuanto más intenso es el hedor de los cuerpos, debido al fuerte calor, más ganas de vomitar te provoca. Al Nuri es ahora un montón de escombros sobre los que se mantiene milagrosamente la cúpula verde oliva. Del famoso minarete jorobado solo ha quedado la base después de que los yihadistas decidieran volar este complejo de ochocientos cincuenta años de historia para que no fuera a parar a manos enemigas. El símbolo del califato es ahora una importante posición militar, con un centro de detención y otro de atención médica de urgencia a los civiles heridos, y también un punto de visita obligada para los combatientes de las distintas fuerzas que participan en la guerra y que acuden a celebrar la victoria. A pocos metros de lo que fue el acceso al templo, hombres de las Unidades de Movilización Popular, las milicias chiíes, se sacan selfis y hacen pintadas con sus nombres en las paredes. La sensación es de absoluta seguridad. La guerra ha terminado, y los disparos que oímos son de celebración. Los árabes y su dichosa manía de celebrarlo todo a tiros. Cuando se sacian de selfis, el grupo de milicianos arremete contra nosotros porque piensan que Fady también es extranjero. «¿Por qué habláis mal de nosotros? ¿Por qué decís tantas mentiras?», pregunta uno de ellos a gritos, mientras sus compañeros tratan de calmarlo. Las autoridades de Bagdad los han mantenido alejados de la batalla de Mosul para evitar los roces sectarios en una ciudad mayoritariamente suní, pero tienen la responsabilidad de gran parte de los puestos de control en los accesos. Se ven también antiguos símbolos de EI borrados, y los milicianos se llevan como trofeo una bandera negra que han encontrado tirada en un bajo comercial. El califato deja una herencia de muerte y destrucción en la que ha sido su capital durante los últimos tres años. Yo no salgo del perímetro que nos han marcado, pero veo algunos colegas de televisiones iraquíes que escalan por las montañas de escombros y

se pierden entre los callejones imposibles de esta zona fantasmagórica, acompañados por miembros de las fuerzas especiales o milicianos.

Miro lo que queda de Al Nuri en silencio. ¿Es el final? Tengo una sensación similar a la que experimenté en mayo del 2011 en Abbottabad, la localidad de Pakistán en la que Estados Unidos mató a Osama bin Laden. Entonces, erróneamente, llegué a pensar que la partida había terminado. Que la yihad global pasaba a la historia después de que los Navy SEAL (los equipos Mar, Aire y Tierra de Estados Unidos) le volaran la cabeza a su gran icono. Pero me equivoqué. Aunque la pérdida de Mosul es un golpe letal para un califato que se queda sin su gran símbolo, esta gente lleva activa desde el 2003 y, bajo diferentes nombres y líderes, ha sabido reinventarse y hacer de la clandestinidad su auténtico califato. Quedan Tal Afar, Hawija o Al Qaim, en Irak, y Al Raqa, Deir ez-Zor, Mayadin o Abu Kamal, en Siria, aunque nada puede ser igual después de Mosul. Irak y la coalición que lidera Estados Unidos han infligido un castigo máximo a los yihadistas, pero también a la ciudad. Han empleado un uso masivo de fuerza para que sirva de ejemplo ante la brutalidad y la resistencia de un enemigo que ha luchado hasta la muerte. No, la guerra no ha terminado, pero la batalla de Mosul sí lo ha hecho y es momento de regresar. No me hace falta esperar a las declaraciones políticas o a los desfiles militares: esto se ha acabado, y no me gusta el relajamiento con el que soldados y milicianos pasean su victoria entre los escombros. No me gusta nada.

Después de una jornada en Al Nuri, salimos de Mosul, no sin antes despedirnos del general Abdel Gani al Asadi y darle la enhorabuena, si es que se puede celebrar semejante espectáculo. Oscurece, por lo que hay que conducir con rapidez. No hay cerveza en Al Hamdaniya, ni grandes explicaciones en los controles. Final de cobertura. Le digo a Fady que me vuelvo a casa, que no quiero seguir comprando boletos en la lotería macabra de EI, y le aconsejo que ande con mucho cuidado a partir de ahora. Los días posteriores a una victoria pueden ser muy peligrosos porque es entonces cuando todo el mundo baja la guardia.

Llego al Chwar Chra y Kaki me espera en el vestíbulo con su inseparable café en una mano y el móvil en la otra. Me abraza. Respira aliviado cuando

me siento a su lado. Se ajusta las gafas y me lee una noticia de última hora que circula en los medios locales:

Sudad Faris, cámara de la cadena de televisión Salahedin, y Harb Haza al Duleimi, periodista de Hona Salahedin, han muerto en una emboscada del Dáesh al sur de Mosul. Los cuerpos están en el interior de un edificio, y las fuerzas de seguridad llevan doce horas tratando de reducir a los terroristas para recuperarlos.

Otros dos colegas caídos. Aunque, al ser iraquíes, la noticia no tendrá demasiado eco. Así como los atentados de EI tienen mayor o menor impacto mediático en función del lugar y el objetivo alcanzado, con los periodistas muertos ocurre lo mismo. El califato es historia en Mosul y, definitivamente, es hora de marcharse.

# 6

## GAZA

# CARA A CARA CON UN SEGUIDOR DEL CALIFA

*Agosto de 2017*

Cataluña se prepara para la manifestación de condena al terrorismo tras los atentados del 17 de agosto en Barcelona y en Cambrils. Miro Twitter, donde no hay otro tema. Eugenio García Gascón, decano de la prensa española en Tierra Santa, y yo estamos sentados en el sofá de la casa de Kayed al Hamad, nuestro *fixer* desde hace más de una década, en el piso 13 de un edificio situado al norte de Gaza. En mi página principal de Twitter solo se habla de Barcelona, de Estado Islámico y de los preparativos para la gran manifestación, en la que la prioridad es intentar dar una imagen de unidad en medio de la crisis abierta por el desafío independentista del presidente catalán, Carles Puigdemont. España sufre el azote del yihadismo por primera vez desde el 11-M. Esta vez, el escenario elegido ha sido Barcelona, donde una furgoneta Fiat de color blanco ha irrumpido en el paseo peatonal central de la turística La Rambla, vetada al tráfico. A esa hora estaba repleta de peatones, muchos de ellos, turistas. El conductor recorrió a gran velocidad un

tramo de unos quinientos metros, con una forma de operar similar a los atentados ocurridos en Berlín, Niza y Estocolmo. La furgoneta se detuvo, finalmente, sobre el mosaico de Joan Miró, algo antes de la altura del Teatro del Liceo. El conductor abandonó el vehículo y se dio a la fuga, dejando tras de sí a quince muertos y más de cien heridos.

El EI reivindicó la operación a través de sus canales habituales, con lo que Barcelona se sumó a la lista de ciudades golpeadas por el grupo fuera del califato. Desde el primer instante, la prioridad del califa fue consolidar sus fronteras en territorio sirio e iraquí, donde llegó a ocupar prácticamente la mitad de Siria y las provincias de mayoría suní de Irak, pero el grupo no tardó en dar un paso más. En respuesta al inicio de la operación militar internacional lanzada por Estados Unidos, su portavoz, Abu Mohamed al-Adnani, llamó a «los musulmanes de todo el mundo a matar infieles». A partir de entonces dejó de ser necesario acudir al califato para aprender el manejo de armas o explosivos: cualquiera con la motivación necesaria podía convertirse en su propia casa en un guerrero santo. El primero en responder a esa llamada fue el joven Amedy Coulibaly, que el 7 de enero del 2015, el mismo día del atentado contra la revista satírica *Charlie Hebdo*, entró en un supermercado de comida *kosher* en París y retuvo a varios clientes. Cuatro rehenes y el secuestrador perdieron la vida. Ese fue el inicio de una cadena de ataques lejos de las fronteras del califato, con operaciones en Túnez, Yemen, Arabia Saudí, Kuwait, el Reino Unido, Bélgica... Después de casi ignorar a EI en sus comienzos, los dirigentes europeos, como el ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación español, José Manuel García-Margallo, cambiaron de parecer y empezaron a declarar cosas como que «estamos ante una amenaza global, probablemente la más grave que hemos tenido nunca». Los atentados simultáneos en París del 13 de noviembre de ese mismo 2015, en los que 137 personas perdieron la vida, fueron un punto de inflexión y llevaron a los cuerpos de seguridad europeos a buscar una mayor coordinación. Cuatro meses después llegó el turno de Bruselas, donde los objetivos fueron el aeropuerto y la red de metro. Al menos 35 personas fueron asesinadas, y se encendieron todas las alarmas. Los ataques desde mar y aire en Siria e Irak ya no eran suficientes. «No es una exageración afirmar

que, después de catorce años de guerra global contra el terror y de haber invertido una cantidad sin precedentes en contraterrorismo, somos aún incapaces de entender correctamente —y, mucho más, de dar una respuesta adecuada— a la revolución de EI», apuntó en Al Monitor, el portal especializado, Mohamed Mahmud Uld Mohamedu, miembro del Centro de Ginebra para Políticas de Seguridad (GCSP, por sus siglas en inglés). Después de operaciones sofisticadas como la de París, llegaron otras más rudimentarias aunque igual de efectivas, como el atropello masivo de Niza en plena fiesta del 14 de julio. Un camión era suficiente para sembrar el terror y dejar el sello de los seguidores del califa. Todo un ejemplo para aquellos musulmanes que aspiraban al martirio por la causa de EI, como los jóvenes que atentaron en Barcelona.

Estoy cerca de la ventana y observo el mar negro en que se convierte Gaza cuando cae la noche debido a la falta de electricidad. Entra algo de aire fresco, pero no suficiente para aliviar la sensación de calor húmedo. Observo que Eugeni suda: su asiento es más caluroso que el mío. Cubrimos juntos la guerra del 2014 (la Operación Margen Protector, en la que Israel mató a más de 2.200 palestinos, la mayoría civiles, según Naciones Unidas), y desde entonces el decano no había vuelto a la Franja hasta hoy. Queremos entrevistar salafistas y hablar con ellos del auge y la caída de EI. Cuando le adelantamos la idea a Kayed, no le gustó nada. Tuvo una mala experiencia con esta gente en el 2005 mientras acompañaba a Ramón Lobo, enviado especial de *El País*, y sufrieron un secuestro exprés. No se fía de ellos, en particular de los salafistas yihadistas, los que apoyan abiertamente la guerra santa como medio para obtener una sociedad islámicamente correcta. «No todos los salafistas son yihadistas, pero todos los yihadistas son salafistas», insiste Kayed con su habitual tono nada diplomático. Hay que quererlo como es; su español lo aprendió en la calle, durante su estancia fugaz en Málaga. No es un traductor al uso, sino que añade información de su cosecha, algo que algunos colegas no pueden entender. Yo me fío de su criterio y, sobre todo, confío en él. Por eso no dudo en cancelar un tema si no lo ve claro por motivos de seguridad.

Esta vez no las tiene todas consigo. Por la tarde hemos visto a un primer

salafista, y la entrevista ha sido en una choza de un primo suyo, frente al campo de refugiados de Al-Shati, en primera línea de playa y a unos 200 metros de la casa de Ismail Haniye, líder de Hamás. Es uno de esos lugares que en cualquier otra parte del mundo estaría ocupado por viviendas de lujo o terrazas selectas. Aquí hay una hilera interminable de chabolas que la gente ha ido levantando, con todos los materiales imaginables, para tener un lugar cerca de la brisa del mar y alejado de las estrecheces del campo. No es el mejor momento para abordar este tema en Gaza, sobre todo porque hace pocos días que Nidal Yoma al Yafari, oficial de Hamás de veintiocho años, murió asesinado en un atentado suicida perpetrado por un joven salafista cercano a EI al sur de la Franja. Un ataque sin precedentes que puso a los salafistas en el punto de mira de las autoridades gazatíes.

Abu Abdula ha llegado con una botella de dos litros de Sprite, bien fría. Vestido con una túnica de color marrón, nos ha dado la mano uno por uno antes de sentarse y dar gracias a Dios. Su tono era calmado, menos para referirse a Hamás, de quienes ha dicho que «son unos mentirosos, porque dicen que aplican la *sharí*a y en realidad usan leyes civiles. Quien más cerca ha estado de cumplir con el verdadero islam es el Dawla, pero tampoco lo han hecho bien del todo y por eso han fracasado. El gran problema para el Dawla ha sido que sus ciudadanos no eran verdaderos musulmanes». Casado y padre de cinco hijos, nuestro interlocutor, que lleva veinte años unido al salafismo, ha ido hilando ideas sin apenas reparar en nuestras cuestiones. Cuando le hemos preguntado por atentados como el de Barcelona, su respuesta ha sido rotunda: «Quienes lo hicieron tienen una fe podrida y son juguetes en manos de poderes ocultos como Israel o Estados Unidos. Los que hacen atentados así no siguen la religión del Profeta, y solo consiguen que aumente el odio hacia el islam y que se relacione nuestra religión con el terrorismo». Ha confesado su labor de predicación entre vecinos y amigos para intentar que «sigan el camino correcto», aunque en ningún momento nos ha invitado a la conversión a Eugeni o a mí, dos auténticos *kuffar* (infieles), tal y como nos ha definido. Me ha extrañado que perdiera la oportunidad de invitarnos a formar parte de la *umma*, la gran comunidad de creyentes.

Hamás, cuya visión del islam es más política y pragmática que la de los

salafistas, no quiere que se repitan las escenas de agosto del 2009, cuando el líder del grupo Yund Ansar Alá (Soldados de Dios), Abdel Latif Musa, proclamó un emirato en Rafa, al sur de la Franja, y las fuerzas de seguridad tuvieron que asaltar su mezquita en una operación en la que hubo al menos veinticuatro muertos. Las autoridades de la Franja se resisten a hablar de la presencia de EI, pero admiten la existencia de «pequeños grupos salafistas entre los que sumarán más de un centenar de personas», a quienes responsabilizan del lanzamiento aislado de cohetes contra Israel o de ataques como el que sufrió el joven oficial de Hamás hace unos días. A finales de julio del 2015, los seguidores del califa difundieron un videomensaje para criticar a los «tiranos de Hamás» por no aplicar la *sharía* de forma correcta, y en la grabación amenazaron con «arrancar de raíz el Estado de los judíos. Hamás y Fatá y todos los laicos no sois nadie, y seréis barridos por nuestras enfurecidas multitudes».

Ahora, sentados en casa de Kayed, esperamos la llegada de otro salafista. «Uno malo malo, pero malo de verdad», balbucea nuestro *fixer* con cara de pocos amigos. La cita ha sido complicada. Habíamos quedado en vernos después de la oración del atardecer en una heladería, pero, justo cuando habíamos pedido unos helados de vainilla y esperábamos su llegada, dos miembros de la inteligencia de Hamás se han sentado en la mesa contigua. ¿Pura casualidad? Aunque nosotros no nos hayamos dado cuenta, Gaza es como un pueblo y todos se conocen. Kayed se ha percatado de su presencia, así que, para evitar que nuestro entrevistado pensara que era una encerrona, nos ha pedido que saliéramos de allí lo antes posible. Ante la falta de lugares seguros, ha elegido su casa.

Eugeni acaba de publicar *Sayyid Qutb. Nostalgia del islam*, un libro en el que repasa la vida y obra de Sayyid Qutb, una figura que sigue atrayendo con fuerza a un gran número de estudiosos y curiosos del islam contemporáneo por su influencia ideológica en la evolución política y en la yihad global de nuestros días, que tanto alarma a Occidente. En el libro hay un apartado dedicado al salafismo, «una corriente de pensamiento que aboga específicamente por la vuelta a los orígenes del islam y la imitación de las primeras generaciones de musulmanes, la generación del Profeta y las dos

siguientes. Se considera que ellos fueron los mejores musulmanes y que, posteriormente, la religión se fue corrompiendo hasta llegar a la situación de hoy». Qutb, que nació en Egipto en 1906 y murió ahorcado en 1966, acusado de organizar un complot para acabar con el presidente Gamal Abdel Naser, sentía una gran simpatía hacia este pensamiento, y escribió que «si el islam debe volver a jugar un papel de líder del género humano, es necesario que la comunidad musulmana se restaure en su forma original». Qutb teorizó también sobre la yihad, e incluso le dedicó un capítulo entero de *Señales en el camino*, su obra más importante. Como recoge Eugeni, «Qutb critica a los musulmanes que piensan que el islam solo ha previsto una yihad “defensiva”. Trata a los “pensadores” que defienden este planteamiento de ser “derrotistas” y de ser “el producto del lamentable estado en que se encuentra la presente generación musulmana”». En su obra se refiere también al «honor del martirio», que «se consigue solo cuando alguien lucha por la causa de Dios, porque si alguien es muerto por cualquier otro motivo no obtendrá tal honor».

El salafismo es una escuela dentro del islam suní, y está en plena expansión en todo el mundo musulmán y en las comunidades musulmanas de Occidente gracias a los petrodólares de Arabia Saudí, reino en el que esta corriente es la dominante desde el siglo XVIII. Aunque la rama yihadista es minoritaria, se ha ido abriendo paso con el tiempo debido a las aportaciones de diferentes teólogos e intelectuales, como Qutb, que han situado la lucha armada como pieza clave para obtener sus objetivos. Las intervenciones extranjeras en Afganistán (2001) e Irak (2003) han dado alas a los más radicales para justificar todas sus operaciones, tanto en casa como en el extranjero. Para ellos, todos los atentados son «respuestas» a la violencia de Occidente, e insisten en el «carácter pacífico» de una religión que «prohíbe hasta matar a una mosca», como me han repetido en mil entrevistas a lo largo de los últimos años. Un argumento de peso y difícil de rebatir, pues las intervenciones militares internacionales han sido un enorme fracaso.

Suena el timbre. Los hijos pequeños de Kayed corren a abrir. Nos ponemos en pie para dar la mano al recién llegado, que acude a la cita escoltado por un vecino suyo, miembro de la facción palestina Yihad

Islámica y amigo personal de la familia de Kayed. Ahmed (nos pide que usemos este nombre ficticio) no cumple para nada con el prototipo de salafista. Sus ojos se esconden detrás de unas gafas de pasta modernas, y viste un polo Lacoste azul cielo y pantalones de color crudo. Solo su larga y cuidada barba, sin bigote, y la *zabiba* en la frente (significa «pasa», y se conoce así a la mancha o el callo que les sale a los más devotos debido al roce de la frente con la alfombra al rezar) lo delatan como una persona religiosa. Acaba de cumplir los veintiocho y, aunque nació en Arabia Saudí, regresó a la Franja cuando tenía siete años, y confiesa que desde los diecisiete es «salafista yihadista», una corriente radical que, según sus palabras, «está al alza tanto en Gaza como en el resto del mundo».

Estas entrevistas son un reto. En la mayoría de los casos, los medios no las publican porque consideran que se trata de apología del terrorismo, pero no se tiene todos los días la oportunidad de sentarse con alguien que piensa de esta forma y lo expresa de manera abierta. Personalmente, creo que hay que conocer cómo piensa el enemigo, y privar a los lectores de estos testimonios no es justo, pues les impide conocer mejor el alcance del monstruo al que nos enfrentamos. Sin embargo, de todas las veces que me han censurado una entrevista de este tipo, en ninguna me han llamado para conocer mi opinión. Para los medios, como para los Gobiernos, es más fácil combatir siglas o grupos concretos como los talibanes, Al Qaeda o EI. Aunque olvidan un punto clave, y es que el enemigo es una ideología extremista que va a perdurar, e incluso fortalecerse, pese a la derrota militar de un grupo determinado.

La hija de Kayed trae té y agua, y después se lleva a su hermano pequeño: saben que la entrevista será larga y que su padre prefiere que no estén presentes. Tras la rápida presentación inicial, Ahmed y Kayed se ponen al día sobre sus respectivas familias. Eugeni y yo permanecemos en silencio, sin apartar la mirada de este joven.

Me viene a la cabeza un encuentro que tuve en el 2009, en la ciudad afgana de Herat, con un religioso que se hizo muy popular por sus duros sermones contra las tropas extranjeras que participaban en la misión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Los talibanes

acababan de asesinar al cabo Cristo Ancor Cabello Santana tras colocar una mina al paso de su blindado. El fallecido era natural de Las Palmas de Gran Canaria, tenía veinticuatro años y dos hijos, y pertenecía al Regimiento de Infantería Ligera «Soria» 9, con base en Fuerteventura. El clérigo Mujib Rahman tenía más poder en Herat que gobernadores, jefes de policía y ejército juntos. Era el mulá de la mezquita situada en Gazar Ga, santuario del maestro sufí Abdalá Ansari, y pese a sus veinticinco años lograba con sus sermones que cada viernes la mezquita se llenara de fieles. De ojos azules, barba poblada y gesto tranquilo, cuando llegué a su despacho y me senté en el suelo frente a él, me dejó claro desde el primer instante que «no voy a hablar de política». No hacía falta: eso ya lo hacía en público antes de cada oración. Nada de fotos, ni grabadoras. «El día en que seas mi hermano y te conviertas al islam, entonces nos haremos fotos», me dijo mientras me tomaba la mano. Desde Kabul se promulgaban leyes, y las fuerzas internacionales intentaban extender la presencia del Gobierno en todo el país, pero en el día a día el poder estaba en manos de autoridades religiosas como Mujib Rahman. Quería saber cosas sobre mí: si estaba casado, si tenía hijos o si rezaba. Se puso en pie y me pidió que lo acompañara porque me quería mostrar su madrasa (escuela coránica), que tenía capacidad para doscientos niños. Caminaba y reflexionaba en voz alta: «Los talibanes, como musulmanes, piensan que cuando entregan su vida irán al cielo. ¿Me puedes decir a dónde va un soldado extranjero cuando muere? Vuestras iglesias están vacías, no tenéis fe; solo el camino del islam os salvará de un infierno seguro».

Entre el 2006 y el 2011, la mayor parte de mi trabajo se centró en Afganistán y Pakistán. Entonces hacía coberturas largas y me pasaba meses enteros fuera de casa. En una de mis estancias en Islamabad, viví dos semanas junto a miembros de Yamaat Tablig al Dawa (Congregación para la Propagación del Islam), el movimiento islámico de predicación más importante del mundo. Nacido en la India en los años veinte, sigue los principios de la escuela Deobandi, la misma que inspiró el nacimiento de la corriente talibán. Todos predicaban de forma voluntaria dentro y fuera del país, y en el 2008 estaban sometidos a una estrecha vigilancia por parte de los servicios de vigilancia extranjeros (incluidos los españoles), tras la detención

en Barcelona de «un grupo de ideología terrorista» pero que «de momento no había entrado en la fase de acción», según declaró el entonces ministro de Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba. A los catorce detenidos (doce de ellos, de origen paquistaní) les incautaron cuatro temporizadores y cincuenta gramos de una sustancia explosiva. Fue la detención preventiva de unas personas que habían pasado una temporada en madrasas de Pakistán y que habían llegado a España como predicadores de la Yamaat Tablig al Dawa.

Yo me empotré, literalmente, con este grupo. Me dejé barba y compré un *salwar kameez* de color crudo y unas sandalias de cuero como las que ellos usaban. Rezaba, al menos, dos oraciones al día con ellos, y acabé peregrinando a su cuartel general en Raiwind, muy cerca de Lahore. «Veo en tu cara las mismas dudas que tenía yo cuando llegué. Buscas respuestas a las preguntas que no puede responder el cristianismo, y te aseguro que el islam te las dará. Pero solo debes convertirte cuando el corazón te lo dicte de verdad» fue el recibimiento que me dio Abdulrahman, un joven de Austin, Texas, que abrazó el islam en el 2005 y completaba su formación islámica en Raiwind. A los extranjeros nos juntaban con extranjeros, pero mi mentor era Kemal, un tabliguít de Islamabad convertido al islam hacía veinte años «porque el 95 por ciento de los musulmanes no practica el islam verdadero, y también tenemos que dar el paso de la conversión». Nunca he hablado tanto de religión como durante aquella inmersión. Todo estaba inspirado en la forma de vida de La Meca y Medina en los tiempos del Profeta. El lugar era sobrio, pero las instalaciones para extranjeros y locales eran fácilmente distinguibles. En un edificio apartado y bien cuidado, dos guardianes con largos palos custodiaban el acceso al bloque destinado a los estudiantes llegados de otros países para hacer cursos que iban de los cuatro a los seis meses. Tres comidas al día (todas sin picante), servicio de té, banco para el cambio de divisas, agencia de viajes, dispensario... «las comodidades básicas para pasar unos meses dedicado en cuerpo y alma al estudio, pero sin lujos», me contaba Abdulrahman, que se había traído de Estados Unidos una pequeña tienda de campaña individual para evitar los picotazos de los mosquitos.

La mezquita de Raiwind disponía de tres plantas, pero se estaba quedando pequeña y estaba en marcha un proyecto para elevar el templo otros ocho

pisos. Todo funcionaba por medio de voluntarios, del trabajo común, y no se cobraba una cantidad fija: solo la voluntad. Entre los cientos de estudiantes me encontré con jóvenes de Tailandia y Malasia, aunque también había canadienses, estadounidenses, británicos, kazajos, uzbekos, chechenos y un numeroso grupo de africanos. A pesar de ser periodista, yo no quería hacer demasiadas preguntas, así que me centraba en aspectos logísticos para obtener información. Abdulrahman me confesó que disfrutaba de un visado de turista que renovaba cada mes para evitar tener que dar explicaciones a las autoridades de su país: «Si digo en Texas que vengo a aprender a predicar, directamente me niegan el visado». Aún no hablaba urdu, pero podía seguir las enseñanzas gracias al servicio de traducción simultánea. Con una larga barba, vestido con un *salwar kameez* negro y un turbante del mismo tono, era imposible distinguir a este tejano del resto de los hermanos, la mayoría pastunes de la frontera entre Pakistán y Afganistán. Durante toda mi estancia con ellos, nunca sentí el más mínimo peligro. Eran buena gente, aunque demasiado fáciles de infiltrar por otros no tan buenos que quisieran llevar adelante planes muy distintos a la simple predicación. Los recuerdos de Afganistán y Pakistán siempre los tengo muy presentes. Fueron años de coberturas largas, intensas y de muchas horas de conversación con gente de todo tipo; años en que las redes sociales no absorbían tanto y en que los temas aguantaban semanas en las agendas.

Ahmed, el salafista de Gaza, se dirige a nosotros con un tono dulce y pausado. ¡Me recuerda tanto al del clérigo afgano o a algunos de los tabligués con los que me crucé en Raiwind! Nos agradece el interés por sus ideas. Habla despacio y con seguridad.

—¿Cómo es la vida de un salafista en Gaza? —pregunto una vez que el clima es de camaradería.

—Hamás habla de religión, pero el modelo de sociedad de Gaza no se rige realmente por la *sharía*. Tenemos muchos problemas con ellos porque no los consideramos auténticos musulmanes, y eso los irrita. Me han detenido varias veces, me han golpeado hasta romperme las dos piernas y me han arrancado la uña del pie: ¿queréis verlo? —pregunta mientras hace ademán de quitarse los calcetines, pero le pedimos que no siga—. No han podido

conmigo. Ellos dialogan con nosotros al mismo tiempo que nos torturan, pero solo pueden con los novatos, no con gente como yo.

—¿Cuál es tu modelo de Gobierno ideal? —Es el turno de Eugeni, que no para de tomar notas. Los dos somos de escribir y no de grabar.

—Sin duda, el califato instaurado por el Dawla en Siria e Irak. Hemos estado muy cerca de conseguirlo, aunque finalmente no hemos podido hacer frente a la agresión mundial contra nosotros. Todo el mundo se ha unido contra el Dawla, y ahora cada país que ha tomado parte en esa alianza va a tener su castigo. Saldrán células, como la de Barcelona, que responderán y mantendrán vivo el califato, porque esta caída es solo temporal...

—Hablas en primera persona: ¿estás de acuerdo con atentados como el de Barcelona? —interrumpo su respuesta.

—Hablo en primera persona porque soy un seguidor del califa Ibrahim, aunque mi lugar está en Gaza, y por eso no he ido a Siria ni a Irak. Soy un ladrillo del califato que estará listo cuando nos llegue la hora de levantar el Dawla en la Franja.

—¿Y lo ocurrido en París o Barcelona? —insisto.

—No puedo condenar ataques como el de Barcelona porque España forma parte de los países que combate al Dawla y sus ciudadanos no han salido a la calle para protestar contra los bombardeos, así que ellos también tienen parte de culpa. Si alguien viene a mi casa a matarme con una espada, eso es señal de que yo tengo dos enemigos: el primero, quien tiene la espada; el segundo, el que lo ha enviado a cortarme la cabeza. ¿No es así?

Eugeni rebaja la tensión e introduce el elemento religioso en la entrevista. Ahmed habla con la seguridad de quien está acostumbrado a usar el lenguaje para defender sus ideas y tratar de convencer a los demás. No opina: afirma. Para justificar la muerte de civiles inocentes en atentados se remite a figuras como Sayyid Qutb y, sobre todo, Abdula Azam, un muyahidín palestino que fue a la guerra santa de Afganistán contra la Unión Soviética (URSS) en los ochenta y formó Al Qaeda junto con Osama bin Laden. Azam fue también el gran impulsor de las operaciones suicidas, y «en sus libros garantiza el viaje directo al paraíso a quienes cometan operaciones de martirio», recuerda este joven, que asegura haber leído sus obras y que estas son muy fáciles de

encontrar en la Franja. Los discípulos de Azam aplican sus lecciones al pie de la letra, ya que los atentados suicidas son el arma más importante de EI.

—¿Por qué EI nunca ha realizado una operación en Israel, más allá del lanzamiento puntual de cohetes desde el Sinaí? ¿O en Irán? —pregunto a Ahmed cuando termina de citar a Azam.

—Son decisiones militares. Todos los Estados tienen su estrategia, y el Dawla, también.

Esta es una pregunta que formulo una y otra vez a expertos, analistas, profesores, periodistas y todo aquel cuyo trabajo esté relacionado con el yihadismo. Sobre el papel, Israel debería ser un objetivo para los seguidores del califa; sin embargo, desde su establecimiento en el 2014, el grupo nunca ha cometido un ataque mortal en Israel, pese a tener presencia en el sur de Siria, en plenos Altos del Golán. Aunque conozco bien esa zona desde el lado sirio, no la conocía desde el israelí, y por eso hace seis meses decidí acercarme. Antes de eso hice una parada en el Centro Médico de Galilea, situado en Nahariya, donde atendían a heridos de la guerra siria. Allí me encontré con Jaled y Firaz (los nombres son ficticios: no pueden aparecer ante las cámaras porque tienen miedo a posibles represalias cuando regresen a Siria), que vestían los pijamas del hospital y compartían estancia con decenas de sirios, todos hombres, en la zona bunkerizada del centro médico, un área subterránea custodiada veinticuatro horas por militares y guardias de seguridad. Ambos llevaban barba, como la mayor parte de los heridos que se veían en las camas, y respondían con monosílabos cuando se les preguntaba por su estancia en Israel. Una responsable de prensa del ejército supervisaba la entrevista y censuraba aquellas preguntas que tenían que ver con la posible vinculación de los jóvenes a grupos armados, o con la forma en la que ingresaron en ese hospital. Al Centro Médico de Galilea llegaban, casi a diario, civiles y combatientes de las distintas facciones que se enfrentaban al presidente sirio, Bashar al Asad, algunas de ellas etiquetadas como «terroristas» por Europa y Estados Unidos.

Jaled se presentó como agricultor, y me dijo que llevaba seis meses ingresado. Tenía el brazo derecho paralizado y había perdido un dedo en la mano izquierda a causa de una explosión. «Espero recuperarme lo antes

posible para regresar a mi país», declaraba con seguridad este joven, para el que «no hay sitio para Al Asad en la nueva Siria; espero que caiga pronto». Firaz asentía a su lado. Este otro joven, natural de los alrededores de Damasco, tenía problemas en la pierna izquierda debido a las heridas sufridas tras un bombardeo. «Me desperté después de la explosión y estaba en Israel: no me lo podía creer. Desde que era un niño me enseñaron que este era nuestro mayor enemigo, y ahora estoy aquí... aunque no he salido de estas cuatro paredes y, en realidad, no sé cómo son los israelíes», confesaba emocionado. Había cumplido treinta y un años y mantenía el contacto con su familia gracias a la Cruz Roja Internacional, que facilitaba el contacto entre los sirios hospitalizados en Israel y los suyos. La guerra siria alcanzaba, en esos días, los seis años de duración, y, aunque Israel no aceptaba refugiados, empezó a recibir heridos de forma oficial en el 2013, y desde entonces había asistido a más de 2.500 (de ellos, 1.550 en el Centro Médico de Galilea). «El 80 por ciento son jóvenes de entre quince y veinticinco años con heridas de bala o metralla», explicaba el doctor Eyal Sela, para quien «esto es una gran operación de construcción de paz entre dos naciones que se consideran enemigas. Espero que en el futuro se acuerden de lo que hemos hecho por ellos y eduquen a sus hijos sin odio hacia los judíos». El doctor Sela se mostraba «profundamente afectado» por los casos que le había tocado atender. Cuando le mencioné la atención a combatientes de grupos yihadistas que podrían suponer una amenaza para el mundo y para Israel en el futuro, se limitó a zanjar las preguntas defendiendo que «nosotros atendemos a las personas que nos trae el ejército: atendemos a seres humanos». Al consultarles a los responsables del centro sobre qué hacían con los supuestos yihadistas después de curarlos, me respondieron que, una vez estos eran dados de alta, se aseguraban de eliminar cualquier rastro de su paso por Israel, e incluso se les facilitaban muletas compradas en Jordania sin ninguna letra o marca en hebreo, para que nada pudiera delatarlos. Salí del hospital seguro de que los heridos de la zona bunkerizada eran combatientes de facciones opuestas al Gobierno de Damasco.

La frontera con Siria está a una hora en coche de Nahariya. Llegamos a ella a través de una carretera estrecha y repleta de curvas, muy parecida a las

que tenemos en las zonas rurales del País Vasco. En uno de los puestos de observación, preparado para que los turistas divisen Quneitra, la ciudad siria más próxima, estaba desplegado el ejército israelí para advertir de la proximidad de los combates. Aunque sobran las palabras: las explosiones eran continuas, y se veían los hongos de humo después de cada impacto. «La frontera está a un kilómetro, y los choques entre régimen y opositores, a no más de tres», informaba un oficial israelí con quien tenía concertada una entrevista. «Desde aquí controlamos a todos los grupos y sabemos dónde está cada uno, pero los únicos ataques que ha recibido Israel han sido obra del ejército sirio o de sus milicias aliadas» fue el mensaje que quiso dejarme claro. El oficial negó cualquier relación con los distintos grupos armados sirios. Una afirmación que contradecía el informe presentado a finales del 2014 por la misión de observadores que mantiene Naciones Unidas (la Fuerza de las Naciones Unidas de Observación de la Separación, UNDOF, por sus siglas en inglés) en la zona desmilitarizada entre Siria e Israel, en el que se detallaban contactos entre soldados israelíes y rebeldes sirios, el traslado de combatientes y la entrega de material israelí a los grupos armados. «Nos limitamos a responder si nos atacan, nada más. Ese es el único papel de Israel en la guerra de Siria», insistía el oficial desde una de las mejores posiciones para divisar los 90 kilómetros de frontera entre los dos países, una franja «controlada con material de vigilancia de última generación», según él mismo. El militar no se salía un milímetro del discurso oficial, así que me fui hasta Buqata. En los Altos del Golán quedan unos 23.000 sirios, repartidos en cinco localidades y en su mayoría drusos, que se niegan a aceptar la nacionalidad israelí. Hasta el 2014, el cruce fronterizo supervisado por la ONU se abría varias veces al año, lo que les permitía mantener los lazos con sus familias al otro lado, celebrar matrimonios, estudiar en Damasco o exportar manzanas. Cuando el ejército sirio perdió el control de Quneitra a manos de los grupos opositores, los israelíes decidieron cerrar el paso, y desde entonces no hay movimiento hacia Siria. En Buqata, una de las localidades drusas ocupadas, «uno se encuentra en suelo sirio»: así es como me dio la bienvenida Shalan Marzuk, activista golanés muy crítico con el papel de Israel en la guerra de su país: «Nos parece bien que atiendan a

mujeres y niños, que los trasladen a hospitales y los curen; el problema es que Israel coopera abiertamente con grupos que son terroristas y, aunque atiende a sus combatientes con el único objetivo de alejar al ejército sirio y a Hizbulá, se alía con el diablo», pensaba este exprofesor, que tenía a la mitad de su familia en Siria y al que le gustaría «ser soldado para luchar a las órdenes de Al Asad; sin embargo, mi lugar está en el Golán para resistir a la ocupación».

A los pocos días de mi regreso del Golán, el exministro de Defensa, Moshé Yalón, reveló, durante el transcurso de una conferencia sobre la política israelí en Siria celebrada en la ciudad norteña de Afula y difundida por el Canal 10, que un grupo afiliado a EI atacó a una unidad militar de Israel en los Altos del Golán y, poco después, «se disculpó» por haber abierto fuego. «En la mayoría de los casos, el fuego que recibimos proviene de zonas que controla el Gobierno sirio, pero en una ocasión nos dispararon desde una zona de EI e inmediatamente nos pidieron perdón», explicó Yalón. El incidente al que hizo referencia el exresponsable de Defensa se produjo a finales de noviembre, cuando efectivos de la brigada de élite Golani se disponían a cruzar la frontera para realizar «una emboscada» y a quienes, todavía estando en suelo israelí, dispararon con armas ligeras, según el portavoz del ejército. La aviación bombardeó las posiciones enemigas, y murieron cuatro milicianos del Ejército de Jálid ibn al Walid, grupo vinculado a EI, tras «una respuesta corta pero productiva», según las declaraciones del ejército recogidas por el diario *The Times of Israel*. A excepción de este choque y del lanzamiento de cohetes desde el Sinaí, que no causó víctimas, Israel era uno de los pocos países de la región en los que EI no había cometido ataques mortales. Y, aunque el Estado judío insistía en que no tenía participación alguna en el conflicto vecino de Siria, la presencia de Hizbulá y de la Guardia Revolucionaria iraní en apoyo al presidente Bashar al Asad eran motivo de preocupación. El propio Yalón ya había declarado en enero del 2016 que «en Siria, si la elección es entre Irán y EI, elijo EI, porque ellos no tienen los medios que tienen los iraníes».

Analistas políticos como el profesor Efraim Inbar, del Centro de Estudios Estratégicos Begin-Sadat (BESA, por sus siglas en inglés), defendían la misma tesis, y en su artículo «La destrucción de Estado Islámico es un error

estratégico», publicado hace un año en pleno apogeo del califato y de la oleada de atentados en Europa, argumentaba que «no merece la pena malgastar munición con EI porque pueden acabar desarrollando un rol positivo. El problema real en Oriente Medio es el deseo de hegemonía de Irán, y EI puede ayudar a obstaculizar los planes iraníes». Pocos días después de mi regreso de la liberación de Mosul, acudí a ver al profesor Inbar, que me había citado en un lujoso hotel de Jerusalén. Esperaba en la cafetería, con una kipá de ganchillo y sus inseparables gafas. Llevaba en la mano el único ejemplar que tenía de mi primer libro, *Oriente Medio, Oriente roto*, y el profesor, nada más estrecharme la mano, lo cogió y se lo guardó en su maletín. «No hablo español, pero formará parte de mi biblioteca particular», me dijo mientras me invitaba a sentarme. Aproveché una llamada de teléfono para pedir un capuchino (no he probado en ningún lugar del mundo mejores capuchinos que aquí) y repasar las preguntas que tenía listas. Inbar, nacido en Rumanía hace 70 años, se autodefine como «judío conservador» y es partidario de la partición de la tierra con los palestinos, «pero siempre con el objetivo de tener la mayor parte posible de tierra con el menor número posible de árabes». Este antiguo paracaidista del ejército, licenciado en Ciencias Políticas y Literatura Inglesa, se ha convertido en asesor de los Gobiernos de Israel en temas relacionados con la seguridad nacional, y su voz es respetada en despachos como el del primer ministro, Benjamín Netanyahu. Terminada la llamada y servido mi capuchino, Inbar ya estaba listo para empezar a explicar su visión del fenómeno EI. «El califato ha sido una consecuencia de la ruptura de Oriente Medio; esta nueva cara del islam radical ha tenido éxito a raíz de las divisiones internas en Siria e Irak. La gran sorpresa ha sido su capacidad de liderazgo y su talento para las relaciones públicas: han logrado atraer a tanta gente gracias al uso de la brutalidad como espectáculo. Aunque, en el fondo, creo que no ha cambiado nada, ya que la gente que cree en esta ideología ya existía antes del nacimiento del califato, y seguirá haciéndolo tras su caída, solo que a partir de entonces vivirán oprimidos», señaló el profesor sin apenas elevar el tono de voz. Costaba seguirlo porque en la mesa de al lado una familia numerosa celebraba una fiesta de cumpleaños, y los niños estaban desbocados. En medio de las

canciones de *Cumpleaños feliz*, las llamadas por FaceTime a familiares varios y las turutas, Inbar no perdía la concentración, y quería dejar claras algunas cuestiones clave, como el papel de Israel, que «no ha intervenido hasta el final porque estábamos felices de que sirios e iraquíes se mataran los unos a los otros. No nos importaba nada. Solo cuando Hizbulá, que combate en apoyo al presidente sirio, Bashar al Asad, se ha hecho con algunas armas iraníes que pueden amenazar nuestra seguridad o se ha acercado demasiado a la frontera, solo entonces hemos reaccionado. Nuestra estrategia para cuando caiga el califato está clara: lo que más nos conviene es que las luchas internas sigan y, de ese modo, estos países gasten allí sus energías y no apunten hacia Israel».

Las palabras de Inbar eran pragmatismo en estado puro. Sin necesidad de recurrir a circunloquios o a discursos convencionales que solo sirven para tamizar la realidad, el veterano profesor describía con cada respuesta la política regional del Estado judío:

Israel nunca ha sentido la amenaza de EI, como tampoco la ha sentido Irán, y el motivo de ello es que somos países fuertes. Está claro que no nos quieren, pero no somos una prioridad para ellos. Todas las declaraciones de nuestros dirigentes sobre el peligro que suponía EI para Israel eran exageradas: nunca ha sido para tanto. La prioridad para nosotros es nuestra seguridad, y es por eso que no hemos dudado en establecer coordinación con grupos armados sirios en la frontera norte, algunos de ellos en la órbita de Al Qaeda. Son débiles, así que nos necesitan para hacer frente al ejército sirio; mientras que a nosotros nos sirven ellos para frenar a iraníes y a Hizbulá. Pero nunca nos fiaremos de un árabe. Ni siquiera de Arabia Saudí, aunque ahora mantengamos relaciones aparentemente cordiales.

Inbar no solamente hablaba, sino que sentenciaba. Como quien da una clase magistral y quiere que cada idea se apunte palabra por palabra. El reloj corría, la fiesta de cumpleaños remitía y el profesor no quería terminar la entrevista sin insistir en que «la fragmentación de los países vecinos es positiva para nosotros: cuanto más pequeños, más débiles. El EI ha conseguido dividirlos aún más. Turcos y saudíes soñaban con constituir en Siria un estado suní fuerte, así que apostaron por derrocar a Al Asad, pero han fallado al haberse encontrado con Irán, la potencia chía. Han sido

derrotados». La conversación giraba en torno a un califato que, aunque estaba a tan solo unas horas en coche de Jerusalén, parecía parte de otro planeta. Antes de concluir, el profesor sacó mi libro de su cartera para que se lo dedicara. Lo ojeó por encima y lo volvió a guardar, pero se reservaba la mejor reflexión para el final: «Cuando escribas sobre EI y el peligro que representa para el mundo, no olvides que se trata de un grupo que acepta voluntarios. Y, desde el momento en que un grupo terrorista acepta voluntarios de cualquier parte del mundo, es extremadamente sencillo infiltrarse en sus filas».

En Gaza, hablando de salafismo y de EI y sentado frente a Ahmed, la existencia del califato se torna mucho más real que en un hotel de cinco estrellas de Jerusalén. No hay más que cruzar el paso de Rafa para llegar al Sinaí, donde los seguidores del califa se han convertido en una seria amenaza para el Gobierno de El Cairo y cometen ataques contra sus fuerzas de seguridad, pero también contra turistas, como el derribo del avión de Metrojet que se estrelló en el desierto el 31 de octubre del 2015, tras la explosión de una bomba en su interior. Los 224 pasajeros y miembros de la tripulación perdieron la vida. Con ese acto terrorista, los yihadistas dieron un golpe definitivo al turismo en el mar Rojo. Repasamos con Ahmed algunos de los atentados más sangrientos de EI, y hablamos sobre su vida en la Franja, sus dificultades con Hamás o sus escritores de referencia hasta que llega el momento de preguntarle por la brutalidad de los medios empleados por EI en el día a día y por la decapitación de periodistas. Solo en este último instante aparta sus ojos de los nuestros.

—En situaciones de guerra hay que tomar decisiones de este tipo, que son decisiones de un Gobierno que está siendo atacado y se tiene que defender —asevera con rotundidad—. Aunque, como en todos los grupos, en el nuestro también hay una serie de personas más retrasadas y con menos preparación que otras, que no están a altura de lo exigido por un califato.

—Si nos volvemos a encontrar cuando te unas a las filas de EI en alguna de las provincias que controla, ¿serás capaz de cortarme el cuello? —suelto con un tono desafiante, fruto de la tensión de una entrevista que se ha ido calentado.

—Prometo acordarme de tus ojos. —Esa es su respuesta mientras su mirada me atraviesa y antes de esbozar una leve sonrisa. Mira con un gesto rápido el reloj, lo que indica que ya es hora de despedirse—. ¡Que Dios esté con vosotros y os proteja!

# 7

## BAGDAD

### MILICIAS AL PODER

*Noviembre de 2017*

Cada viaje a Bagdad es distinto. Para empezar, los aviones comerciales hace tiempo que no tienen que realizar aterrizajes de emergencia para evitar un posible ataque, lo que te permite aterrizar sin que se te haga un nudo en la garganta y se te encoja el estómago. El vuelo TK802 de Turkish Airlines está lleno, y entre el pasaje no veo un solo empleado musculitos de ninguna empresa de seguridad, aquellos que, desde el 2003, llenaban los vuelos como mercenarios que acudían a llenarse los bolsillos a costa del «establecimiento de la paz y la democracia» por parte de Estados Unidos y sus aliados. Aterrizo en un país en el que el primer ministro, Haider al Abadi, se resiste a proclamar la victoria definitiva contra EI, pero donde la guerra contra este grupo es muy distinta desde la caída de Mosul. La actitud de Abadi contrasta con la del presidente de Irán, Hasán Rohaní, o el general de la Guardia Revolucionaria iraní, Qasem Soleimani, el auténtico hombre fuerte de la república islámica en la lucha contra el califato, que acaban de dar por derrotados a los seguidores del califa, sin esperar al final de los combates que

se libran en el desierto entre Siria e Irak. Aunque son más que combates: la batalla se ha convertido en una especie de cacería.

La figura de Soleimani ha sido clave, y su forma de organizar a sus aliados en milicias ha sido uno de los secretos de su éxito, pero también uno de los mayores dolores de cabeza de cara al futuro en Siria e Irak, ya que los dos países están absolutamente paramilitarizados. En lugar de desmovilizar a los combatientes al final de la lucha, Irán apuesta por la legalización de los grupos paramilitares y su inclusión en el paraguas de las fuerzas de seguridad; y la influencia de Teherán en los Gobiernos de Damasco y Bagdad es enorme. Israel y Arabia Saudí se echan las manos a la cabeza al ver el avance iraní en la región, pero fue la invasión estadounidense del 2003 la que abrió el camino a una república islámica que, de la noche a la mañana, vio cómo George Bush le quitaba de en medio a la persona que había liderado una guerra de ocho años en su contra, Sadam Huseín.

En el aeropuerto me espera Hasem, hijo de mi *fixer* y padre iraquí, Flayeh al Mayali. Bajito, de pelo y tez morena y con un inglés básico (aunque mejor que mi árabe), me da la bienvenida y me informa de que, como trabaja para el Ministerio de Interior, tiene acceso a la terminal. El aeropuerto de Bagdad está reluciente y abarrotado de pasajeros: nada que ver con esa terminal desangelada, lúgubre, sucia y mohosa de los primeros años de la posguerra, cuando salir de ella para dirigirte al centro de la ciudad era siempre una ruleta rusa dada la complicada situación de seguridad en los barrios próximos.

Hasem tiene una camioneta Chevrolet de color blanco. Las cosas le van bien, y tiene dos trabajos porque quiere ahorrar y dejar el país para completar sus estudios. Salimos del aparcamiento y pienso, como hago siempre que llego a esta ciudad, cómo sería el aeropuerto en la época de Sadam. Flayeh nos espera en el acceso principal. Trajeado pero sin corbata, levanta los brazos cuando ve llegar el coche. Me abraza con fuerza. «¡Ya te ha costado, macho!», me suelta entre abrazo y abrazo. Exactamente tres años y cuatro meses. En ese tiempo he viajado a Irak, aunque siempre volaba al Kurdistán porque podía entrar sin necesidad de visado, y también porque la noticia estaba en Mosul, no en Bagdad. Flayeh ha dejado de fumar y luce una tripa que sobresale de su chaqueta. Es una máquina de hablar. Lo primero que hace

es preguntar por mi mujer e hijos, y después me recuerda un viejo plan que tenemos de peregrinar todos juntos a Nayaf y Kerbala, ciudades santas chiíes al sur del país. Pasamos por varios puestos de control, pero no noto la tensión del pasado. Nos dirigimos a los apartamentos Andalus, en Abu Nuas, y hay que superar el atasco de turno. Entre los coches percibo un inusual número de taxis amarillos de la marca iraní SAIPA, utilitarios baratos que la república islámica exporta a sus países amigos.

—¿No tienes hambre? —pregunta Flayeh a la altura del barrio de Al Sadun.

—Por supuesto. He soñado con el momento de volver al Iben Samina — respondo con una mentira piadosa, pues ya he comido en el avión. Este es su restaurante preferido, el único que frecuenta. Hay que parar sí o sí.

«El restaurante más antiguo de Bagdad», como dice mi anfitrión cada vez que vamos al Iben Samina, está como siempre. Baldosas de distintos colores y cuadros de imanes en las paredes, sillas de plástico con respaldos de color naranja y el menú más iraquí que uno pueda imaginar, a base de alubias, arroz, cordero cocido o pollo asado. Para beber, agua. Comer aquí significa que debemos tomar el té justo enfrente, en una pequeña tetería que no tiene ni nombre y en la que, como buenos iraquíes, llenan los vasitos de cristal hasta la mitad con azúcar antes de servir un té oscuro y fuerte. El té es la bebida más popular en toda la región y, según uno va avanzando hacia oriente, va perdiendo fuerza y se toma cada vez más clarito.

Del restaurante a los apartamentos hay apenas un paseo de unos cientos de metros, pero conservamos las costumbres de los años duros y peligrosos de la posguerra y vamos en coche hasta la puerta. Cuanto menos se vea al extranjero en la calle, mejor. A la sombra del Hotel Palestina —que todos recordamos por aquel desgraciado 8 de abril del 2003, en el que un tanque estadounidense Abrams mató al cámara español José Couso y al ucraniano Taras Protsyuk—, los apartamentos Andalus muestran una cara diferente. Se nota que han limpiado la fachada, y ahora un empleado se encarga del estacionamiento de los vehículos de los clientes, y dos jóvenes de corbata y pelo engominado esperan al cliente en la recepción. El vestíbulo está impoluto, y los grandes cuadros que lo presiden, uno de un torero y otro de la

Alhambra, lucen todo su colorido, limpios de polvo. Desde un cuarto lateral aparece uno de los dueños, me da la bienvenida y ordena a los jóvenes que me hagan un precio especial porque soy «de la casa». Me asignan la habitación 201, y pronto me doy cuenta de que la velocidad de internet es mucho mayor que la que tengo en Jerusalén. Nada que ver con aquellas conexiones del 2006 que me obligaban a pasar horas y horas esperando para poder enviar un solo vídeo. Jóvenes de Bangladés se encargan del servicio de habitaciones, y no tardan en aparecer dos de ellos para traerme agua y preguntar si he encontrado todo en orden. No me lo puedo creer: esto parece otro país. Cojo las cámaras y bajo para reunirme con Flayeh y planificar. Como siempre, tenemos muchas cosas que hacer y poco tiempo, así que pedimos un café. En cuanto le damos el último sorbo, salimos hacia Karrada, donde quiero ver el centro comercial en el que EI cometió, en el verano del 2016, el atentado más sangriento de los que ha hecho hasta ahora en la capital. Casi trescientas personas perdieron la vida tras la explosión de un camión bomba.

Estoy sin dinares iraquíes y sin teléfono local, y soy una persona que se pone nerviosa cuando está sin dinero o línea locales en cualquier país del mundo, así que tan pronto como paramos el coche me lanzo a una casa de cambio y, después, a una tienda que vende teléfonos. Allí, por 6.500 dinares (unos 4,5 euros), reactivan el número que he usado en mis últimos viajes al Kurdistán y Mosul, y me informan que tengo conexión ilimitada a internet. Irak avanza. Al lado, en un puesto callejero, compro mandarinas iraquíes, tan pequeñas como dulces, plátanos de Ecuador y galletas María, exactamente iguales que las María de toda la vida, pero que llevan escrito el nombre de Bagdad en su parte central: son las María Bagdad, unas de las pocas que se fabrican ya en un país donde casi todo es importado. Hago todas las compras frente al centro comercial atacado. Es increíble cómo se pasa del horror absoluto a la normalidad, o, más bien, a la aparente normalidad, y es que, aunque Bagdad vive desde mayo sin grandes atentados, todos saben que la situación es volátil. Admiro profundamente el espíritu de los bagdadíes, que aprovechan cada minuto de tregua que les da la violencia para intentar recuperar sus vidas. Una verja metálica protege el edificio en construcción, lo

que será el nuevo centro comercial que reemplazará al que sufrió el atentado. Hay un anuncio con propaganda de una tienda de ropa para mujeres y un cartel de una de las milicias, tapado por un gran camión de bomberos estacionado justo delante. Nada de placas, monolitos ni ningún símbolo que recuerde a los cientos de víctimas.

El EI golpeó aquí el 3 de julio del 2016, y lo hizo justo una semana después de la liberación de Faluya, como si se tratara de su venganza por la pérdida de la primera ciudad que cayó en sus manos, incluso antes de la proclamación del califato, a comienzos del 2014. Un camión frigorífico estalló a las puertas del centro comercial, situado en esta zona de mayoría de chií, en pleno centro. El grupo yihadista reivindicó de forma inmediata un ataque que calificó como «parte de las operaciones de seguridad» contra «las milicias chiíes». Pero Karrada no es zona de paramilitares, y el lugar atacado era un centro de ocio en el que familias enteras disfrutaban de una de las últimas noches del mes sagrado del Ramadán. La gente —entre los muertos hubo muchos niños— estaba de compras, cenando, viendo los cuartos de final de la Eurocopa entre Italia y Alemania, aprovechando la frescura de la noche en un Bagdad en el que durante el día el termómetro sobrepasaba los 45 grados... cuando la sorprendió el terror. La enorme explosión causó daños importantes a ambos lados de la calle, y durante cuarenta y ocho horas los servicios de rescate trabajaron para sacar restos de cuerpos entre los edificios calcinados, o, al menos, eso dijeron las autoridades. Las familias se agolpaban frente a los hospitales en busca de sus seres queridos desaparecidos, carbonizados por las llamas. Una vez más, como tantas otras desde la invasión estadounidense del 2003, que abrió las puertas a la guerra sectaria, a los iraquíes les tocaba levantarse y seguir. Desde entonces, siempre han sido los civiles quienes han pagado el precio más alto. El primer ministro, Haider al-Abadi, quiso acercarse al lugar del atentado, pero tuvo que darse la vuelta porque, como mostraron varios vídeos subidos a las redes sociales, fue recibido a pedradas y al grito de «ladrón» y «perro». Abadi, como el resto de la cúpula de poder, vive en la fortificada Zona Verde, al otro lado del Tigris. Los iraquíes de a pie sobreviven a pesar de los coches bomba, y acusan a sus dirigentes de preocuparse más de llenarse los bolsillos que de

garantizar la seguridad.

Caminamos en silencio por la acera del edificio en construcción. Aunque aún falta mucho para acabar las obras, dos pequeños comercios de ropa y zapatos ya han abierto sus puertas. Entramos a la zapatería y Badel Abdul, su dueño, se levanta la camiseta para enseñarnos las cicatrices que le han dejado las heridas sufridas. Estaba aquí la noche del ataque y, menos de un año después, ha reabierto la tienda «porque hay que seguir adelante». Todos los zapatos a la venta los importa de Turquía, y el comercio está lleno, así que no le queremos hacer perder el tiempo con preguntas. Le pido a Flayeh que busque familiares de víctimas para poder saber qué tipo de atención reciben en este país después de un atentado. Siempre contesta que sí a lo que le pido, y no sé cómo lo hace, pero suele conseguirlo todo.

Nos alejamos caminando del lugar del atentado para encontrarnos con Hasem B., amigo del otro Hasem, que será nuestro conductor los próximos días. Me recibe a ritmo de *Despacito* en su Hyundai Azera, pero, irónicamente, en cuanto arranca y veo cómo sortea los coches y vuela por las calles de Bagdad, lo termino apodando «Fernando Alonso». Por suerte, el tema de Fonsi acaba pronto, y Umm Kalzum se apodera de las ondas. ¿Qué sería de las radios de Oriente Medio sin Fairuz, por las mañanas, y Umm Kalzum, por las tardes y noches?

—Ahora vamos a ver a Mohamed Jatab. Es portavoz de la compañía Al Yihad y ha tomado parte en los combates contra el Dáesh desde el primer momento —me explica Flayeh mientras llama por teléfono al entrevistado para anunciarle que estamos en camino—. Esta milicia proviene del todopoderoso Consejo Supremo Islámico de Irak, y su líder ha pasado muchos años en Irán. Esta es la gente que manda ahora, macho.

Adoro las notas de contexto de Flayeh. Esta vez es escueto porque apenas tenemos tiempo, pero normalmente se explaya con todo tipo de detalles, sobre todo cuando se remonta a los días del antiguo régimen. Llegamos hasta una gran mansión en una de las zonas nobles de la ciudad, forrada por muros de cemento y con una barrera de acceso en la que un joven vestido de militar nos ordena detener el vehículo. Nadie lo ha informado de nuestra visita. Aparcamos fuera y llamamos a nuestro contacto, que no tarda en aparecer.

Viste también con ropa militar, y nos da la bienvenida a su cuartel general, que no es otro que la antigua casa de Tarek Aziz, exministro de Relaciones Exteriores del régimen baazista y su cara más amable e internacional. Si Aziz, fallecido en prisión en junio del 2015, levantara la cabeza, vería a Alí Jamenei, líder supremo de Irán, y al gran ayatolá Sistani en el recibidor de su casa, y a varios milicianos tumbados en unos sillones de color verde viendo fútbol por la tele. Subimos a la segunda planta y entramos en un gran salón decorado con las banderas de Irak y de la milicia, esta última similar a la de Hizbulá, el partido-milicia chií de Líbano.

Mohamed Jatab está a la defensiva. Ordena que traigan agua y té, y Flayeh empieza con la labor de ablandar al entrevistado dándole las gracias por atendernos y explicándole que Mikel Ayestaran es un periodista que ha viajado en innumerables ocasiones a Irak y Siria desde hace más de diez años, y que ahora está interesado en saber el papel que adoptarán las milicias tras la derrota del califato. Nuestro interlocutor escucha y me examina con la mirada. Estos grupos paramilitares han sido claves en la derrota de EI, pero las organizaciones de derechos humanos los acusan de cometer todo tipo de tropelías con la población local suní en los lugares liberados, y recelan de la prensa extranjera. Tras la caída de Mosul, en junio, un grupo de veinte milicianos me increpó por este motivo mientras trabajaba en las ruinas de la mezquita de Al Nuri, en el corazón de la Ciudad Vieja, y me mandaron al infierno por «manipular la realidad», según sus palabras.

«En el nombre de Alá, el Misericordioso, te doy la bienvenida a nuestra casa. La guerra está a punto de acabar, y los cobardes del Dáesh ya apenas resisten. Han huido al desierto y los perseguimos. Sentimos que el pueblo iraquí nos apoya: la gente valora el hecho de que fuimos nosotros quienes logramos frenar el avance del Dáesh en el 2014, y nuestra presencia posibilitó también la reconstrucción de las fuerzas armadas», informa nuestro anfitrión, cada vez más relajado. La desconfianza inicial da paso a un auténtico mitin, en el que la idea central es que «aquellos que nos ven como milicias sin disciplina se equivocan. Tampoco somos todos chiíes: también tenemos a cristianos, yazidíes o turcomanos en nuestras filas. Nuestro objetivo es proteger a todos los iraquíes; se trata de un deber nacional, y estas brigadas

van a quedarse para defender a Irak de peligros futuros».

Esto es exactamente lo que buscaba el general iraní, Qasem Soleimani, cuando diseñó el despliegue de este tipo de grupos en los países de la región. La guerra contra el califato ha hecho que Soleimani deje de ser el Comandante en la Sombra (sobrenombre más usado en la prensa occidental) del régimen iraní para pasar a convertirse en el mejor argumento de la república islámica en su lucha contra el yihadismo. El máximo responsable de la Fuerza Quds ya no es ese personaje tan omnipresente como invisible de los últimos dieciséis años. Ese es el tiempo que lleva Soleimani al frente de la unidad de acción en el exterior de la todopoderosa Guardia Revolucionaria de Irán, organización creada por el ayatolá Jomeini para defender los valores de la revolución de 1979. Mientras que Occidente y los países árabes confían en una coalición internacional para bombardear al califato desde el aire y el mar —aunque con la línea roja trazada por Barack Obama de «no poner tropas sobre el terreno», o, al menos, no demasiadas—, Teherán envía a su hombre más carismático a la primera línea del frente, y este se hace fotografías y vídeos con sus compañeros de lucha para difundirlos a través de las redes sociales y los grandes medios iraníes. Un hombre cuya historia al frente de la Fuerza Quds resume la propia de las luchas internas en Oriente Medio y el reto de Irán de consolidar un «eje de resistencia» de los últimos dieciséis años. Frente a los esfuerzos de Estados Unidos y sus socios para reconstruir el ejército —tarea que llevará años—, Irán aplicó los métodos de Soleimani, y, pocas horas después de la fetua de Sistani, las milicias chiíes estaban listas para combatir.

Como el Irak pos-Sadam, el Irán posterior al sah se quedó sin un ejército capaz de responder al ataque de Bagdad, y fueron las fuerzas irregulares las que llevaron el peso de la guerra. Esta experiencia resulta básica para entender la actual estrategia iraní en todo Oriente Medio de crear un brazo de operaciones externas de la Guardia Revolucionaria y formar grupos como Hizbulá, apoyar al grupo islamista palestino Hamás o promover la creación del Ejército de Defensa Nacional en Siria y las milicias en Irak (todas, excepto el brazo de los Hermanos Musulmanes en Gaza, de marcado carácter chií y leales a las órdenes de Teherán, que no escatima en armas ni en

financiación). Un puzle pensado para el desarrollo de guerras irregulares que aseguren la supervivencia del bautizado como «eje de la resistencia» entre Teherán, Damasco y Beirut. Un pasillo chií frente al sunismo mayoritario, y a las puertas del enemigo sionista.

El miliciano que tenemos sentado en Bagdad frente a nosotros, Mohamed Jatab, tiene las ideas claras. Su brigada es la número diecisiete de un total de sesenta y ocho. Calcula que unos 150.000 hombres forman este paraejército en el que los combatientes tienen un sueldo base de 750.000 dinares (poco más de quinientos euros), la mitad de lo que se cobra en el ejército regular. Desde Estados Unidos presionan al primer ministro iraquí para que desmovilice a esta gente y le quite las armas, sobre todo las pesadas, porque temen la enorme influencia que tiene Irán en los grupos, pero no lo están consiguiendo. Jatab admite que «las ayudas de Irán son importantes. No hay que olvidar que es un país fronterizo, y que la amenaza del Dáesh lo afecta directamente. Cuando Irán nos ofrece apoyo, se trata de una forma de defender a la humanidad. Sobre el terreno, lo que vemos es que Estados Unidos aporta asesores al ejército y que la república islámica despliega a los suyos con nosotros, aunque todos tenemos el mismo objetivo: combatir el terror». Jatab también habla con naturalidad de la «unificación de los frentes sirio e iraquí. Nosotros también combatimos en Siria para frenar allí al Dáesh y evitar que sea más fuerte en Irak, pero la situación en Siria es aún más compleja que aquí». Cuando se ponen sobre la mesa los apoyos que tiene EI y las causas de su rápido ascenso, este miliciano no vacila a la hora de calificarlo de «un proyecto internacional alimentado desde varios países muy conocidos de la región, y también desde potencias mundiales que pensaban que podrían con nosotros, aunque al final hemos ganado la guerra», sentencia sin querer dar nombres concretos.

De vez en cuando, no puedo evitar pensar en el tipo de reuniones que se desarrollarían en esta misma sala en tiempos de Tarek Aziz, que era el ocho de picas de la baraja elaborada por Estados Unidos con los altos cargos del régimen tras la invasión. Fue condenado a muerte en el 2010 por el Alto Tribunal Penal iraquí, órgano responsable de juzgar los crímenes anteriores a la invasión estadounidense, «por su papel en la eliminación de partidos

islámicos». Partidos como el chíí Dawa, que intentaron acabar con la vida del dirigente en 1980 con un atentado del que salió ileso, o como los partidos que ostentan el poder en Irak desde la caída de Sadam y que son los impulsores de las milicias. Sin embargo, la condena no se ejecutó porque el entonces presidente, Yalal Talabani, se negó a firmar la sentencia de muerte sobre el que había sido mano derecha de Sadam durante tres décadas. Amigo íntimo del dictador desde sus primeros pasos en política, Aziz fue viceprimer ministro del régimen desde 1979 hasta su , y ministro de Exteriores desde 1983 hasta 1991, labor que lo convirtió en el rostro exterior de Irak. En una cúpula baazista marcada por las constantes purgas y la desconfianza, su confesión cristiana, de rito caldeo, lo llevó a ser uno de los pocos colaboradores del tirano externos a su círculo tribal suní de la ciudad de Tikrit. Su dilatada carrera en política exterior tuvo como epílogo una entrevista con el papa Juan Pablo II en el Vaticano, su último intento desesperado, y fallido, por detener la segunda guerra del Golfo.

Aziz permaneció fiel a Sadam hasta el final, y se entregó a las fuerzas estadounidenses el 24 de abril del 2003, apenas quince días después de la caída de Bagdad. Fue el último gran cargo del régimen que compareció ante la prensa internacional en el Hotel Ishtar cuando las fuerzas americanas ya estaban a las puertas de Bagdad, en el 2003. Iba vestido de uniforme verde oliva y con boina en lugar de su habitual traje y corbata, aunque sí llevaba sus inseparables gafas de pasta y su puro. El periodista Jon Lee Anderson recoge en su libro *La caída de Bagdad* una rueda de prensa en la que «el diminuto viceprimer ministro, que tenía el pavoneo y el aplomo de una gallinita de Bantam», insistió por última vez en su argumento de que «Gran Bretaña y Estados Unidos no buscaban las armas de destrucción masivas, sino las vastas reservas petrolíferas de Irak». El cambio de inquilinos en la residencia en la que me encuentro es un claro ejemplo de la evolución experimentada en Irak desde la invasión estadounidense.

El encuentro toca a su fin, y Jatab quiere hacerse fotos con el periodista extranjero. Anota también mis contactos y me invita a que los acompañe al frente, a ver si hay suerte y cazan «a la rata del califa», que sigue en paradero desconocido, aunque los rusos lo dan por muerto. Salimos de la casa, y el

soldado que antes se había mostrado bastante seco nos despide con muestras de afecto al ver el trato que recibimos de su superior.

Volvemos a los apartamentos Andalus. En el camino, le pido a Hasem B que pare para comprar unas cervezas. Más que por vicio, es por curiosidad, para ver cómo está abastecido el mercado de alcohol local. Todas las bodegas cercanas al Tigris vuelven a estar abiertas pese a las amenazas del Ayuntamiento, que hace unos años puso sobre la mesa la posibilidad de obligarlas a echar el cierre. Han renacido y están muy bien surtidas, señal de que la demanda es importante. Eso sí, meten el alcohol en bolsas negras para que no se vea lo que hay dentro.

Nos despedimos sin tener muy claro el plan para mañana. Subo a la segunda planta y me asomo al balcón. Es la primera vez que ocupo una habitación que da directamente a la calle, una localización que es mejor evitar en caso de coche bomba. La fachada del Palestina está iluminada y se ven las luces rojas que salen de la discoteca. Abro una cerveza y miro hacia la habitación 1403. Brindo con las estrellas en recuerdo a José Couso.

Flayeh se adelanta a mi despertador: a las 8 de la mañana suena el teléfono. Le pido unos minutos para ducharme y vestirme y lo invito a que suba a la primera planta, donde los empleados de Bangladés han preparado un desayuno bufet de lo más completo. Compartimos el primer té del día y Flayeh me dice que una antigua estudiante suya de español, Haifa Radi, perdió a tres sobrinos en el atentado de Karrada del verano pasado, y que está dispuesta a hablar con nosotros. Tenemos algo de tiempo antes de la cita, así que propongo pasar por Al Mutanabi, la mítica calle que desemboca en el Tigris y que alberga un mercado de libros imprescindible. El tráfico es infernal y Hasem B se desespera, por lo que, cuando estamos a una distancia razonable, nos apeamos y caminamos por la calle Al Rashid hasta llegar a Al Mutanabi. Es imposible dar un solo paso. Está llena a rebosar. Y yo me alegro. Me detengo en el primer puesto, el que está inmediatamente después del control de acceso, y me acerco las viejas postales de los años setenta a la nariz. El polvo me produce un ligero picor, y el olor a humedad me traslada a esos años de oro de una ciudad que era todo un ejemplo de progreso y desarrollo urbanístico para la región. Tengo ya una buena colección de estos

pedazos de un pasado que no volverá, de modo que esta vez no compro nada.

Me voy fijando puesto a puesto en las novedades, entre las que destaca una novela titulada *Mi novio es del Dáesh*, que tiene en su cubierta el rostro de una mujer bajo la bandera de EI. No encuentro mucho más sobre este grupo, del que parece claro que se ha escrito mucho más en Occidente que en su propia casa. Al final de Al Mutanabi está el embarcadero del Tigris, de donde llega la música estridente de los barcos de recreo y en el que la gente hace cola a la espera de encontrar asientos libres en alguno de ellos. No tenemos tiempo para paseos, pero sí para entrar en la tetería Shabandar, testigo desde hace un siglo de la historia de Irak. Nos abrimos paso a empujones, pero es imposible encontrar un hueco en sus bancos de madera. El dueño, Mohamed al Jashali, pide paciencia desde su mesa, situada junto a la puerta. Aquí se pagan las consumiciones a la salida, y no se puede entrar ni salir del Shabandar sin pasar frente a este hombre, que no abandona su silla desde 1963, fecha en la que se hizo con el local con más sabor de todos los que he visitado en este país. En los últimos cien años, esta tetería ha sido testigo de la presencia de los británicos en Irak, la caída de la monarquía, las décadas de gobierno de Sadam Huseín, la invasión de Estados Unidos, la guerra sectaria entre suníes y chiíes y la amenaza de EI. Al Jashali no sabe qué vendrá ahora, cuando la guerra contra el califato está en su recta final, pero asegura que «las cosas están mejorando, y la mejor señal para comprobarlo es que la cafetería y la calle Al Mutanabi están a rebosar».

El veterano propietario, de ochenta y cinco años, habla con nosotros, cobra las consumiciones y ordena las mesas sin ninguna señal de estrés. Los camareros reparten aquí y allí los pequeños vasos de té negro y dulce. Los vasos queman, por lo que hay que cogerlos con cuidado. Cientos de fotografías decoran las paredes: son retratos en blanco y negro de escritores, poetas, actores, cantantes... Toda la bohemia iraquí del último siglo ha frecuentado este local. Pero entre todos los retratos destacan cinco, con un crespón negro en su parte superior izquierda. Hace siete años, el terror golpeó de lleno a la calle Al Mutanabi, sede de este café y del mítico mercado de libros de Bagdad, y la explosión de un coche bomba dejó más de cien muertos, entre ellos quienes estaban llamados a ser el relevo generacional al

frente de este lugar único. «Me queda un hijo vivo, pero se fue a Turquía a vivir después de sufrir un secuestro, y ahora no tengo a nadie a quien pasarle el testigo del Shabandar», lamenta Al Jashali. A diferencia de otras teterías, aquí no se puede jugar al dominó o a las cartas, «porque este es un lugar para hablar e intercambiar ideas, no un salón recreativo», tal como sentencia Al Jashali, responsable de esta norma que lleva en vigor cincuenta y cuatro años y que no piensa cambiar. El Shabandar es uno de esos espacios de libertad que los bagdadíes han arrebatado al dolor: «Es un espejo de Irak: si lo veo lleno, yo me siento feliz», me dice el hombre agarrándome del brazo.

Justo cuando se libra una mesa para poder sentarnos a tomar té y fumar una de las pipas de tabaco de manzana que impregnan el local de un aroma dulzón y cálido, suena el teléfono de Flayeh, lo que nos recuerda que tenemos a una familia esperando, una familia rota desde el atentado de la calle Karrada del pasado verano.

Decimos adiós a Al Jashali y volamos entre la multitud hacia el lugar en el que Hasem B ha podido aparcar el coche. Está bastante lejos. Flayeh está apurado porque vamos con retraso y no quiere hacer esperar a su exalumna. Llegamos sudando al coche y salimos en dirección al barrio de Al Adel. Antes de cruzar el Tigris, Haifa Radi nos espera en su vehículo a un lado de la carretera. Viste de luto riguroso y, pese al retraso, me dedica un efusivo «¡Bienvenido a Bagdad!» en un correcto español. Subimos al coche de vuelta y nos dirigimos a la casa de su hermana. Haifa habla y llora. Se desahoga con nosotros mientras Flayeh trata de consolarla, aunque tampoco puede contener la emoción. Superado el puesto de control de acceso a Al Adel, Haifa para el vehículo delante de una gran fotografía de sus sobrinos, Mohamed, de treinta años, Mahmud, de veintisiete, y Ahmed, de veinticinco, situada en la calle principal. Las milicias colocan a sus mártires caídos en combate, y las familias hacen lo propio con los seres queridos que han muerto en atentados. Miramos la fotografía de los jóvenes en silencio, un fotomontaje en el que aparecen trajeados y repeinados. Seguimos unos metros más hasta llegar al domicilio de la familia Abdulrahim, una típica casa de dos alturas como las del resto del barrio.

El padre abre la puerta del garaje y aparcamos dentro. El salón principal

es un museo dedicado a la memoria de los tres hijos perdidos, y los relojes parecen parados en aquella fatídica noche de Ramadán en la que los yihadistas llevaron a cabo el atentado más sangriento cometido en Bagdad desde el 2007. Como hemos podido ver, los trabajos de reconstrucción están en marcha en Karrada, y el centro comercial atacado no tardará en reabrir sus puertas. Sin embargo, esta familia nunca se recuperará. «Perdimos a tres hijos. ¿Te puedes imaginar lo que supone perder a tres hijos? Salieron por la mañana a trabajar en la tienda que tenían alquilada en ese centro comercial y nunca más entraron por la puerta», se lamenta entre lágrimas la madre, Niwal Abas. Necesita soltar todo lo que tiene dentro, necesita que la escuchen. Flayeh, que en el coche ha aguantado el tipo, rompe a llorar ante la imagen de esta madre rota y sin consuelo. «Las familias en Irak no recibimos ningún tipo de apoyo: nada de nada. Ni monetario, ni psicológico, ni nada. A nosotros ni siquiera nos han dado detalles de la investigación. No sabemos lo que ocurrió ni qué tipo de explosivo tan raro fue ese que emplearon que, en lugar de dejar un cráter como el que hemos visto tantas veces después de explosiones de vehículos bomba, provocó un incendio enorme que causó la asfixia de la mayoría de los muertos», dice la madre, que nos mira, pero totalmente ida. Yo creo que no nos ve.

El Gobierno de Irak ofrece una pensión mensual de un millón y medio de dinares (unos mil euros) a las familias que han perdido a alguno de sus miembros en un atentado. Esta es la cantidad que llega a esta casa por más que se trate de tres muertos, de la que viven ahora el padre, la madre y Mustafá, el único hijo que queda vivo, y que fue quien tuvo que ir a Karrada para sacar los cuerpos de sus hermanos, pues los servicios de rescate estaban desbordados. El cabeza de familia ha dejado su trabajo para cuidar a su esposa —teme que intente suicidarse—, y Mustafá ya no estudia ni sale a la calle por temor a un secuestro. Para el mundo, se trata de un atentado más en la negra estadística de este país golpeado por el terror de forma sistemática desde el 2003, pero para los Abdulrahim supone un infierno en vida. «Los civiles de Irak somos los que pagamos el precio más alto. En Europa, los atentados son puntuales; aquí, diarios, y nosotros ponemos los muertos: la gente normal, no los políticos ni los militares. Es una guerra contra los

civiles, y no sabes cuándo te puede tocar», cuenta la madre, afligida. Haifa, que no ha intervenido apenas en toda la entrevista, sin soltar la mano de su hermana, finalmente quiere expresar su rabia contra unos yihadistas que «sirven a los intereses de países concretos, no de religiones. El terrorismo lo fabrican países, no religiones», subraya, marcando cada palabra para que lo apunte en mi cuaderno de notas.

Esta familia abandonó el país debido a la guerra sectaria y estuvo refugiada en Siria hasta el 2011, como hicieron miles de familias iraquíes en aquellos años. Regresaron a Bagdad para empezar de cero y, cinco años después, sufrieron el zarpazo de EI. La noche del atentado, el 3 de julio del 2016, la vida se detuvo en el seno de esta familia. El camión frigorífico bomba enviado por los yihadistas se llevó a Mohamed, Mahmud y Ahmed, y su vacío es imposible de llenar. Los rostros de los tres jóvenes presiden el salón: observan desde la pared una entrevista que no va a solucionar los problemas de su madre, ni tampoco a devolverle la alegría, pero tengo delante a alguien que necesita desahogarse, hablar de lo que pasó y de lo que sufre. Tengo delante a una de las madres del ejército de madres que han perdido a sus hijos en esta guerra, y la escucho como me gustaría que escuchasen a la mía. Escuchar a las víctimas es una obligación y una necesidad: solo se puede avanzar desde su perdón. Sin perdón y sin justicia, el final de este califato no es más que una cuenta atrás para el surgimiento del próximo.

8

FALUYA

# LA CIUDAD DE LAS MEZQUITAS QUIERE PASAR PÁGINA

*Noviembre de 2017*

Bagdad duerme. Salimos de la capital a primera hora, libres de atascos, aunque sin un plan definido. Vamos a Faluya, pero no hemos hecho un trabajo de producción previo para saber a qué vamos ni a quién vamos a ver. Flayeh recuerda que su último viaje a esa ciudad fue en el 2010 con Javier Espinosa, enviado especial de *El Mundo*. Desde entonces no ha pisado este lugar, tan recordado por su resistencia a las fuerzas estadounidenses tras la invasión del 2003, y que pasó a estar controlado por EI a comienzos del 2014, antes incluso de la autoproclamación del califato. De Bagdad a Faluya hay apenas 60 kilómetros de distancia, trazados por la carretera que lleva a Jordania y que abandona la capital iraquí por Abu Graib, sede de la famosa cárcel donde tuvieron lugar todo tipo de torturas, cometidas por las fuerzas de Estados Unidos. Las imágenes de estos sucesos dieron la vuelta al mundo y

llenaron las mentes de miles de iraquíes de odio hacia aquellos que se presentaban como «liberadores». Abu Graib es uno de los puntos de inflexión en la posguerra iraquí: nadie lo ha olvidado. Flayeh está especialmente hablador por las mañanas, pero el paso por esta prisión le hace cambiar radicalmente de tema. Recuerda los nueve meses que pasó encarcelado aquí y en Camp Bucca, tras ser acusado por las fuerzas españolas de haber sido quien dio la información que hizo posible la emboscada a los miembros del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) en noviembre del 2003 en Latifiya, en la que siete agentes perdieron la vida y un octavo resultó gravemente herido. «Entré en esta cárcel el 19 de abril del 2004, y a los pocos días hubo un ataque de la insurgencia con morteros en el que trece presos perdieron la vida. Menudos recuerdos para un chií, allí metido entre exmiembros del Baaz y terroristas de Al Qaeda...», comenta sin querer entrar en más detalles. Después de nueve meses encerrado, los estadounidenses lo soltaron porque no había ningún tipo de prueba en su contra, pero Flayeh sigue esperando una explicación de las autoridades españolas por su caso, y, sobre todo, sueña con poder volver a España.

Dejamos atrás Abu Graib, y Flayeh empieza a repasar números antiguos en su agenda de cuero. Entre los contactos de Faluya, tiene subrayado el teléfono de Adel Rawui, un periodista de una radio llamada La Voz de Faluya a quien entrevistó en su último viaje junto con Espinosa. Marca su número sin mucha esperanza. Silencio. Hay señal. Esperamos unos segundos y alguien responde. Después de cuatro años desplazado en Erbil, Adel ha regresado a casa, y desde hace diez días está en Faluya. Nos espera en el acceso principal en una hora. En el camino apenas hay circulación, y superamos los puestos de control con facilidad hasta que llegamos a uno en el que nos dan el alto y nos piden la documentación. No tengo el pasaporte: me lo he dejado en la habitación. Ese pasaporte sagrado del que no me separo ni para dormir descansa ahora en mi mesilla, mientras yo estoy en mitad de la carretera hacia Faluya sin documentación. Meto la mano en la cartera — como cuando a un mago segundón le falla un truco en una fiesta de cumpleaños y tiene que inventar algo para no decepcionar a los niños— y saco mi tarjeta de prensa con la esperanza de que funcione. Está caducada

desde hace años, pero tiene mi foto y pone «Press». Flayeh y Hasem B explican al miliciano de turno que, con esa tarjeta y la fotocopia del permiso de la gobernación de Bagdad, es suficiente para que un extranjero se mueva por el país, y, pese a la cara de pocos amigos del hombre, pasamos bajo el enorme cartel de la paloma blanca que preside los puestos de las Brigadas de la Paz, milicia del clérigo Muqtada al-Sadr. Una vez que pasas un filtro, ya puedes decir en los siguientes que te han dado luz verde sus compañeros, aunque esto solo funciona siempre y cuando todos los controles sean del mismo grupo. Gracias a Al-Sadr, en este caso lo son, así que nos plantamos en Faluya, donde Adel, trajeado para la ocasión, nos espera para llevarnos a desayunar al mejor restaurante de la ciudad.

Lo primero que llama la atención es la normalidad y los pocos rastros de destrucción. Después de haber pasado por Mosul, es imposible no comparar cualquier sitio liberado de manos del califato con su Ciudad Vieja, y la situación en Faluya muestra que los combates no fueron tan intensos. En la conocida como «ciudad de las mezquitas» por sus cientos de templos, vivían casi trescientas mil personas antes de la irrupción de EI, pero la localidad parece ahora vacía. Hay poca gente por las calles. Muy poca. Además de por sus famosas mezquitas, Faluya destaca como uno de los puntos señalados en rojo en los mapas militares de los estadounidenses a raíz de las dos batallas que se libraron en estas calles en el 2004: «Las mayores desde Vietnam», declararon los mandos. Los enviados especiales que estuvieron empotrados aquellos días con las fuerzas especiales dedicaron libros y más libros a las hazañas bélicas de los marines en este hoy apacible lugar, en plena ruta entre Irak y Jordania. Los muertos estadounidenses se contaron por decenas, los insurgentes, por cientos, y se desconoce el número de bajas civiles, esas llamadas «víctimas colaterales» que han hecho de países como Irak o Afganistán sus auténticas patrias. Como escribía Javier Espinosa en su visita, cinco años después de los combates, «la guerra golpeó Faluya como un ciclón». Y añadía:

El ejército estadounidense se empleó a fondo en abril y, especialmente, en noviembre y diciembre del 2004, en una batalla calle por calle que los expertos equiparan solo a los feroces combates que se libraron en la ciudad vietnamita de Hue en 1968. Según las

estadísticas locales, casi 36.000 de las 50.000 viviendas de la ciudad fueron arrasadas o sufrieron graves daños, además de 60 colegios y 75 mezquitas.

Con el paso de los años, la ciudad se volvió a levantar casa a casa, hasta que a comienzos del 2014 cayó en manos de un EI que siempre había estado agazapado en la sombra, a la espera de su oportunidad. El califato duró hasta junio del pasado año, pero parece que los seguidores del califa aceptaron retirarse cuando las fuerzas iraquíes rodearon la ciudad, y por eso no se produjeron desperfectos mayores en su infraestructura o en las casas. El daño en Faluya es mucho peor: es un daño mental, de años de sometimiento a la presión de los grupos más extremistas que ha dado el islam. La caída de Faluya fue el último paso antes de que se lanzaran por Mosul.

Seguimos a Adel y aparcamos junto a su coche, frente al restaurante Zarzur. Nos sentamos en una de las mesas alargadas con los típicos manteles de plástico transparentes, esos que acaban perdidos de arroz tras un banquete y que los camareros tiran directamente a la basura. El paisanaje se gira al ver entrar a un extranjero. Hace un año y medio de la caída del califato, pero Faluya sigue siendo un lugar poco frecuentado por extranjeros, y menos aún sus restaurantes y a plena luz del día. Aunque su calidad y sabor es célebre en todo Irak, freno a Adel antes de que pida kebabs para todos y, al final, solo Hasem B se anima con la carne. El resto pedimos té. Adel enciende un cigarro detrás de otro. Con cada pitillo, devora un recuerdo de su vida. Aspira con fuerza, intentado tragarse el pasado para que no se repita.

—He regresado porque Faluya vuelve a ser un lugar seguro, pero lo he perdido todo: la casa, el trabajo, los amigos... Espero que, después de todo lo que hemos sufrido desde el 2003, la gente tenga muy claro el precio que hemos pagado por el apoyo a Al Qaeda y a EI. Solo pedimos seguridad para rehacer nuestras vidas. En los tiempos de la invasión estadounidense había combates casi a diario, pero al menos los grupos insurgentes no se metían en nuestras casas, en nuestro día a día, como sí hizo EI. Maldigo a los estadounidenses, pues ellos fueron quienes sembraron el odio y prepararon el terreno para que un grupo tan terrible pudiera florecer —cuenta este periodista de cuarenta y un años que sobrevivió a la posguerra en la ciudad,

pero tuvo que escapar del califato para seguir con vida.

Llega el segundo té. En el televisor del restaurante, las noticias informan de las últimas victorias contra EI en la frontera con Siria. La gente no presta atención. Tampoco a nosotros nos miran como al principio: hemos dejado de ser la novedad. Desde la parrilla llega el olor de la carne a la brasa. Hasem B se ha terminado su plato y sale a vigilar el coche. Adel nos pide ayuda para reflotar la emisora de radio mientras arremete contra las tribus a las que acusa de apoyar primero a Sadam, luego a Estados Unidos y a Al Qaeda y, finalmente, al Dáesh, y confiesa que sueña con el día en que la ciudad tenga un liderazgo sólido y, sobre todo, alejado de la religión. El reportero piensa que el islam radical impuesto durante años en Faluya no es iraquí, y acusa a religiosos a sueldo de Arabia Saudí de animar a la gente a levantarse contra Estados Unidos y, años más tarde, a abrir las puertas al Dáesh. «La religión y la nefasta política del Gobierno central son culpables de todo, hasta de permitir a los iraníes hacerse con nuestro país. ¿Qué podemos hacer?», se pregunta con bastante desesperanza ante un cenicero que empieza a llenarse.

Suena el teléfono de nuestro anfitrión, una especie de minitableta que tiene que llevar siempre en la mano porque no hay bolsillo que pueda esconderla, y nos dice que hay una función de teatro a punto de empezar en el centro cultural. Lo bueno de un viaje sin reproducción es que la realidad te marca el guion, y asistir a una obra de teatro en Faluya supera todas mis expectativas. Adel no nos permite pagar el desayuno y nos pide que lo sigamos. A los pocos minutos de dejar el restaurante, se detiene bajo un puente y nos explica que este era el lugar desde el que los seguidores del califa colgaban a la gente después de ejecutarla. Los cuerpos se pudrían al sol ante los ojos de todos los que pasaban, como ejemplo de lo que le ocurría a todo aquel que no respetaba las normas del califato. Usaban el terror como forma de intimidación, con técnicas que parecen sacadas de la Edad Media, de aquella Inquisición que, en nombre de Dios —del mismo modo que los milicianos de EI—, hacía de las hogueras y las torturas un servicio público para prevenir el pecado.

Seguimos por una de las arterias principales, y pronto dejamos el asfalto para meternos en una serie de caminos de tierra en un barrio bombardeado.

Nuestro coche tiene problemas por los baches y las piedras, así que reducimos la marcha. No se ve un alma. Flayeh se gira desde el asiento del copiloto, y sé perfectamente lo que me va a decir: «Macho, ahora es cuando nos secuestran». Hemos tenido el mismo pensamiento, pero solo dura unos segundos, pues esta Faluya no es la de hace unos años, cuando había que trabajar de incógnito, haciendo entrevistas de casa en casa y usando seudónimos para los entrevistados porque todos temían las represalias. Estar con un periodista occidental podía costarte la vida. Torcemos en la siguiente calle y vemos el coche de Adel aparcado frente a un edificio de color rosa. Un hombre armado custodia la puerta. Cuando entramos, la gente no para de abrazar a nuestro anfitrión: son abrazos de reencuentro, de colegas, vecinos y amigos a los que lleva años sin ver. Abrazos sinceros que ponen pegamento a lazos personales rotos por la violencia. Pasamos al salón de actos, donde unas cien personas esperan el inicio de la obra. Todo es silencio en ese recinto destartalado y con claras heridas de guerra, en forma de impactos de proyectiles en techo y paredes. Los colegas de la prensa local están situados en la parte trasera con sus cámaras, y se quedan con la boca abierta al verme poner el trípode junto a ellos. Los saludo —«*Salam aleikum*»— y me pongo a grabar.

De pronto suenan unos disparos. Luego, sirenas y más disparos. La obra arranca con fuerza y varios jóvenes vestidos de negro, encapuchados y con pistolas de fogeo irrumpen en la sala. Si esto hubiera llegado a pasar hace un par de años, estaríamos todos cagados de miedo, pero se trata de una representación especial sobre la lucha contra la corrupción, y el público rompe a aplaudir. Dura apenas veinte minutos, pero son veinte minutos que marcan el retorno del teatro a esta localidad después de casi cuatro años, por lo que los organizadores están exultantes. «Es un hito para la ciudad. Este local era una sede del Dáesh que escapó milagrosamente del bombardeo, y ahora estamos haciendo todo lo que ellos prohibieron. Llevará tiempo recuperar la normalidad, pero es importante que vuelvan los profesores y funcionarios que tuvieron que huir si queremos dar un fuerte apoyo a la juventud e impedir que Faluya vuelva a convertirse en un bastión del radicalismo», asegura Hamed Shahade, que se presenta como director del

Club de Jóvenes de la ciudad y atiende a la prensa al finalizar la obra. «Calculo que tres cuartas partes de la población huyeron durante el califato. Solo se quedaron sus seguidores de verdad y aquellos que no tuvieron más remedio que hacerlo porque no quisieron dejar sus casas o comercios.» Emad Shakre respalda sus palabras y añade que ahora tienen que elegir entre crear dos tipos de sociedad: una terrorista, como la anterior, o una que apueste por la paz. Para seguir este camino, piensa que es importante apostar por la cultura y la educación, y es fundamental también que se creen puestos de trabajo para que los jóvenes estén ocupados y los pensamientos extremistas se alejen de sus cabezas. Shakre dirige la Casa de Cultura en la que nos encontramos, vivió cuatro meses bajo control de EI antes de escapar y no duda de que engañaron a los más ignorantes y borraron con sus mentiras siglos de historia en los que cristianos, judíos y musulmanes convivieron en estas calles.

Terminadas las declaraciones de los dos responsables, los periodistas locales se acercan al extranjero con ganas de hablar y de preguntar. La sala se ha ido vaciando, y formamos con las sillas un círculo al que se van incorporando poco a poco los informadores de los diferentes medios y activistas, como Ayad Emad, que está al frente de la escuela de fútbol La Paz y el Amor, en la que hay 250 niños apuntados, muchos de los cuales han crecido en las escuelas del Dáesh, en las que aprendían a contar sumando balas o fusiles. Escuelas en las que se educaron en los principios de la yihad, de la guerra santa, y que ahora es urgente erradicar. Emad se expresa en un correcto inglés, que ha perfeccionado en los últimos años que ha pasado desplazado en la ciudad kurda de Solimania. La región autónoma kurda ha sido el gran refugio para los iraquíes que escaparon de EI y no quisieron —o no pudieron— emigrar fuera del país.

Una de las cosas que sorprende es que nadie tiene miedo de hablar ni criticar en voz alta a los yihadistas, al Gobierno o a los estamentos religiosos. Se ha recuperado una libertad de expresión que estuvo mutilada durante años. Salam Jaled, periodista de la televisión local, recoge el testigo de Ayad para decir que «los motivos que nos llevaron a la irrupción del Dáesh siguen vigentes: corrupción y política sectaria del Gobierno central. Así que no

puedo ser optimista; tengo mucho miedo de que vuelvan. Cuando el Dáesh entró, acabó con el resto de grupos insurgentes de Faluya, como Al Qaeda o el Ejército del Islam, pero vemos que ahora se están reorganizando.» Jaled habla en tono muy serio y recuerda la muerte de su hermano, oficial de policía, a manos de los seguidores del califa. El reloj corre, y algunos de los periodistas dejan la tertulia porque tienen que editar y enviar sus vídeos. Jaled no quiere que me vaya sin decirme antes que los miembros de EI eran muy pocos en la ciudad, y que si lograron alzarse con el control fue por culpa de la traición por parte de las autoridades de Bagdad, que emplearon una estrategia parecida a la de Bashar al Asad en Siria en el 2011. En Faluya organizaban manifestaciones cada viernes contra la política sectaria de Bagdad, y, según este reportero, fueron las propias autoridades las que facilitaron la llegada del Dáesh para militarizar las protestas y poder arrasar con la excusa de que combatían el terrorismo. Una teoría muy extendida entre la minoría suní de Irak, que se siente víctima de esta traición.

Flayeh y Adel esperan fuera del salón de actos. El primero tiene prisa por regresar a Bagdad, el segundo tiene ganas de invitarnos a comer, y nos recuerda que en el desayuno no hemos probado el famoso kebab de Faluya. Aunque se impone Flayeh, en estas situaciones hay que ser muy cuidadoso para no herir la sensibilidad del anfitrión, que nos ha abierto las puertas de una Faluya que no esperábamos encontrar. Se trata de un lugar que ha pasado de ser la pesadilla de Estados Unidos —durante la invasión— y de Bagdad —después de que EI se hiciera con su control a comienzos del 2014, lo que situó al grupo a apenas 60 kilómetros de la capital— a convertirse en una especie de ejemplo para el resto de las zonas liberadas, a las que poco a poco regresan los civiles que huyeron del califato y de los combates. Adel nos guía hasta la salida y nos despedimos hasta un próximo viaje, aunque todos somos conscientes de que no será sencillo que se produzca. La paz no vende. Una vez que las armas callan y empieza la vuelta a la vida, los periodistas nos vamos. La historia se repite.

Cogemos la carretera hacia Bagdad sin podernos quitar de la cabeza las buenas sensaciones, la amabilidad y las ganas de hablar de la gente que hemos encontrado en Faluya.

Hasem B vuela, sin importar la irregularidad del asfalto. Flayeh duerme entre puesto de control y puesto de control, y yo ya pienso en la siguiente etapa de este viaje por las ruinas del califato: Tikrit. La paramilitarización de la seguridad ha hecho que sea mucho más fácil que antes moverse por el país. Las milicias controlan los accesos a las ciudades, y ya no son necesarios los permisos del ejército que tantos dolores de cabeza nos daban en el pasado. La falta de pasaporte nos da un pequeño susto en el acceso principal a Bagdad, pero en unos minutos logramos convencer al oficial de turno, joven y con cara cansada, y entramos de nuevo en la gran capital por una de sus avenidas interminables, en la que desde cada farola cuelga la foto de un miliciano caído en la guerra contra EI. Los muertos te miran, como si controlaran el paso de cada coche. En este acceso fantasmagórico a Bagdad, los muertos comparten protagonismo con fotografías y más fotografías de Muqtada al Sadr, el joven clérigo chií de mirada desafiante que trata de mantener vivo el carisma de un apellido muy respetado entre esta rama del islam. Hasta el 2003, la única cara que veían los iraquíes era la de Sadam Huseín, que convirtió las calles en museos al aire libre en su propio honor. El país se ha sumido en tal abismo en los últimos catorce años de ocupación, guerra sectaria y califato que, pese a llevar al país al infierno tras meterlo en una guerra detrás de otra, muchos lo echan de menos. Antes, la violencia era monopolio del régimen de Sadam: estaba claro quién era el demonio. Ahora, Irak es un infierno con mil demonios.

# 9

## TIKRIT

# LOS HIJOS DE EI SE REFUGIAN EN LA CIUDAD DE SADAM

*Noviembre de 2017*

Sadam no ha muerto, o al menos no en el recuerdo de los funcionarios de la gobernación de Tikrit que acuden a recibirnos. Para desesperación de Flayeh, volvemos a salir de Bagdad con dirección a otro lugar en el que el califato se hizo fuerte gracias al apoyo de una población mayoritariamente suní y harta del Gobierno central. Tres hombres de mediana edad vestidos con traje y corbata nos dan la bienvenida a esta ciudad, situada a unos 190 kilómetros de Bagdad. Hoy no he olvidado el pasaporte, de modo que hemos pasado los puestos de control sin problemas. La ruta hacia Tikrit discurre por la carretera principal que une Bagdad con Mosul, en la que el primer punto de paso importante es Samarra, localidad que alberga la mezquita de los imanes chiíes Ali al Hadi y Hasan al Askari. El tramo hasta esta ciudad santa es un trasiego constante de peregrinos que caminan a las tumbas de sus imanes, la mayoría

en señal de agradecimiento. Durante la época de Sadam, las peregrinaciones estaban prohibidas; sin embargo, desde el 2003, los chiíes se han tomado la revancha y aprovechan cada día para venerar a sus santones, repartidos por todo el país, sobre todo en el sur. La cúpula dorada de 68 metros de circunferencia se divisa desde la carretera, pero no tenemos tiempo de parar. También se puede ver claramente el gran zigurat de esta ciudad, construida a orillas del Tigris por el califa Al Mutasim en el año 836 de la era cristiana. Como me dice Mohamed Kaki cada vez que voy al Kurdistán: «Esto lo dejamos para cuando se pueda hacer turismo en el país». Ese día llegará, estoy seguro; la pregunta es cuándo. A partir de Samarra, el escenario cambia: apenas hay tráfico, y los poblados que atravesamos están semidestruidos y casi desiertos. Samarra fue la frontera del califato y, aunque intentaron asaltar la ciudad, no lograron su objetivo. Este fracaso hay que agradecerse a la defensa de milicias como las Brigadas de la Paz de Muqtada al Sadr, que se desplegaron de forma inmediata en el verano del 2014 para proteger los lugares santos. Estas brigadas no son más que la versión moderna del Ejército de al Mahdi, azote de españoles, americanos y de todas las tropas extranjeras que participaron en la invasión del 2003.

El objetivo en Tikrit es doble, pero volvemos a trabajar sin apenas producción: estamos en manos de Alá. Por un lado, quiero visitar el campo de desplazados de Shehama, el primero abierto en Irak para acoger a familiares directos de EI, y, por otro, tengo una deuda pendiente con Speicher. En la mayor matanza cometida en un solo día por los yihadistas, cientos de reclutas de esta base aérea fueron ejecutados y enterrados en fosas comunes cuando los yihadistas tomaron Tikrit. Husam B se viene arriba y nos asegura que conoce a la perfección el camino a la base de Speicher, pues estuvo allí hace unos meses llevando comida a las milicias. Es habitual entre los chiíes organizar viajes para llevar comida, ropa y material de higiene a los milicianos que combaten a EI. Nuestro conductor no tiene mucha pinta de religioso; al contrario, no supera los treinta años, le gusta ir a los puentes sobre el Tigris de Bagdad a tomarse unas copas —donde se hace una especie de botellón a la iraquí, con la garantía de que luego no te harán control de alcoholemia— y conoce bien los antros de moda a los que ha tratado de

llevarme sin éxito. Viste siempre pantalones y camisas ajustadas —estas últimas, alguna talla menor de la que le correspondería—, y usa gomina abundante y zapatos de punta, muy de moda en toda la región. Su planta no concuerda con los rostros barbudos, las camisetas con mensajes o imágenes de los imanes ni los pantalones militares de los combatientes, pero nunca se sabe.

La confianza en Husam B se agota cuando llevamos media hora dando vueltas de un puesto de control a otro y no hay ni rastro de la base, así que le pido a Flayeh que llame a nuestro contacto para que nos espere en la entrada de la ciudad y nos guíe. El conductor refunfuña, pero admite pronto su derrota como guía y enfila hacia el interior de una Tikrit que, como Faluya, a simple vista tampoco presenta grandes señales de destrucción. Nuestros anfitriones tienen dos vehículos todoterreno y, si el calendario no marcara el 2017, de entrada los consideraría funcionarios del antiguo régimen. Me recuerdan mucho a los baazistas que siguen en el poder en Siria. Nos dan la bienvenida y se presentan como responsables de la gobernación. Uno de ellos es encargado de la sección económica. Yo había pedido a Flayeh visitar el campo para familiares de EI, y no sé muy bien qué contactos ha movido, pero esta gente parece que nos ha tomado por alguna delegación extranjera importante que acude a ver las instalaciones con el objetivo de aportar ayudas para mejorar las condiciones de vida de los internos.

Los seguimos hasta el campo, que está a las afueras de la ciudad y por el que hemos pasado antes varias veces, cuando Husam B andaba perdido en su busca. Por fuera es uno más, como el que vi levantar en Jazer cuando viajé por primera vez a cubrir la batalla de Mosul. Las mismas tiendas plásticas blancas, las piedras en el suelo, las casetas prefabricadas que hacen de oficinas para los responsables y los servicios médicos, los depósitos de agua... y los niños por todas partes: eso no falta nunca. Este es el país de los mil demonios, pero también el de los millones de niños que deberían ser el futuro de la nación, si es que Irak tiene alguno. La gran diferencia aquí es que todas las familias que ocupan las tiendas son las de los combatientes de EI, y no pueden regresar a sus casas por el temor a la venganza de los vecinos. Además del descalabro del ejército y del partido Baaz, la invasión

estadounidense se cargó todo el sistema legal que —mejor o peor— regía Irak, y su vacío lo llenaron los códigos tribales de antaño. En el caso de las familias de combatientes de EI, se aplica el ojo por ojo, de modo que ellas pagan también por el daño cometido por sus miembros. Y pagan con la vida.

Los campos de Irak son hornos durante el verano y frigoríficos en el invierno, que llega ya poco a poco al interior de las tiendas. Nos sentamos en el interior del contenedor que hace de oficina de registro: apenas hay espacio para todos. Somos gente importante, y todos tienen algo que pedirnos. Los responsables municipales de Tikrit sacan una lista que se resume en «generadores, calefacciones, comida, ropa de abrigo... necesitamos de todo. Al principio llegaba más ayuda de los organismos internacionales, pero ahora solo lo hace de forma puntual». A diferencia de otros campos, nos explican que, por motivos de seguridad, este es competencia exclusiva de las autoridades iraquíes. Según el director, «hablamos de desplazados que, si no hay un acuerdo entre tribus que desbloquee su situación, serán crónicos. Aquí tenemos a doscientas familias, pero hay otros campos como este». Yo pregunto y pregunto y noto cierto nerviosismo, sobre todo en el responsable de finanzas de la gobernación, que parece ansioso por conocer la cantidad de dólares que puedo aportar para aliviar sus problemas. Flayeh es quien tiene sobre sus espaldas la responsabilidad de hacerles ver poco a poco que nosotros hacemos reportajes, lanzamos el grito al mundo para mostrar un problema concreto con la esperanza de que alguien responda, pero poco más. La entrevista avanza, y el hombre pronto se da por vencido y abandona el contenedor para tomar el aire.

Estoy ansioso por superar la valla y hablar con la gente, pero solo puedo hacerlo en compañía del director, que viste pantalones de militar y lleva una pistola en la cintura. Observo que el paisaje lo componen principalmente mujeres y niños. Los pequeños están por todas partes. Salen de las tiendas, juegan al fútbol y se pegan a la verja en cuanto ven una cámara. Trabajar en un campo de refugiados supone siempre lidiar con los grupos de niños que se lanzan tras el periodista de turno y aparecen en todos los planos haciendo el gesto de victoria con los dedos. Un martirio para las cámaras. Shehama no es una excepción. El director me explica que en la escuela del campo trabajan

con programas especiales para intentar borrar de sus cabezas lo que aprendieron en los centros abiertos por el califato, o lo que les enseñaron sus familiares de EI en sus propias casas. No son monstruos verdes de cinco ojos y tres orejas: son niños como los de todo el mundo, solo que tuvieron la desgracia de nacer en el califato y ahora lo pagan muy caro.

Las mujeres prefieren no hablar: tienen miedo de posibles represalias. Busra lleva en brazos a su hijo Mustafá. El pequeño nació hace dos meses en el campo, y su madre, después de cubrirse totalmente el rostro, nos dice que necesita leche y ropa. El pequeño nunca conocerá a su padre, miembro de EI del que se separaron en la última semana de la batalla de Mosul, pero pagará largo tiempo la decisión de su progenitor de unirse a las filas yihadistas. Busra no quiere responder cuando se le pregunta sobre cómo era su vida en la Mosul de califato; solo aclara que ella es de Bagdad y que se limitó a seguir los pasos de su marido, como hicieron muchas de sus amigas en el 2014, cuando sus familias las casaron con yihadistas. Esta decisión familiar la condena a vivir por un tiempo indeterminado en Shehama, de donde no podrá salir sin un acuerdo previo con los jefes tribales de su lugar de origen.

Los tres años de guerra contra el califato han provocado el desplazamiento de hasta tres millones de iraquíes, según los datos de organizaciones como Oxfam. Antes de venir a este campo, llamé a la oficina de Andrés González en Erbil, responsable de esta organización en Irak, y me dijo que no había organizaciones extranjeras trabajando en este tipo de lugares. «Las familias que sufrieron la tiranía de EI ahora exigen venganza, y se la cobran con estos familiares de miembros del grupo, aunque ellos no tengan las manos manchadas de sangre», aclara el director del campo, para quien «este es el único lugar seguro para ellos». Según datos de distintos organismos humanitarios, el grupo de familiares de EI que no pueden regresar a sus casas supera las doscientas mil personas en Irak.

Saad se ayuda de unas muletas para poder caminar y nos atiende en una fuente cercana a su tienda. Lleva aquí cuatro meses; su hijo mayor era combatiente de EI, y lamenta que ahora su situación es muy complicada: «No sé qué será de mi futuro. Yo nunca lo animé a unirse a ellos: fue su decisión, no la mía». Sufre diabetes y le han tenido que amputar una pierna. A su lado,

el pequeño Muhatna muestra un informe médico que diagnostica una patología cardíaca que precisa de una operación urgente. Su hermano mayor fue un cabecilla yihadista en la Ciudad Vieja de Mosul, y ahora toda la familia está recluida en Shehama. «No podemos salir y el niño está cada vez peor: necesitamos ayuda para que lo operen lo antes posible», suplica el padre de Muhatna, que se agarra al extranjero como último recurso posible para que alguien saque de aquí a su pequeño y lo puedan operar. Periodistas, periodistas... no valemos para nada. Esta gente lo que necesita son médicos y enfermeras, no cámaras que vengan a mostrar su deplorable situación. Apago la mía, dejo a un lado el puto cuaderno de notas donde he anotado todas sus miserias y me siento con Muhatna. Le doy la mano: siento sus dedos rugosos y sucios. Trato de empezar uno de los juegos de magia tontos que practico con mis hijos mientras pienso: «¡Joder, que no les toque nunca algo así!». Funciona. El niño, con el corazón dañado pero con unos ojos marrones que me comen, sonrío y quiere más y más. Pronto estamos rodeados de decenas de pequeños que hacen cola para jugar. El tumulto llama la atención del director del campo, y Flayeh me dice que tengo que darme prisa porque los responsables de la gobernación nos están esperando. La felicidad dura unos minutos. Al final, son esos pequeños instantes de vida los que recuerdo y me hacen llorar de emoción, no los que recojo a través de la lente o en mi colección interminable de Moleskine, que se convertirán en productos de consumo para los medios. Estos niños son las auténticas cenizas que deja el califato, y crecen en el caldo de cultivo ideal para convertirse en la próxima hornada de yihadistas, bajo las siglas que sean. Los nombres de los grupos varían con el paso de los años, pero la ideología y el odio no solo se mantienen, sino que aumentan.

Salimos del campo perseguidos por un séquito de canijos que piden fotos y más fotos. Fuera, con gesto serio, los altos cargos de la gobernación nos ofrecen la posibilidad de visitar las zonas destruidas en Tikrit durante la batalla que expulsó en marzo del pasado año a EI. Yo prefiero ir al lugar donde se produjo la matanza de Speicher para visitar las fosas comunes, pero nuestros anfitriones ponen cara de sorpresa y nos dicen que no tienen noticia de masacre alguna... Flayeh me pide que me calle. Nos metemos en el coche

y ponemos rumbo a la ciudad. Nos detenemos frente a una villa unifamiliar destrozada, en medio de un barrio donde la vida discurre con total normalidad. No hay marcas de la guerra. «Graba como si te interesara y vayámonos de aquí», me ordena Flayeh. Hago lo que me dice mientras escucho la verborrea de fondo del cabecilla de la delegación, que nos explica que «es aquí donde los terroristas mataron a una camarada anciana del partido, solo por decir que ella seguía siendo del partido». «¿Terroristas de EI?», pregunto. No obtengo respuesta. Camarada, partido, terroristas... se me acumulan las cuestiones en la cabeza, pero no tengo tiempo de reaccionar porque nuestro anfitrión pide a Flayeh que se meta en su coche y nos dice que lo sigamos, que estamos invitados a comer *masguf*, el famoso pescado del Tigris que, según nos dice, «Sadam tomaba cada mañana para desayunar». Aunque no va a ser una situación cómoda, no tenemos elección. Me siento al lado de Husam B, que no para de bromear sobre los nervios de Flayeh, y me dice que esté tranquilo. Paramos en una especie de piscifactoría, en la que cogemos tres enormes ejemplares de *masguf* y seguimos hasta un restaurante del centro, en plena arteria comercial de Tikrit. Allí nos esperan otras dos personas, en un lugar que es un calco del que visitamos en Faluya: el mismo mantel de plástico, las mismas miradas de sorpresa ante el extranjero, la misma televisión y el mismo olor a kebab. Solo que aquí nos falta un Adel.

Voy a lavarme las manos y me sigue Flayeh, que me dice que el tipo lo ha metido en su coche para preguntarle su apellido y su lugar de nacimiento, una forma cortés de conocer la rama del islam a la que pertenece. Estamos en uno de los bastiones suníes de Irak, y yo viajo acompañado de dos chiíes de pura cepa. «Ya han arrojado la toalla sobre el tema de las ayudas económicas. Ahora, en la comida, quieren hablarte de las elecciones: te van a pedir que escribas a favor de que se suspendan», me adelanta Flayeh camino de la larga mesa donde los pescados, rodeados de varias ensaladas, ya están listos. A la fractura tradicional entre suníes y chiíes, la irrupción del califato ha añadido la escisión dentro de la comunidad suní entre aquellos que apoyaron a EI y los que lo sufrieron, y las formaciones políticas de esta rama del islam están más debilitadas que nunca, con lo que las elecciones previstas para el 2018 pueden suponer una victoria de los partidos religiosos chiíes aún más

aplastante que las anteriores. «No te engañes: esta historia del califato es solo un plan de Irán para acabar con nosotros, los suníes, y extender sus milicias en el país. No encuentro otra explicación. El EI es una creación de Teherán para debilitar a los suníes y tener carta blanca para destrozar nuestras ciudades, con la excusa de la guerra contra el terrorismo», se queja uno de los nuevos miembros de la gobernación que nos acompaña. Esta es la opinión extendida en las zonas liberadas del califato en Irak, pese a que las operaciones militares para expulsar a EI han estado lideradas por esas milicias a las que maldicen. El hombre que ha estado con nosotros desde el primer momento añade que «los culpables de este desastre sois vosotros, los españoles, los americanos y todos los que destrozasteis este país en el 2003, porque esto antes era un país de verdad. Ahora tenéis la responsabilidad moral de ayudarnos, y la primera ayuda es cancelar las próximas elecciones y buscar un mandatario capaz de acabar con la corrupción y de unir a los iraquíes». Trato de explicar que tienen razón, que Gobiernos como los de José María Aznar, Tony Blair o George Bush deberían comparecer ante la justicia internacional por el daño irreparable causado al país, pero que ahora mismo es ciencia ficción, y que ni España ni nadie va a prestar atención a la cuestión iraquí. Mi respuesta, tamizada por la interpretación de Flayeh, cae como una bomba de neutrones sobre la mesa, y todos metemos la cabeza y las manos en el pescado que tenemos delante para terminar cuanto antes. El *masguf* se come con la mano y se van dejando las espigas en el mantel. La mesa queda tan asquerosa que, como el restaurante está semivacío, pasamos a la mesa de al lado para tomar el té y despedirnos. Le pido a Flayeh que les pregunte sobre el legado de Sadam y su tumba, que las milicias volaron aprovechando la batalla contra EI, pero no lo hace. Insisto. Me mira muy serio y se me quitan las ganas de volver a intentarlo.

Salimos, por fin, del restaurante y nos despedimos. Un adiós muy frío, como de alivio mutuo. Flayeh no respira tranquilo hasta que llegamos al primer puesto de control de las milicias. A ellos les preguntamos por la matanza de Speicher y, con gran amabilidad, nos explican con detalle el camino hacia la zona de los antiguos palacios de Sadam, al lado del río. Las autoridades locales nos habían llevado a ver el lugar de la muerte de «una

camarada de partido», pero no tenían información sobre el lugar donde, el 12 de junio del 2014, EI asesinó a mil setecientos reclutas de la base aérea de Speicher. En apenas veinticuatro horas, los yihadistas habían logrado tomar Mosul y dirigirse después hasta Tikrit sin que nadie, ni por tierra ni por aire, ofreciera respuesta. El pánico se había apoderado de las fuerzas armadas, y miles de reclutas de esta base recibieron la orden de irse a sus casas. Salieron de Speicher y caminaron hasta la carretera principal, a la espera de encontrar autobuses o coches que los llevaran, pero el único transporte que encontraron fue el de los camiones de EI, en los que los forzaron a subir tras realizar un filtro sectario. Los yihadistas solo se llevaron a los jóvenes chiíes: el resto no les interesaba. Condujeron hasta la zona de los antiguos palacios de Sadam, a las afueras de Tikrit y a orillas del Tigris. Allí los obligaron a bajar.

Todo está grabado, y el vídeo de propaganda circula en las redes. Es peor que una película de terror, porque la realidad es siempre mucho peor que cualquier ficción. Los palacios del expresidente son puro talco: todo el complejo es una enorme extensión de jardines con edificios en ruinas a orillas del Tigris. La entrada es majestuosa. Se mantiene el arco original por el que pasaba Sadam, pero donde estaba su foto los yihadistas colocaron su enseña negra, ahora cubierta por pintura blanca. Tres milicianos desaliñados se sorprenden con nuestra llegada. Nos piden que nos identifiquemos, aunque se relajan de inmediato cuando les decimos que venimos a ver el lugar de la matanza. He visto tantas veces las imágenes de la ejecución que no me cuesta distinguir el antiguo edificio de la mujabarat a donde fueron llevados muchos de los rehenes. Grupos de jóvenes fueron ametrallados nada más bajar de los camiones, en las mismas cunetas. Otros recibieron el tiro de gracia junto al Tigris, y sus cuerpos fueron lanzados al río. La cifra oficial de muertos es de mil setecientos, aunque los números no son precisos por la falta de fondos del Ministerio de Salud para realizar las pruebas del ADN. Hay muchas familias que no han podido encontrar los restos de los suyos porque las fuerzas iraquíes necesitaron un año para liberar Tikrit, y solo entonces empezaron con la exhumación de las fosas. Hay cientos de desaparecidos y los trabajos de desentierro siguen en marcha, como nos explica el joven barbudo que se ha ofrecido a guiarnos por el lugar. No quiere dar su nombre, pero sí su

opinión: está seguro de que «fueron muchos más los muertos. Se trató de una auténtica limpieza sectaria en la que tomaron parte miembros de EI y del partido Baaz, incluso familiares directos de Sadam que quisieron vengar así su ejecución». Caminamos hasta el borde del río y, mirando a las aguas, recuerda que «el río se tiñó de rojo con la sangre de nuestros mártires». Guardamos unos instantes de silencio. El sol empieza a caer, y nos queda por delante el largo camino de regreso a Bagdad.

Speicher fue un punto de inflexión en la guerra sectaria que sufre el país desde la invasión estadounidense del 2003, y movilizó a miles de chiíes que clamaron venganza y respondieron al llamamiento del ayatolá Sistani para tomar las armas y formar las milicias que lograron frenar a EI cuando el ejército estaba en plena descomposición. Milicias que han sufrido miles de bajas en esta guerra que las autoridades ya dan por acabada.

De vuelta a Bagdad, repaso las notas del día y subrayo algunas cifras. Cuando me fijo en los tres millones de desplazados —de ellos, al menos doscientos mil son familiares directos de yihadistas—, se me aparecen los ojazos de Muhatna, sorprendido al verme sentado sobre las piedras de Shehama. Tres millones de personas es el doble de una ciudad como Barcelona. Pienso en el volumen de la tragedia causada por EI, trato de calcular el tiempo que puede necesitar Irak para recuperarse y maldigo el día en el que proclamaron el califato. ¡Ojalá no hubiera existido nunca!

# 10

DAMASCO

## EL BÚNKER DEL RÉGIMEN

*Enero de 2018*

He esperado casi dos meses desde que se decretó la victoria militar sobre EI para emprender este nuevo viaje a Siria. Como me ocurrió en noviembre antes de ir a Irak, no ha faltado el discurso de despedida en casa. «Cuídate, no te metas en líos, piensa que tienes una familia»: hasta aquí, cae dentro de lo convencional, y es lo que me solía decir también mi madre cuando yo vivía en su casa. «¿Para qué vas? ¿No puedes estar tranquilo? Ahora no pasa nada, no ocurre nada urgente... ¿por qué no esperas?»: esta es la segunda batería de cuestiones, dirigida a provocar la duda. Aun consciente de la especial sensibilidad de mi mujer y de su gran intuición, tengo que ir. Es cierto que el califato ha dejado de ser noticia, pero también estoy seguro de que no ha terminado. En cuanto han callado las ejecuciones, los bombardeos y la sangre, se han apagado los focos de los medios, y cada día que pasa entierra un poco más en el ayer los últimos tres años, una auténtica pesadilla para millones de sirios e iraquíes. Esa historia, que forma ya parte del pasado para los medios, es presente y futuro para las víctimas de EI.

Tanto viaje y tanto vuelo me han proporcionado puntos suficientes para dar la vuelta al mundo, y los turcos me recompensan con una tarjeta de fidelidad que me da acceso a salas vip de los aeropuertos y al embarque preferente. Esto lo descubrí por casualidad en el aeropuerto de Donetsk en el 2015, cuando, al regresar de cubrir el referéndum secesionista, la señorita de la compañía aérea puso mis datos en el ordenador para darme la tarjeta de embarque, sonrió y me dijo que era «pasajero Elite». Me entregó la tarjeta junto con un pase para la sala vip de ese aeropuerto, que quedaría en ruinas por culpa de los combates pocos meses después. Desde entonces, he ido sumando puntos y más puntos. Uno se acostumbra rápido a lo bueno y, luego, cuando cambia de compañía, le cuesta volver a la realidad. Mi siguiente salida de Donetsk fue en tren, con rumbo a Kiev. Por cierto: donde esté un buen tren litera, que se quiten el resto de medios de transporte. Y precisamente en Ucrania los trenes son unos señores trenes. Nací y crecí al lado de una estación, y eso marca.

Siempre que aterrizo en Estambul me quedo parado unos minutos ante el panel de salidas del aeropuerto de Atatürk. ¡Cogería aviones a casi todos los destinos que aparecen! Es una pena que en esta lista ya no figuren Damasco o Alepo; Turkish Airlines informa que se trata de «rutas temporalmente fuera de servicio». Este viaje por las cenizas del califato está cada vez más cerca de su fin, y yo aún tengo inmensas cuentas pendientes en Siria. No he podido ir a ciudades como Kobane o Al Raqa porque son zonas fuera del control del Gobierno de Damasco a las que no puede acceder un periodista que viaja con visado. Desde el comienzo de la guerra, en el 2011, Siria está dividida en al menos tres grandes zonas de influencia. Una es la controlada por el Gobierno, en la que trabajo, básicamente porque es la que conocía antes de la guerra y la que considero más segura; la otra es el territorio en manos de los kurdos, en el que también pueden trabajar periodistas occidentales; y la tercera, finalmente, es la Siria dominada por los diferentes grupos armados de la oposición, entre los que se han impuesto aquellos que defienden la visión más ultraortodoxa del islam, y en donde los reporteros no somos bienvenidos. Ya desde el principio había que elegir: en este juego no puedes cambiar de un lado a otro en pleno partido. Yo trabajo en el lado de la Siria oficial, la que

más se parece al país que existía antes del 2011, ese que nunca volverá. Desde que empezó la guerra, la mayor parte de la prensa internacional apostó por cruzar la frontera de forma ilegal e informar desde el lado opositor, algo que yo también hice en Libia en el 2011. Los que nos quedamos en el lado gubernamental éramos vistos, al comienzo, como una especie de «colaboradores» de un régimen que apeló a toda la fuerza que tenía en sus manos para reprimir las revueltas más graves que sufría desde los años ochenta. Después de meses de incertidumbre, los primeros visados llegaron en enero del 2012. Para aquel entonces, el país ya estaba en guerra abierta, y los periodistas occidentales acreditados llegamos de la mano de la primera misión de observadores internacionales. Con el paso de los años, la imagen de una oposición moderada y laica que buscaba echar a Al Asad para traer la democracia y los derechos humanos dio un giro radical, y Occidente dejó de ver el conflicto sirio como una guerra entre buenos y malos para pasar a entenderlo como una guerra entre malos y peores.

El país está partido en mil pedazos, y el poscalifato no ha hecho más que alentar los conflictos internos entre los distintos Estados inmersos en esta especie de guerra mundial a pequeña escala. Todos quieren controlar su parte del pastel. Esta división es política, militar y física, por lo que las grandes batallas contra el califato (como la de Kobane, en enero del 2015, o la de Al Raqa, en noviembre del 2017) las tuve que seguir desde la distancia. Mi visión del califato en Siria se reduce a las zonas liberadas por el ejército sirio y sus fuerzas aliadas. Según de qué zona se trate, cambian el nombre y la nacionalidad del liberador, pero las víctimas siempre son las mismas: los sirios.

Derrotado el califato —desaparecido el enemigo común—, han estallado nuevos conflictos, y entre los periódicos del día observo la portada del diario turco *Zaman*, cuyo titular principal reza: «Turquía unida en la ofensiva de Afrín». Desde hace una semana, el ejército turco, apoyado por el Ejército Libre Sirio, el mismo que nació para derrocar a Al Asad, ataca el cantón kurdo de Afrín, uno de los tres que compone Royava, el Kurdistán sirio. El tema de actualidad es Afrín y la lucha entre turcos y kurdos, no el califato, pero uno de los argumentos que emplea el Gobierno de Ankara para justificar

su operación militar es la presencia de EI en la frontera. Un argumento tan falso como efectivo, pues no hay yihadistas en esta zona kurda, aunque un país puede cruzar todas las líneas rojas que estime oportuno si lo hace en el nombre de combatir a EI. Los países de la región han adoptado la célebre expresión de «guerra contra el terror», acuñada por George Bush, y cada uno la adapta a sus necesidades: los turcos contra los kurdos, Al Asad contra los opositores, los opositores contra los paramilitares leales al Gobierno, Israel contra Irán... Todos son terroristas para todos, y todos aseguran tener argumentos irrefutables para afirmarlo.

De Estambul vuelo a Beirut. Lo mejor de llegar al Aeropuerto Internacional Rafic Hariri es saber que Mutaz me espera para llevarme directo desde el aeropuerto al Hotel Sultan de Damasco. Nunca he podido con Beirut; no lo sé, es una de esas ciudades con las que no he conectado, pese a que allí fue mi bautismo de fuego en el 2006, cuando Israel y Hizbolá mantuvieron una guerra de treinta y tres días. Sello el pasaporte, compro dos cartones de Marlboro en el *duty free* (cuestan quince euros al cambio: un chollo en esta región) y salgo volando. En la segunda fila, sentado, espera Mutaz. Es un veterano conductor de Al Tal, localidad próxima a Damasco, con el que he viajado en más de veinte ocasiones desde el inicio de la guerra. Con cazadora de cuero marrón y jersey de lana de cuello alto, de estatura media, con el cabello cada vez más canoso y repeinado hacia atrás, delgado y fumador compulsivo, me besa como besan los sirios. Un beso en la mejilla izquierda, otro en la derecha y un tercero en el hombro.

La historia de Mutaz es la de millones de sirios. A estas alturas de la guerra se calcula que cinco millones de ellos han escapado del país en busca de refugio. Nunca esperó que esto fuera a ocurrir en su país, pero lo ha hecho. Después de trabajar durante varios años en el Golfo, había conseguido tener unos buenos ahorros, y a mediados de los ochenta regresó a Siria, donde siguió con la tradición familiar de ser taxista en la línea entre Damasco y Beirut. Al principio conducía uno de esos viejos y enormes coches americanos, pero luego lo cambió por un Hyundai Sonata de color blanco. Lo que no ha cambiado es la bocina, herencia del coche de su padre y que suena como la de un camión. Si para ir a Mosul tuve que recurrir a Abdalá y me

quedé maravillado por su capacidad de superar los puestos de control, lo de Mutaz al volante es un espectáculo aún mayor, y es que resulta que este hombre conoce esta carretera desde que era niño. Es una máquina. Salir de Beirut es complicado por el embotellamiento que se forma a la hora de cruzar los barrios de Hizbolá, el Partido de Dios. Hay un puesto de control, principal causante de estos atascos, y Mutaz, típica persona a la que no le gusta esperar ni para cobrar la lotería, protesta a regañadientes por las medidas de seguridad impuestas por el Partido de Dios.

Su hijo, Wazim, vive en Estocolmo desde hace cuatro años. Escapó durante el tercer año de la guerra. Muchos jóvenes huyen de Siria porque no quieren ir al servicio militar obligatorio, pero Wazim se licenció en febrero del 2011, antes de que estallaran los problemas en el país. Sin embargo, en cuanto tuvo la menor oportunidad se subió a un avión para ir a Estambul y, desde allí, tras pagar dieciséis mil dólares a las mafias, alcanzó Suecia. Su padre estuvo dos meses sin hablarle porque se enfadó mucho a causa de su decisión, pero le envió el dinero cuando le hizo falta y ahora da gracias a Dios por tener a su hijo fuera de Siria. A lo largo de estos años, he ido siguiendo el proceso de adaptación de Wazim a la vida europea, y la última noticia que tengo al respecto es que se ha casado y que espera su primer hijo. Será el primer nieto de Mutaz, quien me explica que su nuera es una joven siria de Latakia, enfermera de profesión, que escapó del país junto con su madre. Forma parte de la minoría suní de esta provincia de mayoría alauí, la secta a la que pertenece el presidente, y, cuando empezaron los problemas internos, su padre y sus hermanos fueron asesinados por paramilitares del Gobierno. «Es una buena chica. Es muy limpia —expresión que siempre emplea para referirse a las mujeres sirias— y viste de modo informal, sin cubrirse la cabeza. Si nace niña, se llamará Katrina, pero si es niño me ha dicho que será Mutaz... Aunque les he pedido por favor que no lo castiguen con un nombre en árabe que solo le traerá problemas. Mejor algo como Paul o John, ¿no te parece?». Yo le digo que lo importante es que nazca bien, y alza las manos al cielo para dar gracias a Alá.

La carretera hasta la frontera es un puerto de montaña de primera categoría, en el que en estos meses de invierno es habitual la nieve. El Sonata

vuela y se cuela entre las caravanas de camiones y furgonetas de transporte colectivo. El tráfico es caótico. Aunque tengamos toda la prisa de mundo, Mutaz siempre para en el mismo café-supermercado de Chtaura, donde se puede cambiar dinero y sospecho que, como ocurre en muchos lugares fronterizos, también comprar cualquier otra cosa que pidas. Los trámites en la frontera libanesa son sencillos, pero en el lado sirio hay que armarse de paciencia. Primero hay que pasar por una ventanilla para formalizar el visado, pedido con más de un mes de antelación y que, si hay suerte, el ministerio enviará a la frontera, de modo que te evites las enormes colas de la embajada siria en Beirut. Después hay que ir a la aduana para registrar el material, donde apuntan el número de referencia de cada cámara, ordenador y aparato electrónico: todo a mano. Cada trámite, por supuesto, conlleva su pequeña mordida, que Mutaz reparte de forma diplomática y siempre a espaldas del extranjero.

Desde la frontera de Al Yedaide, la carretera desciende hasta Damasco. Las medidas de seguridad se han ido relajando, y en cada viaje encuentro menos puestos de control. Esta vez, el más importante es uno de la Cuarta División, la de Maher al Asad, hermano del presidente, pero Mutaz, mostrando el carné de prensa y diciendo con seriedad la palabra «*sahafi*» (periodista), pasa los controles sin problemas, y pronto nos encontramos la capital a nuestros pies. «Mira lo oscura que sigue la zona de Daraya. Hace más de un año del final de los combates y la gente aún no ha regresado. ¿Por qué no dejan volver a los civiles?», me pregunta mientras señala a la inmensidad negra de este barrio, situado a la entrada de Damasco, detrás del aeropuerto militar. «Tú lo sabes muy bien», me dice con gesto muy serio. Mutaz solo sale de su pueblo para ir a Beirut, apenas pisa Damasco y únicamente sigue lo que pasa en el país a través de los medios. Le da miedo salirse de la ruta que conoce, y por eso nunca ha aceptado llevarme a otro sitio que no sea Damasco. En su casa lo esperan su mujer, su hijo mayor (que no sale de Al Tal por temor a que el ejército lo pare en un puesto de control y lo reclute para el servicio militar) y su hija, la pequeña de la casa. Poco antes de llegar al Sultan, llama para que alguien baje a ayudarme con las maletas. En realidad no es necesario, pues apenas llevo una maleta de cabina y una

mochila, pero le gusta que el hotel sepa que sigue en activo.

La recepción del Sultan está en un segundo piso al que hay que subir en ascensor. Hogar, dulce hogar. Husam me recibe con un «*Ahlan wa sahan*» (bienvenido) y la llave de la 103 en su mano. El olor de la moqueta se mezcla con el del cardamomo de los cafés, y la nariz te pica por culpa del humo. Cuando esto era un hotel para extranjeros, no se podía fumar. Ahora, los únicos clientes extranjeros somos tres periodistas nostálgicos del pasado del Sultan que, cada vez que viajamos a Damasco, seguimos fieles a sus paredes.

Entro en el cuarto, saco el ordenador y me siento para comprobar la calidad de internet. Estoy congelado. El Hotel Sultan tiene ahora televisor en las habitaciones, una de la marca Triview que no quiero encender, quizás porque añoro los Syrionics de fabricación nacional; goza de electricidad las veinticuatro horas del día, agua caliente de 7 a 11 de la mañana; me aseguran que la conexión a internet no se cuelga... pero, a pesar de todas estas mejoras, la calefacción sigue sin funcionar, y el frío se cuele por el enorme ventanal de la 103 de una manera tal que me apuñala la espalda. Llamo a Husam con la esperanza de que la arregle, pero pronto caigo en la cuenta de que el aparato es una víctima más de la guerra y se ha cansado de dar calor.

Fady Maruf, el funcionario del Ministerio de Información, no tarda en llamar a mi puerta, y decidimos salir para cambiar dinero y cenar algo. Los cambistas de la plaza Marjeh ya han cerrado, así que hay que recurrir al mercado negro: visitamos a un sastre que, en el segundo piso de su comercio, tiene ladrillos de libras sirias que cambia por divisa extranjera a precios ligeramente mejores que los del cambio oficial. Antes de la guerra, un dólar equivalía a cincuenta libras sirias; hoy, equivale a quinientas. Por primera vez, veo los nuevos billetes de dos mil libras, los de mayor valor que existen, que llevan la cara de Bashar al Asad y son de color morado. En lugar de un sobre, en Siria te dan una bolsa de plástico para poder meter el dinero, especialmente si el cambista solo tiene billetes de quinientas libras. Desde Marjeh caminamos hacia el Abu Kamal, un restaurante que conozco desde mi primer viaje a Siria y al que soy tan fiel como al Sultan. Siempre pido lo mismo. Si voy para comer, el plato del día que toque; si voy de noche, entonces varío en función de la época del año. Si es en invierno, sopa de

lentejas y *shish taouk* (pollo a la parrilla); en verano, *fatush* (ensalada con pan frito) y *shish taouk*. Para beber, *ayran* (yogur líquido); de postre, *surat* (infusión de hierbas). La única variedad posible puede ser algún *kibeh* (una especie de croqueta con carne dentro) y hummus (crema de garbanzo) o *baba ganush* (crema de berenjena). Abu Kamal es un restaurante de la vieja escuela, de paredes de mármol de color crudo, con camareros profesionales y trajeados, donde no se sirve alcohol y donde la comida es muy casera. Por la noche se encienden unas luces de neón de color rosa que se ven desde larga distancia, y cuando voy solo siempre me toca sentarme en la zona acristalada junto a la puerta de acceso. Es un lugar que, en caso de explosión, seguro que saltaría por los aires. A menudo pienso en el riesgo de un coche bomba y me dan ganas de irme al fondo, aunque luego no me puedo resistir a sentarme en esa especie de mirador desde el que se ve el gran centro cultural ruso.

Fady me explica que la jornada de mañana depende de la decisión final del ejército, y que no la sabremos hasta entonces. Para moverse en Siria como periodista, ya no es suficiente con la aprobación del Ministerio de Información, sino que ahora es el ejército quien aprueba o deniega el acceso a determinadas zonas. Mi deseo es ir a Deir ez-Zor, a las zonas liberadas de manos de EI al norte de Aleppo y al este de la provincia de Hama, pero la palabra final la tienen los militares. Parece que Robert Fisk, el mítico corresponsal de *The Independent* en Beirut, autor de obras clave sobre Oriente Medio como *La gran guerra por la civilización* o *Pity the Nation*, está también en Damasco y quiere ir a Deir ez-Zor, con lo que la única esperanza para nosotros sería sumarse a ese viaje. Sin embargo, mis encuentros con Fisk hasta ahora han sido bastante deprimentes, por lo que no vislumbro grandes perspectivas. El primero de ellos fue al comienzo de la guerra en la embajada de Siria, en Beirut. Allí estaba yo, esperando con mi formulario, y no me salían las palabras para dirigirme a este inglés septuagenario de vivos coloretos en las mejillas y cuyos libros he devorado. Cuando superé la vergüenza y tuve listas unas palabras de saludo, fui a estrecharle la mano, pero me respondió que «este no es lugar adecuado para presentaciones». Sin decir nada más, se largó. El segundo encuentro fue años más tarde en el Hotel Dama Rose, en Damasco: lo vi de lejos y crucé todo el

vestíbulo para intentar presentarme, pero de nuevo parece que no era el «lugar adecuado» y se dio la vuelta. Fue la única vez que traicioné el Sultan en busca de la comodidad de este otro hotel, que antes pertenecía a la cadena Le Méridien. Además del plantón de Fisk, cuando subí a mi cuarto, al lado de la oficina que la agencia Associated Press (AP) tiene de forma permanente allí, impactó un cohete lanzado desde el cinturón rural de la ciudad en nuestra planta y me quedé sordo por la explosión. Hice las maletas y regresé a la 103 del Sultan. Quizás a la tercera sea la vencida. Desde el inicio de la guerra, Fisk trabaja en el lado del Gobierno, y siempre tiene acceso privilegiado a los temas más sensibles y a los puntos más «calientes».

Volvemos al hotel caminando. Pasamos frente a uno de los clubes nocturnos más célebres de la capital, que después de años a medio gas vuelve a estar a pleno rendimiento, según refleja el gentío en la puerta principal. Nos citamos para el día siguiente a las nueve de la mañana, hora prudencial para visitar al general responsable de la prensa. Subo en el ascensor al segundo piso y vuelvo a casa. En el salón comedor, donde hay seis mesas con cuatro sillas cada una y un sillón corrido para ver la televisión, Uday Adili toma café, como hace todas las noches desde hace siete años. Este palestino del campo de Yarmuk —uno de los doce campos para refugiados palestinos levantados en Siria para acoger a los palestinos expulsados de su tierra tras la creación del Estado de Israel— vive con su mujer y sus dos hijos en la habitación 101. Digo «vive» porque esta es su casa desde que el Ejército Libre Sirio, primero, el Frente al Nusra, después, y EI, por último, se hicieron con el control de este campo, situado muy cerca del centro de la capital. «Bienvenido, *mister* Miguel, bienvenido a Damasco: ¡cómo te hemos echado de menos!», me dice de forma sincera mientras me da un fuerte abrazo. Este hombretón de tez morena y gafas redondas viste de pana negra durante el invierno, y es el campeón mundial de bebedores de café. Yo, al menos, no he nunca visto nada parecido. Me siento a su mesa y me dice, con tono resignado, que no hay avances en Yarmuk. Que el ejército tiene rodeado el campo, pero que no sabe cuándo lo limpiará para que puedan regresar los civiles. Uday y su familia tienen ocho pisos en un bloque muy céntrico que, asegura, sigue en pie, aunque ha sido saqueado. No tengo muy claro de dónde

ha sacado esta información, pues Yarmuk es un área *no-go* —uno de esos lugares donde la situación de peligro hace imposible la entrada— desde el 2012, pero no le rebato porque no quiero robarle la esperanza de que su casa siga en pie.

Vivir siete años en un hotel no debe de ser nada sencillo. Con el paso de los años, han convertido su habitación en un mini minipiso. Tienen una pequeña nevera, un hornillo de gas, una cama para el matrimonio, otra para la hija y una colchoneta de espuma en el suelo, donde duerme el hijo, al que conocí con diez años y que ahora ya parece un jugador de baloncesto. «Pese a todo, esto es mejor que alquilar un piso. Con el dinero que gano en mis múltiples trabajos, apenas me alcanzaría para un alquiler en las afueras, y luego perdería mucho tiempo en el transporte. Además, mis hijos no podrían ir caminando a la universidad como hacen ahora, y tendría que preocuparme de la luz y el agua. Prefiero vivir en el Sultan: nos tratan muy bien, puedo ir pagando semana a semana y me hacen un muy buen precio», me cuenta una vez más con su perfecto inglés. No es la única familia que ha optado por esta solución: en la tercera planta hay un matrimonio de Daraya que cumple seis años en el hotel. Uday me propone reanudar nuestras clases de árabe, pero estoy agotado y le digo que mejor lo dejamos para otro día, o para otro viaje, porque esta vez no pasaré mucho tiempo en Damasco. Esta gente llegó aquí con lo puesto y con la idea de que se trataría de una solución provisional, y ya llevan siete años en el Sultan. Han visto como muchos de sus familiares y amigos han optado por buscar refugio en Europa; ellos, en cambio, nunca lo intentaron, y ahora piensan que ya es tarde. «Dios quiera que en su próxima visita lo podamos recibir en nuestra casa de Yarmuk. Haremos una gran fiesta en su honor, le doy mi palabra», me dice a modo de despedida. A estas alturas de la guerra, tras las victorias contra EI en Al Raqa o Deir ez-Zor, en Damasco nadie se explica cómo el ejército no logra acabar con los yihadistas en Yarmuk. Tampoco sienta bien, especialmente entre los palestinos, ver a sus facciones armadas combatiendo en Aleppo e Idlib y no en sus campos, pero esta guerra tiene su tempo, y parece que Yarmuk puede esperar.

En la 103, por supuesto, no funciona la calefacción, así que paso la noche metido bajo tres mantas y sin sacar la cabeza de las sábanas, porque cada vez

que saco la nariz se me hiela. Me quedo dándole vueltas a la vida de Uday y su familia. La única vez que obtuve permiso para ir al campo de Yarmuk fue a comienzos del 2015. Recuerdo que había tres soldados que custodiaban el acceso principal, y me tuvieron esperando un largo rato a que llegaran los de los mandos para saber qué hacer con un periodista extranjero. Fumaban mientras veían *Titanic* en el televisor de un cuartucho destartado; un lugar que en el pasado debía de ser el almacén de alguno de los miles de comercios del campo, pero que ahora habían reconvertido en una especie de puesto de control. Llegó el capitán y, poco después, un hombre vestido de civil. Se sentaron a comer algo al aire libre. Al mismo tiempo que el imponente barco chocaba contra el iceberg ante la sorpresa de Leonardo DiCaprio, los mandos dieron por terminada la comida y entraron al cuartucho. Un minuto después, comenzábamos a caminar por el interior del campo. Yo me quedé sin palabras. Penetramos por la zona conocida como «Riggi», famosa en toda Siria por la venta de cerámica. No había un solo edificio habitable. Las marcas de los combates carcomían cada pared: esqueletos y esqueletos de cemento se sucedían en calles convertidas en zonas fantasmagóricas. No era nada fácil avanzar, pues prácticamente en cada calle había barricadas levantadas con escombros, y grandes telas colgaban de puntos estratégicos a modo de protección de los francotiradores enemigos. «La lucha es edificio a edificio, calle por calle; en cuanto ellos penetran en un barrio, no hay otra manera de hacerlos retroceder: primero ataca la aviación y la artillería, y luego nosotros, por tierra», explicaba Abu Kifah Gazi, comandante de las fuerzas palestinas, antes de llegar a un punto en el que se detuvo en seco y me informó que «a menos de cuatrocientos metros ya es zona del Frente al Nusra y el Dáesh, así que no podemos continuar». La frontera entre los dos bandos la marcaba una barricada enorme que cortaba una de las arterias principales del campo, la calle Ali Yarbus. Cuando estallaron las protestas contra el Gobierno a comienzos del 2011, Yarmuk era un aparente oasis de paz en medio de una zona convulsa de Damasco con fuerte presencia opositora. Todo cambió tras los atentados del 18 de julio del 2012 contra la cúpula de seguridad del régimen. Barrios vecinos como Tadamon, Yelda, Qadam, Asale y Al Hayar al Aswad se erigieron rápidamente en una amenaza para las

fuerzas del régimen, y Yarmuk no tardó en contagiarse, sobre todo tras la llegada de grupos armados desde esas zonas vecinas, que vieron en sus calles una opción de llevar la guerra al corazón de la capital.

Lo ocurrido en este campo sirve de ejemplo para la situación en otras zonas bajo control de la oposición armada en Siria. Al comienzo, el ejército, ayudado en este caso por las milicias del Frente Popular para la Liberación de Palestina-Comando General (FPLP-GC), facción palestina aliada del régimen, penetraron a pie; sin embargo, debido al alto número de bajas sufrido, terminaron recurriendo a la artillería y a los bombardeos aéreos, lo que causó una destrucción total. Después se estableció un cerco que no se levantaría hasta el 2014 (y lo haría solo de forma parcial), cuando Naciones Unidas alertó de la grave situación que sufrían los dieciocho mil civiles que quedaban en el interior. El mundo se estremeció al ver las imágenes de miles de personas llenando una de estas calles fantasmagóricas, con los ojos perdidos y tratando de salir del cerco.

Han pasado tres años desde aquella visita a Yarmuk y el campo sigue en manos de EI, pero en Damasco la sensación de seguridad es cada vez mayor. Por la mañana estoy hecho polvo por culpa del frío. Voy a la ducha con la esperanza de que funcione y me permita entrar en calor. Funciona. Me paso un largo rato bajo el chorro, y no puedo olvidar que en viajes anteriores sufrimos importantes cortes de agua. Me animo por esta mejora y por el contacto del agua caliente en mi espalda. Un chorro similar al que uso en mi casa para lavarme las manos, pero que aquí sabe a gloria. Fady llega puntual, como siempre, y me reencuentro con Abu Habib, que tiene su coche Samand iraní impecable. Me saluda con ese francés que aprendió en el instituto, y yo le respondo con mi árabe de eterno estudiante frustrado. En Damasco llueve como no lo hacía en meses, y Abu Habib me dice que yo traigo la buena suerte a esta ciudad. Sigue tan educado y serio como siempre. Le pregunto por sus seis hijos y me dice que apenas lo dejan dormir, pero que no descarta traer alguno más al mundo. En el salpicadero tiene un móvil moderno: nada que ver con el Nokia de primera generación que tenía en mi viaje anterior. Me explica que se trata de su última adquisición y que, nada más llevarlo a casa, sus hijos le rompieron la pantalla, pero lo reparó y ahora funciona de

maravilla. «¿Te enfadaste con ellos? ¿Hubo algún castigo?», le pregunto. «Prefiero perder un móvil y no a mis hijos.» Aunque es un hombre de pocas palabras, las pocas que articula te llegan al corazón. Fady me cuenta que, en estos meses que hemos estado sin vernos, el hermano de Abu Habib, soldado del ejército, ha muerto en los combates contra los grupos radicales, en Idlib. En Siria no hay una sola familia sin muertos, heridos, secuestrados, refugiados o desplazados.

Al cabo de unos minutos cruzamos el puesto de control que da acceso a la oficina de prensa del Ministerio de Defensa. Pasamos frente a los cuarteles de Seguridad Militar y de Seguridad del Estado, objetivos del primer atentado suicida en Damasco, ocurrido el 23 de diciembre del 2011. Dos kamikazes se inmolaron con sus coches en los accesos a estos edificios, y un entonces desconocido Frente al Nusra reivindicó la acción, aunque no faltaron las voces que acusaron al propio régimen de haber organizado este ataque con el objetivo de justificar su represión frente a unos manifestantes a los que tachaba de «terroristas». Dejamos el coche frente a la mole de estilo soviético en la que se decide el futuro de nuestro viaje por las zonas liberadas de manos de EI. Subimos al segundo piso y llamamos a la puerta del general Samir Hasan. Sobre su mesa tiene una bandera de Rusia y otra de Siria, y en los sillones del despacho hay tres militares rusos —en realidad, son periodistas, pero los periodistas rusos empotrados con sus fuerzas visten también de camuflaje— con los que de parte en perfecto ruso. Nos pide que esperemos a que concluya su reunión. Por mucho que Irán apoye a Siria en el plano militar, Rusia tiene mayor aceptación entre los sirios, y esto, según varios periodistas locales con los que he hablado, «pone celosos a algunos iraníes, que no ven su bandera por ninguna parte».

El pasillo es oscuro, frío y muy largo. De las paredes cuelgan cuadros con motivos militares: en uno de ellos, un grupo de militares pisotea los restos de un caza israelí; en otro, los rostros de Hafez y Bashar al Asad iluminan desde lo alto el campo de batalla como si fueran dos soles. Un ayudante del general nos invita a pasar a su despacho. Prepara café en uno de esos hornillos eléctricos portátiles que tienen todos los militares de este país y nos invita a sentarnos en su despacho, en el que, a diferencia de la del Hotel Sultan, el

televisor es un Syrionics. La oficina, como todo el edificio, parece parada en el tiempo, en los años setenta como mínimo. Matamos el rato viendo un programa en el que se suceden accidentes de coche y moto espectaculares, del que nuestro anfitrión no aparta la mirada. El general no viene, así que, pasado un tiempo prudencial, propongo llamar a su puerta. El subalterno no comparte la idea, pero tampoco me detiene. Volvemos al pasillo y, paso a paso, nos acercamos a la puerta de madera. Pego la oreja pero no oigo nada: parece que los rusos ya se han ido. Golpeo dos veces y, tras un breve silencio que se me hace eterno, el general nos da paso.

La mesa de madera maciza es imponente. Papeles y más papeles. El general permanece sentado en su sillón de cuero negro. El uniforme le queda ajustado a la altura de la tripa, lleva un anorak negro y me mira con un gesto muy serio. Le ofrezco mi mano, la estrecha con fuerza y me ordena que me siente a su derecha. «Aquí cooperamos con los periodistas de aquellos países que informan de forma correcta sobre Siria, periodistas de países amigos como Irán o Rusia. Estamos disgustados con la actitud de Europa en esta guerra, con el apoyo externo que reciben los grupos terroristas. ¿Por qué tendríamos que ayudar a un periodista que viene de España, un país que no nos apoya en esta guerra contra el terror que sufrimos desde el 2011?» El militar no se anda con rodeos, y su enfado crece con cada palabra. En estas situaciones, mi política es poner cara de extranjero despistado y esperar a que termine el chaparrón. Cuando parece que ya me ha echado en cara toda su munición, le pregunto sobre la marcha de la guerra contra el califato y la situación en Deir ez-Zor. «No hemos terminado: el Dáesh tiene aún presencia en el campo de Yarmuk, en otra zona en el sur del país y en Idlib, pero es cuestión de tiempo», responde mientras lee unas cartas que le acaban de entregar y que resultan ser mis permisos para los próximos días. «Puedes viajar al campo norte de Aleppo y al campo este de Hama para visitar los lugares que allí han sido liberados...», me informa sin quitar la vista de unos papeles repletos de firmas y sellos. «¿Deir ez-Zor?», pregunto con la esperanza de que esa carta sea la última. «No hay autorización. El problema es que, para llegar allí, hay un tramo de 300 kilómetros de carretera en mitad del desierto que no son seguros. En cualquier momento, un comando aislado

del Dáesh puede atacar vuestro vehículo, y yo no tengo hombres suficientes como para ponerte una patrulla. Así que Deir ez-Zor tendrá que esperar», concluye antes de estampar la última firma en los papeles y ordenar a su ayudante que saque copias y nos las entregue. Me da la mano, con más fuerza que en el saludo, y se despide con un silencio que lo dice todo. Siempre que se viaja en esta nueva Siria, hay que llevar un buen número de copias de estos permisos para enseñarlas en cada puesto de control.

Cambio de planes. No hay viaje a Deir ez-Zor, la última gran ciudad que conservaron los yihadistas en el califato. El ejército sirio y sus fuerzas aliadas anunciaron el pasado 3 de noviembre su liberación, justo el mismo día que al otro lado de la frontera el ejército iraquí lograba expulsar a los últimos seguidores del califa de Al Qaim, una localidad situada en plena línea divisoria entre los dos países. Fue la jornada del colapso definitivo de EI. El comando general sirio aseguró que «constituye la etapa final» de la total erradicación de EI del país, y reveló que «carecen ya de capacidad para llevar a cabo ofensivas». Desde la caída de Mosul a comienzos de julio, EI fue derrumbándose día a día, y sus combatientes ya no luchaban hasta la muerte como hacían antes. Deir ez-Zor, ciudad del noreste del país que antes de la guerra tenía más doscientos mil habitantes y era el centro del sector petrolero, se convirtió en la primera gran victoria militar para el presidente Bashar al Asad en esa lucha contra EI. Esta victoria supuso un refuerzo moral para el Gobierno, ya que una parte de la ciudad permaneció fiel a Damasco, y EI la tuvo cercada desde el 2014 hasta septiembre de 2017, cuando se logró romper uno de los cercos más largos de la guerra de Siria: 93.000 civiles, según cifras de Naciones Unidas, subsistieron en condiciones extremadamente difíciles gracias a la ayuda que les lanzaban desde aviones.

Deir ez-Zor fue también el primer tanto contra EI que se anotó el presidente ruso, Vladímir Putin, apenas una semana después de que las Fuerzas Democráticas Sirias, alianza de milicias kurdas y árabes respaldada por Estados Unidos, lograran la liberación de Al Raqa, ciudad que había sido capital del lado sirio del califato. Simplificando mucho el tema: Al Raqa fue para Trump, y Deir ez-Zor, para Putin. La decisión del presidente ruso de entrar en la guerra siria en el 2015 marcó un punto de inflexión y, desde

entonces, Al Asad no ha parado de recuperar terreno hasta convertirse en el ganador estratégico del conflicto, si es que se puede hablar de vencedores después de una guerra que ha dejado la mitad del país arrasada.

No podemos ir hasta la lejana Deir ez-Zor, casi en la frontera con Irak, pero el destino quiere que Jumah Nazahan, pintor de esta ciudad oriental, se cruce en mi vida. Quedamos a las tres y media, pero, cuando llamamos a la puerta de la galería Alef Nun de Damasco —propiedad del también pintor Badie Yayah, uno de los artistas sirios más conocidos del momento—, Nazahan aún no ha llegado. Nos sentamos en un despacho de lujo decorado con cuadros del que va a ser mi entrevistado, en los que se retrata a unos derviches que giran y giran. Jumah avisa que está en un atasco y llegará diez minutos tarde. «Espero que sean diez minutos europeos y no sirios», pienso. Al final no son diez, sino treinta, los que tarda en entrar por la puerta con su gabán tres cuartos azul marino y una sonrisa que ilumina el lugar. Sus ojos oscuros, escondidos en la redondez de su rostro moreno, también transmiten felicidad. Jumah es el pintor de los mil colores, el artista que recoge en sus lienzos calles y calles de ciudades sirias con sus iglesias, mezquitas y, sobre todo, casitas y más casitas de los cascos antiguos. «Me fijo mucho siempre en las puertas y ventanas. Me gusta imaginar que dentro de cada casa hay historias y protagonistas diferentes», explica el artista cuando le pregunto por su estilo tan característico, aunque inmediatamente después cambia de tema. Antes de hablar de arte, Jumah quiere hablar del califato. Los primeros miembros de EI cruzaron la frontera en el 2012. Al comienzo compartieron la lucha contra el ejército con los grupos armados sirios, pero poco a poco fueron haciéndose con el control de Abu Kamal, Mayadin y Deir ez-Zor, e incluso llegaron hasta Al Raqa. Cuando los combates estallaron en las calles de su ciudad, Jumah decidió buscar refugio junto con su mujer y sus tres hijos en su pueblo, situado en el cinturón rural y donde tenía instalado su estudio. La solución le sirvió durante pocos meses, ya que el ejército no tardó en retirarse y los yihadistas también ocuparon su aldea. A partir de ese momento, su vida y su pincel sufrieron una profunda transformación. Empezó a pintar solo de noche para evitar que EI le pusiera problemas, y sus calles de colores se transformaron en un universo de blancos, negros y grises

que no lo abandonaron hasta que escapó del califato.

Una de las empleadas de la galería, con velo blanco y unos pantalones ajustadísimos —que no concuerdan para nada con el código de vestimenta islámicamente correcto, pero que están muy de moda entre un amplio sector de jóvenes musulmanas en esta parte del mundo—, interrumpe la entrevista para ofrecernos té o café. Jumah no pierde el hilo. Su cabeza no olvida. Habla como si hablara solo. Recuerda en voz alta que el primer año con el Dáesh fue llevadero, porque entonces estaban ocupados en asegurar la zona y no se metían en la vida privada de la gente; sin embargo, cuando se hicieron con el control absoluto, empezó la pesadilla y ya apenas salían de casa para evitar los puestos de control, hasta que una mañana convocaron a los profesores y gente vinculada con la cultura del pueblo. «La reunión la presidía un tunecino, y nos comunicaron que teníamos que asistir a un curso de arrepentimiento si queríamos seguir con nuestros trabajos. Según ellos, habíamos sido unos infieles, y nos querían ayudar a volver al islam», relata Jumah. Esa «ayuda» se la ofrecían en el interior de una mezquita rodeada de hombres armados.

Así pues, el artista dejó de pintar durante el día. Permanecía despierto toda la noche, se encerraba en el estudio y pintaba y pintaba, pero siempre con el temor a que llamaran a la puerta, pues EI había logrado formar una gran red de colaboradores y pagaba muy buenas recompensas a los delatores. Más tarde, el pintor aun dio un paso más: decidió retirar todos los cuadros de las paredes de su casa, las esculturas y hasta las muñecas de sus hijas. Lo metió todo en cajas y las enterró en el huerto de su casa. Parte de la obra que iba creando la enviaba a Damasco de forma clandestina, escondiendo los lienzos enrollados entre el equipaje de las furgonetas de transporte público que cubrían la línea entre Deir ez-Zor y la capital. Los yihadistas registraban más a fondo los vehículos que entraban al califato que los que salían, y un conductor amigo de Jumah aceptaba contrabandear con su trabajo a cambio de quince mil libras sirias (veinticinco euros). Otros contactos en Damasco llevaban sus piezas hasta Líbano, que fue la única salida que encontró a su arte y su única fuente de dinero a partir de entonces. Se tuvo que dejar la larga barba de rigor, y colgó en el armario los vaqueros y las camisas para

pasar a vestir un *salwar kameez*. «Una mañana, mi hijo menor enfermó, así que fuimos al centro de salud. Mi mujer estaba cubierta por el hiyab obligatorio, pero llevaba al pequeño en brazos y este, con una mano, le movió el velo y dejó descubierta la parte izquierda de su cara. Ella no se dio cuenta porque estaba pendiente de su hijo, pero un vigilante acudió de forma inmediata y le escupió en la cara por su atrevimiento», narra con impotencia y con tal rabia que parece que estuviera reviviendo el momento. A comienzos del 2016, cuando el vaso de su paciencia estaba a punto de rebosar, Yayah lo llamó para ofrecerle ayuda y traerlo a Damasco, y Jumah no se lo pensó dos veces. «Los terroristas no me dejaban salir, pero un amigo me hizo un certificado médico para explicar que necesitaba recibir un tratamiento en la capital, así que, después de tres meses de trámites y de espera, accedieron y salí de allí», cuenta el pintor. Su mujer y sus tres hijos se quedaron dentro, pero salieron más tarde en un camión de ganado en el que traficantes de personas llevaban a Irak a los sirios que querían huir del califato. Después se reencontraron en Damasco, donde viven gracias a la ayuda de Yayah, que se ha convertido en una especie de mecenas de este pintor huído del califato.

Su vida ha cambiado de forma radical, y su pintura, también. Ha recuperado los colores, la luz se enciende de nuevo en las calles de sus ciudades, y hasta pinta desnudos... «Ha sido como salir de una prisión. De momento, aunque el Gobierno dice que la guerra contra el califato ha terminado, no tengo intención de regresar a Deir ez-Zor. Cuando lo haga, será únicamente para ver cómo ha quedado después de los combates, pues me temo que ya no quedará vida: solo oscuridad», lamenta Jumah, que poco a poco vuelve a centrarse en el arte y nos pide que lo acompañemos a la sala contigua, donde tiene algunas de sus obras. Nada más entrar, me enamoro de un pequeño cuadro, de tamaño DIN-A4. Oscuro, gris, turbio y perturbador. La dureza del trazado y los puntos negros son puro odio. Jumah se da cuenta del flechazo, lo descuelga y me lo regala, pero la joven del pañuelo que nos ha servido los cafés rompe la magia de un momento tan espontáneo acudiendo con rapidez para informar que es propiedad de la galería y que tiene un precio. No quiero entrar en regateos: ese ejercicio de dolor, datado en el 2012, cuando la noche se apoderó de los días de Jumah, no tiene precio.

El artista se disculpa con la mirada. Pago la cantidad que me piden y nos fundimos en un abrazo. Él, ya mucho más relajado tras haberle contado parte de su vida a un extranjero que, en su cabeza, es como una de las pequeñas ventanas de las calles que pinta, solo que esta da al exterior. Yo, emocionado por poder llevarme un pedazo vivo del califato, la única herencia que he encontrado hasta ahora con algo de valor: una metáfora enmarcada de lo que no puede volver a ocurrir.

# 11

## ALEPO

# DESPUÉS DE LA GUERRA

*Enero de 2018*

Poco más de un año después del final de los combates, el invierno en Alepo huele a papel de periódico mojado. Hace mucho frío. Durante el día, el rugido de la maquinaria pesada que quita escombros en los barrios orientales, arrasados por la artillería y la aviación durante los más de cinco años de guerra, compite con el martilleo de los restauradores que trabajan en la Ciudad Vieja. Piedra a piedra, tratan de devolver el esplendor al corazón de la que era el centro comercial del país, que el ejército y grupos armados de la oposición convirtieron en línea del frente. Alepo se ha vuelto fea y ruda, como los esqueletos de los edificios carcomidos por la guerra. Mires a donde mires, algo te recuerda a un conflicto demasiado reciente como para poder pasar página. Es una ciudad con cientos de miles de almas ausentes, en la que ni el café con cardamomo quita el sabor agrio de un presente durísimo para unos alepinos que siguen frotándose los ojos, esperando que lo que ven solo sea un mal sueño. Pero no: es la realidad.

Una durísima realidad. A veces, te falta el aliento al cruzar algunos

barrios de esta ciudad.

Este viaje por las cenizas del califato tiene una parte canalla. Recorro las zonas de Irak y Siria en las que ha estado EI, aunque en estos países ha habido y hay otros muchos frentes abiertos. Son como parques temáticos de la guerra y el dolor. Aunque vuelvo a Alepo para visitar las zonas liberadas del califato en la parte noreste de la ciudad, a cualquier ser humano se le encogería el corazón al cruzar Homs o al entrar a Alepo por la zona de Ramusa, y en mi caso no es distinto. A pesar de que ambas son ciudades mártires, ni en una ni en la otra llegó a dominar la bandera negra de EI. Estos fueron los primeros lugares en los que el Ejército de Siria, con la ayuda de sus fuerzas aliadas, demostró que no había líneas rojas en esta guerra empleando toda la artillería y aviación imaginables contra zonas civiles bajo control de grupos opositores. El uso máximo de la fuerza, como más tarde hicieron los estadounidenses en Mosul o Al Raqa, ha dejado barrios enteros reducidos a meros cascotes, auténticas zonas cero a las que no hay forma de que vuelvan los civiles. Tampoco parece que los Gobiernos de Damasco y Bagdad tengan excesivo interés en que esa parte de la población, que durante años les dio la espalda, regrese.

Miro desde la ventana del piso diecisiete del Hotel Shahba, lugar al que tenemos que venir los periodistas extranjerosw pues dispone de una «oficina de la seguridad». Es el mismo en el que están las oficinas de las agencias de Naciones Unidas, y me vienen a la cabeza mis dos últimos viajes a esta ciudad. Las circunstancias eran muy diferentes. En diciembre del 2016, el horizonte de Alepo humeaba y las habitaciones del hotel temblaban cuando los cazas sobrevolaban a baja altura para atacar objetivos enemigos. Tuve la suerte de estar trabajando el día en el que los grupos armados llegaron a un acuerdo con el ejército y aceptaron abandonar los barrios orientales después de cinco años de lucha; el día en el que las armas callaron y comenzó una nueva vida en Alepo. Y eso es lo mejor de cubrir conflictos: el momento en el que puedes cubrir la llegada de la paz en algún lugar. Volví tres meses después para ver cómo iba la posguerra y hacer los primeros reportajes sobre el desescombros y la reconstrucción; y ahora, transcurridos diez meses, estoy aquí de nuevo para cerrar mi viaje por las cenizas del califato. Un califato que

intentó por todos los medios tener su pedacito de Aleppo, pero que no lo consiguió y tuvo que retirarse de la ciudad tras ser derrotado por otros grupos armados sirios con los que había colaborado al principio (los mismos con los que terminó a tiro limpio por negarse a jurar fidelidad al califa).

Como en los viajes anteriores, la autopista desde Damasco sigue cortada en Homs porque no se puede atravesar la provincia de Idlib, en manos del brazo sirio de Al Qaeda. Así, hay que dar un gran rodeo para conseguir llegar a la segunda ciudad del país. El Aeropuerto Internacional de Aleppo está cerrado para los vuelos comerciales por motivos de seguridad, por lo que se necesitan al menos ocho horas para cubrir el trayecto desde la capital. Con el paso de los meses, los puestos de control se han ido relajando, algunos incluso se han levantado, y se ve más vida en la carretera, más tráfico, más gasolineras y estaciones de servicio abiertas. Nuestro coche iraní ha volado por el asfalto, aunque Abu Habib, muy cauto, paraba de vez en cuando para revisar el capó delantero: la última vez se abrió por sorpresa y casi nos matamos. El lugar en el que me gusta parar a desayunar en Al Nabek estaba cerrado (hemos llegado antes de las ocho de la mañana), así que hemos seguido hasta cruzar Homs y nos hemos detenido en una especie de tienda, cafetería y restaurante en la que un hombre de mediana edad, vestido con pantalones de camuflaje, nos ha preparado un desayuno a base de mortadela, queso, huevos, hummus, tomate y té. En este tipo de coberturas es mejor comer cuando tienes la oportunidad de hacerlo, y abundante porque no sabes cuándo volverás a poder comer. Mientras desayunábamos, el dueño del local nos observaba con un ojo desde la parte exterior, tomando mate. Con el otro, estaba atento a la carretera por si paraba algún nuevo cliente.

No me gusta el Hotel Shahba. Es uno de esos edificios modernos que son propiedad del Gobierno, grande, impersonal y repleto de ojos y oídos que no se separan del extranjero, como el Dama Rose o el Sheraton de Damasco, ambos convertidos, después de tantos años de guerra, en moradas para altos funcionarios del régimen y sus familias. Estos días, en el Shahba se respira un ambiente mucho más relajado que en diciembre y marzo, y es que apenas hay huéspedes alojándose aquí. Tras pelear con la recepción, conseguimos habitaciones en el piso diecisiete, en el que funciona la conexión a internet, y

con vistas a los barrios orientales. Se trata de un lugar en el que espero no volver a poner un pie tan pronto como el resto de los hoteles de la ciudad reabran sus puertas. Sueño con poder alojarme en el Baron o, al menos, con tomarme algo en su legendario bar. O con venir de viaje a Siria con mis hijos y contarles las mil historias de las que ha sido testigo este hotel de Aleppo, que nunca ha cerrado sus puertas desde su inauguración, en 1911. Eso obedece a una de las normas de la familia Mazlumian, y es Rubina Tashjian, la viuda de Armen Mazlumian, la encargada de que se siga cumpliendo. En mis viajes anteriores visité a Rubina para recorrer de su mano los pasillos de este palacete del barrio de Aziziye, ahora víctima del polvo y el caos creados por la guerra. El hotel está en pie; desde fuera, las paredes de piedra no han perdido su majestuosidad, y, por dentro, pese al desgaste sufrido y al impacto de varios artefactos en su planta superior, tiene tanto que contar que la historia borra las heridas del presente. El conflicto armado estalló en el interior de Aleppo en el verano del 2012, y el Baron quedó en la zona bajo control del Gobierno, aunque a pocos metros de la línea del frente. La fachada principal miraba a la Siria del presidente Al Asad, la posterior a la de barrios orientales como Bustan al Qaser, controlado por diferentes grupos armados que aspiraban a derrocar al régimen. Una vez más, el hotel fue testigo directo de la historia del país. Ya lo fue en 1918, cuando el rey Faisal I de Irak proclamó la fallida independencia de Siria desde uno de sus balcones, o cuarenta años después, cuando Gamal Abdel Naser proclamó la también fallida unión de Siria con Egipto desde el mismo balcón. Todos los presidentes del país, excepto Nuredin al Atasi, han dormido aquí al menos una noche, y Hafez al Asad, padre de Bashar y creador de la Siria moderna, incluso estableció en este lugar su cuartel general. Antes de llegar al poder, el joven Hafez ya se alojó en el Baron, y en una ocasión se dejó retratar por un fotógrafo armenio. El retrato producto de ese día, único y muy diferente al de los miles de fotos del *rais* (presidente) que se ven a lo largo de la parte de Siria que controla el Gobierno, preside el comedor principal. Esta foto es una pieza de museo, al igual que la factura a nombre de Lawrence de Arabia —«que, aunque las malas lenguas dicen que se fue sin pagar, finalmente sí pagó», asegura Rubina—; el cristal que reza en francés que el Baron es «el

único hotel de primera clase de Alepo», o el mapa arqueológico de Siria hecho a mano, ubicado en la entrada principal. En lugar de turistas, ahora el Baron solo acoge a desplazados.

La vista desde la planta diecisiete del Shahba es imponente, pero no tiene nada que ver con poder dormir en la habitación 202 del Baron, en la que se hospedó Lawrence de Arabia; la 215, la suite del rey Faisal, o la 203, también muy popular entre los viajeros, pues aquí se quedaba Agatha Christie cuando viajaba al país para acompañar a su segundo marido, que era arqueólogo. Fue entre esas paredes donde la británica empezó a escribir *Asesinato en el Orient Express*. David Rockefeller, Charles de Gaulle o el aviador Charles Lindbergh aparecen también en la lista de personalidades que se alojaron en el hotel de mis sueños.

Fady llama a la puerta. Ha llegado Lama, así que tenemos que bajar al vestíbulo para hablar de nuestro plan de trabajo. Además de los permisos del Ministerio de Información y del ejército, Alepo es una especie de «república independiente», por lo que hacen falta autorizaciones especiales para trabajar en la ciudad y provincia, y Lama es la funcionaria que se encarga de esos trámites. Cubierta con su inseparable hiyab de color blanco, la enérgica Lama nos saluda con tres besos y va directa al grano, como siempre. Funcionaria del ministerio y periodista, ahora trabaja para varios canales y radios en árabe que han puesto en marcha los iraníes. En los medios sirios lo tiene más complicado, pues en las televisiones oficiales no está bien visto el uso del velo. Su voz rota —podría ser la de una fumadora de un paquete de Ducados diario, pero no fuma— y su tono enérgico se han ganado el respeto de sus colegas y de las fuerzas de seguridad, incapaces de decir «no» a esta mujer que no supera el metro y medio de estatura, pero cuya presencia abre todas las puertas en Alepo. Todos los periodistas extranjeros pasamos por sus manos, incluido Robert Fisk, quien parece que, en lugar de a Deir ez-Zor, ha llegado también a Alepo. Resulta que quiere ir a Afrín a cubrir la ofensiva de Turquía, y, según dice Lama con cara de pocos amigos, como es habitual en ella, tendrá que esperar porque no tiene todos los papeles necesarios en regla.

Los nuestros están en orden, así que mañana podremos visitar Deir Hafer y Maskana, los grandes bastiones de EI al norte de Alepo y, en la actualidad,

la frontera entre la zona bajo control del Gobierno y las zonas que controlan las milicias kurdo-árabes a las que respalda Estados Unidos y los grupos sirios apoyados por Turquía. No ha llegado la aprobación para poder entrar en la provincia de Al Raqa, donde el ejército mantiene el control de una serie de aldeas. En este lado de Siria, te mueves en función de las cartas de autorización que tienes, y cada documento precisa el visto bueno de la seguridad.

El permiso para Aleppo nos abre las puertas de la Ciudad Vieja y de los barrios orientales, y también podemos visitar los barrios kurdos para ver qué opina la gente de la invasión de Afrín. Aunque estamos a menos de 60 kilómetros de este cantón kurdo, no tenemos la dichosa autorización para poder llegar a él, así que hay que conformarse con hablar con los kurdos que residen en Aleppo. Primero pasamos por el barrio de Ashrafie, y después, cuando el sol está a punto de esconderse, llegamos a la rotonda de entrada a Sheij Maqsoud, otro de los ejemplos de lo kafkiana que puede llegar a resultar la guerra en Siria. Este barrio, situado en el centro de Aleppo, ha permanecido desde el inicio de las hostilidades en medio de los dos fuegos. Los kurdos no han combatido contra Al Asad, pero sí lo han hecho contra los grupos radicales islamistas, y su labor ha sido clave en la liberación de Al Raqa, capital siria del califato. Las banderas amarillas de las Unidades de Protección Popular delimitan el territorio kurdo, y solo a unos metros se encuentra la tricolor de Siria. Se respira un ambiente de absoluta calma entre milicianos y soldados. Lama está excitada y saca fotos y más fotos de esta posición, a la que se acercan dos milicianos kurdos, tapados con kufiyas al estilo palestino y equipados con sendas Kaláshnikov al hombro. Mi autorización termina en esta rotonda, así que hay que apurar lo que se pueda. Los dos jóvenes kurdos nos ofrecen cigarrillos. «No entendemos de política, no sabemos si el Ejército de Siria vendrá o no a ayudarnos. Solo podemos decir que somos hermanos. El ejército y las YPG [Unidades de Protección Popular, por sus siglas en kurdo] somos hermanos» es el mensaje que quieren enviar al mundo a través de mí, un periodista que se ha acercado al límite de su bastión en Aleppo. No hay tiempo para más: ya es de noche y hay que volver al hotel.

En septiembre del 2014, EI lanzó una fuerte ofensiva en el cantón kurdo

de Kobane (uno de los tres que forman el Kurdistán Occidental o Royava, en lengua kurda, junto con Yazira y Afrín) y, tras hacerse rápidamente con el control de al menos dieciséis aldeas, cercó la capital del cantón, llamada también Kobane (conocida como Ain al Arab en árabe). En pocos días, los seguidores del califa izaron su bandera negra en el centro urbano. Antes de la guerra, Kobane tenía unos 350.000 habitantes, pero duplicó su población tras el establecimiento del califato en las vecinas provincias de Al Raqa y Deir ez-Zor debido a la llegada de desplazados. El pueblo kurdo está formado por unos treinta millones de personas, repartidas entre Turquía, Irak, Irán y Siria. De ellas, unos dos millones viven en suelo sirio, donde, desde el comienzo del levantamiento contra Al Asad, han intentado mantener una posición neutral o de pacto de no agresión con un régimen con el que conviven pero del que ya no tienen dependencia alguna. Los kurdos eran ciudadanos de segunda categoría para los distintos Gobiernos baazistas, que nunca les reconocieron sus derechos, pero desde el 2011 han logrado la independencia de Damasco sin tener que pegar un solo tiro contra el ejército. Han establecido sus propios órganos de gobierno y desplegado sus milicias para llevar a cabo lo que bautizaron como la «tercera vía» (ni con el régimen, ni con la oposición).

Los combates en Kobane duraron cuatro meses, y la victoria kurda, en enero del 2015, supuso al mismo tiempo la primera gran derrota militar de EI y la primera muestra de la cooperación estrecha entre Estados Unidos y los kurdos. Los yihadistas fueron expulsados del centro urbano, por lo que se terminaron replegando a aldeas próximas a esta ciudad fronteriza con Turquía, convertida en símbolo de la resistencia kurda y donde la alianza liderada por Estados Unidos lanzó cientos de ataques contra posiciones de EI.

Yo no pude estar en Kobane, como tampoco podré ir a Al Raqa, el segundo gran triunfo militar de kurdos y estadounidenses en la batalla contra EI, pues se trata de zonas fuera del control del Gobierno de Damasco y yo viajo al país de forma legal. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca marcó un cambio de estrategia y, pese a las críticas de Turquía, Estados Unidos envió más armas, blindados y asesores a los kurdos de Siria. En noviembre del 2016, tres semanas después de la operación para liberar

Mosul, se puso en marcha la ofensiva para expulsar a EI de Al Raqa. Con los frentes abiertos de Mosul y Al Raqa, el Pentágono buscaba obligar al enemigo a dividir esfuerzos para defender los dos ejes sobre los que había girado su califato. Y acertó: el califato no tardó en colapsar.

A diferencia de lo que había ocurrido en Mosul, en Al Raqa los yihadistas no pelearon hasta la muerte y, finalmente, terminaron negociando su rendición. En octubre del 2017, 275 combatientes del grupo, incluidos sus familiares, salieron en autobuses desde el centro urbano. La mediación de las tribus locales permitió la rendición de estos yihadistas sirios —no extranjeros—, que abandonaron la ciudad con destino a una zona no especificada que permanecería bajo control de EI. Si Mosul fue el gran símbolo del califato por su valor histórico en el mundo árabe, Al Raqa se convirtió en la capital del terror, cuyo epicentro era la plaza Al Naim, la gran rotonda en el corazón de esa ciudad que, durante la etapa del califato, pasó de ser la «plaza del paraíso», según su traducción del árabe, a convertirse en la «plaza del infierno», tal y como la rebautizaron los vecinos.

Así, el califato pasaba de ser el sueño de miles de yihadistas que acudieron a la llamada a la guerra santa que su líder, el autoproclamado califa Abu Bakr al Bagdadi, realizó en junio del 2014, a convertirse en su tumba. Se calcula que, en su momento de mayor esplendor, la columna extranjera del grupo estuvo formada por entre treinta mil y cuarenta mil combatientes llegados de un centenar de países, entre ellos, unos cinco mil europeos (con Alemania, Francia y Reino Unido como principales lugares de origen), según los datos recogidos por el centro de investigación estadounidense The Soufan Group. Al Raqa cayó después de largos meses de ofensiva y de una negociación final en la que EI accedió a rendirse, pero los milicianos extranjeros quedaron fuera de ese pacto. Unos trescientos hombres se atrincheraron en el estadio de la ciudad, en el que resistieron cuarenta y ocho horas tras la evacuación en autobuses de sus compañeros sirios. Los mandos kurdos disponían de una lista con nombres y fotografías de combatientes extranjeros, a los que tenían la orden de «eliminar» porque, en caso de detenerlos, «sus países de origen no los querrían de vuelta», según aseguraron fuentes kurdas a la agencia Associated Press. La existencia de estas listas no

era nueva, y durante el 2016 se descubrió que fuerzas francesas y británicas también las usaban, como parte de una estrategia encaminada a evitar el retorno de los ciudadanos de sus países que formaban parte de EI.

Tras proclamar el final del califato, los servicios de inteligencia de Estados Unidos cifraron en sesenta mil los yihadistas muertos desde junio del 2014 (entre ellos, la mayor parte de altos cargos), pero es una incógnita el número de seguidores del califa que han podido regresar a sus países de origen. El centro de estudios estratégicos The Soufan Group calculaba entonces que «al menos 5.600 de ellos habían lograron retornar, y que «treinta y tres países ya han detectado la llegada de excombatientes». El éxodo del califato comenzó a finales del 2015, cuando el grupo comenzó a perder terreno debido a las campañas militares en Irak y Siria. De los retornados, unos mil quinientos lo habrían hecho a Europa, entre ellos un gran número de mujeres y niños, según datos ofrecidos por la inteligencia estadounidense.

En las calles de Aleppo apenas hay tráfico. El zumbido de los generadores se cuela por la ventanilla del coche cada vez que Abu Habib la baja para fumar. El hotel es un oasis dentro del caos generalizado. La calefacción funciona de maravilla, la habitación está limpia y la conexión a internet es aceptable. Aleppo es una ciudad en la que no te puedes quejar cuando gozas de una situación así, ya que solo hace falta mirar por la ventana para imaginar la dureza de las noches en esa inmensidad oscura que forman los barrios orientales. Hoy no se oyen disparos ni explosiones, pero parece que la habitación de enfrente está ocupada por una prostituta que no para de recibir clientes. Les da la bienvenida y los despide a gritos desde la misma puerta. En medio del silencio absoluto del pasillo, los jadeos y risas de la 1717 hacen complicado pegar ojo, pero estoy tan cansado que hundo la cabeza en la almohada y caigo redondo. Mientras duermo, algunos disfrutan de una noche de lujuria absoluta a las puertas de lo que fue el califato. Mejor esto que dormirte entre bombas.

12

DEIR HAFER

## LA PLAZA DE LAS DECAPITACIONES

*Enero de 2018*

Me siento como «un corresponsal de guerras muertas», tal y como se presenta Plàcid Garcia-Planas en su libro *La revancha del reportero*, en el que recorre los escenarios de las guerras cubiertas por el diario *La Vanguardia* desde 1893, y que me acompaña en esta parte final del recorrido por las cenizas del califato. «La última palabra de toda crónica de guerra no la tiene el último disparo: la tiene el tiempo», asegura el periodista catalán, una máxima que se puede aplicar a todos los conflictos. Yo no he dejado que pase el tiempo. Ese último disparo está tan fresco aún que la herida sangra en los corazones de los sirios e iraquíes que, poco a poco, vuelven a las zonas liberadas de manos de EI. Tan fresco que muchos temen que no sea el último.

Me encuentro durante el desayuno con mis compañeros de viaje, Fady y Abu Habib, y solo hay un tema de conversación: la juerga infinita de la 1717. Tengo la garganta mal, yo creo que por culpa del frío y los cigarros que fumó sin parar nuestro conductor en el largo viaje desde Damasco. Ellos bromean y

me preguntan si he estado de cachondeo con mi vecina. Pido miel, y la respuesta del camarero es definitiva: «Hace tiempo que en Aleppo se acabó lo dulce». Tiene razón. Me muerdo la lengua y bebo a sorbos el té hirviendo que nos han puesto en la mesa. El desayuno se completa con queso, tomate, mortadela, *ful* (habas cocidas) y huevos cocidos. Yo me he traído cereales, leche semidesnatada, plátanos y naranjas, una costumbre que no pierdo desde que un bicho se apoderó de mi estómago en El Cairo en el verano del 2013. Fue el regalo que me llevé de aquel Ramadán que pasé en Rabaa al Adaiya con los seguidores del presidente Mohamed Morsi, antes de la entrada a tiros de las fuerzas de seguridad egipcias.

Lama espera en el vestíbulo con cara de pocos amigos. Terminamos rápido el desayuno, salimos del enorme comedor con vistas a la piscina y a las pistas de tenis del hotel, y ponemos rumbo al noreste de Aleppo.

El desescombros de las calles permite circular por toda la ciudad: las rutas principales están abiertas. Nuestro destino es Deir Hafer, una población situada a 50 kilómetros de donde estamos, en la carretera que une Aleppo con Al Raqa. Pronto pasamos de la parte viva de la ciudad, la que permaneció bajo control del Gobierno durante la guerra, a la muerta, las áreas castigadas por la aviación y la artillería rusas y sirias. Ya no hay barricadas que hagan de frontera, pero los límites están bien claros. Los edificios en ruinas son como anuncios de propaganda del Gobierno que alertan a los sirios de lo que les ocurrirá si vuelven a levantarse en armas.

Pasamos frente al Hospital Nacional de Ojos, un lugar mítico para el yihadismo en Siria, ya que fue aquí donde el Frente al Nusra instaló, a comienzos del 2013, su Hayaa al Sharia, el centro de autoridad de la ley islámica. En ese momento se anunció definitivamente el giro que tomaba la oposición hacia el radicalismo, algo que los periodistas que trabajaron desde el primer día en el lado opositor vieron llegar de forma progresiva, hasta que finalmente les estalló en las manos en forma de secuestros y asesinatos. Allí empezó el apagón informativo en las zonas fuera del control del Gobierno. Más adelante, este hospital fue también escenario de disputas internas entre grupos armados: aunque EI llegó a ocuparlo, finalmente los seguidores del califa tuvieron que abandonar esta posición y todo el casco urbano de Aleppo

para replegarse hasta Kuweires, a unos 30 kilómetros de la ciudad, donde establecieron la frontera del califato. Una pintada del Frente al Nusra en un puente cercano encarna la huella de un pasado no tan lejano en esta zona del hospital arrasada por los combates, tan arrasada como toda esta parte de la ciudad. Escombros sobre escombros.

Una de las cosas que más llama la atención en Aleppo es la ausencia de puestos de control, y es que no tiene nada que ver con Damasco. Hay que salir al anillo exterior de la ciudad para encontrar los primeros uniformados ante los que hay que detener el vehículo y mostrar las cartas de autorización, aunque con la palabra de Lama, sentada en el asiento del copiloto, es suficiente para avanzar. Todo el mundo la conoce: labró su fama en los cinco años de guerra en los que, en lugar de irse, como hicieron otros compañeros, se quedó trabajando e informando cada día de la situación en la parte de la ciudad controlada por el Gobierno, que estuvo cercada por el enemigo durante buena parte del conflicto. Salimos poco a poco de Aleppo, sin encontrar apenas tráfico; solo nos cruzamos con gente en bicicleta, caminando en mitad de zonas fantasma o tirando de carretas cargadas de hierros y maderas. Los eslóganes de los grupos islamistas están tachados por las marcas de «los hombres del Tigre». Esta es la ruta liberada por el general Suhail al Hasan, apodado *el Tigre*, el militar más respetado y admirado en la Siria de Al Asad por sus victorias en el campo de batalla. Dejamos a nuestra derecha el aeropuerto internacional y, pocos kilómetros más adelante, superamos el cruce que lleva a Al Bab y Manbiy, zonas fuera del control del Gobierno que viven días de disputa entre kurdos y turcos. Varias piedras en mitad de la carretera son la forma de impedir el paso hacia esos lugares. Durante el califato ocurría lo mismo en esta ruta, pero el avance del ejército permitió quitar las piedras y ahora ya se puede circular hasta la provincia de Al Raqa. En pocos kilómetros de diferencia, turcos, kurdos, sirios, estadounidenses, iraníes, iraquíes, libaneses y demás países implicados se reparten las zonas de control, y las líneas divisorias entre unas y otras son simples pedruscos en mitad del camino.

Llegamos a Kuweires, la primera ciudad del califato, y el espectáculo es tan desolador como en la parte oriental de Aleppo. Aunque, en este caso, al

tratarse de una zona agrícola no hay grandes edificios, por lo que la postal resulta menos dramática. Echo mano de nuevo del libro de Garcia-Planas y me fijo en el frente del Marne, en Reims, donde en 1915 trabajó Agustí Calvet, *Gaziel*, considerado como «el periodista español que mejor relató la Primera Guerra Mundial», según recoge el autor citando a la mítica enciclopedia Espasa-Calpe. Durante su cobertura en Reims, Gaziel escribió en las páginas de *La Vanguardia*:

A menudo, mis amigos me dicen: «¡Qué suerte! Poder visitar las poblaciones destruidas, recorrerlas y hacerse cargo palpablemente de su desolación monstruosa, pero interesantísima». ¡Qué error de perspectiva tan considerable! En mis excursiones por los campos de batalla y las líneas de fuego he contemplado escenas inolvidables, paisajes hondamente emotivos, torturas y sufrimientos supremos y altos ejemplos de grandeza de ánimo. Pero del interior de las poblaciones destruidas no conservo otra cosa que el recuerdo de un cansancio y un aburrimiento infinitos.

Más de cien años después, sus palabras pueden repetirse en Mosul, Palmira, Al Raqa o Alepo... Aunque los seres humanos hayamos cambiado las formas de matarnos y ahora tengamos armas más sofisticadas (incluso «inteligentes», según las empresas del sector), la esencia sigue siendo la misma. Mis amigos no me hacen comentarios como los que le hacían a Gaziel los suyos. Supongo que también se les pasarán estas cosas por la cabeza, pero que, como buenos vascos, son reservados y se callan. En las dos o tres veces que nos vemos al año, generalmente intentamos hablar del día a día, de lo más cercano, de la Real Sociedad; nunca de esos escenarios que se acumulan en mi cabeza como capítulos de una novela de terror.

El otro libro que me acompaña es *Limónov* (normalmente tengo dos y hasta tres libros abiertos al mismo tiempo, de los que voy picando según la situación), y el destino hace que esta cobertura coincida con la llegada del protagonista a los Balcanes. Para el autor, Emmanuel Carrère, «el gusto por la guerra, la auténtica, es tan natural en los hombres como el gusto por la paz, es una idiotez querer amputarlo repitiendo virtuosamente: la paz está bien, la guerra está mal. En realidad es como el hombre y la mujer, el yin y el yang: hacen falta los dos». Así de triste, así de real y así de cierto.

Kuweires pasará a la historia de la guerra de Siria porque una base aérea

del ejército resistió las embestidas del Frente al Nusra y de EI durante tres años. De los 1.100 hombres que estaban al comienzo, 800 perdieron la vida, según la leyenda que rodea a este lugar. Enterraban los cuerpos a los lados de las pistas, y, tras la liberación, estos fueron exhumados y entregados a las familias. Los combatientes sobrevivieron gracias a la ayuda y las municiones que recibían desde el aire. Y aquí es donde Robert Fisk se cruza de nuevo en mi camino, pues él fue el primer periodista occidental en acceder a esta base aérea después de su liberación. Como será también —me entero ahora en el coche, por boca de Lama— el primer occidental en tener acceso a Afrín, para poder contar desde el terreno los efectos de la ofensiva de Turquía sobre el cantón kurdo. Seguro que, cuando se pueda ir a Deir ez-Zor, volverá a ser el primero. A sus setenta y un años, es admirable la capacidad que tiene de seguir viajando a todos los «puntos calientes» de la parte de Siria controlada por el Gobierno.

Después de la visión apocalíptica de Kuweires, sorprende mucho la entrada a Deir Hafer, la siguiente población que encontramos en nuestro camino y el lugar elegido por el califato en el cinturón rural de Aleppo para establecer sus centros de mando. La calle central está colapsada por el tráfico, y los mercados, llenos de productos agrícolas. Por fin encuentro vida tras el paso de EI.

—¿La plaza de las decapitaciones, por favor? —pregunta Lama a un hombre que circula en bicicleta y va cubierto con una kufiya blanca y roja, la misma que lucen la mayoría de los hombres que vemos.

—Todo recto y la veréis a mano izquierda, no tiene pérdida —responde con tono calmado—. Si no la veis, preguntad de nuevo, porque todo el mundo la conoce.

Este es uno de esos lugares de Siria que se levantaron contra el Gobierno en el 2011, y estuvo fuera del control de Damasco hasta que el ejército lo liberó de manos de EI, en marzo del 2017. Primero llegó el Ejército Libre Sirio, después lo hizo el Frente al Nusra y, finalmente, fue el turno para los seguidores del califa, que emplearon la plaza para sus asesinatos públicos. Aún hoy, la gente sigue usando el nombre de «plaza de las decapitaciones» para referirse a ella en vez del de «plaza de los mártires», tal y como ha sido

renombrada por la nueva autoridad municipal. Este no ha sido el único nombre que cambiaron los yihadistas, quienes también rebautizaron a la propia ciudad de Deir Hafer como «Deir Fatah» (la casa de la conquista). Siete años después, los ciudadanos vuelven a estar bajo control de las autoridades de Damasco, y las banderas nacionales y las fotografías del presidente Al Asad son omnipresentes. La norma del «caballo ganador» vuelve a imponerse en Oriente Medio, aunque los gobernantes no las tienen todas consigo y se respira una cierta desconfianza mutua.

Bajamos del coche frente a un restaurante de comida rápida en el que dos niños fríen faláfeles en un caldero de aceite hirviendo a sus pies. Es todo un arte meter esa cuchara con la pasta de garbanzo y sacarla justo a tiempo, lo suficientemente dorada pero sin que se queme. El garbanzo es excelente en la región, aunque el sabor final de cada faláfel dependerá en gran medida de la calidad del aceite y del tiempo que haga que se esté usando el mismo. Raduan Hamsal sale a recibirnos y nos invita a visitar «el primer restaurante que abre sus puertas en Deir Hafer desde la salida de los terroristas». Ver a un extranjero en este lugar es como ver a un marciano, así que pronto se forma un círculo de curiosos a nuestro alrededor. La gente es acogedora; todos quieren hablar. Cuando les pregunto qué me habría pasado si esta misma visita se hubiera producido antes de marzo del 2017, la respuesta es inmediata: se echan la mano al cuello y hacen el gesto de cortarse la cabeza. Son entrevistas de verdad, con gente que no ha hablado nunca con los medios y que, después de haber vivido lo que han vivido, no temen a nada ni nadie, ni siquiera a los funcionarios del ministerio. En otros lugares y otras ocasiones, cuando trabajas en el lado oficial de Siria, sientes el miedo de los entrevistados a decir lo que opinan, e incluso, dependiendo del funcionario de turno, puede ser que este trate de guiar la respuesta... Aquí, sin embargo, es distinto: todo es nuevo para todos.

«Los tuvimos que aceptar. No había otro remedio porque ellos tenían la fuerza y decían que venían para siempre, aunque al final huyeron como cobardes cuando el ejército los cercó», nos cuenta Raduan entre invitaciones y más invitaciones a probar su faláfel. Me encantaría, pero hace tiempo que aprendí que es mejor quedar mal que jugar con tu estómago. Su historia

personal es la de muchos sirios que, de la noche a la mañana, se encontraron viviendo bajo una versión ultraortodoxa del islam, lo que en su caso le costó diez cursos de arrepentimiento y varios latigazos. A este vendedor de faláfel le sancionaron porque le vieron hablando con una mujer a menos de cuatro metros de distancia. En otra ocasión fue por fumar, y también sancionado por exponer los tomates junto a los pepinos. «Sinceramente, una cosa es el miedo que sientes cuando ves que se te acerca un agente de la inteligencia del régimen, pero otra muy distinta es lo que te pasaba con el Dáesh, que no era miedo, sino puro terror. Los veías a 40 metros y ya empezabas a temblar», recuerda.

Desde el restaurante de Raduan caminamos hacia la plaza. Las mujeres siguen tapadas, aunque no como durante el califato, así que se les puede ver la cara. Abu Habib nos sigue con el coche. No le ha parecido un lugar seguro: desconfía de esta gente que ha estado tanto tiempo con el otro bando de la guerra, y lo comprendo. La reconstrucción de los edificios e infraestructuras es un trabajo enorme, pero se puede llevar a cabo; la del tejido social y las relaciones entre confesiones, en cambio, parece mucho más complicada. Puede que sea imposible. Un vendedor de tabaco gordo y sonriente me agarra del brazo y me pide que le haga una foto. Un amigo suyo llega de inmediato y empieza a dar caladas y caladas a su cigarro para que la imagen se llene de humo. El vendedor ordena a un ayudante —un niño de no más de diez años— que prepare un café para su invitado, y este enciende el generador para poner en marcha la cafetera exprés que guardan en un remolque. A diferencia de la situación con el faláfel, aquí no hay escapatoria. Un militar se suma a la escena: también él quiere salir en la foto. Tiene dieciocho años y acaba de ser reclutado. En estos lugares liberados de manos de EI, lo que hace el Gobierno es confiar la seguridad a la población local, y la cosa está funcionando durante estos primeros meses. Se trata de una manera de ocupar el tiempo de jóvenes que, de otra forma, podrían ser empleados de nuevo por el enemigo. Un sistema similar al que utilizaron los estadounidenses en la provincia iraquí de Al Anbar tras la invasión del 2003: cuando vieron que no podían controlar a la insurgencia, optaron por «alquilarla».

Desde el puesto de café, se percibe de forma nítida la plaza de las

decapitaciones. Parece una isla perdida en medio del follón de unas calles que son un mercado sin fin. Un espacio de silencio que la gente ni siquiera pisa. Un cuadrado de color negro, perfectamente marcado en un suelo amarillento, es todo lo que queda de la jaula en la que se encerraba a los condenados a muerte. Parecen las marcas que deja el carboncillo sobre una lámina de dibujo, solo que estas son profundas, como heridas mal cicatrizadas en la piel. Nadie las pisa. Duelen. Cuando los peatones llegan a esta especie de glorieta, esquivan el cuadrado y caminan por el asfalto. Pienso que puede ser porque ven allí a un extranjero, así que me aparto hacia un edificio vecino y observo. La escena se repite. Nadie pisa el cuadrado. Mi atalaya resulta ser una antigua oficina de EI que operarios del Ayuntamiento usan ahora como centro de salud. Mohamed Abdulatif me mira de reojo. Viste un abrigo largo de color negro y parece que es quien está al mando de las operaciones en esta miniclínica de tres camillas. En las paredes cuelgan carteles de UNICEF sobre la importancia de las vacunas. «Pasaba por delante y nunca quería mirar, pero es algo que no se puede olvidar», dice Mohamed, actual responsable de la campaña de vacunación infantil en Deir Hafer y que lo fue, también, durante todo el califato. Vigila la temperatura de las neveras y recuerda que «cuando llegó el Dáesh prohibieron las vacunas y echaron hasta al médico, porque decían que el único que podía curar al hombre es Alá y que las enfermedades se deben a que no somos buenos musulmanes. Cuando sus hijos empezaron a tener problemas de salud fue cuando me permitieron viajar a Alepo para traer vacunas y otras medicinas. Esa era la forma retrógrada de pensar a la que nos vimos sometidos por la fuerza». Las neveras son nuevas, pero el resto del equipamiento es el del antiguo ambulatorio, que han trasladado a este lugar porque es muy céntrico.

Mohamed me pide que lo acompañe. Dejamos la clínica y en veinte pasos estamos sobre las marcas negras.

—Aquí los traían, los encerraban en jaulas durante un tiempo para que todos los viéramos. Cuando los sacaban era para cortarles la cabeza. Luego, crucificaban los cuerpos decapitados. Aquí quedaban colgados, en estos árboles, durante al menos tres días —recuerda caminando sobre las líneas negras, pensativo, como queriendo borrar con sus pasos ese pasado

sangriento. Se queda en silencio frente a los árboles.

Silencio.

El responsable de las vacunas habla del sinsentido de la barbarie de aquellos días. «Siria no era un país extremista. En nombre de la libertad y de la religión lograron hacerse con el apoyo de la gente, pero no volverá a ocurrir: creo que hemos aprendido la lección», reflexiona ante la mirada de un hombre uniformado que acaba de llegar a la plaza. Se presenta como Huseín al Hamud; es profesor de secundaria, aunque ahora también forma parte de la recién creada milicia local para tratar de garantizar la seguridad en Deir Hafer. A Huseín le inquieta la marca que estas huellas negras y todo lo que representan han dejado en los más pequeños, por lo que es partidario de reabrir las escuelas cuanto antes y trabajar en enfoques especiales para erradicar la cultura del terror de la mente de nuestros niños, ayudarlos a olvidar una violencia que se les ha quedado grabada para siempre.

Mohamed vuelve a la clínica, y yo doy un paseo con Huseín por el antiguo cuartel general de EI, destrozado por las bombas de la aviación rusa. La comisaría, el ayuntamiento y el centro de arrepentimiento son ahora solo un montón de piedras. Los niños juegan entre los cascotes y miden su fuerza intentando levantar las piedras más grandes. La escena me recuerda a los *harrijasotzailles* vascos, pero estamos en el norte de Aleppo y lo que levantan son los restos del califato. Cuanto más alto los levantan, en más pedazos se parten al caer. Las piedras llevan la pintura blanca y negra con la que los yihadistas marcaban sus dependencias, y en uno de los edificios se distingue incluso el dibujo de su bandera. Junto a la zona bombardeada se encuentra el cementerio, donde algún proyectil también ha impactado de lleno y hay varias lápidas destrozadas. Un hombre reza en solitario. Inclina la cabeza y luego la levanta al cielo.

Aquí todos se conocen. Todos saben la relación que cada familia ha tenido con EI. Pregunto a Mohamed por combatientes locales de EI y por sus familias: quiero saber si, como ocurre en Irak, la ley tribal es la que cuenta y es el miedo a la venganza lo que les impide regresar a sus casas. El profesor no se lo tiene que pensar demasiado y, en unos minutos, estamos frente a la puerta de una vivienda a las afueras de Deir Hafer. Es un lugar humilde,

como todos los que se ven en esta zona rural. Llamamos y, después de esperar durante un rato, nos abre un niño con una jarra de agua en la mano. Inmediatamente aparece una mujer cubierta de negro. Llora. No puede ni saludar. Llora. El niño sirve agua en un vaso y nos lo ofrece. Mohamed, con suavidad, le explica a la señora que soy un periodista que llega desde muy lejos para hablar con ella de su hijo Osama... Pronunciar este nombre es suficiente para que la mujer aparte la mano con la que se cubría la cara. Sin secarse las lágrimas, exclama con fuerza: «¡Nos declaramos inocentes de sus actos! ¡Es un castigo de Dios!».

Como me ha pasado en el cementerio, me quedo sin palabras ante una madre que habla así de un hijo. Osama tenía veintisiete años y era profesor de inglés en Deir Hafer cuando se estableció el califato. Participó de forma voluntaria en los cursos de arrepentimiento que los yihadistas organizaban, y así comenzó su vinculación al grupo. «No empuñó ningún arma. Osama era predicador y se sumó a ellos porque le lavaron el cerebro; no fue por dinero. Después de hacer uno de esos cursos en Al Bab, regresó al pueblo y era una persona distinta al Osama que conocíamos antes. Rompió con todo, hasta con su familia», relata Farida al Ahmad, más tranquila que al comienzo, pero con una especie de furia interna que duele escuchar. Desde marzo, cuando el ejército recuperó el control de la zona, ya no sabe nada de Osama: «He perdido toda la esperanza. Es como si te arrancaran una parte de tu vida para siempre. Yo he perdido a un hijo por culpa del Dáesh». Los vecinos miran desde las ventanas; algunos pequeños se han acercado para ver lo que pasa a las puertas de la casa de los Al Ahmad. Farida no tiene problemas con el vecindario porque «la culpa es de mi hijo, no mía. No hay deseo de venganza, ni tengo miedo de que me pase algo. Hay familias que sí estuvieron muy involucradas en el califato y salieron de aquí para no regresar, pero no es nuestro caso». El niño se ha cansado de sostener el agua y ahora juega con mi cámara, poniendo los dedos en la lente. Su madre no quiere que la grabe: en estos casos, me cuelgo el aparato del hombro y me limito a tomar notas. Escribo y escribo en la Moleskine cada palabra que traduce Fady. Farida tampoco quiere que nos vayamos sin hablar de su otro hijo, Anas, quien, caído el califato, tuvo que acudir a la oficina de reclutamiento. En lugar de

dejarlo en Deir Hafer como parte de la seguridad local, lo destinaron a Idlib, provincia vecina en la que hay presencia de EI y Al Qaeda. Farida se encarga de sus nietos y se pasa el día pendiente del teléfono, con miedo de recibir la llamada fatal en la que la informen de la muerte de Anas en combate. «¿No puedes hacer algo para que lo destinen aquí?» Su demanda suena a súplica. La madre vuelve a llorar y yo me vuelvo a callar. Me como el resto de las preguntas porque su llanto es la mejor respuesta.

El reloj avanza, y hay que dejar Deir Hafer para acercarse hasta Maskana, la última localidad a la que nuestra autorización nos permite llegar. Unos kilómetros más y estaríamos en Al Raqa, pero nuestro límite termina antes. Maskana fue otro punto neurálgico del califato y, como Deir Hafer, consiste en un pequeño núcleo urbano en el que concentraron sus centros de poder y decenas de pequeñas pedanías en los alrededores. Aquí, las huellas de la guerra son más visibles, y solo los edificios próximos a la carretera se han salvado de la destrucción. Detenemos el coche frente a una tienda de telefonía móvil, justo al lado de lo que fue la oficina para recaudar impuestos de EI. Sus dueños han vuelto a pintar el local, han retirado todos los símbolos y no hay rastros de la etapa anterior, aunque todos saben perfectamente lo que había allí. Intento abrir la puerta, pero está cerrada con un gran candado. «No hay nada, lo han vaciado», nos informa Riad, dueño de la tienda de teléfonos y contrabandista en tiempos del califa, cuando llegar a Alepo «costaba una semana porque había que dar un gran rodeo y superar puestos de control de todos los grupos imaginables». La distancia es de apenas 70 kilómetros. «Hemos recuperado la libertad. Después de siete años, regresa el régimen contra el que nos levantamos en el 2011 y volvemos a movernos en libertad de un lado a otro. Faltan servicios, pero somos libres. L-i-b-r-e-s», repite, marcando cada letra para enfatizar esta sensación que hacía tiempo no experimentaban.

La presencia de un extranjero tampoco pasa desapercibida, y la escena pronto parece una rueda de prensa, una especie de confesionario colectivo en el que todos quieren aportar su experiencia. «A Maskana la renombraron “Masalama” (adiós, en árabe), y trabajaron mucho para intentar convertirnos. Como no lo consiguieron, nos declararon *murtadin* [los que abandonan el

islam], que es la acusación más grave que puede haber en el califato. Si vuelven, nos cortan a todos la cabeza», apunta Hasan Hamed, abogado de profesión, vestido de traje y corbata y con un pasado marcado por los cuatro meses que lo tuvieron metido en un agujero como castigo por sus vínculos con el Gobierno. Lo acusaron de «colaborador» y le confiscaron todas sus propiedades. Es la primera vez que oigo a alguien hablar del posible retorno de EI a uno de los lugares liberados, y lo dice un abogado que repite en dos ocasiones que «aquí tenían un apoyo muy fuerte: la mayoría estaba con ellos, y por eso ahora apenas hay gente. Se han ido y no volverán». En Maskana también hay una plaza en la que EI ejecutaba a los detenidos, aunque la jaula que solía haber ha desaparecido, y en su lugar han plantado dos enormes retratos de Al Asad. «Eran despiadados, pero tenían cabeza: para no perder el apoyo de la población local, no ejecutaban a la gente en su propio pueblo. En Maskana decapitaban a los de Al Bab; en Deir Hafer, a los de Al Bab; en Al Raqa, a los de Deir Hafer; y así en todo el califato», recuerda este hombre que trata de rehacer su vida.

Frente a la tienda de telefonía, hay una casa totalmente empapelada con fotos del presidente y banderas de Siria y del partido Baaz. Es la oficina del partido. Sobran los formalismos y las citas previas. Llamamos a la puerta y subimos a la primera planta, donde un hombre de mediana edad, enjuto y pálido, nos recibe con sorpresa. Está pegado a una de esas grandes estufas de *masut* que calientan las casas sirias todos los inviernos. En el televisor del cuarto, unas doce pulgadas de la marca Syrionics, se repiten en bucle imágenes de la fiesta de inauguración de la oficina. En medio de la destrucción absoluta, un grupo de unos veinte niños aplaude y grita consignas a favor de Al Asad y el Baaz; el plano se cierra para intentar llenar la pantalla, y lo consigue. Ves a los niños gesticular, pero no los oyes porque hay una música ensordecedora que sale de un camión que lleva varios altavoces en la parte trasera. Nuestro anfitrión, Kamel al Kafil, baja el volumen, se arregla el pelo, se disculpa por el desorden y su aspecto, pues ha estado enfermo, y nos pide que nos acomodemos en una de las colchonetas que cubren todo el suelo. Llama a su asistente para que haga fotografías de la entrevista y empieza a enumerar los avances logrados en los últimos meses.

«Lo primero, debo admitir que en esta zona el Dáesh tenía el respaldo de la gente, y por eso la vuelta del Gobierno no es sencilla. Hablamos de un área de 165 localidades, donde vivían 215.000 personas, y ahora no quedamos ni la mitad. Yo he pasado los últimos cinco años en Alepo: aquí me habrían cortado el cuello», comenta el secretario del partido en un tono de voz bajo que se pierde entre el humo de sus cigarros. Lo que le interesa es destacar que «aunque como partido nos sentimos traicionados por esta gente, hemos vuelto con la orden de nuestros líderes de ayudar a establecer servicios mínimos como el agua, el pan, la educación, el reparto de fertilizantes y semillas... Debemos volver a ganarnos el apoyo de la población». Es una tarea complicada debido a la imagen de corrupción y nepotismo que acompaña al todopoderoso Baaz después de tantas décadas gobernando, pero la estructura del partido ha permitido llenar de forma inmediata el vacío de poder generado por el colapso del califato. El té que nos ofrecen está templado. Estoy deseando salir de allí y tomar el aire, pero el señor secretario del partido quiere sacarse una última foto con el periodista extranjero bajo el retrato del presidente. Una más.

En el camino de regreso a Alepo, hay silencio en el coche. Lama duerme, pero Fady no pierde detalle de la destrucción ni de las decenas de pintadas dejadas por EI. Por primera vez, recorre lugares sobre los que ha leído noticias y más noticias en los últimos años. Para un extranjero, se trata de una experiencia intensa pero pasajera. Para un sirio, en cambio, es su país, su gente y el lugar en el que crecerán sus hijos. Los nuestros están a salvo de todo este desastre. Repaso las notas del día y subrayo lo que me parece importante con un rotulador de color rosa. Siempre lo hago así: si no tengo el dichoso rotulador, no paro hasta encontrarlo. Pienso en Gaziel y en lo que vio durante la Primera Guerra Mundial, en los diez cursos de arrepentimiento que EI obligó a hacer al dueño del restaurante de Deir Hafer, en la tristeza del responsable de las vacunas, en las lágrimas de Farida al hablar de Osama, el hijo que le robó el califato, en el abogado trajeado de Maskana intentando rehacer su vida... Algo me molesta en el bolsillo del pantalón. Meto la mano y saco una pequeña piedra, blanca por un lado, negra por el otro. Es una parte de la imagen de la bandera que EI pintó en su comisaría de Deir Hafer que he

recogido después de que los dos niños levantadores de piedras tiraran una de ellas contra el asfalto. La expresión de esa rabia, sin perder la sonrisa inocente, está grabada en este pedazo del califato que me llevo. El sueño del califa es historia; ellos, el futuro.

*La revancha del reportero* me mira desde la mochila. Me pregunto qué se encontrará el día de mañana en todos estos lugares un «corresponsal de guerras muertas» que siga mis pasos por lo que fue el califato.

13

AKERBAT

## UN MUSEO DEL TERROR AL AIRE LIBRE

*Enero de 2018*

Algo pasa en la carretera. No hay apenas tráfico. Un coche nos hace luces, pero Abu Habib no para. En el carril izquierdo se divisa una fila interminable de camiones militares. Lo que hay delante parece un blindado, y hay un uniformado en mitad de los dos carriles que, no me lo puedo creer, nos apunta con su arma. «*Stoooooop!*», le grito poseído a Abu desde el asiento trasero. Nuestro conductor pisa el freno con todo el corazón, y el coche se detiene a una distancia prudencial de un militar que sigue en posición de disparo. Descubrimos que son rusos que transportan municiones en sus camiones para el frente el Idlib. Por menos de esto nos dispararon a un grupo de periodistas en la guerra de Georgia en el 2008. Desde entonces, cada vez que veo un soldado ruso, me cuadro. Putin ha anunciado en dos ocasiones la retirada de sus hombres de Siria, pero se siguen viendo rusos por todas partes. A diferencia de lo que ocurría con los estadounidenses en Irak, en la parte de Siria que controla el Gobierno se considera a las fuerzas enviadas por Moscú

como amigas, y eso se percibe en el relajamiento de los militares dentro de las ciudades. Sin embargo, cuando están de patrulla o van en convoy a zonas en litigio, la cosa cambia. Los retratos de Putin comparten protagonismo con los de Al Asad, y en las tiendas de recuerdos se pueden comprar ceniceros, joyeros, platos, tazas y lo que uno pida con los colores unidos de las banderas de Rusia y Siria. Este vínculo se remonta a la cooperación estrecha con la URSS en los tiempos del padre del actual presidente.

Vamos a llegar tarde a nuestra cita con Mohamed Safetli, suboficial responsable de la prensa en la provincia central de Hama, que nos espera en el puesto de control de Burry para llevarnos a Akerbat. Estamos a medio camino entre Alepo y Damasco; hemos pasado la noche en Hama, la ciudad de las norias y el lugar que arrasó el régimen tras el levantamiento de los Hermanos Musulmanes, en febrero de 1982. Treinta y seis años después, Hama es un sitio al que no ha llegado la guerra que sufre el resto del país, y la ciudad está intacta. Uno tiene la sensación de estar en la Siria anterior al 2011. Robert Fisk fue testigo directo de la entrada de los tanques en Hama en el 82 para aplastar a una insurgencia protagonista del «levantamiento más feroz jamás visto contra el régimen del presidente Al Asad», según lo definió el mismo periodista inglés. Fisk, entonces treintañero, avanzó junto al ejército y las unidades de las fuerzas especiales que comandaba Rifaat al Asad, hermano del presidente de entonces, apodado como «el carnicero de Hama» a raíz de esta operación. Se calcula que veinte mil personas perdieron la vida a manos de los hombres de Rifaat, aunque Fisk piensa que fueron menos, y la ciudad quedó parcialmente destruida. En Siria nadie olvida lo que ocurrió; por eso, cuando estalló la revuelta en el 2011, todos los ojos apuntaron de nuevo a la ultraconservadora Hama. Sin embargo, tras unas semanas de protestas multitudinarias en la ciudad, se instauró la calma, y las escenas de los años ochenta no se repitieron. A diferencia de otros lugares de Siria, a orillas del Orontes conocían el precio de desafiar al régimen, así que no volvieron a hacerlo. Rifaat al Asad vive desde hace años en un exilio dorado entre Londres y París, y Fisk vuelve a ser «el primer periodista occidental» en acceder a un lugar clave en Siria (esta vez, la batalla de Afrín), tal y como se destaca en un tuit de *The Independent* que leo, a la espera de que los rusos

nos dejen continuar.

Superado el convoy ruso, cruzamos Salamíe, conocida como «la madre de El Cairo» porque aquí nació el segundo califa de los fatimíes, Mohamed al Qaim bi Amrillah, cuya dinastía estableció la capital de Egipto. Es el gran bastión de los ismailíes sirios, una rama del islam chií que considera a Ismael ibn Yafar como el imán oculto que volverá en el final de los tiempos. Este lugar milenario, cuna de un califato, fue la frontera que nunca pudo superar EI en su deseo de alcanzar Hama para sumarla a su territorio. Su seudocalifato del siglo XXI —imposible intentar establecer comparación alguna con el de los fatimíes, el único califato chií de toda la historia, o con los otros cinco califatos que se constituyeron— tuvo que asentar su frontera en Burry, una pedanía situada 20 kilómetros al este de Salamíe. Allí espera el suboficial con el que hemos coordinado la visita a Akerbat. El puesto de control es de lo más simple: se trata de la típica caseta de ladrillos a medio construir, con un techo de hojalata y un mar de colillas en el suelo. Los compañeros del suboficial toman mate y nos piden que nos sentemos con ellos, pero no hay tiempo. Safetli sube al asiento del copiloto y ponemos rumbo a la que fue capital administrativa de EI, al este de Hama, el lugar desde el que llegaron a tener conexión directa con Palmira y Deir ez-Zor y desde donde organizaban los atentados y ataques en la única ruta de acceso a Aleppo (la parte de Siria bajo control del Gobierno). Una zona rural con decenas de pedanías, campos y campos de trigo, cebollas y ajos que EI convirtió en punto neurálgico para sus operaciones en el corazón de Siria. «Aquí no hay un solo civil, pues aún no hemos terminado el desminado y es peligroso. Hemos perdido a varios hombres por culpa de las minas. Además, hay que tener en cuenta el tema de la seguridad interna: antes de que una familia pueda regresar, habrá que mirar bien las conexiones que tuvo con EI. Hablamos de pedanías enteras que estaban al cien por cien con los terroristas, y ese tipo de gente no puede volver. La reconciliación no funciona con ellos», nos dice este militar de treinta y cinco años, perfectamente uniformado y serio, muy serio. Lleva dieciocho años en el ejército, y los últimos seis ha estado destinado a este frente de Hama que conoce desde niño. Avanzados unos kilómetros, pasamos por una gran trinchera que solía ser la frontera

entre el ejército y los yihadistas. El paisaje cambia de forma radical. Ya no hay campesinos a los lados de la carretera, desaparecen el ganado y los aperos de labranza y comienza la destrucción y el silencio. En unos pocos metros, se cruza de la vida a la muerte.

El suboficial responde cuando se le pregunta, y lo hace sin rodeos. Sabe de lo que habla porque ha sido testigo de la liberación y porque, durante toda la etapa del califato, tenía contacto directo con familias que quedaron bajo el dominio de EI, aunque colaboraban con el ejército. «Sabíamos en todo momento lo que pasaba: las personas que llegaban, las casas que ocupaban y las barbaridades que cometían. Estábamos bien informados porque hubo gente que se jugó la vida por colaborar, y gracias a ellos podíamos hacer ataques selectivos a las figuras destacadas del Dáesh», relata Safetli, que habla sin girar su cabeza hacia el asiento trasero. Mira al frente y señala un edificio que aparece a nuestra derecha. Como me ha ocurrido antes cuando he visto al soldado ruso apuntándonos en la ruta de Salamíe, me sale desde el fondo del estómago un grito para pedir a Abu Habib que pare el coche. «Stooooop!», grito, mientras echo la mano a la manilla para abrir la puerta. Grandes banderas negras de EI y versos del Corán decoran las paredes de lo que era una escuela, que el grupo convirtió en el Órgano de Servicios Públicos en el Estado de Hama. Por fuera está intacto, tal y como lo decoraron los yihadistas. Parece que, en cualquier momento, un barbudo vestido con *salwar kameez* va a salir del edificio para darnos los buenos días. «Mucho cuidado con dónde pisas. Sigue mis pasos», ordena el suboficial, que sale directo hacia la antigua escuela. Una vez dentro, me doy cuenta de que por allí han pasado antes los responsables de las diferentes agencias de inteligencia, y no queda absolutamente nada. Ni un solo papel de la etapa de EI. «No te emociones con esto: hay mucho más. No hemos tenido tiempo de borrar banderas ni eslóganes porque, nada más terminar los combates, tuvimos que ir a Idlib. Los militares nos ocupamos de limpiar Siria de terroristas; las pintadas son cosa de las autoridades municipales», responde este militar cuando se le pregunta por el motivo de mantener las huellas de EI en perfecto estado, aun cuatro meses después del final de los combates. Al salir, me quedo en silencio leyendo los versículos del Corán de las paredes,

perfectamente seleccionados para servir a sus intereses: «Los apóstatas son aquellos que aplican leyes que no sean las de Alá», «Acepto a Alá como Dios, al islam como religión y a Mahoma como profeta», «Alá, ábreme las puertas de tu misericordia y los cajones de tu saber».

Unos kilómetros más adelante, en un cruce de carretera, una jaula negra y blanca descansa junto al asfalto, y la comisaría de policía islámica (Al Hisbah) está reventada por un misil. Ahora está vacía, pero su interior revela toda la crueldad del sistema de terror impuesto por unos yihadistas que, «en este caso, encerraban aquí a los detenidos para que se asaran de calor en verano y se helaran en invierno, pero siempre a la vista de todos los que pasaban, para que sirviera de ejemplo», tal como apunta el suboficial mientras tira del candado, aún cerrado. Estas jaulas estaban presentes en todas las plazas del califato, como pude comprobar en Deir Hafer, donde sus marcas eran perfectamente visibles en la plaza de las decapitaciones. Toco los barrotes. No puedo evitar meter la cámara para hacer una foto e intentar imaginar cómo se veía el mundo desde allí dentro. La jaula está intacta y, de nuevo, uno tiene la sensación de que puede llegar una de las furgonetas del califato con presos en su interior para someterlos a este castigo público. Sin embargo, los únicos que pasan son los coches y motos de los militares destinados a custodiar este lugar fantasma. Si pudiera, me llevaría esta jaula y la pondría en una plaza de cualquier ciudad de Europa, pero el suboficial nos informa que «posiblemente se la lleve alguno de los vecinos para meter gallinas». Como me pasó con el camarero al que pedí miel para desayunar en el hotel de Aleppo, la contundencia de este comentario me pone los pies en el suelo. La vida sigue.

Avanzamos hacia lo que se puede considerar el centro urbano, y Akerbat se convierte en un auténtico museo al aire libre del califato. Podría ser un excelente lugar para rodar una película sobre cómo fueron aquellos días, pues buena parte de los edificios y símbolos de EI están en perfecto estado, aunque, si la jaula va a terminar como gallinero, seguro que los cuarteles de los yihadistas pronto tendrán también nuevos usos. Un poco de desescombro, una mano de pintura y a olvidar. Yo no sé por dónde empezar porque todo me interesa, pero pronto se rebaja la expectativa, y es que, siguiendo con la

idea de la película, es como un decorado. Resulta imposible encontrar documentos relacionados con EI: ni un simple papel. A un lado, tenemos la oficina de arrepentimiento (*taubah*), el lugar dedicado a los famosos cursos que imponían a los pecadores, donde otro verso del Corán recuerda que «Alá es indulgente y tolerante con aquellos que se arrepienten antes de vencerlos y doblegarlos»; y la oficina de información, a la que acudían aquellos miembros de otras facciones que querían afiliarse a EI. Al otro, el tribunal de la *sharía*, con una impresionante parte delantera pintada totalmente de negro.

Sale humo del edificio que emplearon como escuela. Cuando nos acercamos, vemos que algún soldado ha encendido una hoguera para calentarse. El fuego ha alcanzado el almacén en el que EI guardó todos los libros de la época en la que estaba en vigor el sistema educativo gubernamental. Lo que los yihadistas no arrasaron, lo ha hecho un militar por descuido. He pasado por escuelas de EI en Palmira o Mosul y tengo algunos libros de texto que emplearon, pero aquí no queda nada más que algunas pintadas en la pizarra con insultos al presidente Al Asad. Nada más. A unos pasos está el ayuntamiento: este sí que ha sufrido graves daños, como el resto de la calle principal. Rusia atacó desde el aire y el mar, y una parte de Akerbat es una sucesión de edificios en ruinas, razón por la que el suboficial nos invita a visitar otras pedanías en las que EI instaló sus talleres de explosivos. En las mejores casas se lee la pintada «habitado» (*maskun*), pues son estas las que ocuparon los yihadistas venidos de otros lugares, tanto de Siria como del extranjero. Funcionarios del Gobierno, miembros de las fuerzas de seguridad y todo aquel que fuera leal a Damasco no tuvieron más remedio que escapar cuando el lugar cayó en manos opositoras y sus casas fueron ocupadas.

En el camino nos detenemos ante una casa de campo custodiada por un lanzacohetes ruso que EI había robado al ejército. Bajamos del coche y Safetli desaparece por el interior de un túnel. Nunca me han gustado los túneles, pero me meto y lo sigo por un pasaje que tiene varias dependencias y que ha resistido a las bombas rusas. «Esta era la casa del valí (una especie de gobernador local) y estaba preparada para ataques aéreos, pero no le sirvió de mucho porque al final huyó, como todos», comenta el militar frente al

lanzacohetes ruso. Queda un proyectil por lanzar en este viejo cacharro, que ahora parece el esqueleto de una ballena en un *aquarium*. Hay un sujetador morado tirado en el suelo, uno de esos que abarrotan los escaparates del zoco del Al Hamidiya en Damasco, pero que no creo que fueran fáciles de ver en el califato.

La siguiente parada son los talleres para fabricar explosivos y preparar coches y chalecos bomba. En el primero hay un polvo gris por todo el suelo que no tiene ninguna buena pinta. Yo prefiero no tocar ni pisar nada, pero el suboficial quiere que la visita sea completa. De fondo, comenzamos a oír fuertes explosiones. Muy fuertes. Son los bombardeos en Idlib. El frente está a 30 kilómetros nada más: esa fue la distancia que recorrieron los anteriores moradores de estos lugares en su huida. Ese sonido ambiente acaba con el silencio que nos acompaña desde que hemos entrado en Akerbat. Una de las sensaciones que se quedan grabadas en estos sitios muertos es el silencio. Durante buena parte del día, el único sonido que hemos oído ha sido el de nuestras pisadas. Baterías, temporizadores, cables y más cables... el suboficial ha cogido del suelo algo amarillo e intenta prenderle fuego con su mechero. Esto no parece muy prudente, de modo que me aparto —o, más bien, salgo de allí— y me quedo junto al coche, donde Abu Habib hace guardia. Este hombre nunca se separa del automóvil (no se fía ni de las ciudades muertas), y siempre tiene el motor a punto por si hay que salir a toda prisa. En estos lugares se prepararon los vehículos que sembraron el terror en las aldeas vecinas a base de atentados en los años 2013 y 2014, cuando EI buscaba expandirse en Siria.

Para terminar la visita, nos acercamos a la rotonda principal de Akerbat, en la que dos compañeros de Safetli hacen guardia. Se mire a donde se mire, hay banderas negras de EI a la vista. Las explosiones de Idlib retumban, pero ya se han convertido en algo tan habitual como el sonido rugoso de las pisadas sobre cristales rotos o restos de edificios. «Es imposible explicar el éxito del Dáesh sin tener en cuenta el apoyo exterior que recibía de países como Turquía, Arabia Saudí, Catar o Estados Unidos; y volverán, estoy seguro de que volverán si no controlamos las fronteras, si no se detiene esa ayuda externa y si se reactivan las células durmientes, porque ellos siguen

teniendo seguidores entre nosotros», advierten los compañeros del suboficial, quienes, como nos ha ocurrido por la mañana en el puesto de control de Burry, nos ofrecen té. Otros que saben de lo que hablan y que ven posible el retorno de EI.

Dejamos Akerbat para regresar a Damasco. Volvemos a pasar por las oficinas de arrepentimiento y de información, el tribunal de la *sharía*, la escuela humeante, el Órgano de Servicios Públicos en el Estado de Hama... y la jaula. Allí permanece ese pedazo de hierro pintado de blanco y negro, en pleno cruce de caminos, estratégicamente colocado para que todos los que pasaran vieran a los detenidos. Mi visión de un instrumento tan macabro ha cambiado de forma radical tras las palabras del suboficial: ahora la imagino llena de gallinas. Abu Habib para el coche y bajo a despedirme de Akerbat. En realidad, es una despedida del califato, el final de un viaje que empezó en Bagdad en julio del 2014, cuando la capital de Irak estaba en estado de pánico ante la posible llegada de los milicianos de EI, y que se cierra en las llanuras de Hama, mientras me apoyo en los barrotes de una jaula de un califato derrotado militarmente, pero cuya ideología queda grabada con sangre en esta tierra. Mi único consuelo es pensar en la cara que se les quedará a los yihadistas si, como han advertido los compañeros de Safetli en el puesto de control, regresan algún día y se encuentran su herramienta de tortura convertida en gallinero. No puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa. Los bombardeos en Idlib rompen de nuevo el silencio. El califato es historia, pero la guerra sigue.

# EPÍLOGO

*Jerusalén, marzo de 2018*

Alo habla en sueños algunas noches, pero hoy está siendo especialmente locuaz. Su propia voz la despierta. Empieza a llamarme y a golpearme con la mano. Yo hace tiempo que no duermo de un tirón: siempre me despierto en mitad de la noche, aunque suelo quedarme en la cama peleando con la almohada hasta que retomo el sueño. Trato de tranquilizarla. Me cuenta que un coche negro, una furgoneta tipo ranchera que ha estado aparcada durante una semana frente a nuestra casa, acaba de explotar en Beit Sahur y ha matado a una mujer. «Ese coche era para mí, esa bomba era para matarme a mí. Nos han estado siguiendo y casi me matan en Beit Sahur, camino del hospital, pero se han equivocado y han matado a otra persona», relata con el ritmo y pasión que imprime en la voz una pesadilla tan reciente. ¿Coche bomba en Beit Sahur, la localidad cristiana al sur de Belén donde está el hospital en el que Alo trabaja como voluntaria? ¿Una furgoneta negra aparcada a las puertas de nuestra casa en pleno centro de Jerusalén? No entiendo nada hasta que ella, más tranquila, retoma la historia que tanto la atormenta.

«¡Ha sido todo tan real! ¡Qué miedo! —Alo me abraza—. Ellos sabían que estabas escribiendo un libro y que hablabas sobre el califato casi a diario en la tele, por eso aparcaron esa furgoneta negra delante de casa, frente al número 16. Escuchaban cada una de tus crónicas y querían hacerte pagar por ellas, por hablar mal de su califato y decir que estaban acabados. Había un

hombre barbudo con el que me he cruzado algún día antes de la explosión cerca del portal, parecido al rabino de la casa de enfrente, pero con un gesto más serio y vestido con el típico traje afgano. Ese ha sido el suicida, estoy segura: ese ha sido quien ha conducido hasta Beit Sahur para intentar matarme.»

El muecín de la mezquita de Al Aqsa llama a la oración: es el *fayr*, la primera del día. Nos quedamos dormidos con el *Allahu Akbar* (Dios es grande) de fondo colándose por cada agujero de la persiana, junto con los primeros rayos de luz del día. El responsable de llamar al rezo estira el nombre de Alá hasta que se queda sin aliento; para mí, ya se ha convertido en una especie de nana.

No puedo quitarme de la cabeza la cara de susto de Alo y su tono entrecortado. El califato ha traspasado las paredes de esta casa y se ha metido en nuestra cama. Con los niños también he tenido alguna charla interesante sobre el tema, sobre todo porque a la vuelta de cada viaje insisten en ver las fotos y en que les explique cómo son Siria o Irak. ¿Cómo explicas lo que es EI a dos niños de 6 y 9 años? Intento simplificar al máximo la historia: les hablo de «unos hombres malos que tienen una bandera de color negro» y les explico las barbaridades que han hecho destrozando ciudades como Palmira o Nimrud. El problema es que entonces empiezan los porqués y más porqués, y el «¿Podrían venir aquí algún día?» o «¿No te van a coger a ti?», así que recupero a Simbad o Aladino para cambiar de registro y conseguir que duerman en paz. Ya les tocará lidiar con los herederos de EI en el futuro.

Me levanto de la cama y lo primero que hago es subir la persiana. Para los que hemos nacido y crecido en lugares donde el cielo siempre está gris como la panza de un burro, este sol poderoso que cada día se eleva desde el monte de los Olivos es una delicia. Ya a primera hora, cuando está más ocupado en ascender que en calentar, empieza a picar como pica el agua caliente de la ducha. Así lo siento en mi piel, aunque luego veo a los lugareños con chaqueta y me doy cuenta de que aún no hemos entrado ni en primavera. Hago lo mismo cada día: salir al balcón, dar los buenos días a la cúpula dorada del Domo de la Roca y ver cómo va mi limonero. El pobre árbol es de Jericó, un oasis en mitad del desierto, y durante meses lo regaba

de forma tan abundante que casi lo mato. Ahora está en proceso de rehabilitación y espero que pronto dé algún fruto. Para mi sorpresa, hay una furgoneta negra aparcada delante de casa. Tiene matrícula de color blanco con el número 43, por lo que pertenece al Consulado de Estados Unidos. Casualidad. No se lo digo a Alo, pero no tarda en verla en cuanto sale al balcón. No dice nada.

Lo que para nosotros es una pesadilla puntual, para iraquíes y sirios es una realidad diaria. Yo apenas he podido capturar unas cápsulas de ese dolor, y he terminado este viaje con más preguntas que respuestas respecto a un grupo eternamente rodeado por alguna teoría de la conspiración, siempre presentes en Oriente Medio. Pero, por encima de todas las teorías y explicaciones de grandes analistas o servicios de inteligencia, me quedo con las palabras, las miradas y los silencios de todos los sirios e iraquíes que me han dedicado parte de su tiempo. Ellos han pasado de ser una fuente de información a convertirse en compañeros de viaje. El final del califato ha sido una orgía militar con ofensivas por tierra y aire a gran escala, en las que todos los que participaron han superado cualquier línea roja imaginable en nombre de la «guerra contra el terrorismo». La misma guerra que lanzó George Bush tras el 11-S y cuya última consecuencia ha sido EI. Todos los implicados insisten en que es imposible la victoria únicamente por la vía militar, pues el enemigo es una ideología; sin embargo, una vez se han callado las armas, no he visto que se hagan demasiados esfuerzos para acelerar la reconstrucción y ayudar a los civiles a empezar una nueva vida. O, por lo menos, estos esfuerzos no se llevan ni una mísera parte de la inversión realizada durante la fase militar. El EI logró parar los relojes en las zonas en las que gobernó, y arrasó el tejido social y las relaciones entre confesiones y etnias. Por su parte, las alianzas formadas para acabar con el grupo en Irak y Siria completaron la destrucción y machacaron ciudades enteras. El mapa del poscalifato es pura tierra quemada. Talco.

A nosotros, las furgonetas negras nos aparecen en sueños, pero hay millones de personas que viven con la amenaza real diaria de que estas aparquen frente a sus casas y revienten. Por mucho que la amenaza —bajo la etiqueta de Al Qaeda, EI o la siguiente que aparezca— cambie de siglas y de

cabecillas, no solo no desaparece, sino que también adecua sus tácticas a los nuevos tiempos. Occidente ha demostrado ser hábil a la hora de combatir siglas, arrasar bastiones enemigos y asesinar de forma selectiva a los cabecillas y líderes de grupos enemigos en toda la región —aunque, al cierre de este libro, seguía sin dar con el califa Ibrahim—; sin embargo, no sabe cómo enfrentarse a una ideología que es capaz de retroalimentarse hasta con la propia derrota militar. Cualquier excusa les sirve para seguir justificando sus acciones en nombre de Alá: si el califato ha caído, los seguidores del califa piensan que es solo por culpa de sus propios hombres, que no han sido lo suficientemente buenos musulmanes como para defenderlo. Pero no hay ninguna duda de que volverán a intentarlo.

La pesadilla de la furgoneta es la última sorpresa de este viaje por el califato. La penúltima me tocó en Damasco, a mi regreso de Akerbat (la ciudad convertida en un museo al aire libre de EI), y fue un mensaje directo, un recado para no olvidar que la frontera entre «el corresponsal de guerras muertas» y «el corresponsal de guerras vivas» es absolutamente porosa en Siria. Los problemas de seguridad en Guta oriental, principal acceso a la capital y último bastión opositor, obligan siempre a dar un gran rodeo para poder entrar o salir de Damasco. En lugar de conducir por la autopista de seis carriles que hasta el 2011 llevaba a Turquía, se toman varios desvíos para evitar las zonas de combate y a los francotiradores. Así, vamos por el desvío de Al Tal y, a la izquierda, dejamos Esh al Uaruar, el barrio en el que vive Abu Habib junto con su mujer y sus seis hijos. Es una especie de puzle de color cemento que cuelga de una montaña; un lugar donde todas las construcciones son irregulares y las calles no están asfaltadas; un barrio en el que la minoría alauí, a la que pertenece el presidente Al Asad, es mayoría. Este es el motivo por el que, desde los cercanos bastiones opositores, les lanzan morteros cada día. Damasco nos recibió en medio de la oscuridad típica de estos lugares, en los que no hay tendido eléctrico y que se sitúan en plena línea divisoria entre la zona gubernamental y la opositora. Abu Habib se conoce de memoria el desvío, y en los puestos de control lo saludan porque lo ven pasar cada día con su Samand. Esta vez, en el último puesto, nos dieron el alto. El militar nos pidió la identificación. En una mano tenía un

AK-47; en la otra, las dos tarjetas de identidad de mis compañeros y mi pasaporte, con la carta de autorización doblada en su interior. En la boca sostenía el móvil, que le daba luz para poder ver si todo estaba en regla, y, cómo no, un cigarro. El humo se elevaba espeso ante la linterna del teléfono. De pronto, una explosión. Un haz de luz a muy pocos metros. El militar soltó todos los documentos, los tiró en el interior del coche y nos gritó para que saliéramos pitando. El mortero cayó muy cerca. Tan cerca que esos segundos de luz iluminaron con fuerza el interior del coche. Tan cerca que no hubo tiempo de mirar atrás y, directamente, volamos hacia una zona más segura. «¿Qué es un mortero cuando a pocos metros, en Guta, hay bombardeos de aviación y artillería?» Eso es lo primero que me vino a la cabeza, aunque la clave de todo esto está en si te toca a ti o no. Nunca olvidaré a un niño de Mosul que había perdido a su padre en un bombardeo de la coalición liderada por Estados Unidos. Maldecía a los yihadistas, a los americanos, a los iraquíes y a todos los que tomaban parte en la guerra. Y es que había perdido a su padre. «Yo ya no sé ni quién es el enemigo. Solo sé que oímos el sonido de los aviones y que, poco después, la casa saltó por los aires. Recogimos a mi padre en pedazos, y los enterramos en el jardín.» Estas fueron sus palabras cuando le pregunté acerca de la liberación de Mosul y sobre cómo se sentía tras la caída de EI y el regreso del ejército iraquí.

Al día siguiente, los medios locales informaron que el proyectil que impactó cerca de nuestro coche mató a una persona e hirió a otras tres en el barrio de Abu Habib. Como tantas y tantas otras, son víctimas anónimas que pasan a convertirse en simple estadística en una guerra en la que la realidad supera a todas las cifras que nos llegan. Los muertos y desaparecidos escapan a cualquier cálculo. A la victoria militar sobre el califato no se le puede poner un punto final. Por más banderas negras de EI que borremos de las paredes, su mensaje sigue vivo; tanto que incluso puede llegar a resurgir de las cenizas y los cascotes que conforman ahora sus antiguos bastiones. Este viaje es solo una etapa más en la larga travesía autodestructiva que sufre Oriente Medio y que pagan todos sus habitantes, las grandes víctimas de esta especie de mala hierba capaz de crecer hasta en la ceniza.

# AGRADECIMIENTOS

Este libro es de Flayeh al Mayali, Mohamed Kaki, Fady Maruf o Kayed al Hamad, las personas con las que trabajo, aprendo y vivo en Irak, Siria y Gaza, y que están muy presentes en estas páginas. Pero, sobre todo, es de las víctimas de EI, que, testimonio a testimonio, son las protagonistas del viaje.

Gracias a Eugenio García Gascón por su amistad, sabiduría y sus comentarios; a Agus Morales, director de 5W, por su ayuda en la edición, y al equipo de Península, con Ramon y Ana a la cabeza, por su confianza en esta historia que se ha convertido en libro. Y a Alo, por las largas esperas en casa y por esa enorme intuición.

No me puedo olvidar tampoco de Ana Alba, todo un ejemplo como periodista y luchadora en esta vida. (¡No sabes cómo te echamos de menos en la Ciudad Santa!)

Para nosotros los premios, los libros y las palmaditas en la espalda, para las víctimas de EI la crudeza de una posguerra que amenaza con eternizarse. No puedo dejar de escuchar cada voz que aparece en estas páginas; cruzo los dedos para que la historia no se repita y nadie tenga que hacer un viaje como este en el futuro.

*Shukram!*

# NOTA

\* Estado Islámico (EI) nació en 2004, un año después de la invasión estadounidense, con el nombre de Yama'at al-Tawhid wal-Yihad (Comunidad del Monoteísmo y la Yihad), para cambiarlo a los pocos meses por Tanzim Qa'idat al-Yihad fi Bilad al-Rafidayn (Al Qaeda en el país de los dos ríos, más conocido como Al Qaeda en Irak). En 2006 se transformó en el Consejo de la Shura de los Muyahidines, denominación que dio paso a Dawlat al-'Iraq al-Islamiyya (Estado Islámico de Irak). Tras cruzar la frontera e implicarse en la guerra de Siria, en abril de 2013 pasó a ser conocido como ad-Dawlah al-Islāmiyah fi 'l-'Irāq wa-sh-Shām (Estado Islámico de Irak y el Levante, ISIS, por sus siglas en inglés, o Dáesh, acrónimo del nombre en árabe que tiene también un significado peyorativo, al sonar igual que un término que significa «el que siembra discordia», motivo por el que es muy extendido su uso entre los enemigos del grupo) para acortar finalmente su denominación al proclamar el califato, en 2014, y darse a conocer al mundo como «Ad-dawla al-islāmīya» (Estado Islámico o Dawla, tal y como le llaman sus seguidores, simplemente Estado).

*Las cenizas del califato*

Mikel Ayestaran

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Mikel Ayestaran

© Mikel Ayestaran Ayerra, 2018

Mapa al cuidado de GradualMap

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2018

Ediciones Península

Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)

[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-9942-717-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Libro, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

PENÍNSULA ODISEAS

# Las cenizas del califato

## Mikel Ayestaran

De las garras de Estado Islámico  
a la supervivencia

